

Historia antigua del País Imbaya



UNIVERSIDAD DE OTAVALO

Plutarco Cisneros Andrade

CANCILLER

Ing. Raúl Sotomayor Plaza M.B.A.

RECTOR (E)

Dra. Mariana Guzmán Villena

VICERRECTORA ACADÉMICA (E)

Comisión Editorial

Dra. Susana Cordero de Espinosa

Lic. Elena Francés Herrero

Coordinador de publicaciones

Ing. Hernán Jaramillo C.

Segundo E. Moreno Yáñez

Historia antigua del País Imbaya

Quito, 2007



Centro de Investigaciones U.O.
–CEDIN.UO–

www.universidaddeotavalo.edu.ec
cedin.uo@universidaddeotavalo.edu.ec
Otavalo - Ecuador

Diseño Portada: Cati León G.

© Derechos de Autor: Moreno Yáñez, Eduardo Segundo Gonzalo N° 027924
ISBN-978-9942-01-480-1
Colección: espaciatiempo.

1ª edición - 2007
Impreso en Studio21
Quito-Ecuador

Índice

1.- Glosas geográficas de un área cultural	9
1.1.- Andinoamérica Septentrional	10
1.2.- Guayllabamba y Chota: dos hoyas ecuatoriales	12
1.3.- Geosistemas climáticos	21
1.4.- Microverticalidad y acceso a recursos	28
1.5.- Particularidad adaptativa.	33
2.- Poblamiento de los Andes equinocciales	37
2.1.- Antigüedad del Hombre ecuatorial	38
2.2.- Repertorio lítico y de obsidiana.	40
3.- Cazadores y recolectores del Norte andino	43
3.1.- Talleres prehistóricos en los páramos	44
3.2.- Cacería y recolección	45
3.3.- Formas de organización social	47
3.4.- Cosmovisión shamánica	49
4.- Sociedades agroalfareras incipientes	53
4.1.- Génesis de la agricultura en Andinoamérica Septentrional	54
4.2.- Cotocollao: un modelo altoandino	57
4.3.- Variantes regionales formativas	59
4.4.- La Chimba: puerto de intercambio con las tierras bajas	64
4.5.- Tababuela: asentamiento en un medio semiárido	68
5.- Sociedades agrícolas aldeanas superiores	73
5.1.- Socabamba: ejemplo de un sistema regional integrado	74
5.2.- Tolas: elemento diagnóstico del País Imbaya	77
6.- Proceso evolutivo en las sociedades complejas	81
6.1.- Estabilidad territorial y estructura demográfica	81
6.2.- Patrones de asentamiento	87
6.3.- Especialización y centros de poder	89
7.- Identidad étnica y configuración política	99
7.1.- Criterios conceptuales	99

	7.2.- El patronímico de un País	103
	7.3.- Una digresión necesaria	110
	7.4.- El “pacarisca huanca” de Otavalo	117
	8.- Señoríos étnicos en el País Imbaya	123
	8.1.- Curacazgos de Caranqui, Pimampiro y Chapi	125
	8.1.1.- Caranqui Viejo y Cochicaranqui	125
	8.1.2.- Pimampiro y Chapi: puertos de contratación	131
	8.2.- El cacicazgo mayor de Otavalo	135
	8.2.1.- “Otavalo”: ¿de topónimo a antropónimo?	136
	8.2.2.- El Otavalo ancestral	140
	8.2.3.- “Cacique mayor” de una provincia	141
	8.2.4.- La “celada” de los códigos coloniales	146
	8.2.5.- Alianzas y conflictos	151
	8.2.6.- Vínculos con el “pie de monte”	153
	8.3.- Cochisquí, en las estribaciones del Mojanda	155
	8.3.1.- Las excavaciones en Cochasquí	157
	8.3.2.- El conjunto de las pirámides	159
	8.3.3.- Los montículos funerarios	163
	8.3.4.- Otros hallazgos de superficie y la secuencia cerámica	166
	8.3.5.- El señorío de Cochisquí	171
8	8.4.- Cayambe: un cacicazgo con hegemonía militar	177
	8.4.1.- Evidencias arqueológicas en la comarca de Cayambe	178
	8.4.2.- Fortalezas y sistemas defensivos	182
	9.- La expansión del Tahuantinsuyo en los Andes del Norte	187
	9.1.- Precariedad temporal de un imperio	188
	9.2.- Conquista incaica del Septentrión Andino	191
	9.3.- Incursión inca en el País Imbaya	199
	9.4.- Formas de ocupación	210
	9.5.- El País Imbaya bajo la soberanía de Atahualpa	218
	9.6.- Proclamación del Inca Atahualpa en Caranqui	228
	10.- Breve reflexión final	235
	Bibliografía	237

1.- GLOSAS GEOGRÁFICAS DE UN ÁREA CULTURAL

Es importante metodológicamente usar el concepto de área cultural, como categoría clasificatoria, a fin de incorporar el análisis de una determinada manera de ser de los pueblos en un espacio geográfico dado. El concepto de “área cultural” surgió con connotaciones analíticas estrictamente sincrónicas, lo que, sin embargo, no ha impedido interrelacionarla con el factor diacrónico, involucrado necesariamente con la Historia de las Culturas.

Dentro de este contexto, como presupuesto inicial, se debe plantear la importancia de definir el Área Andina, como adecuadamente propone Luis Lumbreras (1982: 1-2) bajo el nombre de “Andinoamérica”, como una categoría destinada a precisar el concepto de lo andino. Andinoamérica está constituida –asevera Lumbreras– desde nuestro punto de vista, por toda el área geográficamente afectada por la Cordillera de los Andes, en donde se ventiló un proceso de desarrollo desigual pero combinado de sometimiento y dominio del hombre sobre el medio-ambiente, en condiciones particulares, que permitieron articular una economía de fuerte énfasis marítimo con agricultura de diversos pisos ecológicos, incluida ganadería de altura, y el aprovechamiento de recursos de bosque tropical. Esta singular unidad “mar-cordillera-selva tropical” constituye un factor único en el mundo en las soluciones específicas que el hombre logró en su proceso de conquista de la naturaleza.

Por cierto, no se debe confundir esta relación con una propuesta determinista geográfica, ya que, como parte de esta relación, se generaron diversas soluciones y, por lo tanto, diversas formas culturales. Esto significa, añade Lumbreras (1982: 2) “que no hay una sola cultura andina sino un proceso andino, en cuya constitución se dieron la mayor parte de las formaciones económico-sociales que se re-

gistran por igual en otras partes del mundo. Así pues, Andinoamérica comprende desde el macizo colombiano, por el norte, hasta el centro de Chile, por el sur, como territorio donde se dan estas condiciones; en ambos extremos, hacia el norte (Colombia-Venezuela) y hacia el sur (Argentina y sur de Chile), la Cordillera se articula con áreas homogéneas que se diluyen sea en la región Circum-Caribe o en la patagónica, por lo cual las consideramos como los extremos de Andinoamérica.”

Aunque la mencionada categoría facilita el análisis del proceso andino en su conjunto, es importante reconocer la existencia de variantes regionales que permiten clasificar la América Andina en Septentrional, Central, Centro-Sur o Área Circum-Titicaca y Meridional. De todos modos, en toda Andinoamérica se procesó una historia vinculada por permanentes relaciones norte-sur y este-oeste, y viceversa. Estas reflexiones confirman, una vez más, que las diversas formas sociales no son sino variados modos de adaptación del hombre a ecosistemas específicos, considerados estos últimos como las bases materiales de esas formaciones sociales. (Cohen, 1973-1974).

1.1.- Andinoamérica Septentrional

El Área Septentrional Andina o, quizás más exactamente, “Andinoamérica Ecuatorial” comprende, según Lumbreras (1981: 55 ss.), el sur de la actual Colombia, desde la cuenca del río Janambú, un afluente del Patía, todo el territorio actual ecuatoriano, hasta el extremo norte del Perú, con límite en el desierto de Sechura y las sierras de Ayabaca y Huancabamba, en Piura. Por ubicarse en la región equinoccial, es una zona con características particulares, en donde la altitud de la Cordillera constituye un importante factor climático y en la utilización de los recursos naturales, combinado con una costa tropical muy definida, gracias al influjo de la corriente cálida de “El Niño” que recorre el Pacífico Oriental de norte a sur, frente a las costas noroccidentales de Sudamérica. Esta situación ofrece a la región profundos contrastes climáticos y una enorme diversidad en los recursos naturales. Gracias a la formación de la Cordillera en dos ramales principales, el territorio

de Andinoamérica Septentrional comprende tres regiones muy marcadas: la Costa húmeda, con un régimen climático y una vegetación típicamente tropicales; la Sierra con valles interandinos y gran variedad de climas; y el Oriente o ceja de montaña tropical que ocupa la “Terra firme” alta de la Amazonia. Es importante señalar que en Andinoamérica Septentrional, donde la línea ecuatorial cruza transversalmente la Cordillera de los Andes, la ceja de montaña ocupa ambas vertientes, por lo que, en este caso, se debe redefinir el concepto de “Antisuyo” no como la región al levante de los Andes, como sucede en el Perú, sino ecológicamente como dos regiones con clima húmedo tropical, que corresponden a las vertientes orientales y occidentales de la Cordillera Andina (Moreno Yáñez, 1999: 359).

Una gran diversidad de paisajes es un elemento característico del relieve ecuatoriano, cuya causa es la presencia del gran eje montañoso que constituye la Cordillera de los Andes. Ésta no solo separa el país en tres conjuntos continentales, con una Región Interandina en el centro, una Región Litoral al oeste denominada generalmente Costa, y al oriente las estribaciones andinas y llanuras de la Amazonia. La barrera montañosa andina, incluyendo sus vertientes externas, alcanza una anchura entre 100 y 150 km. en los sectores norte y central; mientras al sur los relieves montañosos prolongados por los de las cordilleras subandinas amazónicas se ensanchan de 180 a 200 km. de amplitud.

Una visión geomorfológica de los Andes ecuatoriales, como asevera Alain Winckell (1997: 3-6), permite distinguir una variación de norte a sur en la fisonomía de la Cordillera, que determina la existencia de tres subregiones: boreal, central y austral. En su sector septentrional, desde el sur de Colombia hasta el nudo de Tiocajas (entre Guamate y Alausí), los relieves son vigorosos y están marcados por la huella glaciar cuaternaria en las partes cimera, atenuada por los depósitos eólicos sucesivos de los productos volcánicos. La denominada por Humboldt “Avenida de los volcanes” presenta flancos externos empinados que dominan las regiones costanera y amazónica, con desniveles de aproximadamente 3.000 metros y con elevaciones sobre los 5.000 metros que culminan en el Chimborazo con 6.310 metros de altura sobre el nivel del mar.

Las dos cordilleras, casi paralelas, dominan la “cuenca interandina”, ubicada en la parte central y constituida por depresiones u “hoyas” más o menos extensas, como las hoyas del Guayllabamba y del Pata-te, o por valles relativamente encajonados como el del Chota-Mira. Cada hoya está separada de sus vecinas, al norte o al sur, por los “nudos”: cordilleras transversales, formadas por edificios volcánicos coalescentes y que dividen las cuencas hidrográficas. Desde Guamote hacia el sur, en la zona central, los paisajes cambian progresivamente; sin edificios volcánicos recientes, las cordilleras pierden la majestuosidad de las del norte. Sus formas, con grandes extensiones y relieves monótonos, heredadas de un basamento diferente, están constituidas por amplios derrames volcánicos. Aunque el ancho de los valles interandinos alcanza 40 km. al oeste de Cuenca, la altitud de la Cordillera baja progresivamente hacia el sur, donde culmina con la altura de 3.800 m en las cercanías de Zaruma. Las depresiones interandinias se convierten en valles más o menos amplios que, con excepción de la hoya del Paute, se abren generalmente hacia la Costa. Desde la latitud de Zaruma-Saraguro hasta el norte del Perú, en la subregión austral, se observa mayor confusión en la orografía. Con excepción de la Cordillera Oriental que se prolonga hasta Amaluza (3.900 m) los relieves se caracterizan por un descenso general de la altitud, con ausencia de huellas de glaciares. Los ríos drenan pequeñas cuencas deprimidas y aisladas, mientras la Cordillera Occidental se transforma en suaves estribaciones que permiten una transición gradual hacia los relieves litorales.

De norte a sur los Andes Ecuatoriales también presentan una mayor incidencia de glaciaciones pleistocénicas y de actividad volcánica al norte del nudo del Azuay, que externamente marca un límite con el sector más antiguo y erosionado del sur, donde afloran con más frecuencia las formaciones terciarias. (Sauer, 1965: 206; Moreno Yáñez, 1999: 359-360).

1.2.- Guayllabamba y Chota: dos hoyas ecuatoriales

En la hoya de Guayllabamba o Quito, que se extiende desde el nudo de Tiopullo, al sur, hasta el de Mojanda o Cajas, al norte, la Cordi-

llera Occidental, entre el Iliniza (5.305 m.) y el Pululagua (2.940 m.) es angosta y baja (3.000 m.) y solo los altos volcanes que la coronan, le dan realce a la vista. La Cordillera Oriental es más ancha y complicada y está cubierta de materiales volcánicos. El Cotopaxi (6.005 m.) es el pilar que forma la esquina sureste de la hoya. A su lado noroeste forma el Rumiñahui (4757 m.) el principio del nudo de Tiopullo, y sus páramos orientales se confunden con el Sincholagua (4.988 m.), mientras las septentrionales se unen a los del Pasochoa (4.255 m.), volcanes ambos muy semejantes. Hacia el nororiente del Sincholagua y a 22 km. sobre la margen oriental de la Cordillera, se levanta el Antisana (5.756 m.). La línea divisoria de las aguas pasa el occidente de este volcán, de manera que los ríos que nacen en sus alrededores pertenecen al sistema del río Napo. Al norte del Antisana siguen los Cerros de Guamaní, cuyo punto más alto, el Filo de los Corrales, tiene 4.447 m. de altura. Con un lomo muy ancho vira la Cordillera en dirección noreste hacia el Cayambe (5.840 m.); presenta dos volcanes en su lado occidental: el cerro Puntas (4.462 m.), sobre el pueblo de Yaruquí, y el cerro de Pambamarca o Francés-Urcu (4.093 m.) sobre El Quinche. El Cayambe está más retirado al noreste, pero antes de llegar a él se debe mencionar al Saraurco (4.725 m.), situado al borde oriental de la Cordillera y al sur del Cayambe: un monte situado fuera de la región volcánica, compuesto de rocas antiguas de gneis y pizarra micácea. El volcán Cayambe (5.840 m.) es el pilar de la esquina noreste de la hoya de Quito; su base oriental se pierde en los páramos de la Cordillera, mientras los flancos occidentales bajan en formas suaves hasta los pueblos de Cayambe y Cangahua. (Wolf, 1975: 116-123).

Como el Chimborazo, el volcán Cayambe consiste en un gran macizo complejo, cubierto de enormes glaciares y construido por la unificación de varios centros de actividad. Parece que las murallas del flanco occidental son los remanentes erosionados de una vieja caldera, en la cual ha crecido el estrato volcán más joven. El complejo de cerros en la cumbre sugiere la existencia de distintos ventos apagados. (Hall, 1977: 98). Según estudios más recientes el volcán Cayambe aparece como un volcán activo, con alguna erupción histórica. El último ciclo ha durado 4.000 años, en el cual se han presentado 21 eventos

en períodos de 300, 800 y 900 años de duración, como demuestran los depósitos de ceniza y lapilli estudiados por varios vulcanólogos. El último evento, probablemente no terminado, corresponde a un flujo piroclástico observado en el flanco noroccidental entre 1785-86 (Samaniego, Monzier, Robin, Hall, 1998: 451-459).

Estas evidencias geológicas coinciden con la noticia documental que da José Javier Ascázubi (uno de los patriotas asesinados por las tropas realistas el 2 de agosto de 1810), en su misiva de junio de 1802, entregada a Alexander von Humboldt y publicada por Ulrike Moheit, en el volumen “Briefe aus Amerika” (Humboldt, 1993: 174-176). En ella afirma Ascázubi:

el 8 de febrero del año de 1785, tercer día de Carnestolendas, amanecieron los campos de Cayambe espolvoreados con tierra que había caído del cielo, y esta se conoció mejor en las Debesas, que acá se llaman Potreros, a causa de que la yerba se veía blanquisca: Yo estaba entonces en mi hacienda de Changalió [Changalá], que está a continuación del Pueblo de Cayambe, y salí a las cinco, y media de la mañana a ver este suceso; mi primer cuidado fue examinar el grosor o cracicie de la Tierra que había caído, y le encontré como de una línea: recojí un poco de ella, limpia, y sin mezcla alguna de las ojas de un Maguey, y la hallé no solo áspera al tacto, sino que me certifiqué de que era piedra quemada, y reducida quasi al polvo: no la encontré fotor alguno, hasta que la puse en asquas, y entonces se exalaba uno ligero de azufre.”

Como entonces se desconocía que el Cayambe fuese volcán, se pensó que la ceniza provendría de otra montaña,

quando por el mes de julio del mismo año empezó Cayambur[u] a bechar humo por dos vocas que tiene, y descubrió sin estrago ni movimiento alguno al S.E. quasi en línea recta, aumentándose algunas veces esta especie de explosion hasta por otra tercera que tiene más alta en línea curba con las dos primeras, todas en el cuerpo del Serro desde poco más arriba de la mitad para abajo: el humo era a veces tan denso, y cargado de materias combustibles, que por las noches se veía inflamado. Ultimamente en Marzo de 1786, hizo por la voca más baxa una erupción de una materia mui espesa, y negra, que la tube por lodo, y cubrió como dos Leguas de largo, y una de ancho, y no se pudo examinar por que no

salió de las faldas nevadas, y hay riesgo inminente de la vida en caminar por encima de la nieve [...]. Es notable que antes, ni en la explosión misma se hubiese sentido en el Pueblo de Cayambe temblor de Tierra, ni oído bramido o ruido alguno [...]. Ahora diez días vino a verme el Mayordomo de la Hacienda, y me dijo que actualmente estaba echando humo [la] citada Montaña por la voca más baja.

El nudo septentrional que cierra la hoya de Quito está formado por el Mojanda, que se levanta al norte del río Guayllabamba y de su afluente septentrional el Pisque. El Mojanda es una altura volcánica que lleva encima una caldera muy ancha a cuyo alrededor se agrupan varios picachos; los más notables son el Yana Urcu (4.272 m.) ubicado al sur de la caldera, el Fuya Fuya (4.294 m.) al lado occidental y el Colongal (4.145 m.). La enorme caldera, extensamente erosionada, contiene una laguna grande y otras pequeñas. El interior de la caldera mide aproximadamente 2,2 km. (N-S) y 2,8 km. (E-O). Su forma interior no es tan circular como se nota en otras calderas, debido a la erosión glaciaria y a la actividad volcánica posterior a la formación de la caldera, la que está atestiguada por los remanentes de domos y cuellos volcánicos. El antiguo estrato volcán tenía una base de cerca de 20 km. de diámetro. Según Sauer (1965: 225-226) predominan las andesitas de piroxeno. Por su tamaño, el Mojanda debía haber rivalizado con los grandes volcanes de la zona (Hall, 1977: 97).

El antiguo camino de herradura de Otavalo a Malchinguí pasa por medio de la caldera, al lado de las lagunas que desaguan hacia el norte en la cuenca hidrográfica del Chota-Mira: Guarmicocha (3.727 m.) y Caricocha (3.711 m.). Las faldas australes y septentrionales del Mojanda están surcadas de quebradas, aunque no alimentan ríos de consideración. Hacia el noreste del Mojanda se encuentra otro cerro volcánico, el Cusín (4.012 m.), cuyo pie forma con las estribaciones del Mojanda la ensillada de Cajas (3.099 m.). El antiguo volcán Cusín consiste en una caldera modificada por los glaciares pleistocénicos, que está abierta hacia el noroeste. Sus faldas orientales siguen hacia los páramos de Pesillo, los que se unen con las estribaciones septentrionales del Cayambe. (Wolf, 1975: 123-124; Hall, 1977: 97).

Aislado en el centro de la Hoya de Quito se encuentra el volcán antiguo Ilaló (3.161 m.), cuyo cráter se abre hacia el occidente y desemboca en el río San Pedro: la matriz fluvial del Guayllabamba. El Ilaló y los remanentes del Pasocha y Rumiñahui definen una línea recta a lo largo de la cual ocurrió el terremoto del 9 de agosto de 1938. El Ilaló es un estrato volcán mediano, el diámetro de su base es de aproximadamente 8 km., fuertemente erosionado y cubierto de cangahua. Es conocido por sus fuentes de aguas termales (Hall, 1977: 97-98). Las fuentes más lejanas del Guayllabamba se nutren en los deshielos del Iliniza y Cotopaxi. El río San Pedro con el nombre de río Curiquingue, recoge las quebradas del Iliniza y del nudo de Tiopullo e ingresa en el valle de Machachi. Después de recibir algunos pequeños afluentes del Pasocha ingresa al valle de los Chillós; cerca del pueblo de Conocoto recibe las aguas del río Pita que recoge, a su vez, las aguas del Cotopaxi, Sincholagua y Rumiñahui. Más al norte el río San Pedro atraviesa una garganta, al occidente del Ilaló y entra en el valle de Tumbaco. Después de Cumbayá, en su margen izquierda, recibe las aguas del río Machángara que nace en el Atacazo y es alimentado por algunas quebradas del Pichincha. Más abajo y en su margen derecha el San Pedro recibe las aguas del río Tumbaco o Chiche que recoge varias quebradas que bajan de la Cordillera Oriental y de los flancos orientales y septentrionales del Ilaló. Desde esta confluencia lleva el nombre de Guayllabamba.

El río Guambi es otro tributario muy parecido al anterior y corre casi paralelo a él. Tiene sus fuentes principales en Guamaní y, antes de desembocar en el río Guayllabamba, recibe el río Quinche que viene de la Cordillera Oriental entre el cerro Puntas y el de Pambamarca. Una corta distancia al norte del pueblo de Guayllabamba el río homónimo recibe las aguas del río Pisque. Sus cabeceras abrazan tres lados del volcán Cayambe y recogen las aguas de la Cordillera Oriental desde Pambamarca y Saraurco hasta el norte del Cayambe. El río Guachalá es la rama más meridional y más larga; el río Granobles es la más septentrional; y entre las dos baja el río Cayambe. Las tres corrientes fluviales se unen al occidente del pueblo de Cayambe y forman el río Pisque, el que corre hacia el occidente en una quebrada muy honda, flanqueada por negros peñascos de lava, hasta desembocar en el río Guayllabamba. És-

te vira hacia el occidente y se dirige, a través de una profunda abra hacia los llanos tropicales de Esmeraldas; a ambos lados del estrecho valle se elevan las ramas occidentales de la Cordillera, la de Íntag hacia el norte, y la de Cachillacta hacia el sur. (Wolf, 1975: 124-131).

La Cordillera Occidental, al norte del río Guayllabamba, se eleva nuevamente y conserva su naturaleza volcánica. Por los cerros de la Escalera y de Chanchagrán se conecta con los páramos de Mojanda y por esta ensillada atraviesa un camino antiguo que conecta la hoya de Quito con la de Ibarra y Otavalo. Hacia el norte siguen las sierras de Sigsicunga y Cambugán, con alturas entre 3.000 y 3.500 m. De estos cerros se prolonga hacia el oeste un ramal largo denominado Cordillera de Íntag que separa los valles tropicales del Guayllabamba y del Íntag. El volcán pleistocénico Cotacachi (4.966 m.) es el único nevado que se levanta entre los valles de los ríos Guayllabamba y Mira.

El Cotacachi era un gran estrato volcán, en la actualidad fuertemente erosionado por los glaciares de fines del Pleistoceno, los que le han dejado como una pirámide bordeada por peñas casi verticales. En su construcción exterior se parece al Quilindaña. Predominan en el mismo las andesitas piroxénicas y anfibólicas. En sus flancos surorientales se halla la laguna de Cuicocha. Consiste en una caldera de 3 km. de diámetro, limitada por paredes interiores muy pendientes, la cual contiene una laguna muy profunda. El nivel del agua se encuentra a 3.081 m. de altura. Los tres domos volcánicos, que afloran en los dos islotes, evidencian la renovación de su actividad después de las erupciones explosivas finales que produjeron la actual caldera. Al norte del pequeño islote se pueden observar emanaciones de gases sulfurosos que salen, en forma de burbujas, hasta la superficie de las aguas. Estas erupciones dejaron un extenso manto de material piroclástico que se observa a lo largo de la carretera que une la población de Cotacachi con la laguna. La escasa erosión del manto sugiere que la última etapa de actividad es apenas prehistórica, como en los volcanes Pulu-lagua y Quilotoa. Brechas explosivas, tobas y piedra pómez, todas de la composición diacítica a riodiacítica, componen estos materiales jóvenes. Algunas fuentes termales todavía existen en la vecindad. (Hall, 1977: 91-93).

Al norte del Cotacachi y sobre la misma Cordillera se levanta otro cerro volcánico, el Yana Urcu (4.556 m.), fácil de distinguir por sus peñascos negros, que sobresalen en los páramos de Piñán. Como el Cambugán, Sigsicunga y Chanchagrán, el Yana Urcu es un volcán apagado pliocénico. El sector del Piñán en la Cordillera Occidental emite varios ramales cortos hacia la hoya de Ibarra, mientras hacia el poniente los ramales son considerables. La cordillera de Toisán nace atrás del Yana Urcu, entre las cabeceras del río Íntag y del río Santiago; más abajo ésta se denomina cordillera de Cayapas. Al norte del Yana Urcu sale la cordillera de Lachas y avanza hacia el noroeste entre las cabeceras de los ríos Santiago y Lita. Finalmente la cordillera de Chilluri es la rama que sigue entre el río Lita y el caudaloso Mira. (Wolf, 1975: 132-134; Hall, 1977: 91).

La interrupción que sufre la Cordillera Oriental por el valle del Mira es más considerable que la ocasionada por el río Guayllabamba, ya que la hoya de Ibarra se prolonga en una abra ancha, orientada hacia el noroeste. Al lado derecho del río Mira la Cordillera Occidental se manifiesta en los páramos de Chiltazón y del Ángel. De este último nace un ancho nudo que desde el oeste se prolonga hasta la Cordillera Oriental. Solo al norte de este nudo reaparece el crestón central de la Cordillera Occidental, entre las cabeceras de los tributarios del río Mira y la pequeña hoya de Tulcán. En este tramo andino se encuentran los volcanes Chiles (4.780 m.), Cumbal (4.790 m.) y el Cerro Negro de Mayasquer (4.470 m.), los dos primeros con nieve perpetua y grandes heleros, y el tercero sin ella. Todos los tres volcanes se distinguen por sus profundas y espaciosas calderas. El volcán Chiles forma un doble estrato volcán con el activo Cerro Negro de Mayasquer. El Chiles se eleva sobre los límites actuales con Colombia, mientras el Cerro Negro yace en Colombia. La caldera del Chiles mide 2 km. de diámetro y está abierta hacia el norte; sus jóvenes coladas de lava (andecitas y dacitas) testifican una actividad no muy antigua. Fuentes termales y depósitos de azufre afloran alrededor de los dos volcanes. (Hall, 1977: 91). Al norte del Cumbal la Cordillera sigue con el nombre de Páramo de Colimba hasta las cercanías del Azufral de Túquerres (4.070 m.). El nudo que desde el sur del Chiles atraviesa hacia el

oriente, hasta llegar a las cercanías del cerro Mirador, se denomina nudo de Boliche o de la Dacha. Es la línea divisoria entre los sistemas fluviales del río Mira y del río Patía. (Wolf, 1975: 134-135).

La Cordillera Oriental desde el volcán Cayambe sigue hacia el norte con formas más suaves, en las que predominan antiguas rocas cristalinas. Sus largos y altos ramales se extienden entre los numerosos ríos de sus pendientes orientales. Allí nacen las cabeceras, entre otros, de los ríos Azuela, Cofanes y San Miguel. Pocos son los cerros que se levantan aislados sobre los dilatados páramos, como el Mirador al oriente de la Huaca. El fenómeno más interesante, que se presenta en la Cordillera Oriental, es el gran lago de San Pablo, más conocido como la Cocha, que se encuentra al sureste de Pasto. La cresta de la Cordillera en esta región es angosta y no excede mucho a la altura de 3.000 m. La Cocha (2.788 m.) es el lago más grande de Andinoamérica Septentrional, de cerca de 17 km. de largo por 3 km. de ancho. El desagadero se halla en la punta sur y afluye al río Guames que, a su vez, es tributario del Putumayo. (Wolf, 1975: 131-132).

En el centro de la hoya de Ibarra se hallan varios cerros volcánicos alineados de sur a norte, como dos cordilleras paralelas. La primera comienza con el volcán Cusín y sigue al norte con los conos parásitos de Cubilche (3.882 m.) y del Cunru (3.338 m.), hasta concluir con el volcán Imbabura (4.582 m.), que se levanta aislado por tres partes en la llanura. Sus empinadas laderas están coronadas con negros peñascos que en la cúspide ciñen el cráter. (Wolf, 1975: 136). El Imbabura es, según Minard Hall (1977: 96-97) el remanente de un gran estrato volcán que aparentemente no evolucionó al estado de una caldera. Todavía se nota un cráter en su cumbre, que está abierto hacia el este. Es notable la presencia de conos parásitos como el Huarmi Imabura (Asaya) y los mencionados Cubilche y Cunru. El Imbabura es un volcán apagado desde hace varios miles de años, no así el Huarmi Imbabura, que todavía presenta un cráter más reciente. Parece que las erupciones mencionadas por algunos autores como “históricas”, fueron solamente derrumbes de suelo y lodo, producidos en la pendiente brusca de los flancos.

La segunda cadena llamada Cordillera de Angochagua principia en

los páramos de Pesillo, donde éstos pasan a los de la Cordillera Oriental. Con una altura media de 3.000 m. la Cordillera de Angochagua avanza hacia el norte entre los ríos Taguando y Chamachán y remata sobre las orillas del río Chota y el pueblo de Ambuquí con el cerro de Pinllar (2.708 m.). Las Ventanillas, sobre la laguna de Yaguarcocha, tienen 3.066 metros de altura y el Yurac-Cruz Grande 3.577 metros. (Wolf, 1975: 136).

El sistema fluvial del Chota-Mira se compone de varios ríos. El río Blanco recoge las aguas que nacen en las faldas orientales de las sierras de Chanchagrán y Sigsicunga, en las estribaciones septentrionales del Mojanda y en la laguna de San Pablo. Todos estos riachuelos, el Pungo-Yacu (desaguadero del cráter del Mojanda), el Tejar, el Quichinche y el Peguche (desaguadero del lago de San Pablo), se reúnen en las cercanías de Otavalo para formar el río Blanco que corre de sur a norte. El lago de San Pablo (2.697 m.) o Imba-Cocha (laguna de las preñadillas) ocupa la llanura entre el Mojanda, el Cusín y el Imbabura; es el lago más grande y hermoso de las hoyas interandinas del Ecuador y tiene un diámetro de cerca de 3 km. En su recorrido hacia el norte, el río Blanco recibe las aguas de sus afluentes occidentales, los ríos Cuicocha, Alambi y Cari-Yacu que fluyen de las faldas del Cotacachi. Cerca del pueblo de Urcuquí el río Blanco declina su rumbo al noreste, para unirse con el río Taguando que viene del sureste. Ambos toman en nombre de río Ambi, el que más al norte se une con el río Chota.

El río Taguando nace en los páramos de Pesillo y Cochicaranqui y recorre de sur a norte entre el Imbabura y la cordillera de Angochagua. Entre sus afluentes merece ser nombrado el desaguadero de la laguna de Yaguarcocha (2.253 m.). La fama histórica de esta “laguna de sangre” se debe a que en sus orillas el inca Huayna Cápac obtuvo una victoria decisiva sobre los Caranquis y sus aliados. Los vencidos fueron arrojados a sus aguas, las que se tiñeron con la sangre de los sacrificados. Esta laguna está situada al norte de Ibarra, sobre una llanura rodeada de colinas.

Entre la cordillera de Angochagua y la Cordillera Oriental nace el río Chamachán, que desde Pimampiro cambia de nombre en Chota. Corre de sur a norte paralelo al Taguando y al oriente recibe las aguas del

río Pisco. Desde su desembocadura, en las cercanías de Pimampiro, el río Chota vira hacia el noroeste y finalmente al oeste para recibir las aguas del Ambi. Antes de su confluencia, el río Chota recibe en su margen derecha el río Apaquí, que recoge las aguas de los altos de Boliche. Desde la confluencia del río Apaquí hasta la del Ambi se extiende el caluroso valle del Chota (1.500 m.), que se prolonga en la llanura de Salinas, célebre por su vegetación subtropical, no menos que por su insalubridad, hasta mediados del siglo XX, a consecuencia de las fiebres endémicas. Entre la boca del Apaquí y su unión con el río Ambi, el Chota recibe por el norte un afluente considerable, el río Mira, que recoge las aguas de los páramos del Angel. Desde las confluencias del Mira y del Ambi, el río Chota se denomina, hasta su desembocadura en el Océano Pacífico, río Mira. Éste recibe de los páramos del Angel y del Chiltazón ríos de poco caudal, mientras desde el sur confluyen los ríos Salinas, Palacara y Salado, que descienden desde los páramos de la Cordillera Occidental. Al poniente del ramal del Chilluri se halla el río Lita, que nace en los páramos de Piñán y es el más largo y caudaloso de la ribera meridional del río Mira. Su desembocadura señala la transición de la Sierra hacia la Costa. (Wolf, 1975: 136-138).

Al norte del nudo de Boliche se encuentra la pequeña hoya interandina de Tulcán, regada por las cabeceras del río Guáytara, que corre hacia el norte y pertenece al sistema fluvial del río Patía. La hoya está limitada al oeste por el volcán Chiles, al este por la Cordillera Oriental y al norte por los cerros de Ipiales. El río Cumbal, que desciende del cerro del mismo nombre y de los páramos de Colimba se une con el Carchi; éste nace en el volcán Chiles y corre por el medio de la hoya, de occidente a oriente. En la actualidad el río Carchi es parte de la frontera entre Ecuador y Colombia. Desde su unión con el Cumbal el río se denomina Guáytara. (Wolf, 1975: 139).

1.3.- Geosistemas climáticos

Se dice, con razón, que el Ecuador reúne en un espacio relativamente pequeño todos los climas y las zonas terrestres, desde la tórrida hasta la glacial. Aunque el territorio atravesado en su región norte por la

línea equinoccial, está en su totalidad ubicado en la zona tropical de la tierra, la enorme variedad de temperaturas y de grados de humedad, hace que el clima y los recursos de flora y fauna sean de gran diversidad. En el Ecuador las variaciones del clima son consecuencias de su configuración orográfica y de la naturaleza del mar que baña sus costas. Como afirma T. Wolf (1975: 425 y ss.), en Sudamérica se distinguen un clima oriental y un clima occidental, separados ambos por la Cordillera de los Andes. Desde Colombia hasta Chile y particularmente en el Perú, solo las vertientes orientales de los Andes están expuestas a la acción de los vientos alisios, que siempre soplan desde el levante y, cargados de vapores acuosos, condensan y descargan las nubes en las faldas de la Cordillera, mientras que en el lado occidental no se observa este influjo. A lo largo de la costa misma reinan los vientos del sur y del norte, paralelos a la cadena de los Andes, y otros agentes distintos del lado oriental. La vegetación arbórea, tan variada y abundante en el Ecuador, acaba en Tumbes o cerca del Cabo Blanco (4° latitud sur) y no vuelve a aparecer sino al sur de Valparaíso en Chile (33° latitud sur), donde principian los bosques espesos de clima húmedo propios de las zonas templadas del Hemisferio Austral. El espacio entre el Cabo Blanco y Valparaíso carece de bosques, a consecuencia de la aridez del clima. En ninguna parte del mundo la formación de los desiertos depende de las propiedades físicas del suelo; su causa fundamental son los vientos disecantes que no permiten la condensación de los vapores, lo que no sucede en la costa central pacífica de Sudamérica. En este caso, el océano, fuente inagotable de humedad atmosférica, baña directamente el litoral árido, donde el vapor existente no se condensa sino en nieblas o garúas durante el invierno. Para que las nubes se condensen en lluvia necesitan el contacto con cuerpos más fríos, por lo regular las montañas litorales o las cordilleras más lejanas. Sin embargo, en el Perú la temperatura de la tierra firme, hasta alturas considerables, es más alta que la del mar que baña sus costas. Humboldt, en noviembre de 1802, midió la temperatura del mar en el Callao y la encontró a 15,5° C, mientras el aire alcanzaba los 23°, lo que significaba una diferencia de 7,5° C. Aquí radica la importancia de la Corriente Antártica Peruana, llamada con mayor razón histórica la Co-

riente Fría de Humboldt, que trae aguas frías desde la Antártida, las que condensan, lejos de la costa, las nubes cargadas de humedad.

A la altura de Cabo Blanco la mayor parte de la Corriente de Humboldt vira hacia el occidente. En el Ecuador, sobre todo en su mitad septentrional (desde Cabo Pasado), tenemos el caso inverso: el mar es más caliente (28° - 29° C) que la tierra, por lo que en el Litoral ecuatoriano llueve más de lo necesario, especialmente cuando es mayor el influjo de la Corriente Cálida del Niño, que baña las costas pacíficas de Colombia y del Ecuador entre los meses de diciembre y marzo. Lo que produce en la Costa el invierno, es decir la baja de la temperatura de la atmósfera en relación con la del mar, se efectúa también por la elevación del terreno y, como este agente no depende de la estación del año, se encuentran nubes y lluvias, también en verano, en lo alto de la Cordillera. La causa por la que la Sierra ecuatoriana participa del verano e invierno de la región occidental y no de la oriental, consiste en que la Cordillera Real u Oriental es más alta y más ancha que la Cordillera Occidental, y no presenta tantas gargantas transversales como ésta. El influjo de la estación oriental se limita a los páramos altos de la Cordillera Real y, rara vez, se extiende hasta el fondo de los valles. Solo en las brechas de los ríos Paute y Pastaza-Chambo avanza el influjo climático oriental hacia el interior de los valles interandinos. Las hoyas interandinas que se abren hacia la Costa, especialmente en su sector noroccidental, se transforman en valles hondos y calientes. El terreno aparece quebrado, los ríos están encañonados y en todas partes se ven peñascos desnudos y tierras volcánicas escasamente revestidas de espinares. Se trata en este caso de los “valles xerofílicos”, donde la precipitación no alcanza a compensar la evaporación de la vegetación y este fenómeno ayuda, después del medio día, los vientos intensos y la ausencia de nubes. Los suelos son sueltos y arenosos de tal manera que aun el agua de filtración no se mantiene en los primeros 80 cms. del suelo. (Acosta Solís, 1977: 233).

En el fondo de los valles, donde éstos se ensanchan desnudos, la vegetación subtropical, donde alcanza el riego artificial, ha sido reemplazada por cañaverales, cafetales, platanales y frutales. En la época prehispanica estos valles eran utilizados para las plantaciones de coca y

algodón, aunque eran insalubres a consecuencia de las fiebres intermitentes endémicas. (Wolf, 1975: 137-138). Tales son los casos de los valles profundos y calientes del Guayllabamba y del Chota-Mira, sobre los que soplan los vientos alisios, pero su restante carga de humedad, que no se ha condensado en las cumbres de la Cordillera Real, se transforma en lluvia sobre los páramos de los Andes Occidentales. Según Acosta Solís (1977: 233-234) otro factor impide las lluvias en las áreas aquí mencionadas. Se trata de la fuerte insolación que calienta el ambiente local, lo que no permite la condensación de los vientos húmedos que, por las abras naturales de Perucho y Lita, ingresan desde el occidente hacia los valles del Guayllabamba y Chota respectivamente. Es importante recalcar, como se comprobará más adelante, que para los pobladores aborígenes los valles xerofílicos, hondos y calientes y los ríos encañonados constituían mayores dificultades en la comunicación que los altos páramos y los puertos de montaña. La insalubridad de los valles calientes no permitía el normal asentamiento de pobladores permanentes y la explotación de sus recursos dependía de un acceso temporal de grupos itinerantes o provenientes de lugares ubicados en pisos ecológicos más altos. Los valles hondos y los cañones fluviales, en un momento dado de la historia, evolucionarán también hacia la configuración de fronteras naturales entre los territorios étnicos.

La Sierra ecuatoriana tiene una longitud de 650 km. y su anchura varía entre 50 y 80 km. Según el geógrafo francés Olivier Dollfus, en su esclarecedora obra “El reto del espacio andino” (1981: 31 y ss.), los geosistemas y medios naturales en los Andes ecuatoriales, sobre una base térmica y fitogeográfica, pueden distinguirse en cuatro geosistemas que con algunas modificaciones coinciden con las zonas o pisos climáticos esquematizados por Udo Oberem (1978, IV: 51-64) en base a los estudios del geógrafo alemán Carl Troll (1968) sobre la “Geo-Ecología” de las cordilleras en la América tropical. Debajo de los “pisos fríos glaciales” que en los Andes ecuatorianos se encuentran más o menos sobre los 4.600 metros, se extienden los “Geosistemas fríos”, comúnmente denominados “páramos”, que se distinguen entre “páramo alto”, situado entre 3.800 m. y 4.600 m, y “páramo bajo” entre 3.200 y 3.800 metros de altura. Los páramos altos se ubican en los

flancos de los volcanes o sobre las mesetas marcadas por glaciaciones cuaternarias. Las temperaturas medias fluctúan entre 2° y 7° C y las precipitaciones son superiores a los 1.000 mm. anuales y caen en forma de lluvia, garúa, nieve y granizo que rápidamente se disuelve. Las temperaturas en el piso son constantes, pues a menudo está saturado de agua y revestido de un tapiz vegetal continuo que es conocido como “champa”. Las nieblas son frecuentes y, especialmente en los páramos de la Cordillera Real, los vientos pueden ser fuertes. El funcionamiento del páramo es como una esponja. La evaporación es reducida por el frío y la humedad y una parte de las aguas alimenta los pisos inferiores.

Los páramos bajos son generalmente una formación boscosa, que crece en suelos húmicos profundos; las temperaturas medias anuales fluctúan entre 7° y 10° C. Las heladas matinales son reducidas, aunque pueden ser nefastas especialmente para los cultivos de papas. La vegetación natural está constituida por árboles bajos con troncos nudosos cubiertos de líquenes; plantas en rosetas de gran dimensión, como las “espeletia”, que reconquistan el terreno después de la roturación y pastoreo. En los fondos húmedos son abundantes las “bromeliaceae” de hojas lanosas, como las “achupallas” y también las “cyperaceae” (*Carex bonplanti*), de largas hojas ricas en sílice. En la actualidad, los páramos bajos se roturan a menudo para transformarlos en pastizales de altura para ganado vacuno y ovino o en campos de papa y, en muy pocos casos, de otros tubérculos de altura como la oca (*Oxalis tuberosa*), mashua (*Tropaeolum tuberosum*) y melloco (*Ullucus tuberosus*). A veces estos cultivos se realizan en camellones para permitir una mejor circulación del agua. A lo largo de la historia, sin embargo, los páramos bajos constituyen franjas pioneras que, según los cambios climáticos y variaciones demográficas, se explotan o abandonan. Es esta una importante diferencia con las “punas” de los Andes tropicales (Perú, Bolivia), ocupadas ininterrumpidamente durante milenios.

Dos son los criterios que definen los “Geosistemas templados” (Dollfus, 1981: 31-33): según la zonificación térmica sería el piso climático con una temperatura media anual alrededor de 14° C; y según

la isoieta una precipitación anual de 1.200 mm. Los Geosistemas templados se ubican entre los 2.000 y 3.200 m. de altura, con temperaturas que oscilan entre 10° y 18° C. Corresponden, según la mencionada nomenclatura de Oberem (1978) y Troll (1968), al “piso templado subandino” ubicado entre los 2.000 y 3.300 m. sobre el nivel del mar. El maíz se cultiva bien sobre los 14° C. y las precipitaciones sobre los 1.200 mm. favorecen el mantenimiento del bosque. En los geosistemas templados la división se hace en función de la humedad y precipitaciones y, a escala local, entre los sectores en pendiente y las cuencas y fondos de los valles. El “bosque nublado” define un medio caracterizado por humedad y nebulosidad casi constantes. En el bosque, que cubre todas las vertientes, la transición entre las especies arbóreas del páramo bajo y las del piso templado es progresiva. En toda el área, los musgos, líquenes y epífitas se adhieren a los árboles y arbustos. Ya que la humedad es acentuada, la inestabilidad de las vertientes puede ser la causa para que fuertes aluviones se precipiten hacia las regiones situadas en su piso inferior. Además de que estas condiciones limitan las posibilidades de utilización humana, esta faja de selva alta ha constituido un límite importante entre las montañas andinas con población campesina y las poblaciones de las planicies. De ahí su importancia estratégica en las comunicaciones inter-regionales tanto en el pasado, como en el presente. En el “bosque de altura mesófila” la humedad es menos intensa que en el bosque nublado. Esta característica climática explica su importancia agrícola, pues las precipitaciones son suficientes para el desarrollo de una agricultura sin riego, lo que explica que este piso ecológico ha sido profundamente modificado por la acción humana.

En esta zona deben distinguirse los sectores de pendientes de las áreas de planicies. En el primer caso la presión humana prácticamente ha destruido el bosque primigenio, que no subsiste sino en reducidas hondonadas; el paisaje actual corresponde a campos donde pastan vacunos, que alternan con cultivos de papas, cereales y legumbres. En la parte inferior del piso, donde la temperatura media es superior a los 14° C. el maíz es el principal cultivo, aunque últimamente se ha privilegiado en gran parte de esta zona la crianza de ganado vacuno y la producción lechera. Un ejemplo de interés son las hoyas del norte del

Ecuador y sur de Colombia, donde las cenizas volcánicas han producido suelos alófanos, fértiles y tenaces sobre las pendientes bajas. De ahí la frecuente disposición en aureolas: agricultura intensiva en los bordes y ganadería en los fondos húmedos.

En los Andes ecuatoriales, la faja altitudinal comprendida entre los 800 m. y 2.000 m. con temperaturas medias anuales entre 17° y 23° C. corresponde, según Dollfus (1981: 33-36), a los “Geosistemas tibios y cálidos”. Oberem (1978) y Troll (1968) prefieren denominarla “Piso temperado subtropical”; éste se ubicaría entre 1.500 m. y 2.000 m. de altitud (15° - 20° C). Los Geosistemas tibios y cálidos se pueden dividir, a su vez, entre los “húmedos” (2.500 mm. a 3.000 mm. de agua por año) y los “secos” (entre 1.000 y 2.500 mm. anuales), donde el riego es indispensable para la agricultura. Los primeros caracterizan el frente montañoso húmedo externo y constituyen el dominio de la selva densa oscura, donde la humedad y el calor favorecen en el suelo el rápido ciclo del nitrógeno y la fermentación bacteriana. Pese a la pendiente, los suelos están saturados, por lo que hay numerosos manantiales pequeños y son frecuentes los escurrimientos de tierras, los que destrozan la capa forestal y contribuyen a aumentar la carga sólida de los ríos. Estas condiciones hacen de él un geosistema frágil con suelos pobres, difícil para el desarrollo de colonizaciones. Por el contrario, los pisos ecológicos “secos” ofrecen mayores oportunidades al establecimiento humano. No hay heladas y la temperatura en días soleados llega hasta los 30° C. Los declives, en su origen cubiertos por una selva permanente, en las zonas más húmedas han sido fuertemente deforestados. Es la región del cultivo del café y de la caña de azúcar, asociados con plátanos, maíz, yuca, camote y cítricos. Como es posible y fácil el paso de la estabilidad a la erosión y existen alternativas en la elección del uso del espacio, su ocupación debe realizarse con técnicas que responden a los condicionamientos del geosistema.

En el límite montañoso del Área Andina ecuatorial apenas se reconocen los “Ecosistemas cálidos de piedemonte”. Los sectores más húmedos están ocupados por una selva densa. Cuando las precipitaciones sobrepasan los 4.000 mm. las condiciones de explotación son difíciles a causa de la rapidez con que desaparece la materia orgánica,

debida al desarrollo de complejos patógenos (amibas, etc.). En los valles secos, protegidos de las masas de aire húmedo, y asoleados, el clima es seco-cálido durante el día, con temperaturas medias entre 25° y 28° C, lo que produce una fuerte evaporación. Este es el caso de algunas zonas del valle del Patía y especialmente de algunos sectores del valle Chota-Mira, conforme se dirige hacia el noroccidente, hasta su apertura en la región de Lita. Estos “calientes” con un balance hídrico deficitario, para un uso agrícola adecuado, necesitan sistemas de riego artificial (Dollfus, 1981: 36-37).

1.4.- Microverticalidad y acceso a recursos

Como consecuencia del relieve andino ecuatorial, estas grandes unidades naturales correspondientes a geosistemas o pisos ecológicos, frecuentemente se encuentran próximos. En distancias de 20 ó 30 km. es posible pasar del páramo al piedemonte, de un sector seco-cálido a los altos páramos que conlindan con las nieves perpetuas, o a las selvas húmedas tropicales. Udo Oberem (1978, IV: 51-64) en su ponencia presentada dentro del 42° Congreso Internacional de Americanistas (París, septiembre 1976), titulada: “El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la Sierra ecuatoriana (Siglo XVI)”, es el primero que aplica creativamente a los Andes Septentrionales el “modelo de archipiélago vertical” elaborado por John V. Murra (1975: 59-115). A pesar de las similitudes políticas y sociales entre la Sierra ecuatoriana y el Altiplano peruano-boliviano, las diferencias geográficas son manifiestas. No obstante que en el Ecuador existe la división fundamental en tres regiones: Costa, Sierra y Oriente, dos cortes transversales a la altura del lago Titicaca por una parte, y a la de Quito por otra (Troll, 1968: 45) evidencian claramente las diferencias. La Sierra ecuatoriana, en su conjunto, es más baja y mucho más angosta, pues a la altura de 2.000 m. sobre el nivel del mar abarca menos de un tercio de lo que mide el Altiplano peruano-boliviano. En lugar de los “Andes de Puna” fríos y secos, encontramos en el norte los “Andes de Páramo” húmedos y fríos, que encierran una cadena de hoyas, cuyos ríos desaguan hacia el oriente y occidente.

Udo Oberem formula una pregunta clave: “¿Cómo lograban los pobladores de las Sierra ecuatoriana aprovisionarse de productos de diferentes ecologías existentes en las diferentes zonas climáticas?”. Y más adelante prosigue: “En grandes partes de la Sierra se encontraba [...] un fenómeno que se podría denominar micro-verticalidad. Se distingue de la macro-verticalidad descrita por John V. Murra (1975) por la falta de las islas habitadas que caracteriza el sistema archipiélago como tal. Microverticalidad quiere decir que los habitantes de un pueblo tenían campos situados en diferentes pisos ecológicos alcanzables en un mismo día con la posibilidad de regresar al lugar de residencia por la noche” (Oberem 1978, IV: 54). Un ejemplo ilustrativo en el norte ecuatoriano es el caso de Cahuasquí y Quilca (en la actual provincia de Imbabura). Los habitantes de aquella población situada a 2.379 m. poseían plantaciones de algodón, a una legua de distancia, en un valle caliente (el Chota-Mira). Sus vecinos de Quilca (se ignora su ubicación) eran dueños de mucha coca y algodón en otro valle de su propiedad, que ellos tenían a dos leguas de su tierra (Aguilar, en Ponce Leiva, 1992, I: 417). En Pimampiro (2.156 m.) según su doctrinero, había sementeras de maíz en el pueblo y

“maíz y otras legumbres en este dicho valle de Coangue, que será poco más ancho que 4 tiros de arcabuz y en partes menos. Es un valle muy fértil y de mucha recreación para los naturales, aunque algunos tiempos del año enfermo, unos años más que otros. Son estos indios de muy poco trabajo, por caso del rescate de coca, porque están enseñados que los indios extranjeros que les vienen a comprar la coca les labren las dichas chácaras de coca para tenerlos gratos, porque no venden la dicha coca a otros indios; y estos son como feligreses que dicen.” (Borja, en Ponce Leiva, 1992, I: 481).

El valle de Coangue o del río Chota está ubicado entre 1.500 y 1.600 m. de altitud sobre el nivel del mar. Las diferencias aproximadas de altura entre los pueblos aquí mencionados y sus campos ubicados en zonas más cálidas oscilan entre 350 y 800 m. Las informaciones aquí mencionadas datan, sin embargo, de la época posterior a la implantación del sistema de reducciones, por lo que hasta el momento no es posible comprobar, en base a fuentes históricas, si en las épocas pre-

coloniales o anteriores a la invasión incaica existía ya la microverticalidad anteriormente descrita (Oberem 1978, IV: 54-55). Parece que el modelo era entonces practicado, pues en general la administración colonial procuró mantener los modelos económicos aborígenes, con la intención de integrarlos mejor y en forma dependiente a su sistema de explotación económica.

También se encuentra en los Andes Septentrionales la estrategia del denominado sistema “archipiélago”, al estilo peruano, con el objeto de tener acceso a productos provenientes de diferentes ecologías. Un ejemplo de interés es el acceso a la sal: recurso estratégico para la población serrana. Todavía en Salinas, población perteneciente a la provincia de Imbabura, se elabora sal con una técnica que se diferencia muy poco de la del siglo XVI y, con probabilidad, responde a una práctica prehispánica. Una “Descripción de la ciudad de San Francisco de Quito”, de un autor anónimo y escrita en 1573, menciona que

en los términos del pueblo de Mira hay unas fuentes de agua salada, que están 15 leguas de la dicha ciudad [Quito], las cuales benefician unos indios sujetos a un capitán de don Luis Ango, cacique de Otavalo encomendado en el capitán Rodrigo de Salazar. La sal que de ella se hace es parda y amarga; estimanla solo los naturales.” (Anónimo, en Ponce Leiva, 1992, I: 190). Por otra relación escrita tres años más tarde nos enteramos de que “hay 18 leguas desta ciudad [Quito], en la Sierra, unas salinas, donde los indios labran y se hace sal, que es la principal para el sustento de los naturales de esta tierras, y todos los pueblos de esta provincia tienen allí repartido a cada uno su parte puestos indios en la labor de ella (Valverde y Rodríguez, en Ponce Leiva, 1992, I: 244).

Además de la sal se mencionan la coca y el algodón como productos de otras ecologías de los cuales era menester aprovisionarse gracias a los “camayos” ubicados en “islas multiétnicas” dentro del “sistema archipiélago”. Un ejemplo de interés para la zona de estudio es nuevamente el caso Pimampiro. Informa Borja (en: Ponce Leiva, 1992, I: 486) que allí

hay 80 indios pastos, que son como naturales; éstos son camayos, que dicen, que son como mayordomos de los dueños de las rozas de coca, y estanse con

estos naturales porque les dan tierras en que siembren; y así están ya como naturales.

Aunque las fuentes de Andinoamérica son poco informativas en lo referente al modo de traficar y a los comerciantes, parece que en los Andes septentrionales (actual Ecuador) había entre las diferentes zonas un intercambio de productos. Al respecto afirma Udo Oberem (1978, IV: 60): “Debido al hecho de que esta región no había sido incorporada muchos años antes de la llegada de los españoles al dominio incaico, con razón cabe suponer que la institución se remonta a tiempos preincaicos”. En Pimampiro, por ejemplo, entre los habitantes Caranqui no solo vivían indios Pastos como “coca-camayos” sino que también venían comerciantes Pastos para comprar coca. Se mencionan, en 1591,

doscientos de ellos y además 300 indios forasteros de Otavalo y Carangué y de Latacunga y Sichos y de otras tierras muy apartadas de esta, que vienen por caso de la coca a contratar con éstos. (Borja, en Ponce Leiva, 1992, I: 486).

También en el “Partido de Otavalo” que, en la segunda mitad del siglo XVI, incluía las actuales provincias de Imbabura y Carchi y el norte de la provincia de Pichincha, los comerciantes indígenas no pagaban el tributo ordinario ni servían como los demás a sus caciques pues, por un status especial, “*solo pagaban tributo de oro y mantas y chaquiras de hueso blanco o colorado*” (Paz Ponce de León, en Ponce Leiva, 1992, I: 364). A los comerciantes indígenas se les denominaba “mindalá” o, en plural castellanizado, “mindalae”. De un indio Juan Cuaya, vecino del pueblo de Huaca (en la actual provincia del Carchi), se dice en 1568 que era “*indio mercader de Huaca, apodado de Mindala*”. (Hartmann, 1968: 185; Oberem 1978, IV: 61), quien reclamaba para sí el señorío de Cuasmal. Frank Salomon en su libro “Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas” (1980: 164-169) define, con una cita, a los “mindalae” como “*yndios mercaderes*” que residían en un distrito privilegiado del Quito incaico, “*rescatando en el tianguéz*” y añade que, según la documentación por él revisada, su distribución era autóctona por lo

menos desde Sicchos, hasta la región norteña de Pasto. Todavía en la actualidad la palabra “mindalá” es, en la serranía ecuatoriana, sinónimo peyorativo de resabiada, vulgar, mal acostumbrada, soez e insultadora, aplicado generalmente a las mujeres vendedoras en los mercados populares, tildadas también como “cholas revendedoras” (cfr. Buitrón, 1953: 75).

Además de las conocidas instituciones andinas como la “reciprocidad” y la “redistribución”, funcionaba también la prestación de la fuerza de trabajo en campos ajenos, como una estrategia para la obtención de productos necesarios o exóticos, provenientes de otros pisos ecológicos. Nos informa el cura doctrinero de Pimampiro, como se ha citado en páginas anteriores, que todavía en la segunda mitad del siglo XVI, los indios de su pueblo tendían a la holgazanería,

porque están enseñados que los indios extranjeros que les vienen a comprar la coca las labren las dichas chacaras de coca para tenerlos gratos (Borja, en Ponce Leiva, 1992, I: 481).

Desgraciadamente pocos son los datos históricos hasta ahora conocidos que nos permitan generalizar si tal tipo de acceso, mencionado para el valle de Coangue o Chota, existía también en otras partes de Andinoamérica Septentrional. (Oberem 1978, IV: 61-62).

A este propósito es necesario hacer una reflexión importante. La escasez e insuficiencia de las informaciones etnohistóricas a disposición no permiten determinar, con una mayor evidencia, si determinados fenómenos fueron introducidos por los Incas o si datan de épocas preincaicas. Incluso es posible dudar si son modelos coloniales tempranos o prehispánicos. “Estas dificultades radican —afirma Oberem— en que por lo general las fuentes disponibles fueron escritas por miembros de la república de los españoles que, por consiguiente, han recurrido a términos de la cultura europea incluso al describir particularidades andinas; y cuando a veces se utilizaban términos indígenas, éstos eran aplicados e interpretados de acuerdo con la concepción cultural del autor”. (Oberem 1978, IV: 62). De todos modos, vale repetir la aseveración de que el dominio incaico duró poco tiempo en la Sierra ecuatoriana septentrional, y no fue aceptada de buena gana por los aborígenes. Anto-

nio Borja, cura doctrinero de Pimampiro y gran observador de las costumbres de sus feligreses indígenas, anota en 1591, que en Chapi y Pimampiro hablan los indios un idioma que tiene semejanzas con el de los Coronados [Cofán?], *“que es lengua exquesita, que es la de Otavalo y Carangue y Cayambe y los demás pueblos de esta comarca”*. Y a continuación añade: *“Muy pocos indios de esta doctrina saben la lengua general del Inga, y casi ningunas mujeres entienden la dicha lengua del Inga”* (Borja, en Ponce Leiva, 1992, I: 481).

Muchas instituciones incaicas, como el idioma, fueron introducidas a lo largo de la Época Colonial, especialmente en el siglo XVII, por lo que es posible aseverar que modalidades económicas no europeas que están documentadas como “indígenas”, bien podrían haber sido preincaicas. Este sería también el caso del modelo de la “microverticalidad” en los Andes Septentrionales.

1.5.- Particularidad adaptativa

Una somera descripción del espacio territorial al norte de la línea ecuatorial y de las modalidades de su uso en la época prehispánica suscita una diversidad de preguntas. Si se acepta conceptualizar la cultura en forma más concreta “como el instrumento trascendental de ese ser social denominado hombre, por el que la vida se mantiene en los medios ecológicos que pretende explotar, al haber reemplazado, desde hace mucho tiempo, a mecanismos de selección natural y de mutación genética” (Moreno Yáñez, 1987: 57), es posible entonces comprender que cada grupo humano introduce en su “habitat” un nivel particular del proceso adaptativo y del control sobre la naturaleza. Con razón, es lícito afirmar que cada cultura puede ser conceptualizada como una estrategia particular de adaptación, que representa, a su vez, un designio único social destinado a explotar su habitat. A este propósito es importante proponer una definición operativa de cultura, como la respuesta original y colectiva de un grupo humano a su medio ambiente y a su historia, entendida esta última como un proceso acumulativo de experiencias que permanentemente se socializan gracias al aprendizaje.

Como explica Emilio Morán (1993: 44 y ss.), la complejidad de las relaciones entre las poblaciones humanas y el medio ambiente puede ser explicada como una historia cultural o bajo un análisis estricto de las características del medio ambiente. La primera tendencia afirma la capacidad absoluta del hombre para controlar la naturaleza, sin tener en cuenta las limitaciones que ésta presenta. La segunda, por el contrario, subraya el determinismo de la naturaleza sobre las condiciones materiales de la existencia humana. Dado que el papel de la Antropología consiste en describir las similitudes y las diferencias culturales en el espacio y en el tiempo, y en analizar esas variaciones en términos de regularidades de forma, función y proceso, capaces de conducir a generalizaciones sobre sus causas, Julian Steward (1955: 14-15) propuso una metodología comparativa que permitiera entender que una evolución de las sociedades no sigue una línea única. En su propuesta de “evolución multilinear” es importante el estudio de los procesos de adaptación de sociedades específicas, comparables con los tipos de estrategias de adaptación resultantes de sus respuestas a las características de los recursos ambientales específicos. El proceso evolutivo puede ser también discontinuo ya que, a veces, conduce a un mayor control energético y complejidad social y, otras veces, a formas económicas y sociales más simples. Este segundo fenómeno podría ocurrir en virtud de la necesidad de sobrevivir en un ambiente donde el acceso a los recursos naturales es más restringido debido, por ejemplo, a insuficiencias políticas o militares. Es, por lo tanto, importante explicar las relaciones entre las poblaciones humanas y el ambiente, relaciones que se repiten en culturas con ecologías similares pero que no son necesariamente universales, puesto que existen alternativas específicas en términos históricos (Steward, 1955: 29).

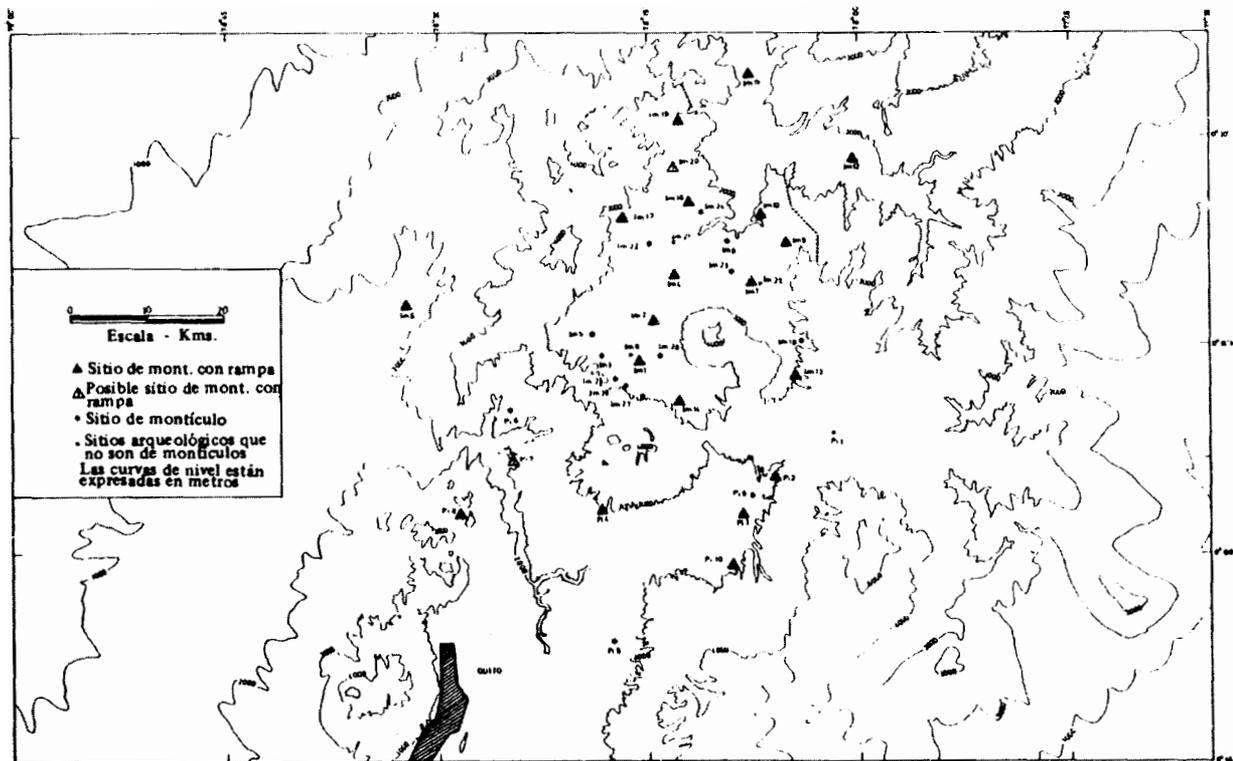
Como consecuencia de estas reflexiones, es importante una vez más aseverar que la Antropología debe considerar la cultura como lo “meta-orgánico”, en el sentido de la transformación dialéctica de lo natural en artificial y definirla “como el conjunto de tecnologías y estrategias de adaptación, instituciones, ideologías y formas habituales de comportamiento, que corresponden al enfrentamiento, a través del trabajo, de una sociedad a condiciones específicas, en la solución his-

tórica de sus problemas generales de desarrollo económico, institucional e ideológico, para asegurar una reproducción y supervivencia, en una relación de mutua transformación con el habitat” (Moreno Yáñez, 1987: 57).

Desde el mencionado punto de vista, no es adecuado confundir, como sinónimos, “formación social” y “cultura”. Se deben antes precisar como lo hacen Bate (1978) y Lumbreras (1981), los alcances y contenidos de ambos conceptos. “Formación social” es una categoría analítica, que permite entender la conducta social en su totalidad, desde una perspectiva universal y no fenoménica. “Cultura”, en cambio, es un concepto que sirve para identificar la forma particular cómo cada sociedad, o incluso cada grupo étnico, resuelve su forma de vida dentro de cada formación social. Lo anterior significa que “dentro de una formación social dada pueden desarrollarse muchas y diferentes culturas, diferenciadas unas de otras por sus instituciones, sistemas de parentesco, costumbres o específicas formas de trabajo, pero iguales en el nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas, en sus relaciones sociales de producción o en la articulación específica de los diversos componentes del modo de producción con la superestructura” (Moreno Yáñez, 1987: 58). Es, por lo tanto, tarea del historiador, del antropólogo y de todo científico social, descubrir el nivel de desarrollo de los pueblos, integrándolos dentro de una formación social dada y procurando, al mismo tiempo, analizar su cultura. Este es el reto propuesto al estudiar el desarrollo diacrónico de la formación socioeconómica correspondiente a los pueblos aborígenes que, desde hace varios milenios, ocuparon el territorio septentrional del actual Ecuador.

Un punto de referencia, aparentemente arbitrario pero históricamente comprobado como una región nuclear, es el “País Imbaya”, con su centro en la comarca de Otavalo. Su situación geográfica y la oferta natural de sus recursos la predestinaron para ejercer un papel preponderante en el desarrollo histórico y social de una amplia región interandina situada entre los ríos Chota-Mira y Guayllabamba-Pisque o quizás Guayllabamba-Chiche, más al sur, y de las zonas de montaña húmeda tropical situadas a ambos lados de la Cordillera Andina.

Sitios arqueológicos de las Provincias de Pichincha (Pi) e Imbabura (Im), Ecuador



2.- POBLAMIENTO DE LOS ANDES EQUINOCCIALES

Los textos escolares y la literatura de divulgación dan la impresión de que las primeras migraciones humanas se dieron con facilidad, desde Alaska hacia el sur del Continente Americano. Con excepción de los éxodos conocidos en tiempos históricos, las primitivas migraciones humanas han transcurrido a lo largo de milenios, como una filtración paulatina de grupos humanos en territorios desconocidos. Como asevera Ernesto Salazar (1988 b: 86; cfr. también Salazar, 1988 a: 33-72), se debe tener en cuenta la “hipótesis del complejo adaptativo” propuesta por McNeisch (1973), según la cual los pobladores del Nuevo Mundo, al ingresar en una nueva zona ecológica, pasaban por un proceso de adaptación cultural a las nuevas condiciones. Abandonados los antiguos rasgos culturales y adaptados los nuevos, podían ocupar la zona ecológica. Esta reorientación económica y cultural debe haber ocurrido numerosas veces a lo largo y ancho del Continente.

Hace 40.000 años, quienes iniciaron el poblamiento temprano de América del Sur debieron haberse enfrentado a la barrera natural de las selvas de Darién, por la falta de un equipo cultural apropiado para desenvolverse en el medio ambiente selvático de esta región. Todavía se desconocen, sin embargo, los cambios climáticos que podrían haber alterado la región mencionada. Si éstos se dieron, es posible que los patrones de vegetación y sus consecuencias en la flora y fauna permitieron el tránsito de los grupos humanos en condiciones más fáciles. Al pie de los Andes, las rutas de migración humana podrían haberse diversificado. Nada se puede, sin embargo, aseverar al presente, pues se desconoce la historia ecológica de la actual selva tropical lluviosa del noroccidente de Sudamérica, y el grado de reducción alcanzado como respuesta al ciclo glacial-interglacial de los Andes Ecuatoriales. (Salazar, 1988 b: 87-88).

2.1.- Antigüedad del Hombre ecuatorial

El registro arqueológico actual permite afirmar que el poblamiento más antiguo en nuestro país está ubicado en el Callejón Interandino, acaso con migraciones menores hacia la Costa y el Oriente. La fecha de tal evento puede ser postulada hace 13.000 o 14.000 años. En esa época los glaciares y el páramo se hallaban en franca retirada y el bosque montano cubría los valles interandinos, proporcionando abundantes recursos a la caza y recolección. El clima relativamente estable de la Costa, con estaciones secas y lluviosas, especialmente en el centro y al sur de la actual provincia de Manabí y en la península de Santa Elena, permitía el uso de varios recursos marinos y de los bosques en los flancos de la cordillera de Chongón y Colonche y de los macizos irregulares de Manabí hasta el Cerro de Hojas. Si en esa época hubo alguna migración hacia la Costa o hacia el Oriente, las actuales evidencias arqueológicas no nos permiten hacer afirmación alguna. (Salazar, 1988: 88-90). No obstante, se debe recordar que en Las Vegas (península de Santa Elena) Karen Stothert (1985: 613-637) descubrió restos humanos, cuyas dataciones radiocarbónicas los ubican entre 6.300 y 4.600 a.C. Esta circunstancia haría de ellos la muestra biológica más representativa del hombre antiguo en el Ecuador. (Salazar, 1988 b: 93).

38

Las excavaciones realizadas en Las Vegas (sitio OGSE-80), sin embargo, donde por más de 4.000 años se acumuló un basural, demostraron una ocupación humana pre-cerámica entre 10.800 y 6.600 antes del presente. Esta ocupación respondía al patrón de asentamiento correspondiente a pueblos cazadores recolectores, que explotaban una amplia variedad de recursos, en un medio ambiente provisto de nichos ecológicos diferentes, que incluían especies fáunicas terrestres, plantas acuáticas y de la sabana y colinas alledañas, y recursos marinos. El lugar de Las Vegas estaba ubicado convenientemente para la cacería del venado, la pesca, la recolección de moluscos y plantas y quizás la práctica de la horticultura. (Stothert, 1988: 237-260).

A propósito de la antigüedad de los restos humanos en el Ecuador, en una "Historia Antigua del Pueblo Imbaya", es importante aclarar el

estado de la cuestión sobre los resultados de las investigaciones acerca del denominado por César Vásquez Fuller (1973) “Homo Sapiens Otavalensis”. Hacia 1957, luego de una explosión de dinamita, una cuadrilla de trabajadores municipales localizó en las excavaciones para la cimentación de la Central Hidroeléctrica de Otavalo, en el cañón del río Ambi, un cráneo humano adherido a las rocas y en un significativo estado de fosilización. Alguien logró comprar la pieza y transfirió en Quito su propiedad al profesor Gustavo Orcés. Otros fragmentos de huesos encontrados como resultados de las excavaciones fueron entregados al profesor Víctor Alejandro Jaramillo, quien los depositó en el Museo del Colegio “Otavalo”.

El cráneo recubierto de formaciones calcáreas fue examinado repetidamente por investigadores nacionales y extranjeros, pero no se aceptó la propuesta del antropólogo físico Dr. Antonio Santiana de limpiar el material calcáreo, a fin de iniciar una investigación morfológica. Con patriótico entusiasmo y evidente ligereza Víctor Alejandro Jaramillo, en su obra “Repertorio Arqueológico Imbaya” (1968), llevado de la sola intuición, llegó a asignar al cráneo del “Hombre de Otavalo” una antigüedad aproximada entre los 10.000 y 8.000 años antes del presente. (Cfr. también Jaramillo, 1974). Trece años después del descubrimiento, el zoólogo inglés Dr. David M. Davies examinó en la Escuela Politécnica Nacional el cráneo de Otavalo y consiguió las autorizaciones necesarias para llevarlo a Inglaterra, a fin de realizar los análisis pertinentes y establecer la datación de la pieza dolicocefala. En 1973 el cráneo fue devuelto a la Escuela Politécnica Nacional y la Embajada Británica dio a conocer provisionalmente que los expertos ingleses, con pruebas de Carbono-14 y de termoluminiscencia, habían logrado establecer para el cráneo de Otavalo una antigüedad de por lo menos 28.000 años, pudiendo alcanzar aun los 40.000, lo que significaría que el mencionado cráneo sería 20.000 años más antiguo que cualesquiera otros restos humanos encontrados en América del Sur.

David Davies realizó un segundo viaje al Ecuador, durante el cual obtuvo fragmentos de la osamenta custodiada en el Colegio Otavalo y que él consideraba como partes del esqueleto del “Hombre de Ota-

valo”. Exámenes de radiocarbono apenas dieron a estos fragmentos una edad en torno a los 2.000 a.C., correspondiente cuando más al período cerámico Formativo. Con razón aseveraba Jorge Salvador Lara (1980, 2: 143) “que ninguna conclusión definitiva se podría sacar mientras Davies no presentara su informe científico”; pero sea el cráneo antiguo o moderno, su conservación es un deber de los científicos ecuatorianos. El contradictorio Davies, un aventurero ávido de sensacionalismo, en un corto informe publicado en 1978 ya no hace más, como antes, mención al carácter neandertaloide del “Homo Otavalensis” y ofrece dataciones del espécimen completamente erráticas, pues varias oscilan entre 22.000 y 36.000 años y dos entre el 720 y el 350 a.C. “Tanta diferencia –escribe Ernesto Salazar (1995: 27-28)– indica claramente la contaminación del cráneo, como han opinado los expertos en referencia a las fechas tempranas. Por lo tanto, lo más prudente es acogerse a las fechas tardías, que fueron obtenidas por datación del colágeno, y simplemente admitir que se trata de un espécimen reciente. Y para rematar el infortunio del hombre de Otavalo, no se ha reportado ningún vestigio cultural en asociación con el cráneo.”

La gran diversidad de opiniones exige, una vez más, la realización de nuevas investigaciones científicas, que no estén en manos de aficionados, ni de “expertos” proclives al sensacionalismo, varios de ellos extranjeros, quienes engañosamente se presentan ante nuestros omnipotentes burócratas tercermundistas como eternos candidatos a Premios Nobel.

2.2.- Repertorio lítico y de obsidiana

En su poco conocido artículo “Puntas de proyectil, técnica y áreas de distribución en el Ecuador Andino”, María Angélica Carlucci de Santiana (1963) documenta diversos hallazgos de instrumentos líticos y obsidianas en la Región Interandina ecuatoriana y particularmente en las provincias de Pichincha e Imbabura. Sobre esta última jurisdicción ha trabajado el investigador otavaleño Víctor Alejandro Jaramillo quien, según su “Repertorio Arqueológico Imbaya” (1968), asevera que se han encontrado en las faldas del Imbabura, del Cubilche, del

volcán Cusín y del Mojanda pedazos de obsidiana, algunos de los cuales pudieron ser trabajados como instrumentos de los cazadores andinos. Jaramillo (1968: 68-74) asevera que en el sector urbano de Otavalo se hallaron dos espejos de obsidiana, y en las regiones aledañas algunas puntas de flechas y de lanzas también trabajadas en este material volcánico. A este propósito es importante que César Vásquez Fuller (1973) afirma que, en 1954, encontró en Peguche (Otavalo) dos puntas de lanza trabajadas en obsidiana, de 15 y 18 cms. de alto, que entonces las atribuyó a los “cazadores paleolíticos”.

La presencia en museos y colecciones privadas de artefactos líticos y de obsidiana, hallados sin contexto alguno o, a veces, provenientes de algún sitio arqueológico conocido, no ha posibilitado sino en forma limitada la construcción de una prehistoria aborigen. Desde una perspectiva global los descubrimientos aislados proveen poca información arqueológica, pero la procedencia de los artefactos permite registrar su distribución espacial. Naturalmente, la información medular proviene de investigaciones sistemáticas, llevadas a cabo en diferentes lugares del país. Entre los sitios excavados en el Ecuador bajo normas científicas deben ser mencionados El Inga y San José en la Provincia de Pichincha, la Cueva de Chobshi en el Azuay y los sitios de Cubilán en Loja y de las Vegas en la Península de Santa Elena (Salazar, 1988 b: 94-95). Para la Región Amazónica Ecuatoriana Pedro Porras Garcés (1989: 213-222) menciona, con datos válidos, únicamente la fase precerámica de Jondachi, situada en la región del Alto Napo, conocida por su instrumental lítico y de obsidiana casi negra, que tiene una fecha media obtenida por termoluminiscencia de 10.000 años antes del presente. Todo el instrumental lítico, de manera especial los buriles, guardan fuertes similitudes con el material hallado en el Inga, en la hoya de Quito, lo que confirma la matriz serrana del poblamiento amazónico o, por lo menos, una mutua relación temprana. (Moreno Yáñez, I, 1999: 362; cfr. Borchart C, Moreno Yáñez S, 1997).

En el Ecuador Interandino septentrional tiene un significado especial la zona aledaña al volcán apagado Ilaló (3.169 m), donde está situado el sitio precerámico de El Inga, donde hasta ahora se han encontrado los vestigios del todavía más antiguo Paleoindio ecuatoriano.

Las excavaciones de Robert E. Bell (1965) y los estudios de Ernesto Salazar (1979) permitieron recuperar una gran cantidad de rocas basálticas, material lítico y obsidiana, perteneciente a tres períodos sucesivos de ocupación. Aunque las dataciones radiocarbónicas no son consistentes, la fecha más antigua corresponde a 7.080 a.C., pero se estima que la ocupación inicial del sitio pudo haber ocurrido unos 3.000 años antes. De análisis del material recuperado infiere Ernesto Salazar (1988 b: 95) que El Inga fue un campamento paleoindio, donde se llevaban a cabo diversas actividades, incluyendo la elaboración de artefactos, entre ellos cuchillos, raspadores, buriles y puntas de proyectil de diversas formas y tamaños, particularmente la “punta de cola de pescado”, característica del Paleoindio de Sudamérica. El sitio se encuentra ubicado en una zona rica en vestigios tempranos que yace hacia la base oriental del Ilaló, entre el cerro y la Cordillera Oriental, bajo la cota de 2.600 m. Fuera de este sector hay numerosos sitios precerámicos de filiación aún desconocida, cuya densidad disminuye a medida que se accede a los páramos de la Cordillera Andina.

3.- CAZADORES Y RECOLECTORES DEL NORTE ANDINO

Las investigaciones de Ernesto Salazar (1979; 1980; 1988 b: 94-96) analizan las relaciones entre el hombre del Paleoindio y su medio ambiente, las que inciden en el desarrollo de una tecnología apropiada y de los patrones de subsistencia y asentamiento del Hombre Temprano. Bajo estas hipótesis, el descubrimiento de las fuentes de obsidiana en los páramos de la Cordillera Oriental cercanos al Ilaló y de los “talleres prehistóricos” pone de relieve la utilización del “páramo alto” como un espacio económico de explotación temporal, lo que supondría el modelo diseñado por Oberem (1978, IV: 51-64) para los Andes Ecuatoriales, de adquisición de recursos en diferentes pisos ecológicos, en épocas muy tempranas.

Podría pensarse, por lo tanto, que los cazadores y recolectores de los Andes septentrionales habrían adoptado, además de una residencia en campamentos más o menos permanentes, dos estrategias de supervivencia. La primera consistiría en la ubicación, durante ciertas épocas del año, de campamentos en una zona relativamente baja, de donde podían salir partidas de cazadores hacia el páramo, mientras el resto del grupo permanecía en los campamentos. La segunda estrategia incluiría la posibilidad de una dispersión estacional de pequeños grupos por el páramo, en busca de alimentos, congregándose al fin en zonas más bajas para explotar otros recursos. (Salazar, 1980: 85-87). Futuras investigaciones proporcionarán mayor información sobre la adaptación cultural del hombre a la alta montaña y la utilización del páramo, por el hombre prehistórico, como un piso ecológico, modelo que en los milenios posteriores tendrá un desarrollo más elaborado. (Moreno Yáñez, 1999: 362-363; 1981: 35-39; Borchart C, Moreno Yáñez S, 1997: 25-31).

3.1.- Talleres prehistóricos en los páramos

En la Sierra Norte del Ecuador una reconstrucción del Paleoindio, en lo referente a la instancia de la estructuración social, solamente puede exponerse en base a analogías con los pueblos cazadores y recolectores estudiados por la Etnología. Como modelo de organización social aparece la “banda”, cuya composición es inestable y depende de la actividad temporal a la que está dedicada para obtener alimentos. El utillaje encontrado por Bell (1965) y Salazar (1979) en el sitio de El Inga permite suponer que éste era un campamento donde se llevaban a cabo diversas actividades: manufactura de instrumentos, confirmada por la presencia de muchos restos de talla; raspada de madera o cuero con raspadores de basalto, escotaduras, buriles; tratado de pieles y cortado de cueros o carne, actividades que se deducen de la presencia de raspadores de obsidiana y cuchillos. La presencia de puntas de proyectil no indica necesariamente que este lugar fue un espacio directo de cacería. Quizás se fabricaban puntas de proyectil en el campamento y los cazadores reemplazaban las puntas rotas de sus lanzas al regresar de sus faenas de caza. (Salazar, 1979: 20).

44

En el caso del uso de la obsidiana para la elaboración de instrumentos, también Salazar (1980) ha descubierto y estudiado los “talleres prehistóricos” ubicados en los páramos al oriente de El Inga. Además de una fase de exploración, la explotación del material volcánico en una zona más o menos lejana del campamento principal debe haber presentado algunos problemas técnicos. Aunque en Yanaurco Chico y Quiscatola el material naturalmente ya fragmentado o en forma de nódulos era fácil de transportar, la materia prima en Mullumica debe haber sido extraída golpeando las partes salientes de las cuevas situadas en la base del flujo de obsidiana, o por medio del fuego, un típico procedimiento de minado en las canteras prehistóricas. Se podrían añadir además factores naturales, como la acción del agua que al congelarse en las fisuras podía romper la roca. En las oquedades del flujo de Mullumica llama la atención la distribución, en su interior, de los materiales. Hay una clara diferenciación del piso en dos zonas: una plana, cubierta de ceniza volcánica y con poco material de obsidiana; y otro sec-

tor pequeño, en un rincón, donde se observan fragmentos de obsidiana desprendidos del interior de las cuevas. Junto a los fragmentos se encuentra una acumulación de lascas de diverso tamaño. Vistas en conjunto, el área menor aparece como la zona de cantera, mientras la parte plana era quizás una guarida de descanso o atalaya, desde donde se podía observar el movimiento de los animales.

Se puede aseverar, por lo tanto, que estos lugares representarían la dicotomía típica de las zonas de explotación de materia prima, el “taller-cantera”, es decir, un depósito de desbastamiento de materia prima y la cantera de obsidiana. La ubicación de los talleres indica que el material minado era acarreado al exterior de la cantera para su procesamiento. Todas las operaciones de extracción debieron requerir la utilización de herramientas simples, como cuñas de madera, palos y lascas de roca, mientras el desbastamiento inicial tendía a producir “piezas-soporte” (lascas y láminas), para transportarlas a los campamentos del Ilaló, donde tenía lugar la manufactura de artefactos. (Salazar, 1980: 53-61).

Una reconstrucción de la vida de los cazadores norandinos puede realizarse únicamente con el método comparativo y en base a posibles deducciones fundamentadas en los datos que nos pueden ofrecer las Ciencias Naturales, como la Zoología y la Botánica. Emilio Bonifaz (1979), desde el punto de vista de un cazador actual, se ha tomado el trabajo de reconstruir la vida de los cazadores de los páramos andinos cercanos al Ilaló. También Ernesto Salazar (1984) nos ha dado a conocer, dentro de una visión de conjunto de la vida de los cazadores recolectores del Antiguo Ecuador, las formas de adaptación al medio ambiente y de explotación de los recursos naturales, las posibles técnicas y, con rigurosidad científica, un conjunto de hipótesis que permiten, de algún modo, reconstruir la vida cotidiana de estos remotos habitantes de los pisos ecológicos complementarios: el bosque montano y el páramo, en los Altos Andes norandinos.

3.2.- Cacería y recolección

Puesto que la región del páramo ofrece pocos recursos, la permanencia del hombre en este piso ecológico debe haber sido de corta dura-

ción. No obstante, la evidencia arqueológica disponible permite discernir, además del minado de canteras y la elaboración de artefactos, otras actividades como la caza de animales y la recolección vegetal de magnitud variable, según las condiciones climáticas y de altura. Según las valiosas observaciones de campo efectuadas por Ernesto Salazar (1980: 66-75), las evidencias arqueológicas de los páramos aledaños al volcán Ilaló indican que el hombre prehistórico visitaba frecuentemente la alta montaña, la que, gracias a un conocimiento más profundo del hábitat del páramo, le habrá posibilitado la explotación de los recursos naturales para su subsistencia. Los flancos cubiertos de paja y los enclaves húmedos con chaparro leñoso y resistente habrán ofrecido la materia prima para la construcción de refugios pequeños en hondonadas, al abrigo del viento o adosados a la peña. Desde estas chozas habrá sido relativamente fácil controlar el movimiento de los animales.

La fauna del páramo, aunque es relativamente pobre, en tiempos prehistóricos las especies aprovechables debieron haber sido más numerosas. El mastodonte (*Haplomastodon*), considerado de gran adaptabilidad, habitó probablemente los pajonales bajos del páramo, cerca de los chaparros, ya que era un animal que se alimentaba de las hojas y brotes tiernos de los arbustos. Los équidos, como el “*Parahipparion peruanum*”, pudieron haber subsistido en el páramo norandino, a juzgar por su presencia en contextos arqueológicos de la puna de Junín, en el Perú. Quizás a comienzos del postglacial, en que predominaron condiciones húmedas, la distribución del oso de anteojos (*Tremarctos ornatus*) y de la danta (*Tapirus pinchaque*) se podría haber desplazado de la ceja de montaña oriental hacia el páramo. Actualmente los cérvidos son los únicos mamíferos grandes que, de manera permanente, habitan los páramos. Existen dos especies: el venado de cola blanca (*Odocoileus virginianus*) y la pequeña yamala o cervicabra (*Mazama rufina*). El ciervo enano (*Pudu mephistopheles*), cuya distribución abarcaba la Cordillera Andina, prácticamente hoy ha desaparecido. La fauna pequeña comprende lobos (*Dusycion culpaeus*), la mofeta o zorrillo (*Conepatus Chinga*), el “*sacha cuy*” (*Cuniculus Taczanowskii*) y el conejo (*Silvilagus brasiliensis*), todavía abundante en los páramos andinos. Con excepción del mastodonte, que debió ser la presa de ca-

za preferida en el Paleoindio, el venado fue, sin duda, la especie más cazada durante el Holoceno, lo que comprueba el registro arqueológico, pues restos de yamala y venado, y tal vez ciervo enano, se han encontrado en los Altos Andes.

Quizás con la extinción de la megafauna al final del Paleoindio, el hombre debió recurrir a la caza de los cérvidos y camélidos andinos, como fuente principal de proteínas animales. El patrón de subsistencia generalizada en la llamada “tradicción andina” de caza y recolección, habrá permitido un conocimiento más profundo de estos animales, alguno de los cuales, como la llama (*Lama glama*), habrá evolucionado gradualmente de la caza a la domesticación. Los páramos cercanos al Ilaló, con su topografía poco accidentada, permitían establecer atalayas y puestos de matanza en hondonadas, barrancos y junto a cursos de agua o pequeñas lagunas. En partidas de caza colectivas el conejo habrá sido acorralado, capturado vivo o abatido a palazos.

Otra fuente de proteína animal habrían sido los pájaros, entre ellos los “colúmbidos” como la “urcupaloma” y la torcaza (*Columba Fasciata*); la perdiz (*Nothoprocta Curvirastris*), pájaro fácil de cazar por su vuelo corto y que anida en el suelo en medio de los cúmulos de paja; y algunas aves zancudas como la gallereta (*Fulica Americana*). También son comunes en el páramo alto varias especies de patos, como el pato pintado (*Anai Flavirostris*), que habrían sido cazados en las orillas o recogidos sus huevos en los nidos. Es sintomático el hecho de que en las muestras recogidas en los talleres del páramo no se han encontrado puntas de proyectil, aunque hay artefactos que demuestran un aparente predominio de actividades de cortado y raspado.

3.3.- Formas de organización social

Para entender las tecnologías de adaptación y explotación del medio ambiente implementadas por los cazadores recolectores del Continente Americano, así como sus formas de organización social, es imprescindible tener en cuenta que están enmarcados dentro de una etapa más reciente de la evolución cultural del largo período denominado Paleolítico, en el Viejo Mundo. Hace aproximadamente 40.000

años las bandas de cazadores y recolectores nómadas, que por el “Puente de Bering” pasaron del noreste de Asia a las tierras de América del Norte, eran ya cazadores especializados y habían asimilado una experiencia cultural de algunos cientos de miles de años, por lo que su equipaje cultural era bastante desarrollado. Organizados en bandas o grupos de familias, condicionaban su permanencia en un lugar determinado a la presencia de la fauna posible de ser explotada y a la recolección de plantas útiles para su alimentación. En la prolongada adaptación selectiva durante la Edad de Piedra, la sociedad humana, al sustituir las características de los primates como el conflicto por el parentesco y la cooperación, colocó sobre el poder la solidaridad sobre el sexo y la moralidad.

No es posible conocer la organización social de las bandas de cazadores y recolectores andinos del Holoceno. La única opción es recurrir a una comparación con los datos etnográficos que nos ofrecen las investigaciones antropológicas sobre las sociedades de cazadores recolectores cercanas a nuestro tiempo. Según los datos etnográficos las bandas están compuestas por familias nucleares o extensas, que se desplazan por el territorio en busca de recursos de subsistencia. Según la nomenclatura del parentesco, las bandas de cazadores recolectores han sido divididas en dos grandes tipos: la banda “patrilocal” y la banda “compuesta”; con algunos casos intermedios. El tipo patrilocal se halla creado por dos reglas o costumbres relacionadas que se refieren al matrimonio. La primera es la “exogamia” de la banda, según la cual una persona se casa con otra de fuera de su propia banda. La segunda es la “residencia virilocal”: la pareja recién casada se une a la banda del hombre. La virilocalidad tiende a convertirse en “patrilocalidad”, es decir, los hijos crecen en la banda del padre y no en la banda original de la madre. De este modo, la banda es “patrilineal”, según la cual todos sus miembros están emparentados por la línea masculina a causa de la norma de residencia. Esta norma es la más importante entre los pueblos cazadores recolectores, por lo que el término patrilocal es más adecuado que el término patrilineal. Un hecho interesante en este punto es que algunos pueblos primitivos no reconocen el rol del padre en

la procreación, la que según ellos podría estar causada por un fenómeno natural o por el espíritu de algún ancestro. En resumen, lo importante no es la paternidad biológica sino la paternidad social, que entre los cazadores recolectores está asociada a la patrilocalidad.

Aunque la sociedad de bandas de cazadores recolectores es la más simple y reducida entre los niveles sociales humanos, contiene categorías y grupos a partir de la familia nuclear. Sobre este nivel hay otro grupo discernible: la “familia extensa” patrilocal o compuesta. De todos modos, la “familia extensa” es típicamente “patrilateral”, lo que significa que los hermanos y sus familiares nucleares tienen más probabilidades de ocupar “contiguamente” una región dada y estar con ellos más a menudo que con otras personas. Acampan juntos siempre que les es posible y existe colaboración en la cacería. Por supuesto que estas unidades demográficas pueden variar según las formas de adaptación al medio ambiente. (Service, 1973: 44-56).

En el caso de los cazadores recolectores del páramo se podría suponer que habrán existido campamentos estables por un tiempo determinado. Tal sería el caso de El Inga, desde donde las familias extensas podrían haber organizado partidas de caza. La movilidad de la banda la hacía trashumante y, según la existencia de recursos, varias familias podrían haber emigrado a otras regiones. (Moreno Yáñez, 1981: 31-39).

3.4.- Cosmovisión shamánica

En lo referente a su cosmovisión e ideología religiosa solo es posible hacer meras conjeturas, también fundamentadas en la comparación con datos etnográficos. Dada la relación originaria de los primeros inmigrantes aborígenes del Continente Americano con los pueblos cazadores recolectores del Asia nororiental y los contactos prolongados entre los dos continentes, se podría suponer la existencia de una cosmovisión semejante. La cacería e incluso la recolección no eran actividades puramente mecánicas y vacías de una visión del mundo. La “suerte” del cazador debe haber estado supeditada a fuerzas desconocidas de la naturaleza y a las acciones imprevistas de los ani-

males, por lo que además de estudiar sus costumbres, pronto se habrá visto necesario controlar su “mundo sobre-natural”. Es típico, precisamente, de las sociedades de cazadores recolectores tanto del Paleolítico como de las actuales, la existencia de ceremonias dirigidas a conocer la “otra realidad” asociada especialmente a los animales y, en lo posible, a controlarla.

En los estudios de la Etnología de la Religión es conocido el fenómeno denominado “shamanismo”, palabra que nos llega a través del ruso y que se deriva del vocablo “shamán”: una palabra perteneciente al idioma siberiano tungún, que designa al especialista en las técnicas del éxtasis, gracias al conocimiento y uso de “plantas sagradas” o alucinógenas (cfr. Elíade, 1976). La importancia de obtener piezas de cacería, a pesar de las operaciones de alto riesgo que frecuentemente significaba la caza, habrá envuelto esta actividad en prohibiciones rituales o “tabúes” y en otras prácticas semejantes. Algunos especialistas han afirmado que las representaciones rupestres de animales atravesados por lanzas, en algunas cuevas prehistóricas correspondientes al Paleolítico europeo, no son más que intentos mágicos de “matar” al animal, aún antes de que el cazador se enfrente con el mismo. Por otro lado, las investigaciones etnográficas actuales demuestran la creencia de los cazadores recolectores en fuentes de energías negativas, que pueden hacer fracasar la caza. Hay pueblos, por ejemplo, donde no se permite que las mujeres toquen el arco y las flechas destinadas a la cacería. En las etnografías de pueblos indígenas de la Región Amazónica Ecuatoriana es conocido que a las mujeres alfareras no les está permitida la fabricación de la cerámica que será utilizada en la preparación del “curare”, que será aplicado a las flechas destinadas a la cacería con bodoquera. Estos tabúes, aunque comunes, no son universales, pero se encuentran en la división del trabajo de las bandas (Salazar, 1984: 32-34) y están asociados a ritos shamánicos de preparación para tener éxito en la cacería. A este propósito es ilustrativo mencionar que en algunas sociedades de cazadores amazónicos existe todavía la costumbre de ofrecer bebidas alucinógenas a los perros, a fin de iniciarlos en las labores de la cacería.

Hasta el presente, la producción de herramientas líticas ha sido considerada una actividad exclusivamente masculina. No obstante y aunque está probada la práctica de tabúes obligatorios para las mujeres, relacionados con la práctica de la cacería, es todavía posible hacerse la pregunta sobre el papel de la mujer en la producción de herramientas líticas. Joan M. Gero (1990: 61-79) aboga por una “Arqueología revisionista” y pone en tela de juicio la premisa de que fueron solamente los varones los responsables de producir herramientas líticas durante los largos períodos de la prehistoria. Es verdad que ningún descubrimiento arqueológico permite asignar la producción lítica a un sexo determinado. Sin embargo, se debe tener en cuenta que en las culturas de cazadores recolectores la mayor parte de actividades productivas se desarrollaron en los campamentos; y los materiales arqueológicos hallados en la zona central de los mismos o en los pisos de vivienda deben haberse asociado con las labores femeninas. La mujer necesitaba utilizar lascas o bordes recién elaborados en su rutina de trabajo y probablemente los fueron elaborando a medida que los requerían. Si el individuo que utiliza una herramienta es quien juzga mejor su eficacia, es lógico considerar que la mujer produjo muchas de sus propias herramientas, sin tener que depender de su compañero masculino para ser más eficiente. Los análisis etnohistóricos de las sociedades líticas ilustran además el hecho de que la mujer elaboró y utilizó herramientas líticas y, en algunos casos, la literatura etnográfica sí afirma que las actividades de la mujer incluían la cacería.

A este propósito, aunque al margen, conviene recordar el papel de la “Doncella del Arco de Plata”, la diosa griega Artemis (en el mundo romano Diana) quien, según los mitos griegos, acompañada de una jauría de sabuesos blancos con las orejas rojas, recorría las selvas como la “divina cazadora”. El significado de Artemis es dudoso. Una traducción podría referirse a una divinidad “de miembros fuertes”, o derivarse del vocablo griego “artemes”, que significa “la que despedaza”. Como “Señora de las cosas salvajes” o patrona de los clanes totémicos, se le ofrecía anualmente un holocausto de animales totémicos vivos, aves o plantas, sacrificio que toda-

vía se ejecutaba en la época clásica, en Patras, ciudad griega de Calidonia (Graves 1997, I: 99-106). También para los Celtas, primitivos habitantes de Europa, “Diana la cazadora” era una importante divinidad asociada a las fuentes, bosques y cacería de los animales salvajes. Estos y otros datos permiten suponer la existencia de mujeres dedicadas a actividades que, en las culturas más conocidas, han sido reservadas casi con exclusividad al género masculino.

En resumen, las puntas de proyectil, lascas y otras herramientas líticas (podríamos añadir la obsidiana), aunque pueden significar el “status” del varón como cazador, no necesariamente fueron elaboradas por manos masculinas. Inclusive, como afirma Gero (1990: 72), “visto en retrospectiva, no es lógico que el trabajo en piedra se haya considerado determinante del poder sobre el sexo que la trabajó. Los sistemas de género, profundamente arraigados en las relaciones sociales de complementaridad o jerarquía, cooperación o dominio, pasan por encima de cualquier material; así, la mujer gana una posición predominante como productora de herramientas líticas.”

Como se ha explicado anteriormente, el resultado de las investigaciones sobre el Paleoindio, en el territorio del actual Ecuador, es positivo. Así lo demuestran las prospecciones o excavaciones arqueológicas realizadas en la Sierra Norte y particularmente en la región aledaña al Ilaló: El Inga, Mullumica, Yanaurco Chico, Quiscatola (Bell, 1965; Salazar, 1984, 1988); así como en la cueva de Chobshi (Lynch, Pollock, 1981) y en los sitios de Cubilán (Temme, 1982) en la Sierra Sur, y en Las Vegas en la península de Santa Elena (Stohtert, 1988). No obstante, las preguntas respecto del Paleoindio son más numerosas que los resultados, por lo que es importante ampliar las investigaciones, especialmente hacia zonas donde se han encontrado artefactos líticos o de obsidiana. Tal sería el caso, por ejemplo, de algunos lugares señalados en las provincias de Imbabura y Pichincha por Víctor Alejandro Jaramillo (1982): región denominada “País Imbaya” y que constituye el universo de estudio de la presente publicación.

4. SOCIEDADES AGROALFARERAS INCIPIENTES

Como un presupuesto antropológico válido se debe señalar que, en la evolución de la cultura humana, existe un acuerdo casi general de que los primeros adelantos de la agricultura se encuentran relacionados con las condiciones ambientales del fin del Pleistoceno, término geológico caracterizado por la gradual extensión de condiciones climáticas análogas a las actuales. Aparecen entonces nuevas formas de subsistencia en conjunción con los ancestros silvestres de la mayor parte de las plantas y animales domesticados y en las regiones donde arqueológicamente se puede comprobar una gran dependencia de los productos vegetales silvestres expresada, por ejemplo, en la frecuencia de piedras y manos para moler y macerar granos y raíces. La subsistencia se complementó, donde fue posible (por ejemplo en la Península de Santa Elena), con mariscos, cuyas conchas desechadas formaron montículos artificiales. Es posible aseverar que estos patrones están ya establecidos en algunas regiones del Nuevo Mundo alrededor del año 4.000 antes de nuestra era. (Moreno Yáñez 1999: 365; Palerm, 1967: 182-185; Moreno Yáñez, 1981: 41-42; Borchart C, Moreno Yáñez S, 1997: 33-38).

Gracias al clima seco, que ha permitido la conservación de algunos elementos perecederos como frutos y semillas, las investigaciones en la Costa del Perú han permitido conocer la transición del nomadismo al sedentarismo agricultor. Quizás por esta razón y no porque en la región mencionada se hubiera originado la agricultura sudamericana, la Costa peruana ha sido considerada por algunos autores, hasta hace algunos años, como la única región de agricultura incipiente, sin tener en cuenta que sus antecedentes silvestres pueden haber sido originarios de climas tropicales y semitropicales. Sin embargo, en el caso peruano, algunos autores, entre ellos Luis Lumbreras (1974: 46-47),

son del parecer de que la Sierra fue el lugar donde se produjo este importante evento, hipótesis que todavía adolece de una mejor fundamentación. Es más bien probable que la agricultura incipiente pudo haber sido inventada independientemente en varias regiones, como consecuencia de la necesidad de adaptación a nuevos retos ecológicos y formas climáticas, que imponía la naturaleza tanto al mundo vegetal y animal como al hombre. (Moreno Yáñez, 1999: 365).

4.1.- Génesis de la agricultura en Andinoamérica Septentrional

Es importante dar a conocer que varias investigaciones arqueológicas, sobre todo de Donald W. Lathrap (1970), Jorge Marcos (1978) y Henning Bischof (1975), en el Ecuador, presentan argumentos a favor de un origen tropical de la agricultura andina, que se habría desarrollado primeramente en la Región Amazónica o en la Costa del Ecuador actual. La hipótesis de que la Costa suroccidental ecuatoriana fue un centro de domesticación de plantas permite enriquecer la evidencia arqueobotánica obtenida en la Península de Santa Elena y entenderla dentro de un marco regional más amplio. El hallazgo de fragmentos de calabaza (*Lagenaria siceraria*) en los niveles más antiguos de Las Vegas y de fitolitos de maíz (*Kcello* ecuatoriana) en los más recientes, indica que en esa área, aparentemente marginal de las posteriores civilizaciones andinas, se cultivaban plantas cinco o tres milenios antes de que aparecieran las primeras sociedades agroalfareras con antecedentes de mayor antigüedad en América. La evolución cultural durante el período arcaico ha sido subestimada e incluso ignorada; en esa época la cultura humana pasa de la adaptación natural a la manipulación transformadora del medio ambiente, al inducir cambios genéticos a favor de ciertas características de valor económico para el hombre. (Salazar, 1988 a: 53). En Andinoamérica Septentrional, como base del sistema económico, aparecen entonces otras formas de subsistencia: la explotación de los recursos marinos, la domesticación de algunos animales y, especialmente, la domesticación de las plantas como origen de la agricultura: formas todas ellas que condicionan el establecimiento de una cultura sedentaria. (Moreno Yáñez 1999: 366).

En el caso ecuatoriano, la denominada “Cultura Valdivia”, correspondiente al Período Formativo Temprano (3.500-1.600 a.C.), inicialmente fue definida por Emilio Estrada (1956, 1958), Evans, Meggers y Estrada (1959) como un conjunto de asentamientos humanos, a orillas del Océano Pacífico, cuya economía se fundamentaba en la recolección de productos vegetales y principalmente en la pesca y acopio de mariscos. La relación de la Cultura Valdivia con una economía recolectora, principalmente ictiófaga fue puesta en tela de juicio, por vez primera, por Carlos Zevallos Menéndez y Olaf Holm (1960), al descubrir una impronta de maíz en un fragmento de cerámica valdivia encontrada en el sitio de San Pablo, hipótesis que fue confirmada por las investigaciones de Presley Norton (1971) en Loma Alta: asentamiento no costanero, sino ubicado al interior del Litoral ecuatoriano.

Son, sin embargo, los estudios llevados a cabo por Donald W. Lathrap y Jorge Marcos (1975) los que ofrecen una visión mejor estructurada de la Cultura Valdivia, gracias a sus investigaciones en un poblado formativo bastante extenso, ubicado en el actual sitio de Real Alto y que, según las evidencias arqueológicas, debió haber sido ocupado entre 4.000 y 2.000 a.C. Su población basaba su economía en el cultivo del maíz y completaba su dieta con proteínas animales obtenidas mediante la caza y pesca. Que los valdivianos de Real Alto fueron grupos sociales que conocían formas de vida sedentaria confirma la existencia del poblado que, desde su etapa inicial correspondiente al horizonte Precerámico (4.500 a.C.), se desarrolló hasta alcanzar, mil años después, su máxima extensión, al ocupar un área mayor de 12 hectáreas y que comprendía 120 casas elípticas, varias de ellas con entierros de restos humanos asociados a las zanjas de pared de las estructuras de vivienda que rodeaban una plaza igualmente elíptica: datos que permiten calcular una población residente de mil habitantes. En la denominada fase 3 aparecen dos estructuras que dividen la plaza en mitades por su eje menor (orientado de este a oeste): el montículo oriental más antiguo y que se usó para reuniones quizás administrativas o festivas y el montecillo occidental y osario situado en el centro de la plaza y del poblado, que sirvió para el enterramiento de gente principal y para ceremonias sacrificiales. Durante las últimas fases (6 y 7) el

montículo oriental se enlucen y terraplennan dos veces más, labores que coinciden con una reducción de la densidad habitacional del poblado, mengua paralela a un acrecentamiento de asentamientos humanos en los sitios aledaños al núcleo de Real Alto, en íntima dependencia con su aumento en la producción y consumo de maíz. Este nuevo padrón responde quizás a un desarrollo de la diferenciación social; entonces podrían distinguirse dos grupos: uno menor, directivo, que ocupa el poblado original, y otro demográficamente mayor, de agricultores, probable base de la producción para el mantenimiento de la casta religiosa administrativa residente en el núcleo poblacional (Marcos, 1978; 1988; Moreno Yáñez 1999: 366-367; Borchart C, Moreno Yáñez S, 1997: 33-38).

Aunque el germen del asentamiento urbano se encuentra en el proceso de diferenciación social, basada en la diferenciación artificial del trabajo y consecuentemente en la conformación de grupos de “especialistas” dentro ya de la comunidad primitiva, resulta significativo que el fenómeno urbano de Real Alto, especialmente en sus últimas fases, demuestre que los residentes del núcleo poblacional se diferenciaban de los habitantes rurales no solo por vivir en un centro residencial sino, sobre todo, porque participaban de un tipo de producción distinto al rural. Mientras el agricultor rural se vinculaba directamente a la producción de alimentos y de otros bienes de consumo, el morador urbano producía servicios administrativos, técnicos, religiosos, etc. o era, quizás, un intermediario entre productores y consumidores. Este fenómeno ocurre únicamente cuando un alto excedente de producción en el campo permite una división social del trabajo, que libere a un sector de la población de la producción de alimentos y que lo encauce hacia funciones especializadas. (Lumbreras, 1981: 171-173); Moreno Yáñez 1988, 2: 20; Moreno Yáñez 1999: 367).

La importancia cultural de Real Alto se justifica por ser una muestra, la más antigua conocida hasta el momento, del surgimiento en América de formas más complejas de organización social, en las que aparece un desarrollo de las relaciones de producción hacia sistemas de estratificación social, incluso, en etapas más avanzadas, a nivel de clases sociales, progreso correlativo a la conformación de

centros de poder, en una primera fase quizás de índole religioso cultista. Con la presencia de estas nuevas formas de estructuración social entraríamos ya en el estadio agrícola desarrollado. No obstante, los linderos que separan un estadio de otro no aparecen nítidos; a lo que se debe añadir que las etapas del proceso histórico no son uniformes en todos los grupos sociales. (Bartra, 1975: 85; Moreno Yáñez, 1981: 60-61; 1999: 368).

Un análisis de los restos humanos de Real Alto demuestra, a partir de la fase 3, la frecuencia de caries dentales, incremento en el que incidiría un mayor uso de almidones blancos en la dieta, es decir, un consumo importante de maíz. Esta preferencia alimentaria coincide con la multiplicación de asentamientos satélites en el valle de Chanduy y en las colinas alledañas y con el acrecentamiento en número y en tamaño de los pozos campaniformes usados para el almacenaje de los excedentes de maíz, a juzgar por las piedras de molienda que se encuentran en su interior. Aunque es difícil determinar la naturaleza del orden sociopolítico vigente, los datos arqueológicos permiten caracterizarla como una “aldea dispersa”: fenómeno común en zonas donde la intensificación agrícola progresiva se limitaba a parcelas lineales en terreno de aluvión, con un máximo aprovechamiento de su potencial agrícola. Es posible que una residencia relativamente permanente y los patrones regulares de cultivo iniciaron un proceso de estabilización de fronteras sociales en el espacio, y la transformaron hacia un sistema más formalizado dentro de algún tipo de control administrativo. (Zeidler, 1986: 83-127; Moreno Yáñez 1999: 369).

4.2.- Cotocollao: un modelo altoandino

Una racionalidad económica, que genera la transferencia de bienes de subsistencia y quizás de tradiciones tecnológicas, puede desarrollar centros regionales de control ceremonial, de intercambio y sobre las rutas de comunicación. Se comprueban estas aseveraciones en las manifestaciones “formativas” de Cotocollao, lugar situado en la Sierra Norte ecuatoriana. Marcelo Villalba (1988: 360-364) caracteriza la formación social a la que pertenece Cotocollao (1.500-500 a.C.) como un

período de transición con fuertes inquietudes de cambio, por la diversificación y el continuo desarrollo de las fuerzas productivas al contacto con diferentes pisos ecológicos. Coincide con este período un movimiento poblacional multidireccional, que da lugar, dentro del horizonte denominado “Chorrera”, a manifestaciones culturales independientes, en medios ecológicos diferentes, pero interrelacionados con mecanismos de intercambio a corta y larga distancia.

Ocupa en esa época un lugar preferencial, entre los bienes exóticos, el intercambio de la concha “*Spondylus princeps*”, cuyo circuito ceremonial andino estaba orientado de noroeste a sudeste, con rutas paralelas al mar y con contactos hacia la Sierra, particularmente con Cerro Narrió, lugar que posiblemente se transformó en centro de distribución hacia la Sierra peruana y también hacia la ceja de montaña tropical al este de los Andes. Este proceso tuvo su contrapartida con la introducción de la obsidiana en el circuito de intercambio, entre zonas ecológicas complementarias y de conexiones transversales hacia la Costa a través de los valles interandinos. De este modo, es posible reconocer un sistema de intercambio que involucra bienes distintos y jerarquizados, pero entre sí complementarios, a saber, medios de producción como la obsidiana, de subsistencia y de prestigio ceremonial, a cambio del “Mullu” o concha “*Spondylus princeps*”. (Moreno Yáñez 1999: 371).

58

Dentro de este contexto y por estar situado al noroccidente de la hoya de Guayllabamba o Quito, el sitio arqueológico de Cotocollao debe ser mencionado en forma más extensa. El poblado formativo, situado en las tierras fértiles de un valle de aluvión que desciende de las laderas orientales del volcán Pichincha, a orillas de una laguna hoy desaparecida, alcanzó una extensión aproximada de 26 hectáreas, con una población que pudo superar las 750 habitantes. Las áreas de habitación estaban conformadas por casas rectangulares y agrupadas irregularmente, con una intención organizativa en función del área de enterramientos: probable foco ceremonial o ritual. Las hileras de hoyos perforados en el suelo permiten deducir las paredes de las casas, que eran quizás simples cabañas de madera y ramas con revestimiento de arcilla en calidad de empañete (bahareque), cubiertas con techos de paja.

La preferencia por la productividad natural de estas tierras se refleja en la práctica agrícola del cultivo de maíz, papa, frijol, quinua y otros productos, cuya presencia está atestiguada por los análisis de restos de polen. La caza constituyó una fuente de alimentación complementaria, a la que acompañaban actividades artesanales como la elaboración de objetos líticos, de madera o de hueso, de obsidiana y de tejidos de algodón, así como la alfarería y la factura de cuencos ceremoniales de piedra. Completa el régimen económico el acceso o intercambio de productos exóticos, como el ají y la sal, el algodón y posiblemente la coca, provenientes de la montaña húmeda tropical del noroeste del Pichincha. La captación excedentaria de la obsidiana fue destinada para el consumo interno y para el intercambio, que parece ser la clave para entender la importancia de este asentamiento en el proceso de interrelación de los Andes ecuatoriales. (Villalba, 1988: 319; Porras, 1977: 269-271; 1982; Moreno Yáñez, 1981: 48-52; 1999: 371-372; Borchart C, Moreno Yáñez S, 1997: 39-45).

4.3.- Variantes regionales formativas

Desgraciadamente son poco conocidas en nuestro medio las propuestas de Thomas P. Myers (1976: 353-360) y sus desacuerdos con John S. Athens (1978: 493-496) acerca de las similitudes estilísticas de la cerámica encontrada por Myers, en Espejo, cerca del lago de San Pablo, y las pertenecientes a las últimas fases costeñas de Valdivia y su transición hacia Machalilla. Efectivamente, Thomas P. Myers realizó una prospección en los sectores occidental y sur aledaños a la laguna Imbacochoa o lago de San Pablo. La región occidental está ocupada por un conjunto de colinas bajas, que dividen la cuenca del lago con el valle del río Machángara, donde está ubicado el actual centro poblado de Otavalo. En el sector de las mencionadas colinas, pertenecientes a la parroquia Espejo, está localizado el más importante yacimiento arqueológico (OT-11) encontrado por el arqueólogo norteamericano, donde fue hallado un interesante número de tipos cerámicos, registrados por el mencionado investigador como “Espejo temprano” y “Espejo tardío”. Una comparación de estos restos cerámicos con los

pertenecientes al Período Formativo en otras regiones estudiadas del Ecuador, le permite aseverar que, en este caso, se trataba también de un yacimiento arqueológico formativo. Desgraciadamente gran parte del pequeño lugar había sido removido y la tierra había sido utilizada en la edificación de paredes de tapial, donde también se podían observar tiestos y piezas de obsidiana. Gracias a una comparación estilística se pudo apreciar que una parte de los hallazgos, la denominada “Fase Espejo temprano”, tendría semejanzas estilísticas con algunos tipos de cerámica de las fases tardías de Valdivia y corresponderían, según Myers, a una fecha alrededor del 2200 a.C. Por su parte, la fase Espejo tardío, también en base a una comparación estilística, sería contemporánea de la fase Machalilla, en la Península de Santa Elena, datada entre 1400 y 1100 a.C. (Myers, 1976: 353-360).

No es esta la ocasión para discutir sobre la coexistencia o sucesión de Machalilla respecto de Valdivia. Quizás el origen de Machalilla se encuentre no en la provincia de Guayas, sino en la Costa central o norte del Ecuador, como sugería H. Bischof (1975: 55), “basado en una variante regional de Valdivia, y seguida por una expansión hacia el sur”. Probablemente es correcta la apreciación de Marcelo Villalba (1988: 251) de que algunos rasgos cerámicos presentes en Cotocollao constituyen una evidencia de la mencionada “variante regional de Valdivia”. Parece, por lo tanto, válida la hipótesis de que algunos atributos cerámicos identificados en Cotocollao serían una evidencia interandina de la transición entre un posible Valdivia terminal y un Machalilla temprano, localizado en la Costa norte ecuatoriana y con proyecciones hacia el Altiplano andino. En este contexto es válida la sugerencia de que “el enfoque de la transición Valdivia-Machalilla visto a través del formativo quiteño, adquiere singular importancia para comprender este fenómeno desde la óptica de uno de los focos más probables que se habría dado entre las provincias de Manabí y Esmeraldas. En otras palabras, como lo habíamos manifestado anteriormente, Cotocollao resulta ser la síntesis más temprana y mejor documentada de una posible transición cerámica Valdivia-Machalilla, que se empieza a reconocer en la Costa norte del Ecuador, y con proyecciones al interior; mientras que la presencia del Machalilla en la provincia del

Guayas y sur de Manabí, indicaría una proyección tardía, o la recuperación de un hábito milenariamente conocido, bajo nuevas condiciones culturales” (Villalba, 1988: 251).

Sin tener todavía conocimiento de los resultados finales de la investigación auspiciada por los Museos del Banco Central del Ecuador, Pedro I. Porras Garcés (1982: 228-230) estableció algunos paralelismos entre la cerámica de Cotocollao y la encontrada en Espejo (Imbabura). Sus comparaciones hechas en base a los dibujos publicados por T. Myers y los conocimientos provisorios de la cerámica extraída durante sus propias excavaciones en Cotocollao (dentro del proyecto “Búsqueda de sitios del Formativo en la Sierra Central del Ecuador”, organizado por el Centro de Investigaciones Arqueológicas de la PUCE, durante los años académicos 1974-1975 y 1975-1976), llegaron a la conclusión de que las decoraciones definidas por Porras como Cotocollao Inciso, Inciso Zonal y Punteado Zonal, corresponden a motivos presentes en la cerámica denominada Espejo temprano y, en el caso del Cotocollao Inciso Zonal, demuestran semejanzas con Machalilla.

“Una parte importante de las críticas que Athens y Myers se hacen el uno al otro en la discusión referida, incide en una presunta mezcla de depósitos en los sitios trabajados por ellos” (Berenguer, Echeverría, 1995: 151), pero no en las mutuas semejanzas de forma y decoración de los restos cerámicos. A este propósito es necesario mencionar la información, aunque limitada, de otro sitio formativo tardío en la zona de Otavalo. Se trata del yacimiento arqueológico llamado por Athens y Osborn “Im-11”, ubicado a orillas del río El Tejar y en las cercanías de la carretera Panamericana, dentro del actual círculo urbano de Otavalo. Las dos fechas de radiocarbono de este sitio habitacional (2.550 m.), donde por las construcciones posteriores no fue posible establecer una estratigrafía natural, señalaron para el enterramiento los exámenes de radiocarbono 2.770 (+130–140) años, lo que significaría una fecha en la cronología absoluta correspondiente al año 820 a.C.

Más o menos coincide este dato con la muestra de carbón encontrada dos años antes, que corresponde al 700 a.C. (Athens, Osborn,

1974: 8). Los detalles de los materiales excavados no han sido publicados, pero algunas ilustraciones, dice Tamara L. Bray (2003: 38), “indican la presencia de compoteras, botellas con bocas grandes, jarras, ollas globulares, ollas poco profundas con bases pequeñas y cuencos carenados”. Las técnicas decorativas observadas en el ajuar del sitio Im-11 incluyen punteados de “pezuña herida” – que serían un elemento diagnóstico del Formativo Tardío en el sitio – el bruñido con patrones, apliques de botones y bandas. Parece que el uso del engobe rojo y pintura al negativo fueron también comunes. (Athens, Osborn, 1974: 1 ss.).

En su “Cuadro 10. Cronología tentativa de las provincias de Imbabura y Pichincha del norte” (Athens, 1980: 126) anota en el sitio Im-11, correspondiente según el análisis de C.14 a un período entre 1000 a.C. y 600 a.C., la presencia de “platos posiblemente carenados con protuberancias en el hombro y pequeñas ollas de base plana con bruñido vertical”, como elementos diagnósticos. A éstos se suman otros rasgos, como la existencia de “maíz, fréjol, huecos en forma de campana, enterramientos en pozos con cámara lateral, cerámica de rasgos estilísticos generalizados, engobe rojo, tizne negro, pintura negativa, compoteras”.

62

Es interesante glosar que en el primer lustro de la década de 1970, cuando se establecieron las propuestas de Myers (1976: 353-360; 1978: 497-500), de que los restos cerámicos hallados en las cercanías del lago de San Pablo, supuestamente emparentados con Valdivia, demostraban contactos anteriores al 2000 a.C. entre el Altiplano Andino septentrional y la Costa ecuatoriana, recién se iniciaban las excavaciones en Cotocollao. La explicación de Myers de que la interacción entre la Costa y la Sierra podría ser atribuida a la existencia, desde la época precerámica, de rutas de intercambio, es posible siempre y cuando se demuestren las relaciones entre el Litoral y la Región Interandina, aseveración que tiene mayor validez ante la insinuación de que durante el Formativo la coca podría contarse entre los escasos recursos que captaban el intercambio con las tierras altas norteñas. No obstante, es exagerada la refutación de Athens (1978: 493-496) a la propuesta de Myers. Según Athens su estratigrafía y datos de radiocarbono corres-

pondientes al sitio por él excavado en La Chimba (al nororiente de la provincia de Pichincha) no apoyan el concepto de Formativo Temprano aplicado a la fase Espejo. Refuerzan esta conclusión las evidencias adicionales del sitio Im-11, las que también demostrarían que la cronología prehistórica de la Sierra Norte parece ser distinta de la propuesta para la Costa ecuatoriana.

Casi dos décadas después, John S. Athens propuso una aclaración a las mutuas discordancias pretéritas con Thomas Myers. “Las fechas de radiocarbono— escribe Athens (1995: 9) —disponibles en La Chimba entonces, y especialmente la secuencia cerámica del sitio (la cerámica de Myers correspondería al período medio de La Chimba), además de otros datos, llevaron a cuestionar la sugerencia de Myers. En su respuesta Myers (1978) de manera incorrecta y desafortunada impugnó la integridad estratigráfica de La Chimba, al mismo tiempo que reiteró su insostenible posición. En los años siguientes muchos investigadores han continuado creyendo en un horizonte temporal y en una tradición cerámica de tipo Machalilla (Valdivia parece haber desaparecido del panorama) en los Andes del norte del Ecuador (e.g. Porras, 1982), aunque por lo menos dos investigadores, Berenguer y Echeverría (1988), han presentado evidencia que contradice esta posición”.

De todos modos, como se ha explicado en páginas anteriores, Cotacolloa ha demostrado que sí se puede hablar de inter-relaciones entre Costa y Sierra Norte durante las fases finales de Valdivia y su transición a Machalilla, más todavía si se tiene en cuenta la propuesta de un desarrollo originario de la mencionada fase en la Costa central y norte del actual Ecuador. La discusión debe centrarse más bien en las propuestas cronológicas. Hasta el momento parece que no se han encontrado evidencias cerámicas anteriores al 1.000 a.C. en las provincias de Imbabura y Pichincha del norte, pero sí hay suficientes pruebas para aseverar la existencia de estilos cerámicos paralelos a los costños del Formativo Tardío (1.300- 550 a. C.).

El mismo Athens (1995:13) nos ofrece una rectificación sobre el sitio Im-11, ubicado en Otavalo, que “fue considerado anteriormente como el sitio más antiguo en los Andes del norte del Ecuador. Esta consideración estaba basada en una fecha de 2.770 ± 140 AP (sin ca-

librar), obtenida en 1973 a partir de huesos encontrados en un enterramiento (Athens y Osborn, 1974). Recientemente se obtuvo una fecha de 1380 ± 60 AP, con AMS y una preparación de colágeno altamente purificada [...]. De hecho, esta fecha es mucho más consistente de lo que podría esperarse del conjunto cerámico del sitio. La rara presencia de tiestos de los períodos temprano y medio de La Chimba, sin embargo, sugiere que hay depósitos más tempranos en algún lugar cercano (presumiblemente debajo de una capa gruesa de ceniza volcánica que se cree está correlacionada con la Capa de Ceniza C del lago de San Pablo, que está fechada en unos 2.175 años”.

Es de esperar que futuras investigaciones arqueológicas en la Sierra Norte posibiliten la elaboración de un completo cuadro cronológico, fundamentado no solamente en comparaciones estilísticas sino en datos de radiocarbono. Una cronología absoluta válida para la Sierra Norte permitirá también redefinir los denominados períodos cerámicos Formativo y Desarrollo Regional, como simples instrumentos de catalogación cerámica, válidos metodológicamente, y no como períodos históricos que expliquen la totalidad de las instituciones económicas y sociales, políticas y aun religiosas. Si la conformación de períodos se fundamenta no solo en las tipologías cerámicas sino en las modificaciones de la totalidad social (que incluye también las técnicas alfareras), disminuirá la importancia de las discusiones bizantinas huérfanas de una Filosofía de la Historia, sobre si algunos tiestos cerámicos corresponden al Formativo o al Desarrollo Regional, todo lo cual tiene poca relevancia.

4.4.- La Chimba: puerto de intercambio con las tierras bajas

John S. Athens y Alan J. Osborn (1974), con la cooperación del Instituto Otavaleño de Antropología, realizaron investigaciones arqueológicas de algunos grupos de montículos artificiales (“tolas”) y de dos sitios habitacionales, en las provincias de Imbabura y Pichincha. Uno de estos sitios habitacionales fue La Chimba, considerado como un área de ocupación de dos hectáreas y media (posteriormente se amplió a 12 hectáreas), cubierta, en parte, por una colina

poco elevada contigua y en la parte sur del río del mismo nombre, asentada en los declives septentrionales del volcán Cayambe (5.840 m.). La Chimba se encuentra entre 3.160 y 3.180 m. sobre el nivel del mar e incluye una escasa tierra agrícola en el sector más bajo, mientras el pajonal del páramo ocupa la mayor parte del lugar. Excavaciones en el sitio han demostrado la existencia de residuos basurales entre 1,5 m. y 2,5 m. de estratificación, donde se han encontrado abundantes tiestos, restos de fauna, artefactos de piedra, hueso, concha y arcilla. (Athens, Osborn, 1974).

En una primera fase se realizaron sondeos y excavaciones preliminares. Una revisión sistemática del pozo de sondeo más profundo (TP-4) de 2,5 m. de profundidad y dividido en 15 niveles, permitió definir tres períodos básicos: el “temprano” (600 a.C. – 200 a.C.) caracterizado por cuencos punteados; el “medio” (200 a.C. – 200 d.C.) con incisiones diagonales finas principalmente sobre cuencos aquillados; y el período “tardío” (200 d.C. – 700 d.C.) definido por pintura lineal roja y diseños geométricos en cuencos y vasijas globulares. En un artículo posterior que se refiere a las “Relaciones interregionales prehistóricas en el norte de los Andes”, Athens (1995: 9) añade estas aseveraciones: “Con respecto a dataciones radiocarbónicas, 5 muestras fueron procesadas entre 1972 y 1980; desafortunadamente, los resultados no fueron internamente consistentes. Las dos fechas más confiables parecían ser las de 1965 y 2100 AP (sin calibrar), procedentes de los niveles 10 y 13 de TP-4, respectivamente”.

Ulteriores sondeos en La Chimba, realizados en 1989, produjeron resultados útiles, pues, en los tres pozos excavados, junto a superficies y lenticulas quemadas, se encontraron abundantes restos de cerámica, huesos de animales, obsidianas, restos botánicos, carbón y diversos tipos de artefactos. Como resultado de las excavaciones y la recuperación de carbón vegetal relacionado con la estratigrafía, gracias a lo cual se procesaron 15 muestras radiocarbónicas, se deduce que la ocupación de La Chimba tuvo sus inicios hace 2.650 años y, desde entonces, fue continuamente ocupada hasta el 1.700 o 1.950 antes del presente. En términos de la cronología regional de la Sierra Septentrional ecuatoriana, después de Cotocollao, es hasta el momento, La Chimba el si-

tio cerámico más temprano. Sin embargo, el registro de polen estratificado de la cuenca del lago de San Pablo ha demostrado, en el área de Otavalo, la presencia de la utilización del maíz hace 4.000 años y es posible que registros más profundos posibiliten extender este marco temporal hasta fechas todavía más tempranas. (Athens, 1995: 10-13).

Con fines comparativos se debe mencionar otros sitios tempranos, cercanos a la región aquí estudiada, que incluyen, además de Cotocollao (Villalba, 1988; Porras, 1982) datado entre 1500 y 500 a.C.; Nueva Era, en el sitio de Tulipe, y Nambilla, en el valle de Míndo, al noroccidente de Quito, ambos lugares datados entre 1500 y 400 a.C. y hacia 500 a.C. respectivamente (Isaacson, Zeidler, 1998: 41-72). Nambilla tiene cerámica aparentemente relacionada con Cotocollao, mientras que la de Nueva Era está más vinculada estilísticamente con el horizonte Chorrera de la Costa ecuatoriana. Aunque los conjuntos cerámicos de La Chimba y Cotocollao han sido comparados en base a varias similitudes genéricas de elementos decorativos y estilísticos, son, según Athens (1995: 13), muy diferentes. No obstante, una curiosa excepción es la aparición, relativamente tardía, de un tipo cerámico distintivo de La Chimba: los cuencos con labios excisos y su ocurrencia desde los contextos más tempranos de Cotocollao, aunque las dataciones, hasta ahora inexplicablemente, son distintas en los dos sitios.

Es importante señalar que los restos foráneos más comunes recuperados en las excavaciones de La Chimba han sido conchas marinas, un tipo de cerámica de las tierras bajas de la Costa y Oriente, y obsidiana. También se recuperó la cabeza de una figurina que representa a un mascador de hojas de coca (*Erythroxylum coca*), que pertenece al período entre La Chimba temprano (600 a.C. – 200 a.C.) y medio (200 a.C. – 200 d.C.) y que sugiere el uso de este cultígeno subtropical en esta zona de los Altos Andes. En las excavaciones de 1989 se observaron también cantidades minúsculas de desechos de oro, metal que solo pudo haberse obtenido en las tierras bajas orientales o del occidente. La identificación de éstos y otros bienes permiten establecer que ya entonces se dio alguna forma de intercambio. Entre los restos de cuatro tipos de conchas está clara la presencia de “*Spondylae*”, todas las cuales provienen del Océano Pacífico. La mayoría de restos son

piezas angulares pequeñas y fragmentadas, aunque se han encontrado algunos artefactos completos, como anillos delgados de concha de perla, algunas cuentas de “Spondylae” y una figurina que representa a un pez, elegantemente tallada. Estas piezas tan fragmentadas sugieren que las conchas fueron traídas enteras a La Chimba, donde fueron trabajadas quizás por algunos especialistas. Se incrementa la presencia de restos de conchas durante el período medio de La Chimba, que corresponde a la cerámica de líneas finas incisas, anterior al advenimiento de las incisiones escobilladas, y cuya cronología oscila entre 2.338 y 2.040 años antes del presente (Athens, 1995: 14-18).

En los yacimientos arqueológicos de La Chimba hay dos clases de cerámica foránea. La mayor parte de restos corresponde al denominado tipo “Cosanga” (Porras, 1975), de la Ceja de Montaña oriental ecuatoriana, y una pequeña cantidad está relacionada con la cerámica costeña Chorrera. Athens (1995: 18-20) distingue, una vez más, la fina cerámica Cosanga, con una pasta exterior generalmente crema y con un notorio desgrasante volcánico, de la parecida cerámica Píllaro, que tiene una pasta exterior anaranjada y que carece del distintivo desgrasante volcánico de Cosanga. Como posteriormente se pondrá de relieve, la cerámica tipo Píllaro ha sido encontrada comúnmente en sitios con montículos de la Sierra Norte ecuatoriana y que datan entre 1250 y 1350 d.C. (Cfr. Athens, 1980).

Del análisis de la ocurrencia de cerámica Cosanga en La Chimba, Athens (1995: 20) sugiere un período, durante la secuencia tardía de La Chimba, de intensificación del intercambio con las tierras bajas orientales. De la escasa cerámica relacionada con estilos costeños poco se puede concluir, con excepción de la sugerencia de que podría tratarse de una filiación chorrera al final del período temprano de La Chimba. Las piezas de obsidiana recuperadas en La Chimba, en general, son pequeñas y es posible que procedan de tres fuentes de vidrio volcánico, especialmente de Mullumica (situado a 45 kms. de distancia en línea recta), lo que podría comprobarse por la coloración pardo rojiza que caracteriza a gran parte del flujo. Parece, según Athens (1995: 20-21), que en La Chimba el uso de la obsidiana se incrementó desde los tiempos más tempranos, aunque este fenómeno podría

ser un reflejo del incremento de la población residente.

Los depósitos estratificados profundos del sitio arqueológico de La Chimba, datados aproximadamente entre el 2650 y 1700 antes del presente (650 a.C. – 300 d.C.) sugieren la existencia de una amplia variedad de intercambio a través de todo el tiempo en que el lugar fue ocupado. “De la Costa Pacífica – asevera Athens (1995: 23-.24) – se obtuvieron conchas marinas, de las tierras bajas orientales se obtuvo cerámica especial, y por lo menos alguna parte de la obsidiana fue conseguida de una fuente localizada 45 kilómetros al sur del sitio. Adicionalmente es probable que se obtuvieron hojas de coca de las tierras bajas tropicales o subtropicales, y oro de la montaña oriental u occidental; además es posible, que hachas de andesita, artefactos de pizarra y otras materias primas fueran obtenidas a través de intercambio. Aunque fue difícil medir la intensidad del intercambio a través del tiempo, el caso mejor documentado es el repentino incremento en la rata de adquisición de cerámica Cosanga de las tierras bajas orientales; también parece que la adquisición de la relativamente rara cerámica costera fue muy restringida en el tiempo”.

Más que aseveraciones, éstas son propuestas que exigen desarrollar un mejor entendimiento de los mecanismos a través de los cuales los bienes de consumo pueden moverse de una región a otra, así como de sus implicaciones en el sedentarismo de la población, en su movilidad demográfica y en las formas de acceso a uno o varios territorios.

4.5.- Tababuela: asentamiento en un medio semiárido

Un análisis comparativo de los materiales arqueológicos de Tababuela (en el valle del Chota) con los encontrados en La Chimba (al norreste de Cayambe, en la provincia de Pichincha), permite a Berenguer y Echeverría (1995: 239) afirmar que “las diferencias nunca son tantas como para considerar a estos sitios dentro de una misma tradición cultural, en la que La Chimba y Tababuela parecen ser fases terminales de Cotocollao”. La propuesta es sugerente, pero exige alguna discusión.

Tababuela Oeste se halla en el extremo norte de la actual provincia de Imbabura, a 0° 29' 50'' de latitud norte y 78° 6' 00'' de longitud

occidental. El sitio arqueológico está emplazado en una pequeña terraza originada por la acción fluvial. Su extensión aproximada es de 575 m. de largo por 400 m. de ancho y está situada a 1.560 m. sobre el nivel del mar, al sureste de la confluencia del río Ambi en el Chota. Las superficies de ésta y otras terrazas han sido cortadas por la acción erosiva del río Chota. A diferencia de la ribera norte, donde las estribaciones meridionales del nudo de Boliche actúan como dispersor de las aguas que bajan del páramo y fertilizan las terrazas, en la ribera opuesta los recursos hídricos son limitados y dependen de un laborioso trabajo de construcción de canales de regadío que puedan captar el agua, a mucha distancia, en los sectores más altos del río. (Berenguer, Echeverría, 1995: 152-154).

Los dos pequeños cortes realizados por Berenguer y Echeverría permitieron concluir que los materiales de Tababuella manifiestan una ocupación humana estable, de poca duración y con escasa densidad poblacional. Los componentes diagnósticos del conjunto cultural se asimilan a elementos culturales que en Cayambe aparecen circunscritos a un intervalo de tiempo de más o menos 400 años. La asociación entre pisos habitacionales, basura y fogones demuestra que las viviendas de Tababuella estuvieron emplazadas en el mismo lugar, pese a que, por lo reducido de las excavaciones no se evidenciaron indicios de muros. Se podría suponer, por sus características y proporciones, que se trata de un pequeño asentamiento de tipo aldeano, que quizás se encontraba cerca de antiguas rutas de tráfico, que bordeaban las vegas de los ríos. Algunos indicadores, como las conchas marinas encontradas en el yacimiento arqueológico, dan testimonio de contactos con la Costa Pacífica. No se debe dejar de lado la atinada observación de los dos investigadores de que el sitio de Tababuella se encuentra en el punto focal de la región donde confluyen diferentes valles que lo conectan con sub-áreas ecológicas, que posibilitan diversidad en la producción. (Berenguer, Echeverría, 1995: 235).

No hay evidencias para asegurar que entonces el valle Chota-Mira fue una ruta importante para la interacción inter-zonal, pero el hallazgo de materiales exóticos como obsidiana, oro y cerámica de estilos lejanos, en algunos sitios arqueológicos del valle y correspondientes a

épocas más tardías, permite aceptar la posibilidad de que el valle Chota-Mira fue una antigua área de contactos interzonales. (Bray, 1995: 32).

Pocos son los instrumentos líticos definidos y aunque los restos de fauna evidencian la cacería de cérvidos, aves y roedores, las puntas de proyectil se encuentran ausentes del inventario lítico. Quizás se debe este fenómeno a la disponibilidad mayor de materiales perecibles, como madera, etc. que no han sido preservados en el registro arqueológico. Es segura, según Berenguer y Echeverría (1995: 236), la recolección y consumo de “churos” o moluscos terrestres (*Bullimulus* sp.; Mollusca, Gastropoda) en Tababuella, pues las conchas se encuentran en el contexto arqueológico, particularmente en los residuos de cocina, no despedazadas, sino intactas, lo que demostraría que su contenido fue succionado. Las evidencias en el depósito de otras fuentes de proteína animal permiten suponer que los pequeños caracoles terrestres quizás solo jugaron un papel secundario en la provisión de proteínas, como sucede en la actualidad en las poblaciones indígenas de las provincias de Imbabura y Pichincha.

Es posible suponer, como lo hacen Berenguer y Echeverría (1995: 237), que los terrenos laborables de Tababuella se encontraban en la ribera opuesta del río Chota, en las terrazas aluviales y terrenos ubicados entre el río El Angel y la quebrada La Chimba, cuyas aguas descienden de los páramos de El Angel y sus cauces son casi superficiales. Este uso del suelo coincidiría con la costumbre, estudiada en otras regiones andinas, de aprovechar en la agricultura los terrenos naturalmente aptos y ubicar las viviendas en una explanada no propicia para los cultivos. La falta de muestras de tierras que, analizadas, podrían haber ofrecido datos para conocer la flora natural y las posibles especies cultivadas, exige la realización de futuros estudios interdisciplinarios en la zona. No obstante, en base a las evidencias indirectas, como la existencia de torteros y sus preformas, que indican que el hilado era una actividad corriente en el sitio, se puede concluir que en Tababuella se utilizaba el algodón: no sabemos si cultivado o solo recolectado. Los materiales recuperados tampoco permiten suponer el uso alimenticio del maíz, pues es ostensible la ausencia de piedras de moler, metates y sus respectivas manos. A excepción de un fragmento cerámico que los autores presu-

ponen podría pertenecer a un recipiente para contener “llypta” (ceniza fina empleada en la masticación de hojas de coca), no existen evidencias directas que aseguren el cultivo de la coca. Sin embargo Athens (1980: 126), como se explicó en páginas anteriores, en su “Cuadro 10. Cronología tentativa de las provincias de Imbabura y Pichincha del norte”, menciona entre “otros rasgos” de la fase La Chimba medio la presencia de una “figurilla masticando coca”.

Un breve análisis de los depósitos culturales de Tababuela permite aseverar la existencia de afinidades estilísticas con la cerámica de los niveles tempranos y especialmente medios de La Chimba, fechados entre 600 a.C. y 200 d.C. Estos datos podrían ser utilizados para proponer una hipótesis inicial sobre el uso de la coca por los habitantes de Tababuela. De todos modos, la ausencia de tecnología de regadío y la existencia de un sistema sociopolítico que no requería grandes núcleos de población sedentaria, “establecieron un límite en el desarrollo del asentamiento, contradicción que las ocupaciones más tardías de la zona supieron resolver favorablemente” (Berenguer, Echeverría, 1995: 238).

En resumen, Tababuela corresponde a una ocupación humana estable, de corta duración, asentada en un medio ambiente semiárido. Su emplazamiento parece coincidir con un centro que habría integrado las comunicaciones desde las hoyas de Guayllabamba y Chota hacia los páramos del Carchi, así como en dirección de la Cuenca Amazónica y del Litoral Pacífico. Esta situación hipotéticamente ofrecería a Tababuela condiciones favorables para el tráfico de productos procedentes de ecologías diferentes. Por lo pronto, la presencia de restos de moluscos marinos asegura contactos con la Costa, mientras sus afinidades culturales con La Chimba sugieren relaciones con el área de Cayambe. Es sugerente la propuesta de Berenguer y Echeverría (1995: 242) de que la ausencia de puntas de proyectil en el inventario lítico podría tomarse como una “evidencia negativa”, que permitiría suponer la existencia de materiales sustitutos (por ejemplo, la chonta, la caña guadúa, etc.), provenientes del Oriente o del Litoral. Es escasa la habilidad en el tallado de piedra, pero sí aparecen en la población conocimientos de la manufactura de artesanías complejas como la cerá-

mica, el hilado y probablemente la elaboración de tejidos. La existencia en el complejo arqueológico de torteros permite suponer el uso de fibras de algodón y quizás su cultivo, no así, por el momento, la agricultura de otros productos. Los desperdicios de cocina revelan una dieta alimentaria de proteínas animales, procuradas gracias a la cacería y recolección. Además del consumo de cérvidos, conejos silvestres, palomáceas (tórtolas, tucurpillas), cuyos restos óseos han sido identificados, es probable que se hayan aprovechado de las “preñadillas” (*Pimelodes cyclopum*): pequeños peces de agua dulce que todavía, hace algunos años, crecían y se recogían en el río Chota y en algunos de sus afluentes.

5. SOCIEDADES AGRÍCOLAS ALDEANAS SUPERIORES

Se mencionó en páginas anteriores la existencia de afinidades estilísticas entre la cerámica decorada de Tababuela y la de los niveles medios de La Chimba, lo que posibilita, mientras no se obtenga una cronología absoluta, calcular la ocupación de Tababuela entre los años 200 a.C. y 200 d.C. Esta propuesta cronológica coincide, como aseveran Berenguer y Echeverría (1995: 243) “con el inicio de la ocupación de Socapamba (Athens, 1979), en donde se encuentran algunos de los rasgos decorativos característicos de Tababuela y La Chimba, esto es, apliques de botones, incisiones diagonales (cfr. Athens, 1979: Fig. 14). La presencia de estos rasgos en niveles inferiores y medios de algunos montículos se debe, probablemente, a la utilización de tierra de antiguos asentamientos para levantar estas lomas”. [Probablemente Athens 1979 se refiere a Athens 1980: 214, donde se encuentra la Fig. 14].

Además de una preocupación por el problema histórico, en cuanto a la elaboración de una secuencia cronológica regional de toda la Sierra Norte, un tema importante para ser discutido es si el complejo cerámico de Tababuela y sus materiales asociados forman parte de la tradición cultural de Cotocollao y si esta fase puede constituirse en el ancestro cultural de las sociedades representadas en Tababuela, La Chimba y otros sitios identificados últimamente. (Berenguer, Echeverría, 1995: 244-245). Es patente, una vez más la necesidad de aunar esfuerzos para completar las enormes lagunas que presenta la Arqueología de la Sierra Central y Norte del país, con el análisis no solo de la cerámica sino de otros restos, a fin de proponer una cronología válida independiente de la periodización propuesta por Evans, Meggers y Estrada y que posibilite discutir con datos científicos las inter-relaciones y posibles influjos entre las diferentes regiones del actual Ecuador.

A este propósito es útil afirmar que siguen siendo válidas las recomendaciones de Fernando Plaza Schuller, redactadas en 1978, en su artículo orientador “Evaluación y propuestas metodológicas para el desarrollo de la Arqueología en los Andes Septentrionales” (Plaza Schuller, 1995: 11-43), donde se proponen como prioridades: clarificar las características que definen la formación social aborigen, conformar un registro exhaustivo de sitios arqueológicos y sus contextos, detectar yacimientos pre-agroalfareros, reconocer y evaluar selectivamente los complejos asociados o emparentados culturalmente con el Callejón Interandino, y otros.

5.1.- Socapamba: ejemplo de un sistema regional integrado

Se ha mencionado ya que, en 1974, Alan J. Osborn y John S. Athens de la Universidad de New México (USA), con el auspicio del Instituto Otavaleño de Antropología, realizaron una investigación arqueológica, que se prolongó durante algunos años, y cuyos resultados han sido significativos. Además de los trabajos en La Chimba y en los sitios Im-11 e Im-1, dedicaron la mayor parte de su tiempo y atención a las excavaciones y análisis del material de Socapamba, que complementaron los informes preliminares de las anteriores temporadas de trabajo de 1972 y 1973.

En su “Informe preliminar sobre investigaciones arqueológicas realizadas en la Sierra Norte del Ecuador”, Athens (1976: 56-78) ofrece un inventario de sitios arqueológicos con montículos y su distribución espacial. Se observa, en primer lugar, que los 22 sitios señalados en el informe de la prospección se encuentran ubicados en tres zonas ecológicas complementarias y distintas: la zona templada, la tropical y la sub-tropical árida. Como consecuencia, es posible deducir que cada zona ofrecerá un potencial de intercambio complementario de diferente naturaleza.

La mayor parte de los sitios, en primer lugar, se encuentra en la zona templada. En segundo lugar, se observa que los sitios ubicados en la hoya de Ibarra, al sur del río Chota, muestran una distribución con notable homogeneidad, por lo que asevera Athens (1976: 57): “Si pu-

diéramos justificar la existencia de una planificación central, nos encontraríamos en condiciones de afirmar que los sitios corresponden a una misma época”; hipótesis que se encuentra avalada por el estudio llevado a cabo de la cerámica hallada en la superficie de esos lugares, así como por los datos deducidos de los cortes estratigráficos hechos en Socapamba y de las fechas radiocarbónicas correspondientes a dos sitios. La homogeneidad de la mencionada distribución solo se rompe cuando aparecen accidentes geográficos notables, o cuando la zona es de reducida capacidad agrícola, lo que permite proponer la hipótesis de un sistema regional integrado, siempre y cuando se defina la modalidad de esa posible integración.

A propósito de un orden cronológico de esta zona (e incluso de toda la región septentrional de la Sierra ecuatoriana), es acertada la opinión de Athens (1980: 124) sobre la validez de la propuesta de Jacinto Jijón y Caamaño (1914; 1920) en sus dos “Contribuciones” al estudio de los aborígenes de la provincia de Imbabura. El mencionado autor ecuatoriano, basándose en los cambios de los tipos de enterramiento y el estilo cerámico, propone para la prehistoria de la provincia de Imbabura, comenzando por el más temprano, tres períodos principales, a saber, de sepulcros con pozo, conocidos por la cerámica con pintura negativa encontrada en ellos; de tolas con pozo y cerámica decorada con pintura positiva; y de tolas habitacionales.

Supeditado a los criterios de selección de rasgos culturales comunes, duración temporal limitada y amplitud de la dispersión geográfica, todos comprobados estratigráficamente o por análisis radiocarbónico, Athens (1980: 125-126) establece una periodización basada principalmente en los estilos cerámicos y, para el último período, también en el atributo de los montículos. Prescindiendo de la propuesta de Myers (1976; 1978) como se explicó en páginas anteriores, Athens (1980: 126) divide la cronología prehispánica, correspondiente al norte de la provincia de Pichincha y a la provincia de Imbabura, en ocho períodos.

El más antiguo corresponde al sitio IM-11 (en Otavalo), corte e y enterramiento 1, cuyas fechas calculadas por el análisis de radiocarbono corresponden al período entre 1.000 a.C. y 600 a.C. Sus elementos

diagnósticos son: platos posiblemente carenados, con protuberancias en el hombro, y pequeñas ollas de base plana con bruñido vertical. Hay evidencias de maíz y fréjol, y la cerámica presenta rasgos estilísticos generalizados, engobe rojo, tizne negro, pintura negativa, así como la presencia de compoteras. Otros rasgos son los huecos en forma de campana y los enterramientos en pozos con cámara lateral, rasgos que permiten relacionar a este yacimiento arqueológico con el período propuesto por Jijón y Caamaño de sepulcros con pozo.

Las tres etapas del corte 4 de la Chimba (600 a.C. y 700 d.C.) responden, según Athens (1980: 126), a los períodos 2, 3 y 4 de su cronología. La Chimba temprano (600 a.C. – 200 a.C.) presenta como elementos diagnósticos platos con un motivo dentado exterior bajo el plano saliente del labio, mientras que para La Chimba medio (200 a.C. – 200 d.C.) son significativos los platos con incisiones exteriores diagonales. En esta última fase (La Chimba medio) se encontraron la ya citada figurilla masticando coca y platos a menudo carenados, que pueden tener zonas de engobe blanco y/o pastillaje. La fase Chimba tardío (200 d.C. – 700 d.C.) presenta, como elementos diagnósticos, platos y jarros con pintura positiva y, entre otros rasgos, son dignos de mención varios artefactos de conchas marinas, pintura negativa, vasijas trípodes y botellas con asa y puente. En esta fase aparece un primer uso de pintura roja y, según Athens (op.cit.), la misma corresponde a un probable inicio de la construcción de montículos.

El período 5, según la cronología propuesta por Athens (1980: 126), está documentado con la estratigrafía y el material del sitio No. 19 de Socapamba, al que análisis de C-14 confieren una datación entre 700 d.C. y 1000 d.C. Como elemento diagnóstico se mencionan una compotera con perfil de bordes ondulados, plato con borde somero e interior de engobe rojo y pulido. A esta fase de Socapamba pertenecen también montículos habitacionales y con enterramientos y una cerámica fina anaranjada posiblemente diagnóstica.

Según análisis de radiocarbono, entre los años 1000 d.C. y 1250 d.C. se desarrollan los niveles superiores de Socapamba No.18 que corresponden al período 6, y que temporalmente también coinciden con la fase Cochasquí I, datada entre 950 y 1250 de nuestra era (Oberem,

1975: 79). Sus elementos diagnósticos son las vasijas “zapatiformes”, comienza el uso del engobe color herrumbre y aparece cerámica fina pintada; otros rasgos son los montículos habitacionales y de enterramiento, que ya fueron conocidos en el período 5 y que corresponden, como se mencionó anteriormente, a la fase denominada por Jacinto Jijón y Caamaño de las “tolas con pozo”. (Athens, 1980: 126).

Finalmente el período 7 (1250 d. C. – 1515 d. C.) llamado “tardío” y documentado con los resultados de las investigaciones arqueológicas en Pinaquí No. 1, Socapamba No. 15 y 21 y Cochascuquí II (Oberem, 1975: 79), presenta como elemento diagnóstico montículos con rampa y ánforas con pintura roja. Hay dos formas de montículos: los cuadriláteros y hemisféricos y en algunos de ellos se ha encontrado cerámica de la denominada fase Tuza. Corresponderían a esta fase las “tolas habitaciones” de Jacinto Jijón y Caamaño. Según Athens (1980: 126), entre 1525 d.C. y 1534 d. C. aparecen cerámica y elementos arquitectónicos como elementos diagnósticos del período 8, denominado con más propiedad “Incaico”, especialmente en el sitio de Caranqui.

Con ocasión del 49º Congreso Internacional de Americanistas, realizado en Quito, en julio de 1997, Santiago Ontaneda (1998: 87-114) presentó una secuencia cronológica de la Sierra Norte ecuatoriana, que coincide en gran parte con la citada propuesta de Athens, pero que difiere de las más recientes correcciones cronológicas, todavía como hipótesis, sobre las fases Capulí, Piartal y Tuza, que corresponden a la Arqueología del territorio al norte del río Chota-Mira.

77

5.2.- Tolas: elemento diagnóstico del País Imbaya

El examen previo a las excavaciones dirigidas por Athens permitió proponer, como hipótesis inicial, que Socapamba podría ser considerado un lugar de fortificación natural. Las pequeñas colinas del sitio atravesado por la carretera Panamericana y ubicado a tres kilómetros al norte de la laguna de Yaguarcocha se encontraban cubiertas con restos prehistóricos procedentes en gran parte de excavaciones clandestinas, mientras el área comprendida entre los montículos había si-

do sometida a una intensa actividad agrícola. Parece que la agricultura actual depende eminentemente del régimen de lluvias, aunque no es posible afirmar con seguridad, que las condiciones climáticas actuales son similares a aquéllas de finales del primer milenio de nuestra era. Si éste es el caso, se deberían encontrar evidencias de algún sistema de regadío artificial, aunque en las excavaciones realizadas en la tola 18 parece que se descubrió el resto de un pequeño canal.

Según el “Informe preliminar” de Athens (1976: 56-78), la “tola 18” es un montículo bajo, en comparación con su diámetro. Se encuentra en gran parte destruida y las tumbas, en su mayor parte, han sido “huaqueadas”. Athens excavó cuatro tumbas y en dos de ellas descubrió ceramios como ajuar funerario; una de ellas correspondiente a un niño, tenía además cinco cuentas de piedra incisa. De los cortes exploratorios efectuados en la tola 18, se obtuvo abundante cantidad de restos alimenticios, cerámicas y muestras para análisis de radiocarbono en zonas de gran densidad de material netamente asociado con el contexto. En otros cortes efectuados no se encontró esta densidad de material, sino únicamente restos culturales esparcidos en forma homogénea. En todos los cortes practicados, los fragmentos cerámicos hallados cerca de la superficie diferían notablemente de los encontrados en capas inferiores; éstos últimos se asemejaban a los tipos de La Chimba, fechados en el 730 d. C. Los fragmentos provenientes de estratos más superficiales correspondían a tipos hallados frecuentemente en zonas de superficie en otros lugares con tolas.

Aparentemente el montículo denominado “tola 18” ha sido construido lentamente a través del tiempo y ha servido como plataforma, hecha en varias etapas, para viviendas y también como lugar para enterrar a los muertos. Cerca de la superficie, y en contacto con la zona de humus, se encontraron evidencias de un fogón y restos de dos vasijas. Una de éstas era “zapatiforme”, con la superficie carbonizada. La otra era una compotera simple. Con excepción de las sepulturas, en la tola 18 no se hallaron otras evidencias que pudieran ser interpretadas como ceremoniales.

El montículo de tamaño mediano nominado por Athens (1976: 62-64) “tola 19”, era de forma cónica uniforme y se encontraba casi in-

tacto; en su interior se excavaron siete entierros. El que se encontraba a mayor profundidad tenía un túnel de entrada claramente definido y en él se hallaron seis compoteras, casi todas ellas quebradas. Del esqueleto faltaba casi el 85 %. Eran claras las evidencias de que esta tumba en el pasado había sido saqueada. Los demás entierros carecían de ajuar funerario, o contaban solo con una o dos compoteras. Uno de ellos contenía varios adornos de cobre, y otro un fragmento de tela. En una de las tumbas el esqueleto estaba introducido de cabeza, mientras casi todos los otros restos óseos se encontraban en posición flexionada (en cuclillas o en postura fetal). No se hallaron restos materiales sobre la superficie. En esta tola no se encontraron fragmentos que pudieran corresponder a los diagnósticos del período tardío de ocupación, salvo algunos ejemplares con engobe rojizo. Tampoco se encontraron fragmentos comparables a los de los niveles o estratos inferiores de la tola 18, correspondientes al tipo de La Chimba. Esta diferencia en tipos cerámicos entre ambas tolas podría deberse a motivos funcionales o quizás a una variación en la cronología, según la cual la tola 19 podría pertenecer al “período medio”.

Pertenece a los montículos con rampa la “tola 21” de Socapamba y como tal parecería haber sido construida no antes del 1000 d.C., es decir, durante el período tardío que continuó hasta la invasión incaica., hacia el 1500 de nuestra era. Aunque la fecha de C-14 indica un período más temprano (760 d.C.), ésta, según Athens (1976: 64-68), debe ser tomada en cuenta en relación con material más temprano del relleno del montículo, donde se recogió la muestra. Como en los montículos con rampa, también en la tola 21 se advierte una gran simetría en la construcción. Su excavación reveló la existencia de una estructura en forma de cubeta escalonada, parecida a las dos cavidades alargadas que se encontraron en las planchas redondas de barro cocido, sobre la Pirámide E de Cochasquí (Wurster, 1989 a: 46-49, Oberem, 1970 a: 317-322). Esta cubeta escalonada parece haber sido modelada directamente en la tierra y luego cocida conjuntamente con el piso. Lamentablemente no se encontraron vestigios de carbón ni de ningún otro elemento asociado con esta estructura en la tola 21. (Athens, 1976: 68).

Al final de las excavaciones fueron analizados 11.150 fragmentos provenientes del sitio arqueológico de Socapamba. Los restos de cerámica encontrados en los estratos inferiores de la tola 18 tenían, en su mayoría, forma de tazón, y algunos ejemplares estaban pintados con engobe rojo y pulidos. Además estaban decorados con líneas incisivas o con aplicaciones en forma de botón. Estos tipos de alfarería se encontraron en los depósitos de La Chimba (Pi-1), que han sido fechados en 730 d.C. Mientras tanto, en la tola 19 se encontraron fragmentos con diseños antropomorfos en los bordes de los ceramios. Es también digna de notar la fina confección de las vasijas, especialmente compoteras, y generalmente de color anaranjado, encontradas en esta tola. (Athens, 1976: 68-72).

No deja de tener importancia mencionar los resultados de la prospección realizada por Athens (1976: 72-77) en el sitio Yahuarcocha (Im-9), al lado oriental de la laguna, y en el valle del Chota. En el primero no se encontraron tolas hemisféricas, el único tipo de montículo eran las estructuras con plataforma; aunque a alguna distancia del sitio de Yahuarcocha, hacia el norte de la laguna homónima, se localizaron varios montículos hemisféricos. El sitio de tolas del valle del Chota (Im-12), junto con el de Sequambo (Im.15), constituye la presencia más septentrional de este tipo de sitios. Con alguna frecuencia se han encontrado en su superficie fragmentos de cerámica de estilo Tuza, característica de la región al norte del río Chota- Mira (provincia del Carchi), lo que no ha sucedido en otros sitios de tolas, con excepción de la cerámica Piartal obtenida en los niveles medios de las excavaciones realizadas en la tola 18 de Socapamba.

6. PROCESO EVOLUTIVO EN LAS SOCIEDADES COMPLEJAS

En la reconstrucción histórica del Septentrión Andino ecuatoriano es imprescindible tener en cuenta los lineamientos de la Ecología Cultural y de la Teoría de los Sistemas aplicados por John Stephen Athens en su estudio sobre “El proceso evolutivo en las sociedades complejas y la ocupación del período Tardío – Cara en los Andes septentrionales del Ecuador” (1980). De los presupuestos teóricos deduce el autor cinco hipótesis que deben ser explicadas, a saber, la estabilidad territorial, la estructura y magnitud de la población, los patrones de asentamiento, la especialización y los centros de poder. Estas hipótesis y sus correlaciones arqueológicas intentan ser comprobadas, como asevera Athens en el título de la mencionada obra sobre la ocupación del período “Tardío-Cara” (1250-1500 d.C.) en la Sierra Septentrional del Ecuador.

81

6.1. Estabilidad territorial y estructura demográfica

Si en el sistema social complejo los subsidios para la agricultura son suficientemente bajos, la unidad social primaria tenderá a mantener un área relativamente estable de ocupación. Se debe tener en cuenta que en la región ecuatorial se trata de medioambientes estables respecto a las variables meteorológicas, por lo que la población agrícola puede ser estable a través de la aplicación de subsidios de energía directos. El principal problema de seguridad consiste en mantener el acceso a la tierra para la producción agrícola, por lo que el área de ocupación tenderá a estabilizarse en mayor medida cuanto más energía se utilice para conseguir mayor seguridad; en estas circunstancias la adquisición territorial podría ser difícil de obtener y costosa de defenderla, mien-

tras las consecuencias de la pérdida territorial son más acentuadas si las densidades de población son mayores. Un territorio puede definirse como una zona reservada y vigilada, por lo que implica generalmente el uso exclusivo de esa área por quienes la ocupan. El uso del término “territorio” para los sistemas culturales humanos usualmente implica una zona donde se realizan todas las actividades humanas para sobrevivir. (Athens, 1980: 87-89).

Es importante, una vez más, recalcar las diferencias conceptuales entre la soberanía de un estado sobre un territorio, las formas de propiedad privada o colectiva y cuya legalización depende de una autoridad estatal (en otras palabras no existe “propiedad” sin estado), y el acceso, cada vez de manera más exclusiva, a una zona determinada, acceso que podría variar en dependencia a variables demográficas, evolución de las tecnologías o modalidad en el uso del suelo. En este último caso se podría hablar de “territorialidad étnica”, la que tiende a una mayor estabilización en relación directa a un mayor sedentarismo. Como se pondrá en evidencia en páginas posteriores, solo a partir de las sociedades agrícolas aldeanas superiores, en las que las condiciones de producción son formas de agricultura de excedentes y la organización social se define como “tribu estratificada”, se puede hablar adecuadamente de “territorios” étnicos. (Moreno Yáñez 1999: 369-372). En el caso de la Sierra Norte, a partir quizás de la fase Tababela (ca. 200 d.C.) se podría hablar de la existencia de un pueblo aborigen ya culturalmente identificable y asentado entre los ríos Chiche-Guayllabamba al sur y Chota-Mira al norte. Esta identificación, como se define en el presente libro bajo el nombre de “País Imbaya”, es clara e indudable a partir de la aparición en la Sierra Norte de montículos de enterramiento y habitacionales, que corresponden a la época más temprana de la fase Socapamba (700 d.C. – 1000 d.C.): desde entonces se podría también hablar de “sociedades supracomunales y señoríos étnicos”. (Moreno Yáñez, 1999: 372-378).

La segunda hipótesis se refiere a los tamaños de las poblaciones intraregionales dentro de los sistemas complejos. Se presupone que en los medioambientes estables la población tiende a ser distribuida por igual entre las unidades sociales, al contrario de lo que sucede en los

medioambientes estacionales. Si se supone que las unidades sociales primarias en medioambientes uniformes operan para asegurar territorios y conseguir la máxima dispersión en una región, entonces el uso energético debe ser igual para todas las unidades sociales primarias de dicha región. Como esta energía en las sociedades no industrializadas se deriva casi exclusivamente del esfuerzo humano, se concluye que los niveles similares de desembolso de energía entre las unidades sociales primarias deberían corresponder a poblaciones de similar tamaño. Como además el problema adaptativo es el mismo en una región homogénea, el resultado podría ser un relativo equilibrio en el tamaño de la población de las unidades sociales primarias. Es también importante anotar que dentro de esta hipótesis, la distancia al vecino más próximo debería proveer una medida de la equivalencia del tamaño de la población entre las unidades sociales primarias. Por lo mismo, distancias similares entre los asentamientos serían un indicador de similares magnitudes de población. (Athens, 1980: 93-95).

Uno de los presupuestos para la estabilidad territorial de las sociedades aldeanas agrícolas superiores es la existencia de sistemas agrícolas con producción de excedente. Hasta el momento actual se ha confirmado arqueológicamente la existencia de algunos cultígenos nativos americanos, como se explicó en capítulos anteriores. Entre ellos, se han recuperado en las excavaciones frijoles (*Phaseolus vulgaris*) carbonizados y maíz (*Zea mays*). En el sitio Im-11, su uso se remonta, por lo menos, al 720 a.C. Algunas muestras de algodón (*Gossypium* sp.) hilado, de un fragmento de tela, se obtuvieron del enterramiento número 5 del montículo 19 de Socapamba, estructura que data probablemente del 760 d.C. Se ha mencionado que la presencia pre-inca de coca (*Erythroxylon* sp.) está sugerida por la cabeza de figurilla con un pómulo saliente encontrada en La Chimba y que data por lo menos del 150 a.C. Además la frecuente ocurrencia de varios tipos de piedras de moler, incluyendo los metates en forma de artesas, en los sitios del período tardío, sugiere la importancia del procesamiento de semillas, mayoritariamente de maíz y quizás también de quinua (*Chenopodium* sp.). Los huesos de animales recuperados en las excavaciones arqueológicas proceden, casi en su totalidad, del sitio

de Socapamba e incluyen llama, cuy, perro, conejo y pequeñas cantidades de aves y mamíferos no identificados. Hasta el momento se desconocen los resultados de los análisis de los huesos encontrados en Socapamba y La Chimba, que podrían permitir calcular cuándo empezó la utilización de los animales domésticos. (Athens, 1980: 119-120).

Respecto de los sistemas agrícolas es importante observar que el límite superior de la agricultura moderna está alrededor de los 3.450 m. sobre el nivel del mar. Aproximadamente desde los 2.800 m. se encuentran los cultivos de papas (*Solanum* sp.) y de otros tubérculos tradicionales. Los chochos (*Lupinus* sp.) y la quinua también están adaptados a este piso ecológico, mientras el maíz y los frijoles crecen bajo los 2.800 m. El algodón y la coca requieren climas aún más calientes, por lo que tenemos datos etnohistóricos que nos mencionan que estas plantas fueron cultivadas en los valles del Chota y Guayllabamba. De la información arqueológica y etnohistórica, hasta el momento, no es posible deducir que habría surgido una superior entidad política a partir del control exclusivo de un producto particular de distribución geográfica limitada. Parece más bien que existió un vigoroso intercambio de algodón y coca y quizás de otros productos, como se explicará más adelante. (Athens, 1980: 121).

Se ha expuesto, en páginas anteriores, que las zonas ecológicas del norte del Ecuador se encuentran mucho más cercanas unas a otras que en el sur del Perú y en Bolivia, por lo que en la mencionada zona ecuatorial no hay evidencia alguna para postular un sistema multiétnico extra-territorial de producción a grandes distancias. En el caso de grandes etnias como los Lupaca, en la región Circum-Titicaca (actual Bolivia), éstas podían apoderarse de algunos oasis como Ilo, Moquegua o Lluta, en la costa desértica del Pacífico; y simultáneamente de cocalas en los Yungas o tierras calientes en la Ceja de Montaña oriental andina, todo lo cual quedaba a muchos días de camino del núcleo de poder, de pastoreo y de producción de la alimentación básica, ubicado en las orillas del lago Titicaca (Murra, 2002: 127). Los estudios sobre Andinoamérica Septentrional permitieron a John V. Murra, en 1985, escribir lo siguiente: “Mi invitación a la búsqueda de los límites geográficos del modelo ha recibido cierta atención. Udo Oberem

(1978) y Frank Salomon (1980) han demostrado que al norte de Cajamarca, donde no hay puna, no existían antes de 1500 ‘archipiélagos’ permanentes y a larga distancia. Bajo condiciones de páramo – y aquí me parece útil recordar las distinciones formuladas por Troll (1931) y Reichel-Dolmatoff (1961) – solo los burócratas del Tawantinsuyu insistieron en que haya macrocomplementaridad, y ésta, limitada al cultivo de la coca. En los Andes del norte florecen otras formas de intercambio: el tráfico marítimo de larga distancia o las actividades de los mindala” (Murra, 2002: 137).

Tanto las evidencias arqueológicas como la documentación etnohistórica demuestran que, en los Andes Septentrionales del actual Ecuador, se daba en el último milenio una forma relativamente intensiva de producción agrícola. Como atestigua Athens (1980: 122-123), son frecuentes los camellones y surcos así como las laderas aterrazadas, aunque es quizás más exacto opinar que estas últimas fueron más tardías y podrían estar más bien relacionadas con grupos de mitimaes traídos por los Incas. Hay campos de camellones en el área sur del actual pueblo de Ayora. Otro caso conocido de campos de surcos y camellones, de aproximadamente 2 kilómetros cuadrados, se presenta en el extremo sur del lago de San Pablo. El área visible de los terrenos con camellones que se encuentran cerca de los sitios de Paquiestancia y Cayambe se aproxima a los 5 kilómetros cuadrados. Antes del advenimiento de la agricultura mecanizada, los campos de surcos y camellones debieron haber sido más extensos en estas áreas bajas y planas, que a menudo tienen ciénagas y aguas estancadas. Se presume que su principal función fue la de elevar el nivel del terreno para ofrecer un drenaje en aquellas áreas pantanosas con un alto nivel de aguas.

Respecto a la irrigación quizás tenga razón un gran conocedor de la hoya de Ibarra, el arqueólogo e historiador Jacinto Jijón y Caamaño (1920: 113), para quien el cultivo en gran parte de esta región no es posible sin irrigación artificial, por lo que algunas acequias, como en Urcuquí, que fecundan la región, datan de tiempos prehistóricos. El pueblo del Quinche posee una construida, al parecer, por los Incas y el de Pimampiro tres canales de regadío, que se originaban en una quebrada cerca de Chapi. Si se considera la existencia de grandes si-

tios correspondientes al Período Tardío en estas áreas, se puede suponer que debió existir una extensa red de canales con anterioridad a las conquistas inca y española.

Concluye Athens (1980: 123) el acápite con estas acertadas reflexiones: “Estas prácticas probablemente fueron más extensivas de lo que indican los actuales datos disponibles. El tipo particular de estrategia de intensificación que se implementó, indudablemente dependió de los problemas de las condiciones locales, como el énfasis en la irrigación en las áreas secas, el uso de campos de camellones en áreas pantanosas, y terrazas en laderas escarpadas”.

Característica de las sociedades complejas es la estratificación social, según la cual se da un acceso diferente al poder, prestigio, beneficios económicos y otras prerrogativas, todo lo cual conduce a la institucionalización de una jerarquía social permanente. Tanto los privilegios como la pertenencia a un nivel de jerarquía están generalmente conferidos por derechos hereditarios. Sobre la existencia de señores étnicos (correspondientes a los “caciques” antillanos o “curacas” andinos) y de una clase servil, las fuentes etnohistóricas ofrecen una amplia documentación válida, por lo menos, para las fases tardías de la época prehispánica. Sin embargo son los enterramientos y la construcción de montículos una importante evidencia arqueológica que demuestra en la zona una estratificación jerárquica. Alan J. Osborn y John S. Athens en “Prehistoric Earth Mounds in the Highlands of Ecuador. A Preliminary Report” (1974: 9-14) ofrecen cálculos sobre el trabajo empleado en la construcción de montículos, con referencia a la complejidad de la organización social de este período, aunque es importante anotar que la construcción monumental por sí misma no siempre es un indicio infalible de la complejidad social. De todos modos, para los trabajos de excavación, acarreo y depósito de enormes cantidades de materiales destinados a la construcción de montículos artificiales, era necesario un alto número de trabajadores. Como ejemplo estimativo se puede calcular el esfuerzo laboral que significó la construcción de Paila-Tola: una pirámide truncada, con rampa, que se encuentra en un complejo de tolas cerca del actual pueblo de Atuntaqui. Cálculos matemáticos revelan que este enorme monumento contiene aproximada-

mente 104.800 metros cúbicos de tierra de relleno. En la hipótesis de que se trasladó el material desde un lugar distante una cuadra, cada trabajador podía haber transportado diariamente 1,76 metros cúbicos de tierra, por lo que se debe haber invertido en la construcción de los 104.800 metros cúbicos de Paila-Tola 59.545 días por hombre. Si cada hombre acarrea 1,76 metros cúbicos a lo largo de 100 metros, cien trabajadores requerían 595,45 días para construir el montículo. Se podrían añadir otros cien hombres para excavar el suelo y extraer el material, por lo que en total, si trabajaron 200 personas en la excavación, traslado y colocación de los 104.800 metros cúbicos del material necesario para la construcción de Paila-Tola, eran necesarios 595,45 días. Estos cálculos no incluyen otras labores como la planificación, supervisión y construcción de unidades estructurales como celdas con material de relleno, contrafuertes y taludes. Por lo mismo, estos datos indican que el montículo artificial de Paila-Tola pudo haber sido construido por 200 trabajadores en un tiempo no menor a dos años de intenso trabajo.

Aunque es ambiguo determinar el carácter privado o social de los sitios prehistóricos, hay razones para presuponer que los grandes montículos de la Sierra Norte ecuatoriana fueron prioritariamente de carácter privado con función social. Las pirámides con grandes plataformas y muchos pequeños montículos redondos aparentemente sirvieron como suelo para la construcción de bohíos o casas circulares, las que servían de morada de los señores (Athens, 1980: 141-142). Para el caso de los enterramientos, las diferencias en la forma de sepultura y en el ajuar funerario llevan a la conclusión de una diferenciación social jerarquizada.

6.2.- Patrones de asentamiento

Al tratar sobre los “patrones de asentamiento”, Athens (1980: 96-101) propone un modelo de asentamiento “no-nuclear” o disperso para los sistemas de medioambientes no estacionales sino uniformes. Al contrario de los “nucleados” el calificativo “disperso” se refiere a la condición donde las unidades residenciales domésticas no lindan

entre sí. Esto no connota necesariamente una distribución uniforme o distante en un área, aunque esta situación podría representar el máximo grado de dispersión. Los pequeños grupos de unidades residenciales dispersas parecen ser una forma común de asentamientos dispersos en las sociedades agrícolas tropicales. En los medioambientes estables, donde los subsidios de energía y los conflictos de planeamiento son relativamente bajos en la producción agrícola, la unidad residencial puede ser auto-contenida con respecto a las actividades de producción, por lo que la interacción regular o frecuente fuera del grupo de parentesco inmediato no es necesaria. Dada esta circunstancia, es más práctico para los productores vivir en proximidad a los campos agrícolas. Por lo tanto, parece que factores tales como la intensidad de los conflictos, la calidad del suelo, el acceso al agua, etc. podrían tener algún efecto en la configuración de cualquier asentamiento. Aunque éste no sería el caso de Andinoamérica Septentrional y menos de la zona norte de la Sierra ecuatorial.

Al contrario, en los medioambientes estacionales la necesidad de un alto subsidio de energía y los posibles conflictos de planeamiento pueden crear mayor dependencia entre los miembros de la sociedad. Ésta puede derivarse de la necesidad de una labor comunal para mantener la producción agrícola, de la organización administrativa del trabajo con subsidios a gran escala, de la producción especializada y de las demandas del comercio, transporte y redistribución. Estas exigencias podrían demandar un patrón de asentamiento nucleado, como ha sido la tendencia en los Andes de Puna de Andinoamérica Central y Centro Sur o Circum-Titicaca (Perú y Alto Perú o Bolivia).

La comparación anterior entre los posibles patrones de poblamiento en los medioambientes uniformes (Andes de Páramo) y medioambientes estacionales (Andes de Puna) es un indicador de la acelerada evolución hacia formas estatales de “tipo hidráulico” (control sobre la tierra y los recursos hídricos) en Andinoamérica Central (Perú), mientras la configuración estatal “hidráulica” no es indispensable en Andinoamérica Septentrional, donde la evolución hacia formas estatales está basada en el control de los recursos exóticos. (Cfr. Moreno Yáñez, 1988, 1: 23-31).

6.3.- Especialización y centros de poder

Si en los medioambientes estables la demanda de eficiencia laboral está minimizada, la necesidad de productores especializados estaría también limitada. La suposición principal de esta hipótesis de John S. Athens (1980: 98-101) es que la especialización aumenta la rapidez con que el trabajo puede ser cumplido. Una aseveración de esta índole no se refiere solo al simple hecho de la “división del trabajo”, sino que merece algunas precisiones. Los “especialistas” que se dedican a actividades para el estricto beneficio de una clase social elitista (escultores, artesanos, comerciantes, sacerdotes, etc.) no participan directamente en el sector público de la economía, aunque implican un considerable grado de dependencia en otras partes del sistema cultural. Ante la dificultad de cuantificar arqueológicamente la producción agrícola frente a la producción de bienes no alimenticios, un indicador del nivel mayor de especialización sería la acumulación de materia prima y de productos elaborados más allá de la demanda inmediata.

El resultado es que los sistemas sociales que tienen producción especializada deben tener necesariamente facilidades para un mayor almacenamiento, por lo que es probable que muchas de estas construcciones de almacenamiento estén separadas de las residencias domésticas. Este reconocimiento de la especialización puede ser fácilmente observable y cuantificable arqueológicamente. La validez del almacenamiento como instrumento de medida de una alta especialización, en las sociedades ubicadas en medioambientes estacionales, puede ser comprobada con los datos sobre almacenamiento en el Incario; en los Andes equinocciales la ausencia de edificaciones expresamente construidas como depósitos o almacenes, si es válida la hipótesis, demostraría un nivel bajo de especialización.

Como se expuso anteriormente, el tópico de dispersión del asentamiento se relaciona con el parámetro de la cercanía o contigüedad de las unidades residenciales. En su análisis acerca de la “dispersión del asentamiento”, Athens (1980: 147-175) intenta documentar el patrón residencial de Socapamba durante el Período Tardío, lo que involucra

una apreciación de la función del montículo y de las inferencias sobre el uso espacial entre los montículos, en relación al patrón residencial.

En la estructura relativamente pequeña del montículo 12, la excavación de una trinchera dejó al descubierto tres superficies superpuestas como pisos residenciales designados con las letras A, B y C. Sobre el piso A se encontraron dos orificios de postes de 15 cms. de diámetro y evidencias de dos elementos moldeados en forma de canal. Parece que se trata de “artesas”, consideradas por el arqueólogo norteamericano como fogones del hogar. Entre las características arquitectónicas de las pirámides de Cochasquí, señala Udo Oberem (1970 a: 317-322; 1981, a: 64-65) la presencia en varias pirámides, y particularmente en la Pirámide E, de dos planchas de barro cocido con la consistencia del ladrillo. En la plancha mayor se encontraron agujeros de postes y dos cavidades rectangulares, alargadas y escalonadas, parecidas a las mencionadas “artesas”. En la grada media se encontraron conos de piedra, colocados antes del cocimiento, cuyas puntas sobrepasaban el nivel de la planta. El piso B del montículo 12 de Socapamba es notable por una pequeña trinchera que, como un arco, corre a lo largo del perímetro interior del piso, lo que indicaría una forma de casa ovalada o circular, con paredes de cañas o carrizos, cuyos restos aparecen carbonizados (Athens, 1980: 149), modalidad arquitectónica que también aparece en varias pirámides de Cochasquí.

También en el montículo 14, una estructura de plataforma cuadrilateral con una altura de 5 m., se encontró sobre el nivel del piso una construcción parecida a una artesa, cuidadosamente moldeada y que fue posteriormente quemada como un ladrillo. Al exterior de la cavidad se encontraron 3 orificios, que quizás fueron para colocar piedras de un fogón o “tulpa”, similares a las halladas en Cochasquí y Pinsaquí. Sobre el suelo también se recuperó una piedra de moler de toba volcánica consolidada. La superficie apisonada del piso se perdía progresivamente al distanciarse de la artesa. El material óseo encontrado incluía restos de llama, perro, cui, conejos y aves no identificadas. La periferia exterior del piso estaba levantada más de medio metro en relación con la superficie interna del mismo, lo que indicaría que era el resto de algún tipo de construcción diferente a los conocidos en otros

montículos. (Athens, 1980: 149-152).

A pesar de los graves daños causados por los “huaqueros”, también el montículo 15 presentaba una superficie de tierra compacta, a partir de la cual seguían el contorno de una rampa y un basural asociado con el piso. El análisis radiocarbónico de una muestra del basural fechó el año 470 d.C. En ninguno de los cortes se encontraron estructuras en el piso. Parecidos fueron los resultados de las excavaciones en el montículo 21, otra pirámide cuadrilátera con rampa, con una altura promedio de 6 metros. No obstante, en el piso de la plataforma se encontraron restos de una pared y una artesa similar a las descritas anteriormente, moldeada en el piso y cocida. Una franja de carbón que formaba un arco demostraba que la pared había sido circular u ovalada. En una especie de trinchera las cañas o “carrizos” en atados verticales, se encontraron quemados, pues a su alrededor había grandes trozos de madera carbonizada. Existen dos fechas radiocarbónicas para el montículo 21, la una corresponde al 760 d.C. y señalaría una ocupación más temprana, que dejó sus huellas en el relleno reutilizado para la construcción del montículo; la segunda fecha, de 1350 d.C. se derivó de una muestra de carbón de la pared y parece ser la fecha válida para la ocupación del piso sobre este montículo. (Athens, 1980: 152-154).

La pequeña estructura ovalada, de 1,10 m. de altura, denominada montículo 22, demostró la existencia de dos pisos de ocupación, cada uno con su respectiva artesa. Ambos pisos habían sido quemados hasta alcanzar una dura consistencia, semejante al ladrillo. No se encontraron artefactos asociados a los dos pisos y artesas. Se puede observar que este montículo está localizado sobre la cima de una pequeña colina de cangahua, en cuyo alrededor se encuentran varios montículos de enterramiento, todos destruidos. También el montículo 23, con una morfología semicircular, está situado en la parte alta de una pequeña elevación. Su altura alcanza solo 1 metro. No se encontraron en él pisos habitacionales, ni otras estructuras, salvo una lámina de 10 cms. de grosor, próxima a la base, que contenía cenizas, carbón, huesos y tiestos. Estos últimos correspondían al Período Tardío y algunos de ellos al estilo Tuza. El material óseo incluía restos de cuy, conejo y,

tal vez, de un artiodáctilo. (Athens, 1980: 154-159).

A fin de comprender mejor los modelos de asentamiento dispersos en los medioambientes uniformes, es importante ampliar someramente la información a otros sitios arqueológicos del Área Septentrional andina ecuatoriana. Tres son los yacimientos arqueológicos estudiados por Athens (1980: 159-175), a saber, Otavalo (Im-1), Pinsaquí (Im-2) y Gualimán (Im-6), que amplían la información derivada de las excavaciones efectuadas en Socapamba. Entre las 4 tolas de Otavalo, a causa de las construcciones modernas solo fue posible excavar el montículo no. 4, de planta ovalada y de aproximadamente 4 metros de altura. A pesar de la erosión se encontró una artesa sobre un piso parcialmente quemado. Un pequeño pozo de sondeo no demostró, sin embargo, la existencia de otros pisos. La cerámica recuperada es típica del Período Tardío y un análisis de radiocarbono dio la fecha de 1500 d.C. A seis kilómetros al norte del sitio Otavalo se encuentra Pinsaquí, una extensa área de aproximadamente 5,1 kilómetros cuadrados. Las excavaciones se limitaron al montículo no.1, y se logró hacer una limpieza para extraer un perfil de la composición del montículo no.2, donde había una destrucción de grandes proporciones por la construcción de la vía que une Cotacachi con la carretera Panamericana.

Como otros lugares identificados por las pirámides con rampa, también el sitio de Pinsaquí debe haber sido un importante asentamiento aborigen. El montículo N°. 1 de Pinsaquí es una estructura cuadrilátera, con una rampa de 77 metros de largo. Mide aproximadamente 50 metros cuadrados en la base y 25 en la superficie de la plataforma, con una elevación promedio de 8,5 m. sobre el nivel del suelo. Sobre la plataforma se localizaron dos pisos quemados, cada uno de ellos con sus respectivas artesas; una de ellas contenía al lado exterior varias piedras (tulpa?) ordenadas triangularmente alrededor del orificio central, situación semejante a la observada en Cochassquí por Oberem (1970 a: 317-322). Algunos artefactos se hallaron en el relleno del montículo. Se consiguió una fecha de radiocarbono correspondiente al muy tardío 1590 d.C., aunque, dentro del margen de desviación standard, podría ser un indicador de una ocupación cercana (ca. 1525 d.C.) a la conquista española. (Athens, 1980: 160-161).

Por su situación geográfica en la montaña húmeda tropical de las vertientes occidentales de la Cordillera de los Andes, tiene un interés especial el lugar arqueológico Gualimán (Im-6). Este impresionante sitio, rodeado en su totalidad por precipicios, está ubicado sobre una meseta que se extiende alrededor de dos kilómetros y medio de suroccidente a nororiente, a una altura de 1.700 m. sobre el nivel del mar. Está localizado cerca del pueblo de Peñaherrera que quizás es el antiguo Intag. Se registró en el lugar un total de 66 montículos, cuatro de ellos con estructuras de rampa. El montículo N° 2, investigado por Athens (1980: 161-162), a diferencia de otros encontrados en la Sierra Norte, tiene forma rectangular con una longitud que aproximadamente duplica la anchura. La base mide 21 m. x 37 m. y la plataforma 14 m. x 29 m. Su altura promedia 5 metros y medio y la rampa tiene 25 metros de longitud. Este montículo aparece pequeño ante su vecino catalogado como N° 1, que tiene una elevación cercana a los 15 metros.

Un corte exploratorio cerca de la periferia de la plataforma reveló que el montículo N° 2 tenía dos pisos superpuestos, a 0,90 m. y 1,05 m. de profundidad respectivamente. El piso más bajo había sido sometido a intenso fuego y el barro cocido tenía un color amarillo y anaranjado brillante. Una excavación adicional podría revelar eventuales concavidades o artesas, pues años antes de la prospección de Athens, los propietarios del terreno habían realizado grandes trabajos de excavación en el montículo no.1, donde encontraron tres diferentes pisos y cavidades, según su información, idénticas a las artesas encontradas en la Región Interandina. Aunque los escasos restos cerámicos no lograron transformarse en una muestra adecuada, capaz de ser comparada con la cerámica procedente de otros sitios, Athens (1980: 162) afirma que “en general existe una gran similitud, a pesar de que algunos detalles de diseño, pasta, inclusiones y otros atributos cerámicos, parecen mostrar algunas variaciones”. También existen algunos montículos hemisféricos en la planicie donde se asienta el pueblo de Peñaherrera. (Cfr. también Athens, 1980: 260).

Aunque posteriormente se hará una referencia detallada al sitio arqueológico de Cochasquí (Pi-4), excavado por “Grupo de traba-

jo Ecuador” de la Universidad de Bonn (Alemania), en el contexto de este capítulo resulta de particular interés, con fines comparativos, la mención a la pirámide truncada E, la que tiene una plataforma de 50 m. por 30 m., una rampa de 67 metros de largo y una altura de 11 metros.

En la plataforma rectangular se encontraron dos planchones de barro apisonado, rojizo, cocido desde arriba. El mayor se encontraba en la mitad de la plataforma, mientras el más pequeño estaba situado en la mitad occidental de la superficie de la pirámide, a más o menos un metro por encima de la plataforma central. En ambos suelos cocidos se insertaban, respectivamente, dos concavidades (“artesas”, según la nomenclatura de Athens) coordinadas entre sí, en ángulo agudo, y doblemente escalonadas.

Una importante característica en relación con las concavidades de la pirámide E fue la presencia de conos de piedra, dispuestos triangularmente e insertados en el escalón intermedio horizontal de las concavidades, entre la planicie de la plataforma y el fondo de la concavidad. Nuevos eran también los hoyos para postes en el planchón central y en aquél cocido en el oeste, alineados en filas. Cortes marginales mostraron que la orilla exterior del piso medio estaba rodeada por tres lados de un foso de 1,50 metros de profundidad, relleno de ceniza, arena suelta y restos de carbón vegetal.

También dentro del planchón medio se verificó la existencia de un foso semicircular, ubicado en la parte norte y relleno de arena, ceniza y restos de carbón vegetal. Los restos carbonizados permiten deducir que en los fosos se levantaba una fila apretada de postes de madera, posiblemente unida por un trenzado de ramas y que tenía un techo cubierto de paja de páramo. Un corte en el medio de la plataforma central mostró la existencia de dos grandes agujeros para postes en el cuerpo de la pirámide, de una radio de 0,50 m y 0,35 m. y una profundidad de 1 metro cada uno. (Oberem, 1975: 74-75). Algunas fechas de radiocarbono sitúan la ocupación de los pisos entre 1450 d.C. e inicios del siglo XVI. (Oberem, 1970 a: 322). “En nuestra opinión – añade Udo Oberem (1975: 75) – son estas construcciones sobre las pirámides templos o edificaciones semejantes para el culto. Una argumento

a favor de esto son las comparaciones hechas con Mesoamérica, y las extensas concavidades que, en una construcción de tipo habitacional, solo estorbarían”. A propósito de la afirmación anterior, Athens (1980: 164) difiere de la interpretación de Oberem, según el cual las pirámides con rampa fueron utilizadas como construcciones religiosas. Para Athens (op.cit) la concentración de basura en el piso puede concebirse como resultante de las actividades domésticas cotidianas, fundamentalmente en relación con el procesamiento doméstico de los alimentos.

Si se acepta que los montículos (excepto los de enterramiento) se usaron como plataformas residenciales, es evidente que, por lo menos, este aspecto del patrón de asentamiento en la Sierra Norte no tiene un carácter nucleado. Los planos de los sitios estudiados por Athens (1980: 165) apoyan este punto de vista. Además los planos de los sitios no señalan patrón rígido alguno en la distribución de los montículos dentro de un sitio, lo que sugiere también una preocupación mínima en la regulación del espacio al interior del sitio arqueológico.

Es importante anotar que en Socapamba y en los otros lugares estudiados, Athens (1980: 166-175) identificó solo materiales del Período Tardío. Los restos diagnósticos de períodos más tempranos no estuvieron presentes. Sin embargo, es explicable que la densidad de los tuestos y artefactos superficiales fue afectada por las actividades de construcción de los montículos. Aun cuando no es posible hacer afirmaciones absolutas en torno a la configuración de la estructura del asentamiento entre los montículos, las bajas densidades de artefactos a lo largo de las líneas de recolección (2,59 tuestos por metro cuadrado) señalan probablemente una ocupación limitada de esos sectores.

Dentro de un contexto doméstico existen tres categorías de artefactos: platos con bordes someros, vasijas trípodes y piedras de moler. Los primeros estaban asociados con la preparación de alimentos porque tienen hollín exterior y, con frecuencia, costras de carbón. Las vasijas trípodes que no presentan decoración, pero ocasionalmente tienen engobe exterior rojo-herrumbre cubierto con hollín, son con seguridad recipientes de cocina. La categoría de piedras de moler incluye manos, metates, majadores en forma de huevo y piedras de moler

con depresiones en la superficie. Las cantidades mínimas de estos artefactos que se encontraron en los círculos de recolección y la comparación con las densidades de otros restos, permiten a Athens (1980: 175) argumentar “con cierta cautela que la población debe haber sido relativamente pequeña en Socapamba durante el Período Tardío. Y aunque no existen motivos para sospechar una nuclearización del asentamiento, una respuesta más concluyente tendrá que estar sujeta a posteriores investigaciones de campo.” Las limitadas observaciones que se practicaron en otros sitios de montículos corroboran los datos de Socapamba.

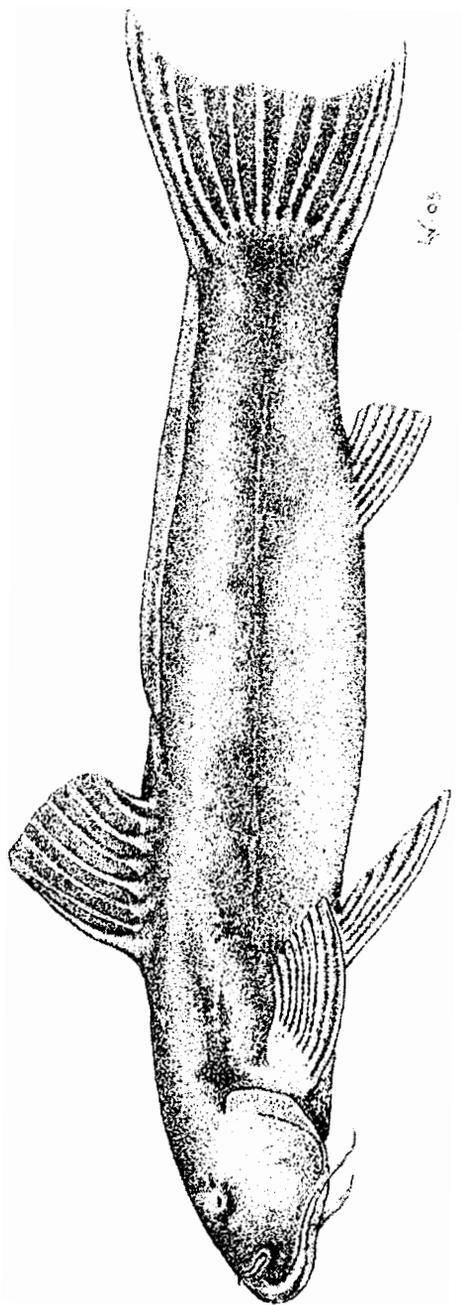
Athens (1980: 176-177) había sugerido, como hipótesis N° 4, que en un sistema económico no especializado para las sociedades complejas de medioambientes uniformes, las facilidades de almacenamiento podían usarse como medidas arqueológicas que calcularan el nivel de especialización entre los productores. Los resultados de las excavaciones analizadas y de las prospecciones de superficie no han ofrecido evidencia alguna de almacenamiento al servicio de la colectividad. La carencia de una distribución diferencial de algún tipo de artefactos en Socapamba también argumenta contra la presencia de productores especializados. Tampoco hay datos etnohistóricos que establezcan la presencia de productores especializados (en los términos aquí concebidos) o de facilidades de almacenamiento en grandes depósitos. “Si las hubieran tenido de alguna forma durante los Períodos Tardío e Incaico – añade Athens (1980: 176) – los escritores tempranos habrían puesto gran atención al problema, dado el interés español por la explotación económica.”

La comprobación de la hipótesis N° 5 de Athens (1980: 188-189) debe ser discutida con mayor prolijidad. Según su predicción, las sociedades complejas de medioambientes uniformes están caracterizadas por regiones geográficas con múltiples centros de poder. Sus estudios arqueológicos y la interpretación que parcialmente hace de los resultados de las investigaciones en Cochasquí, sobre la distribución de los sitios con montículos con rampa en una amplia área geográfica al norte de la Sierra ecuatoriana, recalcan las semejanzas básicas entre estos sitios. Los mismos tipos de pirámides o montículos, los artefac-

tos y sus características de distribución se encuentran presentes en todas las localidades. Esta homogenización demuestra, según Athens (1980: 188), que “no hay nada sugestivo de jerarquías funcionales entre los sitios, que pudiera indicar una unificación política de la región”.

La perspectiva de una organización política sin centralización regional responde o puede concluir en la idea de una constante lucha entre los diversos centros autónomos de poder, a fin de mantener su seguridad sobre su respectivo territorio, o para defenderse ante las presiones de expansión de pueblos que podrían haber buscado un mayor control o monopolio de los recursos necesarios para la vida. Ante esta circunstancia, el mismo Athens (1980: 188) asevera que “aparentemente existieron mecanismos para dar lugar a ciertos tipos efímeros de organización supra-local que no transigieron la autonomía local”. La prolongada campaña de la conquista incaica para integrar a los pueblos aborígenes del septentrión ecuatoriano al Tahuantinsuyo, testimonia la efectividad de la organización política a un nivel supra-local; efectividad, sin embargo, frágil y temporal: cualidades que caracterizaron las alianzas entre estos pueblos aborígenes.

Astroblepus ubidiai



Vélez Espino, 2004:282

7. IDENTIDAD ÉTNICA Y CONFIGURACIÓN POLÍTICA

En los capítulos anteriores se ha puesto de relieve, en el norte del actual Ecuador, la evolución desde aldeas agrícolas hasta la conformación de centros de producción de excedentes, que posibilitaron algún nivel de intercambio y consecuentemente de poder social y quizás también ceremonial. El carácter de muchas de las construcciones mencionadas por Oberem (1981) y sus colaboradores, así como por Athens (1980), cuyos resultados fueron publicados en la “Colección Pendoneros”, indica no solo el uso de una alta tecnología, sino la existencia de formas sociopolíticas capaces de utilizar esos conocimientos tecnológicos y de controlar una fuerza de trabajo. Edificaciones con las características ya aludidas son un testimonio de la existencia de un trabajo en masa, planificado y organizado por un tipo de especialistas, expresión a su vez de una organización social y económica relativamente desarrollada.

La aparición del fenómeno de intercambio económico sugiere también que la economía dominada por la reciprocidad, paulatinamente va siendo reemplazada por la distribución y otras formas de simbiosis económica. Dada esta condición, el mantenimiento de una red distributiva tendría el efecto de diversificar la subsistencia. Cualquiera que hubiera sido la razón inmediata de su aparición, demostraría una superioridad sobre los sistemas recíprocos simples, en lo referente a la productividad, oportunidad de distribución, mejoramiento de la dieta alimenticia y coordinación de los calendarios agrícolas de las diversas zonas ecológicas. (Cfr. Fried, 1979: 139-140; Moreno Yáñez, 1981: 95).

99

7.1.- Criterios conceptuales

Como en ocasiones anteriores (cfr. Moreno Yáñez, 1981: 95-127; 1988, 1: 23-31; 1988, 2: 9-134), antes de clarificar las características so-

ciales y políticas de los grupos aborígenes que poblaron el territorio entre los sistemas fluviales Chiche-Guayllabamba y Chota-Mira, en la época anterior a la invasión incaica, es necesaria la adopción previa de algunos criterios conceptuales.

Comúnmente se denomina “señorío étnico” aquella forma de poder político que todavía no se encuentra plenamente organizada, cuyo acceso territorial se orienta más al uso colectivo de los recursos que al dominio real sobre una circunscripción territorial, y que está compuesta por un número escaso de clanes o grupos de parentesco. En alguna ocasión a un señorío étnico pertenecen todos los individuos de una sola etnia; entonces el “señor”, al mismo tiempo que ejerce una autoridad política, es considerado como la cabeza de todo el grupo étnico, por pertenecer, como el miembro más distinguido, al linaje que es reputado como el principal.

Los “señoríos étnicos” que en nuestro medio comúnmente se denominan “cacicazgos” o más exactamente con el término quichua “curacazgos”, nos son poco familiares como un modelo de organización política, pues al ser nuestros sistemas productos de sociedades altamente centralizadas por el Estado, tenemos problemas al concebir cómo se desarrolla una interacción de pequeñas unidades entre las que ninguna obtiene un dominio decisivo o una “soberanía” sobre las restantes, hasta conformar un sistema político integrado a escala supralocal. Por otro lado, no es justificativo suponer que el modelo de señorío étnico lleva connotaciones anárquicas, como algunos cronistas y autores de relaciones histórico geográficas lo entienden, al aplicar a las jefaturas étnicas, con un carácter negativo, el término de “behetría”.

Un “cacicazgo” debe valorarse como un sistema propio de sociedades complejas, en el que ningún jefe puede ejercitar un dominio ilimitado sobre los demás, pero que posibilita un nivel de gobernabilidad más o menos estable (Salomon, 1980: 28-29). El nivel sociopolítico de un señorío étnico tampoco implica la existencia de un territorio demarcado con fronteras fijas, las que si no se convierten en áreas de influjo son inestables y sujetas a frecuentes cambios, según las necesidades económicas o la movilidad demográfica.

Según Elman R. Service (1962: 143, 173) el señorío ocupa un nivel

de integración sociocultural que trasciende demográficamente a la sociedad tribal y en la mayor productividad, además de distinguirse por la presencia de centros coordinadores de las actividades económicas, sociales y religiosas. La no existencia de un “gobierno” en el sentido estricto no significa ausencia de autoridad y, aunque son desconocidas la propiedad privada de los medios de producción y la forma empresarial de un comercio de mercado que genere algún nivel de capitalización, existe un control sobre el acceso a los medios de producción y es patente una diferenciación social.

Es importante recalcar que las relaciones entre los miembros de la colectividad no privilegian un espacio territorial común (como en el caso del Estado), sino los sistemas de parentesco entre las familias y clanes, por lo que unidades familiares pueden emigrar a otras regiones u ocupar diversos pisos ecológicos sin, por eso, perder su identidad étnica, sus derechos consuetudinarios y la subordinación a la autoridad del núcleo étnico originario. La autoridad étnica aparece frecuentemente con carácter hereditario, distribuida en status jerárquico, provista de un “ethos” aristocrático, pero carece de aparato formal y legal de represión forzada. Los aspectos señalados por Service son aplicables a varios grupos sociales aborígenes ubicados en el territorio del actual Ecuador: desarrollo institucional que además es ciertamente previo al arribo de los españoles y, con toda probabilidad, anterior a la invasión incaica, lo que según Larraín (1980 a, I: 29-31), estaría ampliamente comprobado por el registro arqueológico y los estudios consiguientes. Esta autorizada opinión no contradice sino que aclara las conclusiones presentadas por Athens (1980), como correspondientes al Período Tardío del área septentrional andina ecuatoriana. (Moreno Yáñez, 1981: 96-97).

De la comparación entre los conceptos etnológicos que definen este tipo de sociedades complejas y el material etnohistórico especialmente temprano, es manifiesta una aparente discrepancia, pues los testimonios europeos presentan un verdadero mosaico de “cacicazgos”, sin diferenciarlos tipológicamente, ni distinguir entre los poderosos señoríos étnicos a nivel regional y los pequeños dominios a nivel de las “llajtacuna”. Para los colonizadores ibéricos los nombres co-

mo Cochisquí, Cayambi, Otavalo, Cochicaranqui, Lita y otros menos citados como Quilca, Pimampiro, Chapi, etc. son, en términos de organización sociopolítica, prácticamente equivalentes y comparables. Se debe tener en cuenta al respecto que de por medio se dio no solo la conquista española, como elemento modificador del cuadro sociopolítico, sino que previa a ella y desde igual ángulo fue también perturbadora la invasión incaica, pues los rangos y funciones específicos de los señores aborígenes fueron modificados con anterioridad por los nuevos sistemas administrativos del Tahuantinsuyo.

En consecuencia, los antiguos cacicazgos preincaicos, con la excepción nominal u honorífica de muy pocos curacazgos regionales o cacicazgos provincianos, como Otavalo y Latacunga, ya no eran durante la Época Colonial señoríos regionales extendidos sobre una amplia área geográfico-cultural, sino tan solo autoridades étnicas menores, reconocidas únicamente en sus llajtacuna individuales (Larraín, 1980 a, I: 130-131; Salomon, 1980: 194-196).

Además de los señores étnicos a nivel regional, con la prestancia más de un “primus inter pares” que con el reconocimiento de un dominio señorial y efectivo sobre varias “llajtas” se podría inferir para la época pre-incaica, como hipótesis de trabajo, la existencia de tres niveles de autoridad respecto a una llajta: el cacique principal que residía en el poblado más importante pero que dominaba sobre otros asentamientos menores; los jefes de las llajtacuna individuales, dependientes de la sede principal; y finalmente las autoridades existentes en cada ayllu o parcialidad, que juntas conformaban una llajta. (Larraín 1980 a, I: 132; Moreno Yáñez, 1981: 97-98).

Aunque en la Época Colonial muchos centros aborígenes desaparecieron a causa de los traslados de la población indígena a centros poblados edificados bajo las normas urbanas de la administración colonial, dentro de la política de las “reducciones”, es posible verificar, gracias a los ya mencionados estudios arqueológicos y etnohistóricos, una antigüedad preincaica para muchos de ellos. Varios han sido ya descritos en capítulos anteriores. Sobresalen, sin embargo, por haber sido cabezas de importantes cacicazgos preincaicos, en los flacos meridionales del nudo del Moajanda Cajas, Cochisquí (quichuizado como Co-

chasquí) y Cayambe; al norte de este accidente geográfico Otavalo, Caranqui, Cochicaranqui y las formaciones sociales aborígenes del Íntag y Lita en el subtrópico occidental, así como Pimampiro-Chapi conectado, gracias a rutas de intercambio, con la Ceja de Montaña tropical de la Cuenca Amazónica.

Parece que ya desde finales del primer milenio de nuestra era, los grupos sociales aborígenes, asentados en la región comprendida entre los sistemas fluviales Chiche-Guayllabamba, al sur, y Chota-Mira, al norte, demuestran, como se ha explicado anteriormente, rasgos culturales comunes, quizás incluso un idioma común, que les diferencian claramente de los grupos aborígenes vecinos asentados en la región de Quito y sus valles aledaños (Tumbaco, Chillós) y de aquellos que poblaron la región que etnohistóricamente se denominará de los Pastos.

7.2.- El patronímico de un País

Hasta el momento, el conocimiento de la documentación histórica no permite aseverar, con seguridad, el nombre genérico común de la población aborígena que habitó la actual provincia de Imbabura y la región septentrional de la provincia de Pichincha. La confusión entre afinidades étnico-culturales y la unificación política o, a veces, la necesidad de encontrar un apelativo genérico para designar diversos grupos sociales o varias fases arqueológicas correspondientes a una zona relativamente delimitada, han llevado a algunos autores a designar con un determinado gentilicio a los moradores prehispánicos de la región geográfica aquí mencionada.

De esta suerte, el P. Juan de Velasco (1960, II: 16-17), a finales del siglo XVIII, les designa en primer lugar como “Imbayas” y, después de su extinción por los Caras, como la provincia de los “Caranquis”. En el Libro I de la “Historia Natural” del Reino de Quito (1789), Juan de Velasco (1960, I: 32) explica el origen de la palabra “Imbabura”, referida al volcán que actualmente da el nombre a una provincia ecuatoriana. “El nombre es compuesto —escribe Juan de Velasco— de la palabra imba, que significa un pejecillo negro, regalado, de figura de bague, comúnmente conocido con el nombre de peñadilla, y de la pala-

bra bura, que quiere decir criadero o madre. Todas las fuentes que salen de este monte están tan llenas de aquel pejecillo que abastecen varias Provincias. Ha hecho varias erupciones medianas de agua tan llena de este peje que se apestan las llanuras de Ibarra, con los bancos que quedan de aquel peje muerto y yo me he visto en peligro de morir ahogado en una de estas erupciones, en la parte media del monte. Por él se llamó esta Provincia Imbaya antiguamente”. Desde la mención de Alexander von Humboldt a la preñadilla, el pez “Imba” ha sido clasificado por algunos biólogos como “*Pimelodus cyclopus*”; últimamente Luis Antonio Vélez Espino (2004) ubica a la preñadilla en el orden de los Siluriformes, dentro de la familia de los Astroblepidae y le da el nombre científico de “*Astroblepus ubidiai*”, en reconocimiento al naturalista ecuatoriano Jorge Ubidia Betancourt.

La aseveración del P. Juan de Velasco, hasta el momento marginada por muchos investigadores, debe ser tomada más en serio. A este propósito es de interés recordar que, entrada ya la Época Colonial, se mantenía todavía la costumbre de que el heredero del cacicazgo recibiera también los bienes adscritos a la función cacical. Tal es el caso estudiado por Chantal Caillavet (2000: 455-472) en su artículo “Género y poder en la sociedad indígena: los testamentos de un matrimonio de caciques de Otavalo”. Según el testamento de don Alonso Maldonado, “*cacique e gobernador del Repartimiento de Otavalo*”, otorgado “*en el pueblo de Otavalo a veynte y tres días del mes de benero de mil y seiscientos y nueve años*”, su hijo mayor, señalado para sucederle en el señorío, don Pedro Maldonado, recibe algunos bienes “*de derecho*”, es decir, porque constituyen la herencia material de la función cacical. Además de “*todas las camisetas de plumas de papagayo y llantos de lo propio y camisetas de cumbe camanteras y patenas de plata marcadas grandes y pequeñas*”, de casas en la parroquia de San Blas en Quito, estancias de Peguche y Colinpuela y tierras del “*pueblo viejo de Ymbaqui*”, que deja a su hijo primogénito, declara don Alonso Maldonado “*que la fuente de pescado que tengo en San Pablo nombrada Atalmuet es del dicho Don Pedro Maldonado mi hijo legitimo por la razon susodicha*”.

Este legado, típicamente imbabureño, revela que el acceso a recursos faunísticos lacustres, lo mismo que el consumo de carne, era un

privilegio cacical. Casi un siglo después, en 1693 –como explica C. Caillavet (op.cit.)– otro cacique gobernador, don Sebastián de Aguilar, legará también “*un pocyo de preñadillas que tengo en la laguna de San Pablo heredado de mis padres y antepasados*”. Algunos años más tarde, en 1703, un pleito entablado por dos indios de San Pablo, “*sobre la posesion de un pocyo de preñadillas*” ofrece aclaraciones sobre la utilización de este recurso alimenticio: los peces viven en las fuentes que desembocan en el lago de San Pablo y pueden ser recogidos con redes durante las noches.

Aunque, a primera vista y en las presentes circunstancias, una reflexión sobre el “totemismo” parece fuera de lugar, es sugerente tener en cuenta, como posible explicación la hipótesis de que un animal, en este caso la “imba” o preñadilla asociada con la laguna y el macizo montañoso Imbabura, ha servido en épocas prehispánicas para designar una colectividad. Aclaran esta relación algunas reflexiones propuestas por Émile Durkheim en su conocida obra escrita en 1912 “Las formas elementales de la vida religiosa” (Madrid, 1993).

Al tratar sobre el “clan” como grupo que tiene un papel preponderante en la vida colectiva, Durkheim (1993: 180-181) señala que “lo caracterizan dos rasgos esenciales. En primer lugar, los individuos que lo componen se consideran unidos por un lazo de parentesco, pero de una naturaleza muy especial. Este parentesco no les viene del hecho de mantener unos respecto a otros relaciones definidas de consanguinidad: son parientes solo porque llevan el mismo nombre. [...] Consideran que forman parte de una misma familia, amplia o restringida, según las dimensiones del clan, solo porque son designados colectivamente con el mismo nombre. [...] La cosa que sirve para designar colectivamente el clan se llama su tótem. El tótem del clan es también el de cada uno de sus miembros”.

Con el afán de aclarar si el totemismo es una unidad artificial que solo existe en el pensamiento del etnólogo y que, como un fantasma, sale de su lógica de clasificación o si, dentro de una visión “emic”, se da una relación de identificación de los seres humanos con plantas y animales o, en tercer lugar, si se trata solo de una denominación de grupos basados en el parentesco, Claude Lévi-Strauss en su breve tra-

tado “El totemismo en la actualidad” (1971: 23), hace esta importante aseveración: “Cuando se habla de totemismo, en efecto, se confunden dos problemas. En primer lugar, el que plantea la frecuente identificación de seres humanos con plantas o con animales, y que nos remite a concepciones muy generales acerca de las relaciones entre el hombre y la naturaleza. Estas últimas interesan al arte y a la magia, lo mismo que a la sociedad y a la religión. El segundo problema es el de la denominación de los grupos fundados en el parentesco, la cual puede hacerse con ayuda de vocablos que designen animales o vegetales, pero también de muchas otras maneras. El término totemismo comprende solamente los casos de coincidencia entre ambos órdenes”.

En la Antropología, gracias al misionero francés Thavenet, es conocido desde finales del siglo XVIII que la palabra “tótem” procede originalmente de la lengua de los Ojibwa: un pueblo situado al norte de los Grandes Lagos, en la América Septentrional. La expresión “ototetam”, poco más o menos, significa “él es de mi parentela” (Lévi-Strauss, 1971: 33). Con fines prácticos se podría, por lo tanto, definir al totemismo como una “relación ritualizada entre grupos humanos y elementos de la naturaleza (animales, plantas, fuerzas naturales) a las que se asigna condición de antepasados” (Aguirre, 1982: 250) o de parientes rituales que, en la práctica, cumplen la función de clasificación social identitaria y de diferenciación de los otros clanes o grupos étnicos.

Con fines comparativos y dentro de un paradigma andino es importante mencionar la relación entre laguna, volcán y peces lacustres en el área Circum-Titicaca de la América Andina. A manera de un esquema referencial, Teresa Gisbert en “Iconografía y Mitos indígenas en el Arte” (1980: 59-60) reconstruye la teogonía pre-inca y sus modificaciones durante el Incario. En un momento dado aparecen cuatro dioses principales: Pachamama, diosa de la tierra; Aahuacasa, dios del viento; Tunupa, dios del fuego; y Copacabana, dios o diosa del agua. Entre los cuatro elementos y sus personificaciones divinas parece que hay un antagonismo binario: el aire con la tierra y el fuego con el agua. Los bogas o “peces-sirenas” Quesintu y Umantu están relacionados con la deidad lacustre Copacabana que se enseñoorea del lago Titicaca, cuyas orillas fueron el antiguo habitat de los Urus, por lo que es probable

que Copacabana sea una divinidad relacionada con este arcaico pueblo andino.

Según los mitos, a Copacabana se le opone Tunupa, el cual es seducido por Quesintu y Umantu, dos mujeres-peces (sirenas); este suceso determina el contacto de Tunupa, que puede identificarse en la cultura Tiahuanaco como dios del rayo y del fuego, con el elemento líquido. Tunupa muere en la isla Titicaca y su cuerpo flota por el río Desaguadero hasta desaparecer en el lago Poopó, al sur-orienté del Titicaca. En la isla del lago queda solo un puma ígneo. Tunupa, tanto en vida como después de muerto, deja una estela de fuego señalada por la leyenda y por una secuencia de volcanes desde el Quimsachata en Racchi hasta el volcán Tunupa, al norte del salar Uyuni y al sur del lago Poopó. La dualidad del territorio colla dividido en Uma-suyo y Urcosuyo quizás también responde a una dualidad religiosa personificada en Copacabana y Tunupa. Con posterioridad Viracocha ocupa el lugar de Tunupa y éste se transforma, por un lado, en un ser negativo y destructor que, como rayo, hace llover fuego del cielo o que destruye o desorganiza el cosmos creado por Viracocha. Ulteriormente este último será transformado, a su vez, en un “deus otiosus”, para ser suplantado por el Sol en la religión incaica. Para el Cristianismo Copacabana será, en primer lugar, identificada con el demonio personificado en la sirena o serpiente escamada, para posteriormente ser transformada en Nuestra Señora de la Candelaria de Copacabana. A Tunupa, los primeros cronistas le asociaron a Satán; posteriormente se le identificará con San Bartolomé, emisario de Dios y, por lo mismo, martirizado por su fe, dentro de un espacio semántico que la evangelización católica utilizó en función de sus objetivos pastorales. (Cfr. Urbano, 1988: 201-224).

En los Andes septentrionales del actual Ecuador también está presente la relación entre laguna, volcán y el pececillo “imba”, como hitos primordiales del paisaje sagrado. La relación entre el cerro entendido como masculino y la laguna como femenina aparece, una vez más, como una característica andina. “Esto explica –asevera Chantal Caillavet (2000: 404)– que en el folklore y los cultos actuales de los indígenas del Norte del Ecuador el género atribuido a los cerros y a las

lagunas interviene de forma determinante en las creencias y rituales vinculados a la fertilidad”. Refiriéndose a las costumbres actuales prosigue la mencionada autora: “El cerro Tayta Imbabura tiene amores no exentos de peleas con su vecina, el volcán Cotacachi, y estos dos cerros funcionan como pareja en las terapias de los curanderos locales, y en las invocaciones de que son objeto [...]. En los mitos actuales, la laguna Imbacochoa juega un papel en esta relación entre ambos volcanes, al permitir la comunicación: en los días de viento que encrespa la superficie del lago, las olas espumosas son telegramas que intercambia la pareja sagrada”.

El habitat del pececillo Imba son las fuentes y los pequeños arroyos que fluyen del Imbabura y desembocan en la laguna de San Pablo, por lo que ésta con justa razón lleva el apelativo mitad quichua de “Imba-Cocha” o laguna de las preñadillas. Las creencias populares han asociado a estos peces con las “reventazones” o “erupciones de agua” que algunas veces acompañan a los temblores de tierra y terremotos, ya que las preñadillas acostumbran a desovar en lugares oscuros como las grutas o cavernas subterráneas donde nace el agua. A este propósito se debe mencionar la tesis de doctorado presentada en la Universidad de Trent (Canadá) por Luis Antonio Vélez Espino: “Ecology and Conservation Biology of the Andean Catfish, *Astroblepus ubidiai* (Teleostei: Astroblepidae), in the Highlands of Imbabura, Ecuador” (2004), estudio que, una vez traducido, debe ser conocido en nuestro medio.

En el “Dibujo Cosmogónico” de Coricancha en el Cusco que, hacia 1613 el cronista Joan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamaygua nos presenta en el folio 13 v. de su “Relación de Antigüedades deste Reyno del Pirú” (1993: 208), entre los 26 ó 27 dibujos o ideogramas que representan objetos o seres diversos, dispuestos en tres sectores verticales, en la parte baja al lado derecho aparecen cuatro pequeños círculos redondos dispuestos horizontalmente y más abajo otros tres, siete en total, algunos de los cuales tienen un punto negro en su interior, con esta leyenda: “los ojos. ymaymana. ñaoraycunapac ñauin” (= los ojos. Todas las cosas. Los ojos de todas las cosas). Estos dibujos se parecen a algunos que se encuentran en pie-

zas arqueológicas, en huesos o en otros soportes materiales incisos. No hay duda que el cronista los representó como ojos de todas las cosas. (Duviols, 1993: 32-37).

Según la interpretación de R. Lehmann-Nitsche (1928), en el cosmograma inca “los ojos de todas las cosas”, al estar ubicados sobre el granero “colca”, como protegiendo al símbolo de la cosecha, podrían significar los “ojos de la abundancia” y estar relacionados con la constelación de las Pléyades: grupo de estrellas que regula el calendario agrícola, ya que desaparece en el horizonte nocturno a finales de abril y comienzos de mayo y reaparece alrededor del solsticio de junio, es decir coincide su presencia con el período de las cosechas del maíz. (Cfr. Sharon, 1980: 127-131). Como hipótesis se podrían también interpretar “los ojos de todas las cosas” como “siete puquyos” o vertientes de agua que, por su situación, serían intermediarios entre el mundo de aquí y el inframundo, este último morada de las semillas y de los ancestros. A este propósito es importante mencionar la aseveración de C. Caillavet (2000: 422): “Si recordamos también la advertencia de Giese sobre la relación entre los astros y el agua de las lagunas – allí nadan las estrellas cuando están en su posición inferior – citando a Pérez Bocanegra (1631), y las investigaciones de Urton y Zuidema (Giese, 1991: 571-573), tenemos aquí un punto de comparación con el caso de Otavalo: un posible culto solar y a las Pléyades asociado al binomio cerro/laguna. Aunque no conocemos su articulación con el calendario agrícola.”

Como se ha mencionado en páginas anteriores, Juan de Velasco (1960, I: 32) propone el gentilicio “Imbaya” y, después de su extinción por los Caras, el de “Caranquis” para designar a los antiguos pobladores de la actual provincia de Imbabura. Una denominación genérica más moderna es la de “Imbaburas”, como un reconocimiento al nombre del “cerro de la tribu fundadora”. (Cfr. Pérez, 1960: 152-153). También como una hipótesis científica, metodológicamente subordinada su comprobación a estudios históricos posteriores y más con fines operativos, se propone, una vez más en la presente obra, la denominación de “Imbayas” como nombre genérico para designar a los grupos aborígenes pre-incaicos que poblaron el territorio comprendi-

do aproximadamente entre las cuencas de los ríos Chiche-Guayllabamba o Pisque-Guayllabamba al sur y Chota-Mira al norte, los que más o menos a partir del 900 d.C. demuestran semejanzas que permiten aseverar la existencia de un área cultural con características homogéneas y quizás, ya entonces, con una identidad étnica, diferente de sus vecinos Pastos, Quitos y Panzaleos.

7.3.- Una digresión necesaria

Antes de discutir más detalladamente sobre las formaciones políticas tribales y señoríos étnicos del País Imbaya, es importante proponer algunos presupuestos que permitan aclarar los conceptos de territorio y territorialidad. En su acepción común, el vocablo “territorio” (que etimológicamente proviene de la palabra latina “territorium”) define, según la Real Academia Española (1970: 1259), una “porción de la superficie terrestre perteneciente a una nación, región, provincia, etc.” Y, como segundo significado, el “circuito o término que comprende una jurisdicción, un cometido oficial, u otra función análoga.” Territorialidad, a su vez, es la “consideración especial en que se toman las cosas en cuanto están dentro del territorio de un estado”. Como muchos términos jurídicos, “territorio” y “territorialidad” provienen del derecho Romano, por lo que es importante explicar este concepto, antes de compararlo con su equivalente en otras culturas y particularmente en la cultura andina.

Según los historiadores antiguos, la fundación de Roma tuvo lugar en el año 753 a.C. Los descubrimientos arqueológicos confirman la validez de esta tradición, pues, efectivamente, el solar de la “Urbs” comenzó a ser habitado hacia mediados del siglo VIII. Los acontecimientos fabulosos que presidieron el nacimiento de Roma nos hablan, en primer lugar, de una agrupación de fugitivos de distinta procedencia y de la fusión de tres grupos étnicos diferentes: latinos, sabinos y etruscos. Según la leyenda, los gemelos Rómulo y Remo, hijos de la princesa Rhea Silvia y del dios Marte, decidieron fundar una ciudad en el lugar mismo donde habían sido amamantados por una loba, a orillas del río Tíber. Para consultar a los dioses, Rómulo eligió el Palati-

no, mientras Remo se instalaba en la colina del Aventino. Fue Remo el que percibió el primer signo augural: el vuelo de seis buitres; pero Rómulo vio doce y a él le correspondió el honor de fundar la ciudad. Trazó con el arado el “Pomerium” o surco fundador en torno al Palatino: la tierra levantada representaba los muros y la hendedura simbolizaba el foso; para indicar el emplazamiento de las futuras puertas, se levantaba el arado. A fin de ridiculizar el ritual extravagante de que se sirvió su hermano, Remo atravesó de un salto el “muro” y el “foso”. Rómulo se abalanzó, entonces, sobre él y le dio muerte, gritando: “perezca así cualquiera que en el futuro atravesase mis murallas”.

Al igual que en otras tantas tradiciones, la fundación de una ciudad y la demarcación de su territorio representan, de hecho, la repetición de una cosmogonía. Al ser inmolado sobre el emplazamiento de la futura Roma, Remo asegura el futuro feliz de la ciudad, la seguridad dentro de sus fronteras y con ello el nacimiento del pueblo romano (Elíade 1979, II: 115-116).

Por otra parte, otra tradición explica cómo y por qué el dios “Terminus” (Término), emparejado con la divinidad “Juventas” (Juventud) logró tener una capilla en el mismo templo de Júpiter Capitolino. Cuando el rey Tarquino decidió instalar a Júpiter en la colina del Capitolio, se preguntó a los dioses habitantes del lugar si querían ceder su sitio a la divinidad suprema. Según los augures, todos aceptaron la invitación, excepto Juventas y Terminus, quienes, con su contumacia, garantizarían a Roma aquello que expresaban sus nombres: una eterna juventud y la estabilidad en su emplazamiento. Efectivamente, Terminus es el dios del mojón, de la demarcación entre propiedades o, en asuntos internacionales, entre el territorio romano y el de sus vecinos; es quien hace respetar las fronteras de los bienes, lo que no es más que una forma de “fides” usual entre vecinos sedentarios. Por extensión, es el garante de la paz interior y exterior que resulta del respeto a los límites. Por eso el día de los “Terminalia” (23 de febrero) un rito expresaba las bondades de esta divinidad, cuando dos campesinos de terrenos contiguos la coronaban con sendas guirnaldas, cada uno desde su lado. A favor de quien le honra, Terminus evita la rapiña, la usurpación y el pleito, pues como le invoca Ovidio: “Tú delimitas a los

pueblos, las ciudades y los reinos extensos. Los campos sin ti serían puro litigio”. (Dumezil, 1999: 177-180).

El modelo correspondiente que posibilita aclarar el concepto de “territorio” en los Andes se encuentra en el cielo mítico de los “Hermanos Ayar”, resultado, a su vez, de las investigaciones españolas acerca del origen de los Incas. Aunque existe una gran variedad de versiones legadas por los cronistas, el mito puede resumirse, según Henrique Urbano (1981: XLIV-XLIX), en los siguientes términos:

De Tambotoco, un cerro cercano a la localidad de Pacaritambo, al suroriente del Cusco, salieron de tres “ventanas” o cuevas otros tantos grupos de gentes que se llamaron respectivamente Maras, Tambos y los hermanos Ayar. Las “ventanas” se llamaban Maras-toco, Sutitoco y Capac-toco. Los cuatro hermanos y las cuatro hermanas divididos por parejas se llamaban: Mango Cápac – Mama Ocllo, Ayar Auca – Mama Guaco, Ayar Cache – Mama Ipacura, Ayar Ucho – Mama Raua. De inmediato, las cuatro parejas de hermanos se enseñorearon de la región de Pacaritambo, dividieron a las gentes allí asentadas en diez ayllus y mandaron que cinco fueran “hanancuzcos” y los otros cinco “hurincuzcos”. Ayar Mango Cápac, el mayor de los hermanos y Mama Guaco (no Mama Ocllo) determinaban las actividades que debían ser ejecutadas. Por orden de ellos, todos abandonaron Tambotoco y se dirigieron hacia Guanacancha. Llegados a este lugar Mama Ocllo quedó embarazada de su hermano Mango. Avanzaron hasta Tamboquiuro, donde nació Sinchi Roca.

Siguieron su camino hasta Pallata y en Haysquisrro establecieron su asiento. Es en este lugar donde sucede el episodio del alejamiento de Ayar Cache. Puesto que era “feroz, fuerte, dieztrísimo de la honda”, Ayar Cache venía “haciendo grandes travesuras y crueldades” y sus hermanos temían que por miedo a él las gentes les abandonaran. Utilizando el pretexto de que habían olvidado algunas cosas en Tambotoco, convencieron a Ayar Cache que fuese a buscarlas. Acompañado por Tambochacay, Cache entró en la “ventana” y su compañero le encerró y le dio muerte. Al conocer la noticia del fallecimiento de Ayar Cache, sus hermanos le lloraron y luego los siete restantes avanzaron hasta Quirirmanta, junto a las faldas del cerro Guanacauri, donde se

dividieron entre sí los distintos oficios y tareas del viaje.

Acordaron que Mango Cápac engendrarse para conservar el linaje y fuese cabeza de todos. Ayar Ucho debía convertirse en “guaca” para su religión. Ayar Auca, a su vez, como una “adelantado”, tendría la misión de tomar posesión de la tierra donde hubiesen de poblar. Efectivamente, Ayar Ucho se convirtió en la guaca de los Incas, el cerro Guanacauri, mientras sus restantes hermanos avanzaron hasta Matagua, lugar desde el cual Mango Cápac vio un mojón de piedra, cerca del sitio donde se levantó en el Cusco el templo de Inti-Cancha, posteriormente llamado Coricancha (hoy iglesia de Santo Domingo). Mango ordenó a Ayar Auca tomar posesión de esa tierra. Voló Ayar Auca con las alas que entonces tenía, hasta llegar al mojón, y “allí se transformó en piedra para señalar la apropiación del lugar que se llamaba cozco”. Son ahora cuatro los que se dividen el territorio y pueblan “el sitio dentre los dos ríos”; construyen la casa o recinto del Sol, Inticancha; y se atribuyen a cada uno un solar: Mango Cápac se queda con Quinti cancha (recinto del picaflor); Mama Guaco con Chumpi cancha (recinto de la faja tejida); Sinchi Roca con Sayri cancha (recinto del tabaco) y Sapaca (hijo de Sinchi Roca) con Yarambuy cancha (barrio mestizo quizás habitado por quichuas y aymaras). (Urbano, 1981: XLIX; cfr. también Rostworowski de Díez Canseco, 1988: 25).

Si se comparan los dos mitos, a saber, el romano fundador del Derecho del mismo nombre, y el quichua andino, es ostensible una gran diferencia. El territorio o “ager romanus”, considerado como un territorio “centrípedo”, está jurídicamente definido por los límites o mojones fronterizos y su derecho de posesión está garantizado por el dios “Terminus”. Esta divinidad se confunde, a veces, con el dios supremo del panteón romano, Júpiter, en su forma asimilada al “Dius Fidius”, o dios de la fidelidad de los contratos sobre la propiedad, que evita la rapiña, la usurpación y el pleito.

En el mito andino de los hermanos Ayar, el territorio no se define por los límites o desde las fronteras hacia adentro sino, como un territorio “centrífugo”, a partir de un centro u “omphalos” (ombligo), situado en el Cusco y considerado, desde entonces, como el centro de las cuatro regiones del mundo (Tahuantinsuyo). Que este “omphalos”

pudo tener un origen funerario - como es el caso de varios ejemplos mencionados por Eliade (1981: 241-243) y pertenecientes a muy diversas culturas - podría estar expresado en la transformación de Ayar Auca en una piedra mojón, en una estela clavada en la tierra o “Cay Pacha”, como el árbol “mallqui” y, por lo tanto, además de unir las cuatro partes horizontales del mundo, capaz de establecer comunicación vertical con el inframundo o “Ucu Pacha”, y con sus habitantes: los muertos o divinidades ancestrales.

A este respecto es importante mencionar la autorizada opinión de María Rostworowski de Díez Canseco, en su conocida obra “Historia del Tahuantinsuyu” (1988: 24). “A través de los mitos - escribe - puede percibirse la marcha a lo largo de la sierra de pueblos enteros en busca de tierras fértiles donde establecerse. Héroe culturales como Manco Cápac, Pariacaca o Tutayquiri (Avila, 1966) poseían varas mágicas y fundantes, que al hundirse en la tierra señalaban los lugares donde debían asentarse. Otros grupos, como los llacuaces, llevaban consigo un puñado de tierra, cuya semejanza con la nueva tierra debían buscar y comprobar antes de poblarla definitivamente”. Es importante recalcar que, según las creencias andinas, las “guancas” o piedras mojones eran los indicadores de la toma de posesión de un espacio territorial a su alrededor. “Es así que Ayar Auca, bajo el aspecto lítico fue el primero en ocupar el sitio escogido, tan largamente deseado, y ordenó a Ayar Mango llamarse, de ahí en adelante, Manco Cápac. Según Sarmiento de Gamboa, en la lengua hablada entonces, cusco significaba ocupar un espacio de manera mágica. Para Garcilaso, cusco era el “ombligo” del mundo en la lengua particular de los incas” (Rostworowski de Díez Canseco, 1988: 33).

Ante el abuso del concepto por prejuicios políticos o, con mayor frecuencia, por simple desconocimiento de parte de quienes por su profesión deben conocerlo, a saber los investigadores que intentan reconstruir la etnohistoria de los pueblos indígenas precolombinos, al atribuirles definiciones de territorio o propiedad de la tierra propias del Derecho Romano, es importante, de una vez por todas, explicitar, como lo hace el “Diccionario de la Lengua Española” (Real Academia Española, 1970: 1073), que la propiedad es “Derecho o facultad de

gozar y disponer de una cosa con exclusión del ajeno arbitrio y de reclamar la devolución de ella si está en poder de otro”. Propiedad también se entiende: “Cosa que es objeto del dominio, sobre todo si es inmueble o raíz”. Ya en 1737, el “Diccionario de Autoridades” (Real Academia Española, 1976, III: 407) define “Propiedad” como dominio o “Señorío que el home há en la cosa”. En términos jurídicos o de Derecho, propiedad “se toma por el dominio de alguna cosa, considerado separadamente, y como desnuda de la utilidad, que disfruta por algún tiempo otra persona, distinta del Señor propio: como el usufructuario”.

Quizás permite profundizar el análisis una comparación etnográfica con las sociedades de pescadores, cazadores y recolectores. En los mencionados grupos humanos no es posible hablar de la propiedad de un sector marítimo, de un río, de una amplia o pequeña área selvática, del monopolio sobre tal especie animal o vegetal. Para estas sociedades los recursos no tienen propietarios sino usufructuarios. A lo más se busca mantener en secreto la ubicación y las vías de acceso a la zona rica en recursos. Incluso los “derechos” de acceso a un territorio pueden modificarse al ampliarse los lazos de parentesco, al compartir los recursos con otros grupos afines o, negativamente, con la disminución demográfica debida a pestes, guerras, migraciones o traslados forzados de la población. En estos últimos casos la relación de pertenencia (sicológica, cultural, sociológica, etc.) con el grupo originario no se da a través de una intermediación con la “madre tierra” (por ejemplo la “Pacha Mama”) originaria, sino con el fundamento de las relaciones de parentesco sean de filiación o de afinidad especialmente endógena. Incluso en las sociedades más sedentarias, como aquellas que practican la agricultura incipiente o la horticultura, no existe la propiedad de la tierra sino el derecho a un acceso al terreno cultivado mientras duran las sementeras o plantaciones. Una vez degradado el suelo y abandonada la plantación, se deja el territorio usufructuado, con la posibilidad de ser nuevamente reutilizado sea por el mismo grupo o por otro conjunto humano.

Un ejemplo ilustrativo es el de la “horticultura itinerante sobre chamicera de tipo pionero” practicada por los Achuar (suroriente ecua-

toriano), quienes “establecen siempre sus nuevas rozas en porciones de la selva que nunca han sido anteriormente desbrozadas”. Cada huerto nuevo, añade Philippe Descola en: “La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar” (1988: 195), es “el resultado de una predación ejercida sobre la selva; es una marcación hecha por el hombre sobre la naturaleza que lo rodea y no la reactivación de un erial, es decir, la reapropiación de un lugar antiguamente socializado”. Esta afirmación necesita, sin embargo, una aclaración. El carácter pionero de la horticultura achuar no significa que las talas se practiquen siempre en una selva realmente primaria, sino en una selva cuya morfología hace pensar que no se ha desbrozado más o menos desde hace tres generaciones. La baja densidad poblacional incluso vuelve inútil la competencia entre unidades residenciales alrededor del uso hortícola de los terrenos. Cuando el jefe de un grupo doméstico selecciona un nuevo sitio para el asentamiento de su hogar, no predominan criterios agronómicos sino una estimación de los recursos naturales de la micro-región en donde se ejercerán las actividades de predación de la casa. En la selección del lugar tiene prioridad un espacio favorable a la cacería, pesca y recolección y luego la horticultura. Por lo que la selección del sitio del hábitat se efectúa generalmente con ocasión de las expediciones de cacería (Descola, 1988: 198-199).

En las sociedades con una agricultura no solo de subsistencia sino de excedente probablemente se da una evolución hacia formas de apropiación más estables de los medios de producción, especialmente de la tierra. Quizás este progreso hacia diversas formas de propiedad es más evidente en las regiones con mayor presión demográfica y con una relativa insuficiencia o escasez de recursos: tierra y agua. Es predecible, entonces, que donde el trabajo comunal ha aplicado tecnologías para regular el agua (drenaje y campos de camellones, cisternas, represas y canales de regadío) o con el fin de preparar los suelos (uso de las vegas de los ríos, roza y quema, elevamiento artificial de suelos, terrazas de cultivos en las pendientes, etc.), se da una apropiación comunitaria más estable y duradera del suelo y de su utilización.

A este respecto es ilustrativo recordar la explicación que hacia 1857-1858 hace Karl Marx en su manuscrito “Formas que preceden

al modo de producción capitalista”, sobre las formas que el hombre, gracias a su trabajo, ha desarrollado para apropiarse de la condición natural objetiva de su vida: la tierra. “La tierra – escribe – es el gran laboratorio, el arsenal, que proporciona tanto el medio de trabajo como el material de trabajo, como también la sede, la base de la entidad comunitaria. Los hombres se comportan con ella ingenuamente, tratándola como propiedad de la entidad comunitaria, de la entidad comunitaria que se produce y reproduce a través del trabajo viviente” (en: Marx K, Hobsbawm E, 1974: 52).

7.4.- El “pacarisca huanca” de Otavalo

Al recordar a Ayar Auca convertido en el Cusco, según el mito fundacional andino, en una piedra-mojón, indicador de la toma de posesión de un espacio territorial alrededor de un “omphalos”, es importante parangonarlo con dos casos en los Andes ecuatorianos. Al reagrupar, según las ordenanzas del virrey Toledo, a los pueblos y ayllus indígenas en “reducciones”, la que más protestas acarreó fue la concerniente al pueblo originario de Otavalo. Movidado por la desaprobación de sus indios encomendados, el capitán Rodrigo de Salazar solicitó, en 1579, al provincial de la Orden Franciscana

que le diese otro religioso sacerdote que doctrinase el pueblo de Otavalo que este es el pueblo antiguo de donde salen y decenden los señores de la provincia de Otavalo por causa de que lo mandavan despoblar y pasar al pueblo de Sant Pablo porque no se despoblase syendo como era aquel pueblo el principal por decender del los dichos caciques y señores de Otavalo (Caillavet, 2000: 398).

Como asevera Chantal Caillavet (op.cit.), está clara la coincidencia entre las razones expresadas por los otavalos a su encomendero y las nociones conocidas en los Andes centrales y meridionales (Perú y Bolivia) acerca de “pacarisca”, “huanca” y “mallqui”. La insistencia de los jefes étnicos de Otavalo “sobre la descendencia y el origen tanto físico como mítico de su linaje (“salir”), concuerdan exactamente con las definiciones que dan de la pacarisca los comentaristas españoles

del siglo XVI y la expresión en quechua del cronista autóctono Pachacuti” (Caillavet, 2000: 398-399). Más adelante añade la etnohistoriadora francesa: “La definición de Pachacuti (c. 1620) pacariscanchic, luc-siscanchic, machunchicpa pacariscan, traducida por Itier como el lugar de donde nacimos, de donde salimos, de donde nacieron nuestros antepasados”, todo lo cual coincide textualmente “con las palabras de los pobladores de Otavalo” (Caillavet, 2000: 399).

La práctica de enterramiento de un monolito “huanca” (piedra sacralizada) o estela en las tierras de un grupo étnico o parcialidad indígena, y de su simbolismo, como una encarnación pétreo del antepasado que afirma a la vez la posesión de la tierra alrededor del “huanca” y su fertilización por el fundador de la etnia, tiene también un posible eco en la Sierra norte ecuatoriana. Con sobrada razón Caillavet (2000: 399) relaciona el culto a los “huanca” con los monolitos descritos por González Suárez, a comienzos del siglo XX, en su obra “Los aborígenes de Imbabura y del Carchi. Investigaciones arqueológicas sobre los antiguos pobladores de las provincias del Carchi y de Imbabura en la República del Ecuador”, reeditada por el IOA en la “Colección Otavalo en la Historia” (González Suárez, 2002: 80-81). En la citada obra el Arzobispo historiador explica que los constructores de tolas labraban estatuas toscas de piedra y, en general, imperfectas, pero de distintas dimensiones. Algunas son unas piedras grandes, en las cuales la cabeza, la cara y los brazos son las únicas partes labradas; lo restante del cuerpo tiene solo una traza coniforme. Estas piedras fueron enterradas en los montículos artificiales o “tolas”, tan características de la Sierra septentrional ecuatoriana.

Llama la atención que aquel pionero de la Arqueología ecuatoriana menciona estos monolitos labrados exclusivamente en relación con el Otavalo ancestral descubierto por Chantal Caillavet. Escribe el arzobispo González Suárez (2002: 80-81): “Hasta ahora estas piedras no se han descubierto más que en la provincia de Imbabura, y eso en solo un punto, a saber: en unas tolas, construidas a la orilla de la laguna de San Pablo, en el lado que cae al frente del cerro de Imbabura. Las piedras se encontraron clavadas verticalmente en el suelo, en línea recta, dentro de las tolas, de tal modo que estaban cubiertas enteramente por

la tierra. Volveremos a preguntar ¿serían, tal vez, imágenes de los muertos, sepultados en la tola?. ¿Tendrían algún otro significado?. Nosotros conjeturamos que eran lo primero”.

Hay además en los Andes centrales del Ecuador un ejemplo significativo de la determinación de un espacio sagrado alrededor de dos “huancas” vivientes. Según los testamentos de Don Sancho Hacho de Velasco, Cacique Mayor de Latacunga y de Doña Francisca Sina Sigchi, su hermana carnal y esposa, fechados respectivamente en el Asiento de Latacunga el 23 de noviembre de 1587 y en el pueblo de Saquisilí a 30 de marzo de 1580, “el Inga” (desconocemos si se trató del Sapa Inca o de algún alto funcionario incaico) ofició la ceremonia nupcial de ambos contrayentes con un ritual singular. Cada uno de los miembros de la pareja nupcial fue enterrado en lugares entre sí cercanos: Don Sancho en un montículo redondo junto a Pinipullo, al lado del Cápac Ñan o camino incaico que llevaba de Latacunga a Quito; y Doña Francisca en el puesto de Malaleji. Declara en su testamento Don Sancho Hacho: *“fui casado con Doña Francisca Sinasigchi mi hermana carnal de Padre y Madre, con la qual me casó el Inga por sus Leyes, asiendo entierro de nosotros vivos, asiendo dispensación a su Ley”* (en Oberem, 1993: 128). Y más adelante añade: *“Yten declaro más por mis Vienes en Pinipullo un serrito redondo como vamos deste dicho Pueblo de Latacunga a Quito, la qual me sirvió de Madre. me Enterraron vivo en el qual serrillo para casarme con mi hermana Doña Francisca Sina Sigchi saliendo de él, todo lo que mi vista alcanzó y me las adjudicó el Ynga como en edades de mis antepasados, donde la linde de don Gernando Singaucha, y asta la linde de los alagues o de Mulaaló, y por otro lado con tierras de los Yndios de los Alagues, y por la otra parte con los Yndios de Tanicuchi, y el Río de San Phelipe”* (en Oberem, 1993: 128, 131).

A su vez, Doña Francisca Sina Sigchi menciona el “entierro” efectuado por el Ynga y también declara: *“Yten declaro que en el Puesto de Malaleji donde a mí me sirvió de madre quando salí de mi Entierro todo lo que se diuisi en redondo me dieron por mis posesiones asta la linde de los Mitímaes asia Hambato y asia Latacunga y asta el río del batán siguiendo esa quebrada asta la Linde de los tanicuchi asta San Phelipe y Pasotan”* (en Oberem, 1993: 135-136).

Como afirma Udo Oberem en el referido estudio “Don Sancho

Hacho. Un cacique mayor del siglo XVI” (1992: 22-23), “A través de la ceremonia del enterramiento y salida de él, se pretendía mostrar la íntima unión existente entre la tierra y el terrateniente. Se trataba probablemente de la repetición simbólica de un acto de nacimiento, ya que los montículos mencionados eran considerados como madre”. Parece que, efectivamente, el ritual del citado matrimonio prehispánico, además del significado de iniciación, era la toma de posesión por parte de un señor étnico de todo un territorio que se divisaba a la redonda.

Con razón asevera Chantal Caillavet (2000: 421-422) que estas ceremonias “parecen tener la finalidad de poner en escena el mito de las pacariscas: los fundadores de linajes nacen de sus respectivos lugares sagrados, lo que equivale a señalar el vínculo privilegiado que les une a este territorio a la vez que legitima su poder sobre las tierras correspondientes”. Y más adelante añade: “Los cerrillos de Pinipullo (al norte de Latacunga) y de Mulilibí (en el “pueblo viejo” cerca de Saquisilí) pueden considerarse como hitos sagrados desde donde irradian varias direcciones. La cristianización que impuso sepultura en la iglesia a esta pareja de jefes étnicos nos priva de conocer cómo se cerraba ritualmente el ciclo vital y si estos “cerros madres” servían también de respectivo lugar de enterramiento de estos nuevos mallquis”.

Sin el empeño de extraer conclusiones, más bien con un afán comparativo que permita en el futuro algún esclarecimiento, es importante brevemente aludir a los datos que la Etnografía y la Prehistoria mencionan sobre las culturas megalíticas repartidas por una inmensa área que comprende gran parte de Europa occidental; el Magreb y Abisinia en África; Palestina, Dekán, Assam, Ceilán, Tíbet y Corea en Asia. En cuanto a las culturas megalíticas todavía existentes a comienzos del siglo XX, las más notables son las atestiguadas en Indonesia y Melanesia. En todos estos casos, como afirma Mircea Eliade (1978, I: 140-141), aunque están asociadas con una gran diversidad de culturas y formaciones económicas y sociales, los megalitos se relacionan con determinadas ideas acerca de la existencia de “un más allá” después de la muerte, pues son erigidos para asegurar una existencia eterna a quienes o para quienes fueron construidos. Los megalitos constituyen un

perpetuo vínculo de unión entre los vivos y los muertos, además de asegurar, de este modo, la fecundidad de los hombres, del ganado y de los campos. En todas las culturas megalíticas todavía florecientes y estudiadas por la Etnografía, el culto a los antepasados desempeña un importante cometido. Como sede de las almas de los ancestros, estos megalitos, a la vez de ser el lugar de culto por excelencia, son el centro de la actividad social.

A este respecto es útil señalar que en los cultos a los muertos practicados en las culturas megalíticas, las genealogías desempeñan un papel importante. Es importante subrayar que el vínculo de unión con los antepasados se asegura mediante el recuerdo de sus nombres y de sus hazañas con el recitado ceremonial de las genealogías, cuya memoria queda fija en los megalitos.

En los Andes Septentrionales la presencia de monolitos no es propia únicamente de Otavalo. Hay un parecido con la estatuaria lítica de la vecina área Quillacinga, en el sur de la actual Colombia (Caillavet, 2000: 399). Más significativas son, sin embargo, las analogías con los monolitos mencionados en fuentes históricas o encontrados en torno al lago Titicaca, en Andinoamérica centro-sur. Son de especial consideración los monolitos ubicados tanto en Copacabana como en Santiago de Huata, lugares situados al sureste del lago, a ambos lados del estrecho de Tiquina, que separa la península de Copacabana de la de Huata y que une al lago Mayor, por otro nombre de Chucuito o, según la antigua terminología, de Puquina, con el Menor, cuyo nombre original es de Wiñaymarca, traducido de las lenguas puquina y aymara como el “País de la Eternidad”. Los mencionados monolitos tienen un cuerpo cónico y en su superficie están señalados rostros humanos y brazos cruzados, a los que con alguna frecuencia acompañan dibujos de serpientes onduladas, sapos, cruces cuadradas y soles. Estas y otras figuras pertenecían a los ciclos de Viracocha y Tunupa, las dos grandes divinidades relacionadas con la cuenca lacustre del Titicaca, mientras las serpientes y los sapos eran antaño, y lo son todavía en la actualidad, los animales simbólicos que marcan la transición de la estación de lluvias a la estación seca. (Bouysse-Cassagne, 1988: 31, 81-95).

Pocos son los resultados factibles de ser actualmente comprobados,

que se pueden deducir de las comparaciones analizadas en páginas anteriores. Gran parte de ellos se mantienen como hipótesis de trabajo que exigen estudios a los futuros arqueólogos y etnohistoriadores. Mientras tanto, debe quedar claro que en Andinoamérica el acceso a un territorio está definido a partir del “omphalos” o centro, señalado míticamente por un héroe-fundador convertido en mojón o por una “pacarina” (lugar de origen), que visualmente justifica una mayor o menor extensión espacial, considerada como territorio ancestral. En el caso de la Sierra central y norte ecuatoriana jugaron un importante papel los volcanes como pacarinas de las sociedades aborígenes. En el caso de Otavalo quizás el centro mítico del cosmos era el volcán Imbabura asociado a la laguna Imbacochoa y señalado con los monolitos enterrados en la tola-residencia del máximo jefe étnico, “desde donde irradian las correlaciones inscritas en la geografía sagrada” (Caillavet, 2000: 423).

8. SEÑORÍOS ÉTNICOS EN EL PAÍS IMBAYA

Como se ha explicado en el estudio “Formaciones políticas tribales y señoríos étnicos” (Moreno Yáñez 1988, 2: 42 y ss.), muchos son los autores que, ya desde el siglo XVI, pusieron de relieve la unidad étnico-cultural de los grupos sociales que poblaron el área geográfica de la Región Interandina entre los valles de los ríos Chota-Mira, al norte, y Pisque-Guayllabamba al sur. Aunque la casi totalidad del territorio, como se ha tratado en capítulos anteriores, corresponde a un hábitat de carácter serrano, existen algunas ramificaciones laterales que permiten el acceso hacia la Costa y hacia la Región Amazónica. Se deben mencionar, por ejemplo, los corredores de paso en las regiones de Lita y el Íntag hacia el occidente, así como los accesos hacia el oriente por las cuencas de los ríos Cofanes y Oyacachi.

La alusión a sociedades indígenas en zonas de ceja de montaña tropical, especialmente en las situadas al occidente, dentro de sistemas socioeconómicos típicamente serranos, lleva a postular una doble explicación alternativa o quizás complementaria. Una posibilidad es que se dio alguna forma de dependencia económica y aun política de los pueblos indios situados en los flancos semitropicales al oeste de la Cordillera Occidental, respecto de algunos señoríos de la Sierra, patrón de dependencia que explicaría las documentadas relaciones existentes entre Íntag, Lita, Quilca y Caguasquí con los curacazgos interandinos. También es posible que estas colectividades periféricas hubieran sido auténticas colonias serranas ubicadas en el medio ecológico del bosque húmedo tropical, con el objeto de ofrecer una complementariedad económica y de controlar las vías de acceso a los recursos de otras zonas geográficas. Apoyaría esta segunda hipótesis la presencia de afinidades lingüísticas y culturales, mencionadas por varios autores, entre los moradores del Íntag, Quilca y Caguasquí y los habitan-

tes de la zona de Pimampiro, Otavalo y Caranqui en pleno Callejón Interandino. (Larraín, 1980 a, I: 23-27; Plaza Schuller, 1976: 11; Salomon, 1980: 297-299).

En este contexto es importante, sin embargo, afirmar que, aunque la mayoría de fuentes históricas y los estudios arqueológicos demuestran una afinidad lingüística y cultural de la región aquí tratada, de ningún modo implica esta aseveración la existencia de una unidad política, aunque no pueden descartarse claras tendencias hacia la consolidación de esa unidad. Esta propensión político-cultural fue ostensible en la alianza conformada bajo la jefatura militar del curaca de Cayambe, Maxacota Puento, verdadero “cacique de guerra”, con el objeto de oponerse, con la fuerza de las armas, a la invasión incaica durante el reinado de Huayna Cápac. La prolongada resistencia aborígen, como se expondrá más adelante, terminó con la sangrienta hecatombe a orillas de la laguna de Yahuarcocha. (Moreno Yáñez, 1981: 142-147; 1988, 2: 43).

Desde el punto de vista de la Antropología Política de las “sociedades complejas”, la región aquí estudiada ofrece un modelo de trabajo de interés excepcional, pues, además de constituir un conjunto de señoríos étnicos, que trascienden a la pura organización tribal e incluso a los cacicazgos locales a nivel de “llajtacuna”, su fase de integración, gracias a las alianzas defensivas contra los Incas, se había desarrollado a tal punto, que su cohesión política estaba probablemente por culminar en la conformación de alguna forma equiparable a una nación-estado. (Cfr. Moreno Yáñez, 1988, 1: 23-31).

Hasta el momento no es posible determinar el número de cacicazgos en la región estudiada, aunque la documentación señala la importancia de cuatro cacicazgos, todos ellos señoríos a nivel regional, a saber: Caranqui, Cayambi o Cayambe, Cochisquí (posteriormente Cochasquí) y Otavalo. Los demás curacazgos locales y jefaturas de ayllus estaban, de algún modo, subordinados a los señores étnicos regionales. Aunque la mayoría de los autores admite la jefatura de los Puento de Cayambe como “sinchi” o caciques de guerra al frente de la confederación contra la invasión incaica, es todavía difícil de clarificar, y al respecto difieren los investigadores, si algún señorío étnico en particu-

lar detentó alguna preeminencia sociopolítica sobre los restantes de la zona aquí estudiada (Larrain 1980 a, I: 67 ss.; Espinoza Soriano 1983, I: 29 ss.; Oberem, 1981 b: 73 ss.; Plaza Schuller, 1976; Salomon, 1980: 294 ss.; Moreno Yáñez, 1981: 95 ss.; 1988, 2: 44).

8.1.- Curacazgos de Caranqui, Pimampiro y Chapi

Existe documentada fundamentación para aseverar que el territorio Caranqui se extendía al sur del río Chota-Mira (entendido no como el curso del río en sí mismo, sino sus riberas), y que sus términos meridionales colindaban con el cacicazgo de Cayambe, aproximadamente en las estribaciones sur occidentales del volcán Imbabura y en los páramos de Pesillo. Hacia el oriente las cimas de la cordillera de Angochagua o quizás, más al este, la Cordillera Real de los Andes, separaba a esta región de la cuenca amazónica, con la que tenía contacto, gracias al acceso a los corredores de “paso de montaña” en las comarcas de Pimampiro y Chapi, los que posibilitaban la entrada directa a los valles de los afluentes del río Cofanes (Moreno Yáñez 1988, 2: 44-45).

A este respecto Pierre Gondard y Freddy López (1983: 101-102) explicitan que las fuentes de los sistemas fluviales del Chota, al oeste, y del Dorado-Cofanes-Aguarico, al este, distan solamente de uno a dos kilómetros; la línea divisoria de aguas no llega a los 4.000 metros de altura y, al oriente del actual pueblo de San Francisco de Sigisipamba, es incluso inferior a 3.500 metros. Este puerto de montaña, que pudo haber utilizado Huayna Cápac cuando ingresó a la Caja de Montaña Oriental, quizás estuvo controlado por los indios de Chapi, quienes probablemente sin ser Caranquis aseguraban el comercio entre los pueblos de la Cuenca Amazónica y los de esta parte de la Región Interandina.

8.1.1.- Caranqui viejo y Cochicaranqui

Puesto que los españoles, tanto en los repartimientos de encomiendas como en la delimitación de los corregimientos y demás circunscripciones administrativas, solían en general respetar la organización

territorial aborigen, hay base para suponer que el país Caranqui estaba probablemente separado del señorío de Otavalo por las laderas del monte Imbabura, la quebrada de Agualongo y el río Ambi, hasta su desembocadura en el Chota-Mira. Una extensa parte del acceso territorial caranqui comprendía el valle longitudinal de Cochicaranqui, situado al oriente del volcán Imbabura y que, en su sección septentrional, se prolonga en la llanura sobre la que actualmente se asienta la villa de Ibarra. (Moreno Yáñez 1988, 2: 45). Todavía hasta la actualidad, las informaciones arqueológicas y etnohistóricas que disponemos son insuficientes. Este hecho no permite asegurar si determinados fenómenos fueron introducidos por los Incas, o si datan de épocas anteriores a la expansión del Tahuantinsuyo en estas tierras equinocciales. Coincidiendo con otros lugares ubicados entre los ríos Chota-Mira, al norte y Pisque-Guayllabamba, al sur, el país Caranqui presenta, entre otros, dos aspectos de un común legado cultural: Las pirámides habitacionales y los montículos funerarios con pozo (Oberem, 1981 b: 76, 82). Además de los trabajos preliminares en el Caranqui incaico (Erazo, 1981), se ha puesto de relieve la importancia de los complejos arqueológicos de Cochicaranqui de Zuleta y de Socapamba, lugar este último, como se explicó en acápite anteriores, a unos cuatro kilómetros al noroeste de la laguna de Yahuarcocha, donde se han detectado 60 montículos, dos de los cuales son cuadrilaterales con rampa. (Athens, 1980: 144 y ss.).

Hay además un lugar todavía no estudiado y que merece una mención especial. El sitio denominado actualmente Caranqui parece que no fue el lugar sede de los señores étnicos de igual denominación, aunque sí fue elegido por los Incas para levantar aposentos reales y otras edificaciones que, a su vez, sirvieron de fundamento al pueblo colonial de Caranqui. Se encuentran huellas de estas construcciones en el zócalo de la sacristía de la iglesia de Caranqui y en los muros de algunas casas vecinas, según algunos autores mencionados por P. Gondard y F. López (1983: 131). Comprueba la aseveración de la existencia de otro Caranqui el “Libro de Proveimientos de Tierras, cuadras, solares, aguas, etc., por los Cabildos de la Ciudad de Quito. 1583-1594” (1941: 126-127) que, al hacer referencia a la concesión de 12 caballerías de

“tierras de pan sembrar”, el 27 de agosto de 1586, a favor de Juan del Orrio, las señala en “Garangue el viejo”. Por su importancia vale la pena citar más detalladamente esta merced de tierras despachada por el Presidente y Oidores de la Audiencia de Quito y por el Cabildo de la ciudad de San Francisco. Dice en la parte principal:

Por cuanto vos Juan del Orrio, por petición que en el dicho Cabildo presentastes, dixistes que había muchos años que residíades en esta dicha ciudad y nunca se vos había fecho merced alguna y para vuestro sustento y de vuestra casa e familia teníades necesidad de tierras para pan sembrar y al presente las había vacas y baldías en un páramo questá entre Chapi y Cochecarangue, en Carangue el viejo, a la mano derecha del camino que va desde Chapi a Cochecarangue, y pedistes y suplicastes que en la dicha parte se vos hiciese merced de algunas tierras para vuestro sustento, de pan sembrar, que en ello recibiríades bien y merced [...]; por tanto, en nombre de su Majestad Real hacemos merced e proveemos a vos el dicho Juan del Orrio, doce caballerías de tierras de a diez y seis hanegas de trigo de sembradura para que sean vuestras propias y de vuestros herederos e sucesores y como tales las podáis cercar, labrar y cultivar y enajenar e hacer dellas y en ellas lo que quisieredes e por bien twiêredes [...].

De la noticia mencionada en líneas anteriores claramente se deduce la existencia de un Caranqui antiguo, distinto del nuevo incaico-español. Este poblado debe haberse encontrado en tierras aptas para el cultivo de cereales (tierras de “pan sembrar”) entre 2.500 y 2.800 m. en algún lugar entre Chapi y Cochicaranqui. El nombre de Cochicaranqui está asociado, en la Época Colonial, a la nomenclatura hacendaria de la zona sur del valle que se extiende al oriente del volcán Imbabura, más o menos entre el actual pueblo de Angochagua y las estribaciones orientales del Cusín, que lo separan del valle de Cayambe. Parece que el documento en mención, al referirse a “Cochicaranqui” alude no a una comarca sino a algún lugar determinado. Al respecto se debe, una vez más, tener en cuenta que según la documentación colonial la comarca de Cochicaranqui estuvo ocupada por tres haciendas: Cochicaranqui de las Monjas, Cochicaranqui de la Merced y Cochicaranqui de Zuleta. En este último caso se refiere al apellido

de uno de sus propietarios a finales del siglo XVII, don Gabriel de Zuleta. No será errado, por lo tanto, proponer que la ubicación del sitio Cochicharanqui, mencionado en el “Libro de Proveimientos de Tierras”, coincide con el enorme complejo arqueológico situado en la rinconada de la actual hacienda Zuleta. De Chapi, se desconoce su ubicación exacta, aunque Antonio Borja, cura de Pimampiro a finales del siglo XVI (en: Ponce Leiva, 1992 I: 480), lo localiza a dos leguas de distancia de Pimampiro y al pie de la cordillera de los Quijos, es decir en el puerto de montaña que unía la Región Interandina con la Ceja de Montaña oriental.

“Garangue el Viejo” o el antiguo Caranqui aborigen, según actuales observaciones, podría coincidir con el campo de camellones y de tolas redondas y con la base cuadrada (Gondard P, López F, 1983: 239), ubicadas en el valle denominado la “Rinconada de Angochagua”, situado en la vega de una pequeña quebrada al norte y noreste del pueblo actual de Angochagua. Según Athens (1980: 244) el sitio IM-18 Angochagua tiene más de 20 montículos dispersos sin rampa. Como P. Gondard y F. López señalan en el mapa que acompaña a su “Inventario arqueológico preliminar de los Andes septentrionales del Ecuador” (1983), existieron además las huellas de un “pucará” ubicado más o menos a unos 5 kms. al oriente de Angochagua, el que desde la altura de 3.600 m. domina el valle de la Rinconada y, con seguridad, controlaba el camino que unía Cochicharanqui con Chapi. El estado de la cuestión no permite, al momento, señalar la ubicación del poblado que fue la residencia ancestral de los señores étnicos caranquis. Por el número de montículos (tolas) y restos de otras construcciones demuestran su importancia Socapamba y especialmente Cochicharanqui de Zuleta. Pero también la significación de “Garangue el viejo”, no debe ser descartada como una hipótesis válida, si se trata sobre la existencia de un centro poblado considerado como “capital” del señorío.

Entre los complejos arqueológicos más impresionantes del Ecuador por el número de pirámides y montículos, por su alta concentración dentro de un espacio limitado y por el buen estado de preservación está, sin lugar a dudas, el conjunto arqueológico de Cochicharanqui de Zuleta, localizado al noreste del caserío de la hacienda Zuleta, aproxi-

madamente a cuatro kilómetros al sur del pueblo de Angochagua. Es el mayor complejo de montículos que hasta el momento se conoce, con un total de 148 unidades, registrado por Athens (1980: 262), entre los cuales son 13 los que contienen rampas de acceso. Al contrario del complejo arqueológico de Cochasquí, cuya ubicación está desprotegida y abierta hacia el sur, a un amplio horizonte, y en el que no es posible señalar la existencia de un espacio central abierto, a modo de “plaza”, el sitio de Cochicaranqui de Zuleta, como una “rinconada” del valle a una elevación de 2.900 metros, está defendido por escarpadas montañas, que se elevan alrededor de la estrecha planicie en la que se sitúan los monumentos y plazas, cuyo único acceso se abre hacia el occidente, en dirección al curso de las aguas de la quebrada San Pedro (Athens, 1980: 246).

Entre tantas edificaciones llama la atención la denominada por Gondard y López (1983: 86-87) “tola Zuleta B”, con rampa, que representa tres niveles muy marcados entre el centro y el lado norte de la tola. El pequeño talud que separa el primer nivel del segundo, se aleja progresivamente del borde norte, de oeste a este. Sobre la cara oriental parece estar redondeado; se lo pierde en la cara sur y se borra sobre el lado occidental, para dejar sitio a la abertura que inicia el diseño de la rampa en el cuerpo de la tola. El talud entre el segundo y tercer nivel es de forma redondeada, pero solo es parcialmente evidente en el lado septentrional. Parece confundirse en la parte posterior de la tola (cara oriental) con una estructura de tierra semicircular que se eleva por sobre el tercer nivel. Este pequeño muro de tierra está abierto hacia el vértice suroccidental de la tola. La mencionada estructura semicircular o, con mayor exactitud, ligeramente ovalada tiene un diámetro menor de cerca de 8 metros, mientras el diámetro mayor está en el eje de la apertura. El suelo interior es más bajo que el nivel exterior de la pared. Coinciden estas peculiaridades con la descripción que Oberem (1975: 75) y Wurster (1981: 94-97) hacen de una maqueta de cerámica, la que representa un “bohío” o casa circular, rodeada de un muro rectangular, que se levanta sobre un podio de tres escalones: representación esquematizada de una pirámide con un edificio redondo encima, modelo que, aplicado entonces a la pirámide E

de Cochasquí, correspondería también a la tola “Zuleta B”, aquí mencionada. (Moreno Yánez 1988, 2: 46-47; cfr. también Oberem y Wurstler, 1989: 55-58).

En opinión de Gondard y López (1983: 87) la construcción semicircular elevada sobre los tres niveles parece ser antigua y original, puesto que su disposición se integra perfectamente al conjunto de la pirámide. Es importante notar la particularidad de que desaparece en la plataforma en el lugar donde la rampa se une al cuerpo de la tola. Estos indicios concuerdan para atribuir, como hipótesis, un origen prehispánico a esta construcción, hipótesis que permanecerá como tal hasta que futuras investigaciones arqueológicas y etnohistóricas ofrezcan las correspondientes evidencias.

Una vez más se ha intentado poner de relieve la importancia monumental del complejo arqueológico de Cochicaranqui de Zuleta, pues, por su ubicación y magnitud, las investigaciones podrían servir de base para clarificar algunas interrogantes en la historia de la Sierra Norte. Los trabajos de investigación, sin embargo, deberían ser multidisciplinarios y abarcar no solo el estrecho valle del arroyo San Pedro de la hacienda Zuleta sino todo el valle de Cochicaranqui y sus accesos viales prehistóricos hacia Cayambe y Caranqui, en dirección al Otavalo ancestral (San Roque, al suroeste de la laguna de San Pablo) y hacia la comarca de Pimampiro y los valles del río Mataquí y de sus pequeños afluentes meridionales, los arroyos Blanco y Pisque, que separan el ramal de la cordillera de Angochagua de la Cordillera Real o, según la documentación del siglo XVI, “Cordillera de Los Quijos”.

En lo referente a la organización sociopolítica, los Caranquis se hallaban probablemente organizados en una forma de “señorío”, el que podría haber estado conformado por varias aldeas. A la cabeza de cada aldea estaba el jefe del grupo de parentesco (clan o linaje) más importante y, como el mayor jerarca del señorío, figuraba el gobernante de la aldea más significativa. Si en la Sierra Norte ecuatoriana es válido el modelo andino de la división dual de los sistemas de parentesco y del acceso a un territorio, se podría argumentar que la región aquí denominada Caranqui y que se extendía al oriente del Imbabura desde el valle del Chota-Mira hasta la región de Pesillo, también podría haber estado

divida entre Caranqui (parte baja del valle) y Cochicaranqui (sector alto del valle). El modelo andino posibilitaría también aseverar que existiría en la región una autoridad dual correspondiente a la que en la Época Colonial está dividida entre el cacique “primera persona” y el cacique “segunda persona”. ¿Existiría una complementariedad recíproca y, al mismo tiempo, una oposición entre, por ejemplo, Socapamba y Cochicaranqui?. En este caso, ¿cuál fue el papel de “Garangue el Viejo”? ¿Edificaron los Incas *“los grandes y suntuosos aposentos de Carangue”* (Cieza de León 1984, I: 53) para dominar más eficientemente las dos comarcas complementarias?. Todas ellas son preguntas que deben ser tenidas en cuenta en futuras investigaciones.

Los nobles y sus subordinados o “gente común”, que formaba la mayoría de la población, estaban enlazados por un sistema gradual de redistribución de bienes y control de la mano de obra. Los jefes étnicos tenían a su disposición ingresos de diferentes clases provenientes del trabajo de sus súbditos, pues la gente común estaba obligada a trabajar un campo de maíz para su señor, a más de ayudarlo a construir su casa y ofrecerle otros servicios. Parece que los súbditos realizaban trabajos de diversa índole, según un sistema de turnos (mita), aunque aquellos que eran reconocidos como especialistas, por ejemplo los “mindalae” (comerciantes) y cazadores, desarrollaban sus actividades frecuentemente al servicio de los nobles. Existía, sin embargo, una clase social más baja, la que estaba formada por individuos cuya libertad personal estaba restringida y que podían ser calificados como siervos o esclavos. Se desconocen su procedencia exacta y las razones a las que obedecía este estatus social bajo. De algunos de ellos se conoce que fueron importados de la Región Oriental (quizás a través de Chapi) y de todos que se encontraban subordinados directamente a los caciques, a cuyo servicio debían trabajar con exclusividad. (Moreno Yáñez 1988, 2: 48-49).

8.1.2.- Pimampiro y Chapi: puertos de contratación

El cura beneficiado de Pimampiro, Antonio Borja, en su “Relación” escrita hacia 1591, al hablar sobre los indios naturales del pueblo de

Chapí, a quienes llamaban los “montañeses”, afirma que se dedicaban a la “contratación” con los “indios de guerra” de las tribus orientales. Son éstas sus palabras:

Los indios de guerra traen muchas veces muchachos y muchachas a vender a trueque de mantas y sal y perros; y así hay algunos muchachos y muchachas en estos pueblos ya cristianos, y así hay algunos en la ciudad de Quito. Otras veces traen bandul que es una masa colorada que sacan de unos árboles, con que estos naturales se embijan y se pintan y tiñen mantas. Traen pita y traen papagayos y monos; traen muchas hierbas secas; traen una raíz que se llama contra hierba con las cuales se curan estos naturales. Son estos indios tenidos por grandes hechiceros, y así dicen estos naturales de estos pueblos, que si no les compran lo que traen a vender, que los hechizan de suerte que de ello vienen a morir. Ya ha cesado el rescate de los muchachos, por causa que piden espadas y machetes a trueque de ellos, y como no se los dan, no los quieren traer (Borja, en Ponce Leiva 1992, I: 481).

No todas las relaciones entre diferentes señoríos eran únicamente de tipo económico o de parentesco, sino también conflictivas o incluso de orden bélico. Las fuentes históricas dan cuenta, por ejemplo, de combates entre las poblaciones de Pimampiro y Caranqui o entre las de Caranqui y Otavalo: diferencias casi siempre entre comarcas y vecinos. (Oberem, 1981 b: 77-78).

Las fuentes históricas más antiguas aplican reiteradamente el nombre “Ango” a los caciques de los pueblos de Cochasquí, Otavalo y Caranqui e incluso a los del poblado de Lincan (actual barrio “El Inca”, perteneciente a la ciudad de Quito), lo que ofrecería una base para suponer que Ango era el término para designar a un “señor” principal o cacique, aunque en los posteriores tiempos coloniales se convirtió en un apellido del grupo familiar del cacique respectivo. (Moreno Yáñez 1988, 2: 49). De este modo, en 1564 (AGI, Justicia, 682), entre los caciques de la entonces provincia de Quito que respaldaron al licenciado Juan de Salazar de Villasante para el cargo de oidor de la Real Audiencia o, en su defecto, para el de Gobernador de Quito, aparece “don Sancho Cavascango cacique del pueblo de Carangué” (Vargas, 1970: 250-264; León Borja D, Szaszdi A, 1971:

284-285; Moreno Yáñez, 1981: 104-105).

Más conocido es, sin embargo, el cacique principal de Caranqui, don Cristóbal Anco, quien, ayudado por Benalcázar, sometió a los indios de Chapi, con el fin de vengar la traidora muerte que ellos dieron a su padre durante una expedición de conquista, anterior a la invasión castellana, y por la que los Caranquis, quizás en la época de Atahualpa, pretendieron someter bajo su dominio al pequeño señorío de Chapi o defenderse de alguna expedición de los “montañeses”. Antes de la conquista española, explica el cura de Pimampiro y Chapi, Antonio Borja (en: Ponce Leiva, 1992, I: 494), solían los indios tener guerras unos con otros, para sojuzgar a los otros e imponer un tributo de lo que había en la tierra;

a cuya causa, viendo el cacique de Carangue la decisión que entre ellos había, ajustó mucha gente y entró en esta tierra [de Chapi] haciéndoles guerra, y en una batalla que tuvieron, le vencieron [los indios de Chapi] matándole mucha gente y a él le prendieron y a cabo de muchos días le mataron por traición. Y el cacique hijo de éste, que se llama don Cristóbal, que fue el primero, después que entraron los españoles, a quien hicieron cristiano, el cual pidió al capitán Benalcázar que le diese la conquista de estos indios de Chapi, sólo por vengar la muerte de su padre, el cual los conquistó y apaciguó. Después acá no han tenido más guerra y siempre los han tenido sujetos, y los indios [de Chapi] le han reconocido a él [don Cristóbal] y a sus hijos vasallaje.

133

Como una variante del modelo andino de “verticalidad” propuesto por John V. Murra (1975: 59-115), en Andinonamérica Septentrional la región Caranqui, y más concretamente la comarca de Pimampiro, Chapi y el valle de Coangue, se caracterizaron por una pauta económica que combinaba varias formas de acceso a productos de diferentes ecologías. Una estrategia característica todavía existente en la actualidad es la “microverticalidad”, modelo creado y propuesto por primera vez a los andinólogos, en 1976, por Udo Oberem, en el simposio “Organización social y complementaridad económica en los Andes Centrales”, dentro del 42º Congreso Internacional de Americanistas (París, 2-9 de septiembre de 1976), cuyo texto fue publicado dos

años después en el volumen IV de las “Actes du XLII Congrès International des Américanistes” (1978). Según este modelo, los habitantes de un pueblo disponían de campos situados en diferentes pisos ecológicos, alcanzables en el lapso de un día, con la posibilidad de retornar por las noches a su lugar de residencia. Esta forma de acceso permitía a los moradores de una “llacta” interandina el control efectivo sobre los cultivos de algodón, maíz y coca situados en los valles subtropicales (Oberem, 1978: 51-64).

Parece que el pueblo de Pimampiro, descrito por Borja, fue un centro de poder regional durante el período prehispánico tardío. Dentro de su esfera de influencia aparecen otras aldeas situadas en zonas más bajas, como Puenalchi y Ambuqui, además de otras localidades en las tierras altas circundantes. El distrito de Pimampiro estaba relacionado estrechamente con los señoríos étnicos de Caranqui, aunque parece que gozaba de cierta autonomía respecto a sus vecinos más poderosos. Se ha mencionado anteriormente que otro pueblo de interés era Chapi, el que aunque fue sometido por el curaca de Caranqui en los albores de la conquista española, parece que en el período precolombino fue una entidad semi-autónoma respecto de Pimampiro y Caranqui. A pesar de la campaña conquistadora de don Cristóbal, con el apoyo de Benalcázar, Chapi no fue reducido por las autoridades españolas al pueblo de Caranqui, sino a Pimampiro. Éste, como centro residencial del cacicazgo, tenía sementeras de maíz a las que se añadían las “*chacras de coca y algodón que están en el valle*” (Borja, en: Ponce Leiva, 1992, I: 481). Antonio Borja se refiere al valle subtropical de Coangue, situado en esta región a una altura entre 1.500 y 1.600 m. sobre el nivel del mar, mientras el pueblo está a una altura de 2.156 m. (Cfr. Oberem, 1978: 54; Bray, 1995: 34).

Borja menciona a Chapi como un pueblo multiétnico, situado “*cerca de la montaña de los Quijos*”. Más de la mitad de su población era considerada “*gente de montaña*” y hablaba una lengua “*que es muy peor que la de los Quijos, aunque en algunos vocablos se parece la una a la otra, digo de los indios de guerra que se llaman los Coronados*”, con quienes tenían contratación y rescate. Aunque también habitaban en Chapi, estos montañeses eran reconocidos como distintos de los demás indios

que hay en Chapi, quienes al decir del párroco de Pimampiro *“hablan la lengua como estos en este pueblo de Pimampiro, que es lengua exquesita, que es la de Otavalo y Carangue y Cayambe y los demás pueblos de esta comarca”* (Borja, en Ponce Leiva, 1992 I: 481).

Además de ser un asentamiento multiétnico, como acertadamente señala Tamara L. Bray (1995: 30-48), Chapi al ser un centro comercial de los cacicazgos serranos con los indios de la selva oriental, debe haber sido también un centro de actividades de los “mindaloes”. Parece que las relaciones de intercambio, no siempre simétricas, estaban afectadas por factores distintos de los estrictamente basados en los principios del mercado. Al transcribir las quejas de sus informantes Borja relata que los comerciantes de la selva, considerada esta región como el centro de grandes hechiceros, amenazaban a sus contrapartes serranos que si no les compraban lo que traían a vender, los hechizarían en forma tal que morirían (Borja, en Ponce Leiva, 1992, I: 481). Por ser un sitio de “frontera” ecológica y étnica, Chapi y, en general el distrito de Pimampiro, probablemente constituían una “zona de neutralidad”, aunque con amenazas frecuentes: guerreras por parte de los “angos” serranos, y poderes mágicos por parte de las tribus selváticas. La reputación del acceso de toda esta región a la producción de coca y algodón debe también haber favorecido al desarrollo de Pimampiro y Chapi, como puerto de intercambio de los productos de las zonas frías con los provenientes de las regiones cálidas, hipótesis que es aplicable a toda la región septentrional andina del Ecuador. (Cfr. Moreno Yáñez 1988, 2: 49-50).

8.2.- El cacicazgo mayor de Otavalo

Como se ha puesto de relieve anteriormente, los conjuntos de pirámides y montículos (tolas) han sido considerados, por varios autores, como una forma arquitectónica, si no exclusiva, por lo menos típica para la región entre los ríos Guayllabamba y Chota. Es evidente, por lo mismo, que el territorio perteneciente a la “provincia” de Otavalo, enmarcado en el centro de la mencionada área, presente numerosos ejemplos de este rasgo cultural. Se podría suponer que su distribución

coincide con las zonas de mayor índice poblacional en la época preincaica, y quizás con los centros de poder local, hipótesis que deberá ser comprobada. (Athens, 1980: 185 y ss.).

Al respecto, parece de interés la aseveración de Gondard y López (1983: 103) de que el medio ambiente correspondiente a las tolas coincide con los pisos ecológicos del maíz, pues de los sitios de tolas estudiados por ambos autores, casi la totalidad está ubicada bajo los 3.000 metros sobre el nivel del mar. Este hecho demostraría una concordancia entre la distribución altitudinal de la población y los complejos de tolas, así como la importancia cualitativa mayor del maíz sobre los tubérculos en la cultura de los “constructores de tolas” y probablemente en todos los Altos Andes ecuatoriales.

Son estas las aseveraciones que caracterizan a este País Imbaya, políticamente polinuclear y constituido, en las fases finales de su desarrollo autónomo, alrededor de los centros de poder Caranqui (¿el Viejo?), Cochicaranqui, Cayambe, Cochisquí y en torno a la autoridad más de prestigio que político de la familia dinástica “Otavalo”, cuyos “Angos” o señores étnicos parece que tuvieron una importancia excepcional en la Región Septentrional Andina. (Moreno Yáñez 1988, 2: 61-62).

8.2.1.- Otavalo: ¿de topónimo a antropónimo?

Aunque el nivel de conocimientos actuales que tenemos sobre las formaciones políticas en la Región Interandina Septentrional ecuatoriana rebasa a las nociones, algunas ya anticuadas, que todavía perduran sobre otras regiones del actual Ecuador, se han suscitado nuevas cuestiones como temas que exigen ulteriores investigaciones. Además en los últimos años es patente una contaminación de conceptos etnográficos modernos y de presupuestos jurídicos derivados de cuerpos legales europeos, que han sido aplicados arbitrariamente por algunos investigadores a las sociedades precolombinas. Un primer ejemplo está constituido por las nociones ya discutidas en páginas anteriores de “territorio” y “territorialidad”, como constitutivas primarias de las formaciones políticas tribales y señoríos étnicos. Más que sobre la propiedad ancestral de un territorio adscrito a una colectividad indígena se

debe hablar, en tiempos prehispánicos, sobre el “acceso variable a un territorio” según las necesidades demográficas, ocupación de circuitos de intercambio, acceso a productos exóticos, etc. Probablemente mayor significación tenía entonces la relación del grupo indígena con sus señores étnicos que con su territorio. Solo así podemos entender el fenómeno de los “camayocs”, en la época incaica el de los “mitimaes” y, en el Período Colonial, el de los indios “forasteros”. Un segundo error es convalidar, sin la debida sustentación, la hipótesis de que los sitios arqueológicos inventariados responden a los asentamientos indígenas del siglo XVI: éstos son nuevas formas de ocupación del suelo y de re-distribución demográfica, como resultados de desplazamientos forzados de la población en el marco de las reducciones coloniales que, aunque hipotéticamente hayan respetado jurisdicciones antiguas, responden a criterios económicos y jurídicos, típicos de un poder colonial. A este respecto asevera Ch. Caillavet (2000: 145): “Los autores del mencionado inventario arqueológico del norte de la Sierra ecuatoriana (Gondard y López), también habían criticado la teoría de Athens (que establece una analogía entre sitios arqueológicos y pueblos coloniales), a través del relevo sistemático de los sitios”.

Casi con seguridad, como en otra obra se ha puesto de relieve (Moreno Yáñez, 1988, 2: 58-59), la mayoría de los nombres de los grupos sociales (ayllus, clanes, etc.) proceden de las denominaciones antropónicas de los caciques, que eran señores de los poblados más importantes. En relación con el uso de esta nomenclatura es importante señalar que “Otavalo” no es considerado como “nación”, sino como “pueblo” en las fuentes coloniales, aunque también se le aplica la denominación de “provincia”, en una acepción geográfica bastante restringida. A pesar de que en las fuentes históricas coloniales “provincia” tiene el significado de “territorio”, no se trata de una región deshabitada sino que indica una determinada agrupación de comunidades indígenas, que poseen ciertos rasgos culturales comunes, de suerte que a los ojos del observador pasan a conformar un “territorio humano”. En consecuencia, el aspecto étnico y su correlación con un área geográfica delimitable parecen ser los elementos constitutivos del concepto de “provincia”. Al respecto cabe señalar, sin embargo, que

en una misma “provincia” podían coexistir grupos diferentes y hasta antagónicos, pero que compartían rasgos comunes de una misma cultura, como estilos cerámicos, construcción de tolas, etc. (Larraín 1980 a, I: 74-75, 106 y ss.).

Gracias a una breve reseña histórica, Chantal Caillavet (2000: 27-28) demuestra que “Otavalo” tiene en el siglo XVI varias acepciones. Primeramente aparece como el antropónimo del cacique más importante de la etnia Otavalo, en 1534. A él se refiere el conquistador de Quito, Sebastián de Benalcázar, al informar al Rey en su carta fechada en Cali el 3 de noviembre de 1549, de que entonces (en 1534) tomó *“en nombre de (su) Magestad el cacique llamado Otavalo”*. Una partida de oro declarada a las Cajas Reales, en 1548, nos da otro dato temprano sobre aquel personaje. El mencionado documento revela que el día 24 de septiembre de aquel año *“truxo a la fundacion para su magestad Otavalo siete tejuelos de oro”*. Al año siguiente aparece el cacique ya bautizado, pues al posesionarse de su encomienda, Rodrigo de Salazar, *“tomo por la mano a un yndio que dixo ser señor principal de la provincia de Otavalo y llamarse en cristiano Don Alonso”*. El mismo documento, en 1578, le recuerda como *“Don Alonso Ango”*, término que equivale al de *“señor”*. Como referencia decisiva, en 1579, un testigo español recuerda a un indio principal *“que obedecia y respetava al dicho Don Alonso Otavalango cacique y señor principal del dicho pueblo de Otavalo”*.

Como conclusión a las citas de los respectivos documentos enunciados en un estudio clarificador sobre la ubicación del Otavalo prehispánico, Chantal Caillavet (2000: 28) añade: *“Es cierto que el término “Otavalo” también designa una “provincia” o un “repartimiento”*. Esto explica en parte la confusión con el término de Sarance en muchos autores, que consideraron que Sarance designaba al pueblo de Otavalo, y *“Otavalo”* la provincia. Después de mencionar que el vocablo *“Otavalo”* designa un *“lugar preciso”*, pues en el acta del 30 de diciembre de 1547, en el Segundo Libro de Cabildos de Quito, se menciona al *“cura del tambo de Otavalo”*, la citada autora agrega estas reflexiones: *“ De estas indicaciones tempranas (que todas remiten a lo más tardar a los años 1550), se colige que hubo un lugar llamado Otavalo, al igual que el señor de la etnia; no me parece descabellado concluir*

que era por lo tanto el lugar de residencia de tal cacique. Antroponimia y toponimia aborígen se confunden, como lo confirma, para la misma zona de Otavalo, un testigo indígena de Tontaqui en 1633: “*como es uso entre los naturales cada uno tiene puesto su nombre a las tierras que le pertenecen*” (Caillavet, 2000: 28).

A propósito de la importancia que como señor étnico tenía Don Alonso Otavalo Ango, es útil brevemente recordar el papel que este cacique desempeñó en el intento de sublevación contra los conquistadores españoles, en 1536. Dos años después de la fundación de la villa de San Francisco de Quito, se extendió la noticia de que en el Cusco se había sublevado Manco Inca Yupanqui contra los españoles. Durante el año de 1536 el ejército de Manco Inca realizó sus dos mayores hazañas: el largo asedio a la antigua capital del Imperio y la marcha sobre Lima de la milicia indígena comandada por Cusi Yupanqui. Tanto el Cusco como la Ciudad de los Reyes fueron defendidos por los conquistadores españoles, auxiliados por millares de soldados indígenas enemigos de los Incas, entre los que sobresalieron los Cañaris.

Ante las noticias procedentes de la región nuclear del Imperio, los señores Incas de la provincia de Quito, con los demás caciques y principales (quizás de los señoríos étnicos al norte de Quito), se reunieron en la casa que Don Alonso, cacique principal de Otavalo, poseía en la villa de San Francisco (probablemente en lo que después sería el barrio de San Blas). Allí acordaron unirse a la rebelión de Manco Inca y atacar y matar a los españoles residentes en Quito y a sus sirvientes y allegados indígenas. Esa misma noche Doña Isabel Yarucpalla “*que fue una de las mugeres mas principales de Atagualpa ynga señor que fue destos rreinos*” y que convivía con el conquistador Juan Lobato de Sosa, puso sobre aviso a su compañero y a Pedro de Puelles, quien en ausencia de Benalcázar, ejercía por entonces las funciones de Teniente de Gobernador de Quito. Gracias a la advertencia de Isabel Yarucpalla y a la inmediata intervención de los españoles, lograron éstos capturar a los caciques y a los nobles Incas, con lo que la región permaneció tranquila y sujeta a los españoles (Oberem, 1976: (17)-(18); 255 y ss; González Suárez

1969, I: 1101-1102; Moreno Yáñez, 2003: 21-23).

Aunque las consideraciones anteriores, paradójicamente, han llevado a algunos autores (Larraín 1980 a. I: 128-129) a aseverar que en la época preincaica Otavalo no constituyó un señorío étnico regional, sino que su condición fue únicamente la de una “llajta” del cacicazgo de Cayambe, existen en la actualidad suficientes argumentos para fundamentar una opinión contraria. Al respecto es importante señalar que el sitio llamado “Otavalo”, lugar de residencia y paraje ancestral del señor de la etnia del mismo nombre, estuvo situado al suroccidente de la laguna de San Pablo, cerca de las actuales parcialidades indígenas de Caluquí y Pijal, en el área de San Roque y Villagranpugro, de la parroquia actual de San Rafael de la Laguna. (Moreno Yáñez 1988, 2: 59).

8.2.2.- El Otavalo ancestral

Se ha mencionado ya que debemos la clarificación del problema sobre la ubicación del Otavalo prehispánico a la etnohistoriadora francesa Chantal Caillavet, quien encontró un documento aclaratorio, datado en 1579, en el Archivo General de Indias. Aunque la fecha es relativamente tardía y parece que la reducción del Otavalo aborigen al pueblo indígena de San Pablo ya tuvo lugar años antes, es clara la alusión a una época anterior a aquella. El clérigo Gerónimo de Cepeda aclara la cuestión en noviembre de 1579, en estos términos:

despues que el padre Fray Juan de Toro es provincial este testigo se acuerda que un dia el dicho Capitan Rodrigo de Salazar le dixxo a este testigo como el habia hablado al dicho padre probincial Fray Juan de Toro para que le diese otro religioso sacerdote que doctrinase el pueblo de Otavalo queste es el pueblo antiguo de donde salen y decienden los señores de la probincia de Otavalo por causa de que lo mandavan despoblar y pasar al pueblo de Sant Pablo porque no se despoblase a causa de que los caciques e yndios se sintian agraviados de que se despoblase syendo como era aquel pueblo el principal por descender del los dichos caciques y señores de Otavalo. (En: Caillavet, 2000: 30).

La alusión a Fray Juan de Toro como provincial de la Orden Franciscana posibilita calcular más o menos la fecha de la reducción del

Otavalo ancestral al pueblo y doctrina de San Pablo. Según la “Razón de las elecciones de ministros provinciales y deffinidores de esta Provincia ...”, que reposa en el Archivo Franciscano de Quito, Fray Juan de Toro encabezó el capítulo que tuvo lugar el 14 de agosto de 1578. Estos datos revelados por Ch. Caillavet, llevan a la autora a afirmar que “la reducción se llevó a cabo entre agosto de 1578 y noviembre de 1579” (Caillavet, 2000: 30).

La confusión entre las diversas acepciones del topónimo Otavalo también ha originado la opinión de que, antes de la invasión incaica, Otavalo fue un ayllu y su Ango o señor estuvo sometido a los grandes curacas de Caranqui, señorío que de este modo abarcaría un extenso territorio entre las dos cordilleras y alrededor del volcán Imbabura, desde el valle del Chota hasta los páramos del Mojanda; no obstante, existe también la opinión de que el “Otavaloango” era señor de ese “extenso Caranqui”. (Espinoza Soriano 1983, I: 59 y ss.). Esta suposición estaría, sin embargo, en franca contradicción con la importancia que, aun durante la invasión española, tuvieron los Ango de Otavalo. Se confirma este ascendiente con los lazos de parentesco entre Don Alonso y los caciques de Cayambe y Caranqui y, de modo especial, con la descendencia del Inca Atahualpa, pues su hijo Francisco Tupatauchi Atahualpa, el “Auqui” (“príncipe”), estableció lazos matrimoniales con Doña Beatriz Coquilago Ango, hermana del Cacique Principal de la provincia de Otavalo, Don Alonso Ango. (Oberem, 1976: 34-35; Caillavet, 2000: 455-472). A la afirmación anterior se debe añadir el hecho de que la administración española solía circunscribir, normalmente, las divisiones administrativas a las unidades territoriales aborígenes precedentes. (Moreno Yáñez 1988, 2: 59-60). De todos modos, en las futuras investigaciones etnohistóricas referentes a la Región Septentrional Andina ecuatoriana, este tema debe ser aclarado.

8.2.3.- “Cacique Mayor” de una provincia

Se desconoce todavía una genealogía prehispánica de Don Alonso Otavalo (u Otavalaoango) considerado por los españoles, desde su alianza con Benalcázar (en 1534), como el “Cacique Mayor de la Pro-

vincia de Otavalo”. En páginas anteriores se ha mencionado que a la función cacical acompañaban algunos atributos que se transmitían de derecho y por herencia, conjuntamente con el cargo de curaca. Además de la fuente de pescado (preñadillas) junto al lago de San Pablo, de camisetas y “llautos” de plumas de papagayo, ropa “cumbi”, patenas de plata y otros adornos corporales, instrumentos musicales con funciones quizás guerreras, la herencia material del “Cacique de la Provincia de Otavalo” comprendía ciertos bienes inmuebles. En Quito, en la parroquia indígena de San Blas (¿Hurin-saya?) era propietario de unas casas de residencia; en Peguche, junto al río desaguadero de la laguna de San Pablo, tenía una estancia de sembrío, al igual que en el “pueblo viejo de Ymbaqui” unas tierras, donde “todo es páramo y bolcan”. También pertenecía a la función cacical “la estancia de Colimpuela”, entre los actuales poblados de Cotacachi y Urcuquí. (Caillavet, 2000: 455-472). Es factible suponer que estos bienes pudieron haber pertenecido a la estirpe cacical ya en la época prehispánica.

El señorío étnico de Otavalo comprendía, por otro lado, el acceso a tierras frías, templadas y cálidas, y los indígenas podían conseguir productos muy variados. Entre los medios de producción excepcionales deben ser mencionados las salinas, conjuntamente con las plantaciones de coca, algodón y ají, cercanas al río Chota. Aunque la posesión y utilización de estos recursos quizás no fue un modelo estático, el mismo implicaba la necesidad de vínculos y de alianzas políticas entre los diversos grupos usuarios, a fin de garantizar su utilización dentro de un sistema que funcionara eficaz y armoniosamente. Estas alianzas, con seguridad, no deben haber estado exentas de contiendas y rivalidades.

Al respecto clarifica el hecho de que en 1577 dos eran los grupos usuarios de los recursos de la región de las Salinas de Tumbabiro: los indios pertenecientes al grupo Otavalo y los forasteros de diferentes etnias, particularmente los Pastos. Parece que los Otavalos “salineros” no constituían un grupo especializado; se trataba más bien de una explotación rotativa de los recursos: cada comunidad enviaba explotadores temporales del recurso del que carecía (en este caso la sal) a otra comunidad de la misma etnia o de otra distinta, para garantizarle reci-

procamente un privilegio análogo. En relación con la explotación de las salinas se debe añadir que, en 1645- 1646, existe en Cotacache un ayllu nombrado Cuchagro, dentro del cual había un subgrupo llamado “Salineros”. (Freile Granizo, 1981, II: 20-23). En este sistema de complementariedad y de relaciones entre comunidades, la función del cacique era de suma importancia.

A comienzos de la Época Colonial, además de la producción entonces canalizada a saldar el tributo impuesto por los españoles, se fabricaba un excedente de sal que, conjuntamente con el del ají, algodón y coca, se destinaba al intercambio comercial incluso en Quito, trato que convertía a los traficantes o “mindalae” Otavalos en prósperos comerciantes. No poseemos datos históricos sobre estas actividades en la Época Prehispánica, pero es posible que éstas expliquen, en parte, la prosperidad del grupo Otavalo, el mismo que, apenas llegaron los españoles, fue entregado en encomienda al principal conquistador de la región de Quito, el Adelantado Sebastián de Benalcázar. (Caillavet, 2000: 59-83; Oberem, 1978: 51-64; Moreno Yáñez 1988, 2: 60-61).

El control y el acceso de los Otavalos a las zonas calientes del valle del Chota-Mira parece haberse dado a través de mecanismos de participación compartida y de alianzas, lo que significa que el acceso multiétnico a los recursos de este territorio constituía, al mismo tiempo, una frontera movible. Ya en acápites anteriores se ha señalado la importancia que para los Caranquis y especialmente para Pimampiro y Chapi constituía Coangue o la zona alta del valle del Chota. Aunque parece que las relaciones económicas con los Pastos estaban jerarquizadas, es indudable su presencia en esta “cuenca compartida”. La participación compartida de cuencas multiétnicas era un modelo de acceso a recursos tanto para los Otavalos como para los Caranquis y Pastos. Es razonable, por lo tanto, la afirmación de Galo Ramón Valarezo (1987: 31) respecto a esta cuenca compartida: “El valle del Chota fue una zona especializada en la producción de algodón, coca, ají y añil. La zona algodонера, húmeda y lluviosa se ubicaba en los pueblos de Lita, Cahuasquí, Quilca e Íntag; la zona de la coca se ubicaba tanto en el valle semiárido del Chota-Mira habilitado con riego (Pimampiro, Coangue, Ambuquí), como en el valle húmedo de Quilca. Las

zonas multiétnicas que comparten los señores locales con los pastos bajo una modalidad de sujeción, variante preinca del sistema de los Kamayuj (Salomon, 1978: 974 ?) son sobre todo las productoras de coca para 1582, aunque además de esta modalidad local de Kamayuj, existen mindalaes de diversas etnias en toda la cuenca, que vienen desde la lejana Sigchos hasta los vecinos pastos a intercambiar y procurar alianzas, sin descartar intercambios no especializados de familias comarcanas”.

La falta de una “monografía etnoecológica” de algún señorío étnico de los Andes ecuatoriales (por ejemplo Otavalo) no ha posibilitado esbozar un modelo explicativo de la relación entre la población aborígen norandina y su medio ambiente, y sus posibles implicaciones referentes a su organización económica y política. A este respecto, Frank Salomon (1980: 84) señala seis errores que han aparecido por falta de buenas investigaciones. Hay, por ejemplo, la suposición de que los cacicazgos fueron pequeños enclaves locales, aislados y sin lazos regionales permanentes. En segundo lugar, se explica que las relaciones entre aquellos curacazgos fueron de mutuo aislamiento y normalmente hostiles, con la sola excepción de efímeras confederaciones militares. Los rasgos aquí enunciados serían, en tercer lugar, más pronunciados entre las tribus “primitivas” de montaña. Sin mayores evidencias científicas, como cuarta propuesta errónea, se propone que los cacicazgos dependían de bases de subsistencia locales y poco diversificadas; lo que, como quinto error, tendría como consecuencia una pobreza crónica y una severa presión poblacional. Finalmente, como consecuencia lógica, la organización interna del cacicazgo sería mucho más simple y escasamente estratificada en comparación con las comunidades integradas a sistemas estatales; en otros términos, se trataría del modelo de “behetría” al que estaban aficionados los apologistas del Incario.

En lo referente a las suposiciones erróneas señaladas en líneas anteriores, Salomon (1980: 84-85) propone algunas aclaraciones que pueden ser calificadas como correctas. “El total de la población hacia 1500 —escribe el mencionado autor— probablemente no era tan inmenso ni apremió duramente el complejo de subsistencia basado primordialmente en el maíz. Aunque Athens y Osborn (1974), al igual que

Reichel-Dolmatoff, postulan una presión malthusiana como la fuerza motriz de la política cacical, ellos no ofrecen prueba alguna de su existencia. Por el contrario, los registros coloniales sugieren un nivel bajo de densidad”. Y añade: “Aun si postulamos una fuerte tasa de despoblación debida a las epidemias europeas, comparable al 3:1 sufrida en el mismo período por algunas poblaciones surandinas (Smith, 1970), la población por kilómetro cuadrado del valle [en este caso de Los Chillos], no habrá excedido de más de 20 a 40 personas”. Por lo tanto, en espera de una mayor evidencia, es más razonable proponer como hipótesis la existencia, también en la región de Otavalo, de una población relativamente escasa en relación a los medios de producción, “que de una crisis malthusiana” (Salomon, 1980: 85) demográfica. Evidentemente, esto implicaría ciertas posibles limitaciones en el potencial de control de sitios remotos y en una existencia limitada de excedentes alimenticios y de otros productos capaces de ser exportados.

Gracias a las relativamente cortas distancias entre los pisos ecológicos ubicados en la estrecha hoya interandina, el “alcance ecológico” del señorío de Otavalo fue considerable no tanto en lo referente a largas distancias sino a la variedad de recursos. Como entre los diversos pisos ecológicos no hay uno que ofrezca todos los productos necesarios e indispensables para que existiera un nivel de subsistencia culturalmente aceptable, no hubo un enclave autosuficiente, lo que supone la existencia de medios de intercambio interzonal que fueron practicables en pequeña escala económica, pero que pudieron haber abarcado largas distancias. Parece además que ningún mecanismo de articulación interzonal pudo satisfacer todas las necesidades. “Más bien las etnias del norte – escribe Salomon (1980: 85-86) – parecen haber respondido a estas limitaciones y oportunidades del medio ambiente, diversificando sus vínculos con los nichos del alrededor. Entre estos vínculos encontraremos: lazos de parentesco dinástico, relaciones de cambio entre la familia u otras unidades pequeñas, exogamia intercomunal, especialistas en intercambio a largas distancias, residencia extra-territorial para propósitos de aprendizaje o curación, arreglos extra-territoriales para compartir la cosecha, la formación de colonias con mezclas étnicas y la alianza militar.” Razón tiene el mencionado

autor para concluir: “En verdad, la combinación de la pequeña escala con una organización compleja es un rasgo característico de las sociedades nor-andinas.”

8.2.4.- La “celada” de los códigos coloniales

A pesar de que la Sierra Norte ecuatoriana ha sido relativamente privilegiada en las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas, es difícil concebir en forma detallada las formaciones políticas anteriores a la conquista incaica y las modalidades de su integración al Tahuantinsuyo. La carencia de documentación histórica temprana, especialmente la que se refiere al período anterior a la instauración de las “reducciones toledanas” no permite conocer, con mayor exactitud, la pluralidad de los señoríos étnicos, las posibles jerarquías políticas, militares o de preeminencias más o menos honoríficas. Todavía es más complicado el intento de aclarar posibles fronteras entre los territorios cacicales, ya que no se trata de determinar límites entre soberanías territoriales sino el alcance, en forma centrífuga, en la explotación de recursos, a partir de enclaves nucleares, que probablemente habrán sido los conjuntos de tolas donde estaban instaladas las residencias cacicales.

146

Desgraciadamente, ya desde la “Historia Antigua del Reino de Quito” del P. Juan de Velasco, es manifiesta la tendencia de enunciar o describir los grupos étnicos bajo las pautas de las circunscripciones territoriales ordenadas por la administración colonial española, sin tener en cuenta que ellas responden a códigos y tradiciones jurídicas distintas de las experiencias en la organización territorial que surgieron y se perfeccionaron en las sociedades andinas. Una posible valoración jurídica de la propiedad de la tierra, que encomiablemente se ha generalizado en la segunda mitad del siglo XX, ha irrogado el convencimiento de la existencia de territorios definidos que han estado bajo la “propiedad comunitaria” de “nacionalidades” o grupos étnicos y como territorios soberanos bajo el gobierno de sus señores. Aunque en éste y en otros estudios se ha usado el término “comunidad”, no se debe olvidar que las “comunidades indígenas”, en sentido estricto y como entidades jurídicas, consideradas como aldeas de indios donde la tierra podía ser

tenida en común y no como propiedad privada, aunque se iniciaron en el siglo XVI en los países andinos, fueron realmente un producto del siglo XIX. En la legislación ecuatoriana la “Ley de Organización y Régimen de las Comunas” fue emitida como “Decreto Supremo” por el “Encargado del Mando Supremo de la República”, Federico Páez, el 30 de julio de 1937. La Ley se centra en la constitución del “Cabildo” como órgano oficial y representativo de la Comuna y en la autorización para que la Comuna esté habilitada legalmente para poseer bienes colectivos como tierras de labranza y pastoreo, industrias, acequias de agua, herramientas, semovientes, establecimientos educacionales, etc. (Cfr. Iturralde, 1980).

La “Comunidad indígena”, como término jurídico, fue el resultado de una larga y compleja evolución, la misma que es apenas mencionada en las fuentes historiográficas y en la ley. Para el Derecho hispano el mantenimiento de la sociedad ordenada implicaba, según la acertada opinión de Sabine MacCormack (1991: 49-50), “el equilibrio entre la libertad individual y la coherencia comunal que podía ser muy elusiva, como lo atestigua una serie de contradicciones y polarizaciones en las descripciones de la política inca y andina. La transferencia de este lenguaje de contrastes y contiendas de Europa a los Andes obscurió a los observadores europeos los patrones según los cuales las comunidades andinas mantenían su coherencia según normas sociales y políticas distintas de las de España”. Aun quienes reconocían al Tahuantinsuyo como un Estado funcional y legítimo – prosigue Sabine MacCormack – “percibían en los Andes no una serie de instituciones y tradiciones políticas únicas, sino más bien la réplica de arquetipos castellanos. Castilla se constituía así en el modelo implícito de la vida política del virreinato del Perú, y las comunidades andinas eran concebidas como si funcionaran en términos castellanos”.

En lugar de otorgar una ambigua legitimidad a reconstrucciones de territorios cacicales prehispánicos a partir solamente de las “Relaciones Geográficas”, escritas en su mayor parte a finales del siglo XVI, es más conveniente realizar investigaciones interdisciplinarias (Arqueología y Etnohistoria, etc.), cuyos resultados permitan relacionar lugares arqueológicos con los datos topográficos extraídos de la do-

cumentación temprana. No se debe olvidar, sin embargo, los traslados frecuentes de los poblados aborígenes, las confusiones en la nomenclatura y particularmente las modificaciones de los toponímicos, ya sea por el influjo del idioma quichua como por la hispanización de los nombres de personas y de lugares. Todas estas circunstancias relativizan las posibles reconstrucciones de naciones y cacicazgos indígenas, más todavía en la delimitación de fronteras precisas a partir de jurisdicciones muy posteriores. (Cfr., por ejemplo, Ontaneda, 1998 b).

Gracias al estudio de Athens (1980) y al inventario arqueológico de Gondard y López (1983) tenemos a nuestra disposición un valioso registro de sitios arqueológicos que ofrece una panorámica de los asentamientos aborígenes de la Sierra Norte a partir, más o menos, del 900 d. C. hasta la invasión española. Algunos lugares, según los datos de cronología absoluta, estuvieron poblados hasta las “reducciones” forzadas de la segunda mitad del siglo XVI. Sabemos que hasta entonces la población autóctona estaba generalmente “desparramada” y dispersa, con núcleos familiares instalados en el fondo de las quebradas o en lugares escarpados e inaccesibles. Esta forma de “habitat disperso”, aunque sedentario, parece haber sido la regla general en los territorios andinos. Respecto de la región de Otavalo, hacia 1577 se dice, según el documento citado por Ch. Caillavet (2000: 140), que *“los pueblos son muchos y están desparramados y en diferentes temples”*, lo cual explica que la dispersión se debía a la ocupación de diferentes territorios con variedad de climas y recursos.

Aunque no hay cifras correspondientes a la primera mitad del siglo XVI para la región de Otavalo, nos ofrecen una idea de la situación los datos analizados por F. Salomon (1980: 194) que se refieren al valle de los Chillos, en la cercanías de Quito, y que corresponden a la “visita” efectuada en 1559 por Gaspar de San Martín y Juan Mosquera. Los datos analizados demuestran que la unidad fundamental de la organización cacical es una pequeña agrupación de familias gobernada por un noble aborígen y sus dependientes. Cada agrupación consiste de 20 a 100 unidades, con una población total entre 70 y 400 personas. Es interesante anotar que ni los visitantes ni los testigos utilizan el término quichua “ayllu” para designar esas agrupaciones, el que sí está

presente en los documentos del siglo XVI tardío, con las variantes de “haillo” y “aillo”. Se puede afirmar que a partir de la visita de 1559, más bien se populariza la denominación española de “parcialidad”. Como observa atinadamente Christiana Borchart (2004), en el caso de Otavalo se utiliza el término “ayllu” hasta la segunda mitad del siglo XVII; desde entonces se observa en la documentación un lento cambio hacia el término “parcialidad”.

Una ordenanza real de 1580 para el “Corregimiento de Otavalo” estipula que se reformen los “principalazgos” que, de hecho, gobernaban pocos indios. El documento citado por Ch. Caillavet (2000: 141) dice *“porque es grande ynconveniente aver en un pueblo muchos principales y se siguen muchos daños y mas quando tienen pocos yndios reformareis los principalazgos de manera que tengan cada uno a los menos cient yndios sujetos”*, lo que significaría un máximo de quinientas personas. Como asevera la autora, esta mención documental demuestra que eran numerosas las unidades de población más pequeñas dirigidas por un jefe local. Estas parcialidades fueron abandonadas al “reducir” la población en los “pueblos de indios” coloniales; quizás a esas parcialidades abandonadas se refirieran los documentos al designar como “pueblos viejos” los lugares donde los indios todavía poseían sus tierras pero donde les era prohibido residir. Futuras investigaciones deberían ubicar estos “pueblos viejos” y en base a estudios interdisciplinarios describir desde las formas autóctonas de poblamiento hasta la arquitectura vernácula.

Un excepcional croquis publicado por C. Caillavet (2000: 142-143) y que corresponde a la parcialidad de Quinchunchic (actual Quichinche, al noroeste de Otavalo) ofrece una ilustración precisa del habitat y del modelo de poblamiento en nuestra región de estudio. El dibujo representa el sitio: *“una mesa y ysla entre dos quebradas”*, sobre la que aparecen nueve figuras rectangulares que representan igual número de casas de tamaño variado, alrededor de una casa en el centro, señalada como de *“doña costanza”*. A la derecha de las casas y muy cerca de una de las dos quebradas, una figura más o menos ovalada sobre la que está escrita la palabra *“ovejas”*, representa un redil o cercado para ganado ovejuno, aunque no es totalmente desechable la hipótesis de que podría tratarse de llamas u *“ovejas de la tierra”*. El documento al que

pertenece la mencionada ilustración, dibujada con seguridad por un escribano, precisa que las casas estaban separadas unas de otras y rodeadas por una parcela. La lista de 16 jefes de familia indígenas está especificada y se señala también que “*otros muchos yndios Pastos alrededor tienen sus chacaras*” y que la viuda del cacique de la antigua parcialidad de Quinchunchic “*Doña Costanza Angoquilago en la mitad tiene su chacara*”.

Aunque en páginas posteriores se tratará más detalladamente sobre las pirámides habitacionales de Cochasquí, es importante señalar que la documentación española del siglo XVI, como las relaciones geográficas, testamentos u otros documentos, ofrece algunos datos sobre la arquitectura autóctona. Sancho Paz Ponce de León, “*corregidor y justicia mayor de este partido de Otavalo*” (en: Ponce Leiva 1992, I: 371), explica, pocas décadas después del arribo de los españoles, en su “Relación y Descripción de los pueblos del partido de Otavalo”, escrita en “Saranze” el 2 de abril de 1582, que las formas de las casas donde viven los indios

son unos bubíos (bobíos) redondos cubiertos de paja; todos los más son pequeños y las paredes de ellos son de palos gruesos entretrejidos con otros y embarrados con barro por de dentro y por de fuera. Las casas de los caciques y principales son de la propia manera, excepto que son grandes y tienen una viga grande en medio para sustentar la casa (en: Ponce Leiva 1992, I: 368).

Con sobrada razón Ch. Caillavet (2000: 142) trae a colación a este propósito la “Descripción de la Ciudad de San Francisco de Quito” (ca. 1573) que en realidad presenta una descripción de toda la Audiencia de Quito, pero que puede ser aplicada a la región de Otavalo en lo referente a las viviendas indígenas. Dice el autor de la Relación de Quito:

Las casas que hacen los señores y caciques es un buyyo (bobío) grande como una iglesia, y este es donde hacen presencia y donde se juntan a beber. Duermen en otras casillas chicas que tienen 40 ó 50 pies en largo y hasta 18 en ancho; los unos y los otros cubiertos de paja. Las paredes de los bubiyos grandes son de tapia y los otros de bahareque. En tierra fría hacen otros bubíos de vara en tierra, redondos, cubiertos de paja hasta el suelo, poco más altos que un estado de hombre, para los cuales no es necesario madera más

gruesa que unas varas que se doblen, las cuales traen del arcabuco, y la paja tienen alrededor de sus casas. Hace un rancho de estos 1 indio en 2 ó 3 días. Para otras casas mayores y para las de los caciques y capitanes, traen los indios la madera que es menester, y si es viga gruesa, van de cada capitán tantos indios sujetos al cacique para quien es, repartiéndolos conforme a los que tiene cada capitán. (En: Ponce Leiva 1992, I: 216).

8.2.5.- Alianzas y conflictos

Alguna relación de dependencia o quizás más exactamente de alianza con Otavalo se puede demostrar en el caso de los poblados indígenas y sus respectivos ayllus de Sarance, Imbaquí, Urcuquí, Tontaquí y Cotacachi, varios de los cuales no coinciden exactamente con la ubicación de los poblados actuales (cfr. Athens, 1980: 259 y ss.). Un caso especial lo constituye el Íntag. Más allá del intercambio de productos entre los ayllus serranos aliados o de algún modo dependientes de Otavalo y los grupos de la Ceja de Montaña Occidental, parece que la relación con el Íntag es más estrecha. En capítulos anteriores ha sido ya mencionado el sitio arqueológico de Gualimán, localizado cerca del actual pueblo de Peñaherrera, en la región del Íntag. En el plano superior de un interfluvio de laderas escarpadas, Athens (1980: 260) registró un total de 66 montículos, 4 de ellos con estructuras con rampa. A ellos habría que sumar varios montículos hemisféricos situados en la planicie donde se asienta Peñaherrera.

Además de atestiguar algunos conflictos o alianzas que, gracias a la recuperación de la tradición oral autóctona pudieron transmitirnos los conquistadores, la documentación colonial temprana revela una flexibilidad en las relaciones interétnicas prehispánicas entre grupos serranos y selváticos, más allá del simple intercambio de productos. La organización misma de las expediciones españolas de conquista se apoya en los lazos que unen las etnias de ambos medios geográficos y es usual encontrar que los conquistadores se aprovechan de sus aliados serranos, a quienes logran convencer para que en las expediciones de conquista actúen como guías o intermediarios e incluso como soldados en las tropas auxiliares (Caillavet, 2000: 52-53). Según la docu-

mentación histórica y, para épocas anteriores, en base a las evidencias arqueológicas, se nota una tendencia al predominio, incluso con algún matiz político, de las etnias serranas sobre los grupos asentados en las regiones bajas tropicales. A modo de ejemplo cabe recordar que, ya en el período cerámico de Desarrollo Regional (500 a.C. – 750 d. C.), al finalizar la hegemonía del estilo Chorrera se nota en la Cuenca del Guayas una violenta incursión de Cerro Narrío. Jorge Marcos (1986: 37) opina que quizás esta incidencia fue el resultado de la política de las jefaturas regionales costeñas, que trataban de aumentar su área de influencia en la red de tráfico a larga distancia de la concha *Spondylus*. Son claras las evidencias de ataques de grupos que usaban puntas de proyectiles de horsteno tallado a los asentamientos Guangala más tempranos y a algunos sitios Bahía. Los mercaderes de Cerro Narrío (en el altiplano centro-sur del actual Ecuador), que por tanto tiempo habían controlado el tráfico a larga distancia de este emblema de la fertilidad y agricultura, aparentemente usaron la fuerza para mantener la reciprocidad con sus tradicionales asociados en el intercambio de la *Spondylus*: los portadores de las culturas Guangala y Bahía. Estos habrían tratado de obtener una participación mayor en la redistribución de este “bien tesoro”. La presencia de Narrío en la Costa durante esta época, escribe J. Marcos (1986: 37), “obedecería entonces a la necesidad de mantener la tradicional red de intercambio y el flujo hacia el Perú de esta insignia de la cosmología andina, que los quechuas llamaron “mullo” (*Spondylus*), a través de los Andes sureños del Ecuador”.

En el extremo norte ecuatoriano es conocida, en el tardío siglo XVI, la institucionalización de “señoríos étnicos” o “cacicazgos mayores”, cuya autoridad era reconocida a nivel regional por los jefes locales. Entre aquellos cacicazgos podría citarse la conformación en 1597 de un señorío a nivel regional en la “provincia de Lita” (cuenca media del río Mira) bajo la jefatura de don Alonso Gualapiango, el que comprendía cacicazgos locales de diferentes etnias. (Monroy, 1937: 313- 366).

Otro caso digno de mención es la organización de un cacicazgo mayor o provinciano bajo la autoridad de don García Tulcanaza, nombrado por la Audiencia de Quito gobernador de los Malabas de Esmeraldas y de otros grupos de Barbacoas, además de su cargo como caci-

que de Tulcán de los Pastos. Como no fue posible a García Tulcanaza cumplir con la obligación de recaudar los tributos en tan extensa región húmeda y tropical, declinó parte de su cargo en la persona del cacique pasto de Mallama, comarca situada al occidente de Túquerres, en el actual departamento de Nariño en Colombia. En ambos casos es posible percibir una coincidencia entre los intereses de la Audiencia de Quito de ampliar sus fronteras y las de los caciques nativos de expandir su dominio sobre otros grupos indígenas, a fin de tener control sobre otros recursos provenientes de las tierras bajas tropicales. (Moreno Yáñez, 1986: 253-263).

8.2.6.- Vínculos con el “pie de monte”

Las fuentes orales autóctonas recogidas por los conquistadores españoles mencionan los vínculos privilegiados, incluso a nivel de parentesco, entre las etnias del pie de monte, como las de Lita, Quilca y Cahuasqui, con aquéllas asentadas más al oeste y cerca del litoral marítimo; entre ellas los Lachas y Cayapas. Estas fuentes revelan la flexibilidad de las relaciones inter-étnicas prehispánicas y un equilibrio entre grupos serranos y selváticos. Se ha mencionado ya el ejemplo de esta situación en las relaciones entre Caranqui, Pimampiro y Chapi y, a través de estos últimos, la diversidad de contactos con las formaciones tribales de la Cuenca Amazónica. Parecida es la situación del grupo de montaña subtropical al occidente, conocido como Lita, uno de los más belicosos y ávidos de expansión hacia las etnias circundantes.

Según la “Relación” del mercedario Fray Andrés Rodríguez, escrita en 1582, *“de lo que en este pueblo de Lita hay”* (en: Ponce Leiva 1992, I: 414), cerca de Lita hay dos pueblos que se llaman *“Los Lachas. Estos tenían antiguamente guerra con estos, de suerte que vinieron a vencer los litas, y siempre desde entonces hasta ahora los ha tenido sujetos al cacique del dicho pueblo; de suerte que siempre van heredado por líneas rectas”*. Este dato está confirmado, escribe Ch. Caillavet (2000: 53), *“por la estructura política descrita por la expedición española de 1597: el cacique de Lita es quien designa al jefe de las etnias vecinas de los lacha y también de los yamba”*.

Al contrario, la tentativa de los Lita de expandir su dominio hacia grupos indígenas de Caguasquí y Quilca parece que no tuvo éxito. También en 1582, Fray Gerónimo de Aguilar, cura doctrinero de ambos pueblos, además de anotar que la lengua particular que hablan los indios de Quilca y Caguasquí es la de la comarca de Otavalo, explica:

Las guerras que han tenido los indios de este pueblo y los de Quilca, ha sido de parte del Inga, que fue el primero que bajó del Cuzco, llamado Guanacaucqui (¿Huayna Capac?) y también de parte del cacique de Lita, llamado Gualapiango, padre del que ahora en este tiempo gobierna, por sujetar todos estos dichos indios de Caguasquí y Quilca a su mando y gobierno; y donde de la parte del dicho Inga y después de la parte de este Gualapiango mataron mucha cantidad de gente de estos pueblos ya dichos”. (En: Ponce Leiva 1992, I: 417). El cacique que gobernaba estos naturales “en tiempo de su infidelidad” se llamaba Yanguanango.

“Es probable —escribe con razón Ch. Caillavet (2000: 53)— que este fracaso parcial de expansión de la etnia Lita se deba a una incompatibilidad con las ambiciones semejantes de las etnias serranas, en particular de Otavalo. En efecto, a la llegada de los conquistadores, esta última está considerada como la etnia más próspera y poderosa entre los grupos de la sierra norte y es cierto que es quien controla directamente no solo un territorio de altura, sino también la vertiente occidental de la cordillera andina; la zona algodonera de Íntag, las tierras saladas de Salinas, los cocales del valle inferior del Chota. Territorio cálido que genera justamente la riqueza de la etnia, por sus producciones exóticas tan apreciadas y por su ubicación de “bisagra” entre dos ecosistemas contrastados”.

Con seguridad, las guerras intertribales habrán modificado con alguna frecuencia el curso de los intercambios entre la Sierra y la Ceja de Montaña húmeda tropical, a ambos lados de la Cordillera. Esta situación habrá orientado a las etnias serranas a buscar alternativas estratégicas para resolver su dependencia, especialmente en cuanto a los productos exóticos de las tierras cálidas. En vísperas de la invasión incaica parece evidente el mayor desarrollo económico de la Sierra Norte ecuatoriana, gracias al eje transicional del valle Chota-Mira y a otros

contactos viales con la región del Íntag y probablemente con otros grupos indígenas de la Costa, a través de alguna vía desde Colimbuela o Urcuquí, que subía al paso de páramo entre el Yanaurco y el Cotacachi y descendía hacia uno de los afluentes del río Apuela, tributario del Íntag. Precisamente esta última ruta hacia occidente está defendida por lo menos por cuatro fortalezas de montaña situadas sobre el páramo de Piñán (cfr. Gondard P, López F, 1983: 245). Parece que el mencionado desarrollo económico posibilitó alguna forma de dominio político de los señores étnicos de Otavalo sobre los grupos ubicados en los flancos occidentales de la Cordillera Andina. A finales de la época prehispánica se puede percibir un control de la etnia Otavalo que ocupa una posición mediana estratégica entre ambas selvas, por aquella facultad, dice Ch. Caillavet (2000: 55), “de vincularse sea con la selva oriental, sea con la occidental, para cubrir sus necesidades en productos de lujo en cuyos monopolio y tráfico asientan su poder. No tiene por qué haber habido simetría absoluta en los papeles desempeñados por ambas selvas frente a la sierra, sino un equilibrio variable con, a mi modo de ver, siempre una ventaja a favor de la selva occidental que cuenta además con los recursos del mar”.

8.3.- Cochisquí, en las estribaciones del Mojanda

155

Es importante recordar que, desde el punto de vista orográfico, la hoya de Guayllabamba termina al norte en una cadena transversal de montañas compuestas por los volcanes extintos Mojanda y Cusín, unidos por una ensillada que se conoce con el nombre de Cajas. El denominado nudo de Mojanda se eleva, por lo mismo, desde los cauces profundos del río Guayllabamba y de su afluente el Pisque; sus faldas australes y septentrionales, aunque están surcadas de quebradas, no alimentan ríos de consideración, mientras que en el sector suroccidental, las estribaciones del Mojanda y Cajas, juntamente con las occidentales del volcán Cayambe y las boreales del macizo de Pambamarca, rodean el valle de Cayambe: zona abundantemente regada por los ríos Granobles, Cayambe y Cangahua, los que juntos conforman el río Pisque, que enseguida corre de este a oeste en una quebrada

muy honda y casi inaccesible hasta su desembocadura en el río Guayllabamba. (Wolf, 1975: 130-131).

Ecológicamente la región comprendida entre los ríos Guayllabamba, Pisque y el nudo de Mojanda corresponde a tres subzonas: la central, que puede ser descrita como un conjunto de pequeñas mesetas con régimen seco, la oriental o valle de Cayambe más húmeda y finalmente aquellas áreas subandinas internas de la cordillera Occidental que se abren hacia el paso del Guyallabamba en su curso rumbo a las planicies del Litoral. (Acosta Solís, 1977: 203-204; Terán, 1979: 117; Moreno Yáñez, 1981: 80).

Aunque en la época hispánica muchos centros aborígenes desaparecieron a causa de la política de las reducciones y otros fueron fundados, es posible verificar una antigüedad preincaica para Cayambe, Canggagua, Perucho y Cochisquí o Cochasquí y quizás también para Tabacundo, Puéllaro y para los pueblos extintos de Guanquilquí y El Guanca. Cayambe y Cochasquí sobresalen entre ellos por haber sido cabezas de dos importantes cacicazgos preincaicos y Cayambe singularmente preeminente por haberse constituido, bajo su jefe étnico Naxacota Puento, en el núcleo organizador de la resistencia a la invasión incaica. (Salomon, 1980: 107-108; Larraín 1980 a, I: 127-129).

El lugar de Cochasquí o, según su grafía más antigua y que quizás corresponde mejor a la original, “Cochisquí” es, a la vez, conocido como uno de los numerosos sitios arqueológicos del territorio interandiniano comprendido entre los ríos Chota y Guayllabamba, donde se levantan pirámides truncadas y otros montículos artificiales. Todas las edificaciones de Cochasquí están distribuidas sobre una planicie inclinada, en un contrafuerte al sur del macizo volcánico del Mojanda y, entre ellas, se destacan por su tamaño los inmensos cuerpos de las pirámides construidas con rellenos de tierras, barro y arena quijarrosa.

En la Época Aborígen era Cochisquí, según Udo Oberem (1975: 71 y ss.), una de las localidades mayores de la zona, y los cronistas informan que los Incas pudieron conquistarla solo después de muchos esfuerzos, lo que parece que produjo una migración parcial de la población hacia Cotacachi. Alrededor de 1580 tuvo lugar el traslado de sus habitantes hacia los actuales poblados vecinos de Tocachi y Malchin-

guí, con lo que Cochisquí se convirtió en una hacienda y, como consecuencia, los monumentos históricos permanecieron hasta la actualidad en terreno abierto. Desde la década de 1980, por iniciativa del Consejo Provincial de Pichincha, la zona arqueológica de Cochasquí ha sido restaurada y puesta al servicio del turismo, con lo que se ha transformado en el principal atractivo arqueológico de la Provincia de Pichincha.

8.3.1.- Las excavaciones en Cochasquí

Con toda probabilidad, en la segunda mitad del siglo XVI las ruinas de Cochasquí y el área circundante por entonces habitada quizás por grupos mitimaeas, no despertaron la curiosidad o codicia de los aventureros españoles quienes, en sus recorridos al norte de Quito a lo largo de la gran vía incaica, pasaron con seguridad por sus cercanías. Aun el acucioso observador Pedro Cieza de León, en su diario de viaje “La crónica del Perú”, publicada en 1553, prescinde del complejo monumental y más bien se refiere a los cambios de temperatura y a la descripción de la tierra ecuatorial que atravesó en su viaje desde el norte hacia Quito.

De los aposentos de Otabalo se va a los de Cochasquí; y para ir a estos aposentos se pasa un puerto de nieve, y una legua antes de llegar a ellos es la tierra tan fría, que se vive con algún trabajo. De Cochasquí se camina a Guallabamba, que está del Quito cuatro leguas, donde, por ser la tierra baja y estar casi debajo de la equinocial, es cálido; mas no tanto que no esté muy poblado y se den todas las cosas necesarias a la humana sustentación de los hombres [...]. Por los caminos que van por estos aposentos hay algunos ríos, y todos tienen sus puentes, y ellos van bien desbechados, y hay grandes edificios y muchas cosas que ver, que, por acortar escritura, voy pasando por ello (Cieza de León 1984: I, 56).

Según la denominada “Relación de los encomenderos y repartimientos del Perú en 1561” (Hampe, 1979: 75-117), hay constancia de los encomenderos de la Audiencia de Quito que recibieron sus encomiendas directamente de Francisco Pizarro, las que estaban situadas en la

región comprendida entre el nudo de Mojanda y el sur del valle de Machachi. Entre ellas consta que Antón Díaz fue encomendero de Tanta, Turcán, Cochasquí, Píllaro y Patate. (Borchart de Moreno, 1981: 216-217; 2004). La restante historia de Cochasquí, como se ha afirmado antes, está íntimamente ligada a la hacienda del mismo nombre.

En las primeras décadas del siglo XX, un hacendado, llevado por la idea de encontrar tesoros, excavó una inmensa zanja en la pirámide mayor y, en su avariento empeño, llegó a utilizar la fuerza hidráulica de un torrente para agrandar la brecha, acción que casi destruyó por completo el monumento. El conocimiento de este episodio motivó la visita de Max Uhle, por entonces el principal especialista sobre la Arqueología de la América Andina, quien llamó la atención sobre el valor científico de estos vestigios y, después de haber excavado superficialmente, presentó un informe preliminar que fue publicado en el “Boletín de la Academia Nacional de Historia” (Uhle, 1939).

Consciente del destacado aporte de científicos alemanes al conocimiento del Ecuador, tradición iniciada por Alexander von Humboldt y proseguida, entre otros, por Wolf, Mayer, Uhle y Sauer, un grupo de antropólogos de la Universidad de Bonn, bajo la dirección del insigne ecuatorianista Udo Oberem, conformó el “Grupo Ecuador”, para, con los auspicios del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y del Instituto Geográfico Militar, realizar trabajos arqueológicos en Cochasquí, con el objeto de realizar un riguroso inventario del complejo arqueológico, que posibilitara la reconstrucción de la historia aborígen de uno de los grupos sociales más importantes de la región al norte de Quito. Después de la publicación de tres volúmenes, en la “Colección Pendoneros” (Oberem, 1981), el informe definitivo y final fue editado por el Instituto Arqueológico Alemán en 1989, bajo el título “Excavaciones en Cochasquí, Ecuador, 1964-1965” (Oberem y Wurster, 1989).

No hay duda que el trabajo de campo realizado en Cochasquí por el “Grupo Ecuador” de la Universidad de Bonn, en los años 1964-65, fue la primera investigación arqueológica a nivel científico, de grandes proporciones, que tuvo lugar en el Ecuador (Salvador Lara 1978, I: 202-208). Participaron en la misma, como integrantes del “Grupo

Ecuador”, Udo Oberem, su director, Wolfgang Wurster, Roswith Hartmann y Jürgen Wentscher; en años posteriores, se han sumado con sus aportes, a este grupo inicial, muchos estudiosos de la Universidad de Bonn y de la de Giessen (Alemania), entre ellos: Albert Meyers, Kari Kunter, Carlos Zalles-Flossbach y Uwe Schönfelder. A todos ellos, en especial a Udo Oberem, el editor de “Cochasquí: estudios arqueológicos” (1981), el “Instituto Otavaleño de Antropología”, en 1981, rindió justo homenaje con la publicación de estas aportaciones, todas ellas de alta calidad científica, para un pueblo deseoso de conocer su historia. (Moreno Yáñez, 1981 b: 15-17).

8.3.2.- El conjunto de las pirámides

En el complejo arqueológico de Cochasquí se encuentran 15 pirámides de diferentes tamaños. En nueve de ellas una rampa conduce hasta la plataforma. Hay además 15 montículos funerarios con planta redonda, número que antiguamente debe haberse duplicado, pues todavía la diferente coloración de la tierra en las fotos aéreas permite reconocer claramente sus huellas. Es evidente que tanto los montículos, como las pirámides, fueron obras arquitectónicas levantadas por el hombre, a lo que se debe añadir que sus formas son variables, provienen de la época prehispánica y son llamadas comúnmente “tolas”, designación aunque popular, según Oberem, inadecuada, lo que obsta para que en casos particulares se diferencien los diversos tipos de tolas y básicamente se distingan los montículos funerarios de las pirámides. (Moreno Yáñez, 1981: 81; 1981 b: 17).

Con el objeto de facilitar una mejor comprensión de las dimensiones de las pirámides, cabe indicar las medidas siguientes: la pequeña pirámide E, investigada más detalladamente por la expedición arqueológica alemana de la Universidad de Bonn, tiene una plataforma de 50 por 30 metros y una altura de hasta 11 metros; la rampa se extiende a lo largo de 67 metros. La gran pirámide G, denominada “Max Uhle”, por los estudios de campo que realizó este arqueólogo en 1932, con una plataforma de 80 por 90 metros y una altura de 20 metros, posee una rampa de más de 200 metros de longitud. Cortes de sondeo efec-

tados en algunas pirámides dieron como resultado que las construcciones consisten de capas de tierra dura, barro, arena quijarrosa y bloques de cangahua (una toba volcánica endurecida), sin labrar. Aunque no ha sido posible establecer un sistema fijo en la sucesión de los estratos, llama la atención que capas de arena muy floja, con gran contenido de piedra pómez, se encuentran recubiertas con una capa de barro colocado a modo de afirmado. Las técnicas mencionadas no bastaron, sin duda, para dar una consistencia suficiente a las pirámides con sus declives tan inclinados, por lo que se usaron, como medios arquitectónicos especiales, muros interiores de respaldo, edificados con bloques labrados de cangahua en forma rectangular o poligonal. Estos muros de respaldo se hallan muchas veces en forma desordenada formando cortos trechos, así como murallas extensas en el interior de las estructuras, o a la vez para la consolidación de las esquinas. Con seguridad no se trata en este caso de paredes de antiguos edificios, como creía Jijón y Caamaño, quien encontró un muro de respaldo similar en una de las pirámides de Urcuquí (Oberem, 1970 a: 319). Tales bloques sirvieron también para formar gradas en los declives, las que, gracias a la aplicación de esta técnica, todavía presentan una inclinación entre 20 y 35 grados. Aunque la impresión inicial es que las pirámides de Cochasquí fueron escalonadas, los cortes verticales demostraron claramente que las filas de cangahua escalonadas estuvieron originalmente situadas bajo la superficie de los declives y no constituyendo el exterior de los mismos, aseveración confirmada con la experiencia de la poca resistencia demostrada por los materiales ante la intemperie de la región, conocida por sus fuertes vientos y granizadas.

Gracias a estudios comparativos con otros complejos piramidales en la América precolombina, es dable suponer que las pirámides de Cochasquí sirvieron como fundamentos para edificios, quizás tipo templo, cuyos vestigios, sin embargo, no se han encontrado. Por lo mismo, uno de los resultados más importantes de las excavaciones de 1964-65 fue el descubrimiento de plataformas de planta circular, situadas en las partes altas de las pirámides truncadas, a poca profundidad de la superficie actual. Se trata de planchas redondas, moldeadas en barro y cocidas en el mismo sitio, cocimiento que se efectuaba desde la

superficie, en forma tal que les ha dado la consistencia de ladrillo. Sobre la pirámide E, llamada posteriormente y con justicia Udo Oberem, se descubrieron dos planchas, una de las cuales permanecía bien conservada. A su alrededor se encontró un foso estrecho circular, con un relleno de ceniza y carbón, y en la plancha de barro eran patentes dos cavidades acanaladas, de planta rectangular alargada y escalonada, construidas no paralelamente, sino orientadas en forma de ángulo agudo hacia la rampa. En los escalones de este canal sobresalían tres piedras cónicas empotradas como vértices de un triángulo. Estas y otras evidencias han servido para la interpretación de las plataformas de barro como las plantas de un edificio redondo; sus paredes exteriores quizás fueron construidas con postes verticales (pingos) y un tejido de carrizo con revoque de barro (bahareque). El círculo central en la plataforma parece ser el indicio de un soporte central fabricado también en barro, pero sin cocer. El techo del edificio circular (bohío) debe haber sido de forma cónica, con una cubierta de paja de páramo, colocada sobre vigas radiales sostenidas por la pared exterior y el soporte central. (Oberem, 1970 a: 317-322; Wurster, 1989 a: 40-60; Moreno Yáñez, 1981: 81-83).

Al respecto, debe mencionarse en este contexto la existencia en una colección de cerámica precolombina, de un modelo arquitectónico de barro, que proviene justamente de la región interandina ecuatoriana, en la que son numerosos los montículos piramidales y las construcciones arquitectónicas denominadas “bohíos”. La mencionada maqueta se encuentra actualmente en el Museo “Jacinto Jijón y Caamaño” de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, y perteneció antes a la colección Presley Norton. Este modelo, cuya base mide aproximadamente 22 cm. x 18 cm. y una altura de 16 cm., representa una plataforma de plancha rectangular, con tres gradas a su alrededor. A un costado de la plataforma hay una rotura del modelo, lugar donde quizás se unía la rampa de acceso. La plataforma está cercada de un muro delgado, el que deja libre una entrada en el lugar donde se unía la rampa con la plataforma. En el centro de esta cerca rectangular se levanta un edificio de planta circular, cuyas paredes se inclinan más arriba, para formar una bóveda de media naranja, en cuya cúspi-

de un cilindro vertical sirve de remate. El edificio tiene una puerta situada al lado de la rampa, y las paredes de la cerca exterior se unen, a los dos lados de la puerta, con el edificio central, formando un pasadizo entre la puerta y la rampa desaparecida.

Las semejanzas entre el modelo descrito y los hallazgos arqueológicos en Cochasquí son patentes, por lo que la interpretación del modelo puede llegar a ser una legítima ayuda para la reconstrucción hipotética de los edificios redondos y la restauración de las pirámides (Wurster, 1979: 301). Restos de cavidades como las descritas más arriba, así como de planchas cocidas, existen también en otros sitios, por ejemplo sobre las pirámides H, L y G. En esta última el resto bien conservado de una cavidad, al momento de las excavaciones, era todavía de 9 metros de largo. En campo abierto se han encontrado también vestigios de planchas y cavidades sin ninguna relación con las pirámides; al respecto debe aquí mencionarse que, hace unos 90 años, Jacinto Jijón y Caamaño descubrió algunos restos pequeños de plataformas cocidas, en las pirámides de Urcuquí. (Cfr. Jijón y Caamaño, 1914; 1920).

Oberem (1970 a: 322) y Wurster (1979: 301-302) eran, entonces, del parecer que las plataformas fueron los pisos de construcciones con carácter religioso, cuyas formas redondas coincidirían con las plantas circulares de las casas (bohíos) que, según algunos cronistas, eran típicas para las habitaciones de la región comprendida entre los ríos Guayllabamba y Chota. Con posterioridad Wolfgang Wurster (1989 a: 52-60) en el volumen publicado bajo el título "Excavaciones en Cochasquí, Ecuador. 1964-1965" (Oberem y Wurster, 1989), que contiene los estudios finales y definitivos de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo por el "Grupo Ecuador" de la Universidad de Bonn (Alemania), opina que, sin excluir una función ritual o sagrada de los edificios redondos sobre las pirámides, la función predominante de estas edificaciones era servir de vivienda a una clase privilegiada de personas. Las cavidades empujadas en la plancha redonda y que se destacaban por un color rojo más intenso, causado por un mayor grado de cocción, tenían en su interior unos conos de piedra, distribuidos en forma de triángulos, por lo que se podría suponer que fueron colocados sobre ellos recipientes a manera de ollas, mientras ardía el fuego en las cavidades rectangulares.

Este tipo de cavidades alargadas no se conoce en la arquitectura precolumbina de otros países andinos, pero sí es frecuente en la Sierra Norte ecuatoriana, como lo ha demostrado Athens (1980: 164-165).

La cerámica hallada encima de las planchas de barro pertenece al tipo Cochasquí II e incluye recipientes de tres pies y ánforas con pie de punta aguda. No obstante, la cerámica no ofrece indicios directos acerca de la función de los edificios. La suposición de que éstos hayan sido viviendas se apoya en la mencionada “Relación” de Sancho Paz Ponce de León (en Ponce Leiva, 1992, I: 368); en este caso debe tratarse de un tipo de vivienda no común, sino perteneciente a las elites (Wurster, 1989 a: 59-60). Para las edificaciones levantadas sobre las pirámides con rampa, cada vez aparece válida la aseveración de Salmon (1980: 196 ss.) de que las viviendas cacicales eran también los principales lugares de actividad ceremonial.

La cerámica recogida confirma plenamente la hipótesis de que las pirámides de la antigua localidad de Cochasquí fueron construidas, al contrario de la aseveración de Uhle, en tiempos preincaicos, lo que no obstaría que posteriormente los Incas habrían estacionado en Cochasquí una guarnición, la que ha dejado algunos vestigios de cerámica inca. Los datos de radiocarbono, deducidos de los restos de madera carbonizada, provenientes de las zanjas de cimentación y de los agujeros de la plataforma central de la pirámide E, se sitúan en la segunda mitad del siglo XV y la primera del siglo XVI. Es difícil establecer si los restos de madera carbonizada provienen de una o más destrucciones de los bohíos, quizás acaecidas durante la invasión incaica, o conquista española. (Oberem, 1970 a: 317-322; 1975: 71-81; Wurster, 1979: 300-304; 1989 a: 60-64; Moreno Yáñez, 1981 b: 19-20).

8.3.3.- Los montículos funerarios

Los montículos funerarios a, n, h, x, analizados minuciosamente por la expedición alemana del “Grupo Ecuador”, ofrecen interesantes testimonios sobre las costumbres funerarias de los aborígenes de Cochasquí. El montículo funerario “a” resultó haber sido terraplenado para un solo entierro, al modo de una “tumba de pozo”, de aproxi-

madamente 1,50 m. de profundidad. Llamó la atención el abundante uso de madera en esta tumba, pues, además de algunos sectores de las paredes, el fondo del pozo estaba cubierto por un piso de madera, en medio del cual yacía, con la cabeza entre las rodillas, un esqueleto, al que acompañaban un cráneo completo y seis cráneos carentes de la mandíbula inferior, colocados en la parte superior del pozo, además de cuatro mandíbulas inferiores separadas de los cráneos. Aunque parece que el túmulo fue construido en honor del muerto cuyo esqueleto se encontró al fondo del pozo, es difícil interpretar el significado de los siete cráneos, y ni siquiera es posible afirmar si se trata de cabezas decapitadas o de cráneos allí colocados en forma de segunda sepultura. Del relleno del pozo pudieron extraerse los restos de tres vasijas pintadas y muchos fragmentos de cerámica no decorada.

Más profundo que el anterior y con dos escalonamientos, era el pozo funerario del montículo “n”, el que alcanzaba aproximadamente tres metros e incorporaba en las paredes de su parte superior tres nichos. Este montículo con pozo no contenía restos de madera, faltaba todo rastro de esqueleto, a excepción de algunas astillas de huesos, pero como ofrendas encerraba 15 ceramios relativamente bien conservados, piedras cuadradas y un pequeño mortero de piedra.

Sorprende que en el montículo funerario “h” no se encontraran restos de esqueletos o de ofrendas, su pozo tenía la forma de embudo y alcanzaba 1.70 m de profundidad. En las capas bajo el túmulo de tierra y en las cercanías del pozo, se dejó al descubierto una serie de hoyos y fogones que contenían restos de carbón vegetal, mazorcas y tallos de maíz y hierba carbonizada.

Análogas cavidades y fogones se encontraron en el montículo funerario “x”, denominado por los actuales habitantes de Cochasquí “Ushpa-Tola” (tola de ceniza). En su capa verificable más profunda, cavados en la cangahua, aparecieron varios pozos que parecen ser tumbas carentes de restos, circunstancias que ponen en tela de juicio el carácter de este montículo como funerario en el sentido estricto. (Oberem, 1970 b: 243-249; Oberem, 1975: 75-76; Wentscher, 1989 a: 70-97).

Según los exámenes de Antropología Física realizados por Kari Kunter (1969: 9-29) en la Universidad de Giessen (Alemania), de los

restos óseos encontrados en el montículo funerario “a”, los fragmentos de tres cráneos pertenecen a adultos de sexo masculino y a dos mujeres jóvenes. Fue imposible determinar el sexo al que pertenecían los cráneos restantes; se puede sin embargo afirmar que uno de ellos pertenecía a un individuo adulto y otro a un adolescente. Los restos de las mandíbulas inferiores que se encontraron separados de los cráneos pueden ser atribuidos a tres adultos y a un niño. A causa del mal estado de conservación ninguna asignación se ha podido hacer de los restantes hallazgos óseos, que se encontraron en la parte inferior del pozo funerario.

En contraposición a lo anteriormente mencionado, el esqueleto que yacía en el fondo del pozo estaba casi completo, y correspondía a una persona adulta poseedora de un cráneo pequeño y delicado, pero con los huesos de las extremidades relativamente fuertes. Aunque una diagnosis segura respecto del sexo es difícil, parece que el esqueleto corresponde a un individuo perteneciente al sexo femenino. Todos los cráneos de este montículo funerario estaban deformados artificialmente: deformación “tabular erecta”, con la variante “plano lambdikal”, según el sistema de Imbelloni. (Oberem, 1970 b: 245; Moreno Yáñez, 1981 b: 20-21).

Para una evaluación de los hallazgos en los montículos funerarios se deben comparar, en primer lugar, los montículos “a” y “n”. El primero contenía una sepultura voluminosa que, según Wentscher (1989: 118), parecía evidenciar una cerámica mortuoria con sacrificios humanos. El montículo “n” contenía un depósito abundante con acceso subterráneo, sin sepultura. De las diez sepulturas examinadas, sin montículo, cuatro no tenían ofrendas propiamente dichas. Frente a éstas existe un gran número de hallazgos de depósitos con piezas aisladas y hasta siete vasijas completas o herramientas. Podría tratarse, por lo tanto, de depósitos al exterior o de ofrendas enterradas en el recinto de un lugar de culto. A este propósito es importante advertir acerca de los fragmentos de figuras, de las cuales aparecieron en el área examinada casi exclusivamente las mitades superiores. “Esto hace pensar —concluye Wentscher (1989: 118)— que las figuras fueron partidas intencionalmente y que las partes superiores fueron deposti-

tadas en el recinto sagrado de Cochasquí, a saber una por una y a poca profundidad debajo de la superficie, mientras que las mitades inferiores fueron llevadas otra vez a los hogares para guardarlas allí”. Análoga afirmación se puede hacer sobre los pies partidos de las vasijas trípodes y de los artefactos líticos partidos por la mitad, especialmente hachas, morteros y rodillos de mano.

8.3.4.- Otros hallazgos de superficie y la secuencia cerámica

Puesto que construcciones de gran importancia, como las pirámides o los montículos funerarios, no pudieron ser levantadas sin la correspondiente mano de obra, fueron de enorme interés las excavaciones en el sitio denominado Cochasquí “Pueblo”, las que revelaron claramente la existencia de un conglomerado habitacional relativamente grande. Importantes pruebas de lo afirmado constituyen las enormes cantidades de fragmentos de cerámica, fogones con restos de carbón vegetal, huesos de animales, artefactos de obsidiana, hueso y piedra (flautas, espátulas, manos de mortero), restos de alimentos, especialmente conchas de caracoles, granos de maíz y otros. Los huesos procedían principalmente de dos tipos de cánidos, de los cérvidos, de llamas y de cuyes. (Oberem, 1975: 77).

Además de los descubrimientos ya reseñados, como hallazgos de superficie deben mencionarse, entre otros, los restos de un canal de irrigación ubicado al oriente de la pirámide C, canal de 40 cms. de profundidad, 20 cms. de ancho y cubierto con grandes fragmentos planos de cangahua y metates quebrados. El material usado en la construcción no permite, sin embargo, dilucidar si se trata de una instalación prehispánica o de la Época Colonial. (Moreno Yáñez, 1981 b: 21-22).

Un posterior y más completo análisis del sitio inicialmente llamado “Pueblo” permitió a Jürgen Wentscher (1989: 97-113) proponer algunas correcciones. En el sector de excavación a la altura de la pirámide “L”, al lado oeste del camino que sube hacia el Mojanda, aunque se hallaron en la superficie muchos fragmentos de cerámica, no se encontraron restos de edificaciones que justificaran la denominación de “asentamiento”. En esta zona se reconoció que fueron extraídos are-

na y barro, materiales que posteriormente fueron empleados para terraplenar las pirámides. Durante estos trabajos, los constructores de tolas destruyeron varias tumbas en forma de botella, las que con seguridad pertenecían a la fase Cochasquí I, aunque tres sepulturas del estrato 5 pertenecían a épocas más tardías (Cochasquí II). La concentración de fragmentos de cerámica en el estrato 4 de esta zona hace pensar en la celebración de rituales solemnes, durante los cuales la vajilla y los utensilios llevados allí permanecían en el lugar de la ceremonia y, posiblemente, eran de carácter religioso y tenían alguna relación con las sepulturas.

Albert Meyers (1975: 83-111) estableció una secuencia de 35 formas de vasijas, distribuidas con diferentes frecuencias en cada estrato. La mayor parte de la cerámica analizada es tosca (95 %) y consta de una arcilla roja, con un uso mediano de desgrasante, de pared gruesa y en la mayoría de los casos carente de decoración. La escasa cerámica fina (5 %) corresponde a los Panzaleo II y III de Jijón y Caamaño y aparece como no autóctona. En los estratos superiores, sobre todo de las pirámides, se encontraron fragmentos de cerámica de estilo inca imperial e inca provincial, así como algunas piezas provenientes del Carchi (Cuasmal, Tuza).

El análisis de la cerámica en más de un 90 % clasificada como “tosca” por Albert Meyers (1989: 196-197) presenta, como conclusión segura, que existe una fase más antigua en la que dominan las ollas zapatiformes y una más reciente en la que el “ánfora de Cochasquí” es considerada “forma guía”; no obstante, su aparición dentro del complejo respectivo no tiene un significado cronológico. De todos modos aunque, según la datación cerámica, se puede aseverar una continuidad de población de por lo menos 600 años, es imposible calcular “hasta qué época se retrotrae la cerámica tosca, puesto que falta la anexión cronológica a otros estilos” (Meyers, 1989: 197).

Una evaluación de los resultados estratigráficos fundamentó el establecimiento de dos fases: Cochasquí I y Cochasquí II. La primera comprende las capas debajo de los montículos, mientras que la segunda se refiere a los montículos funerarios con pozo, las pirámides y la mayor parte del complejo denominado “Pueblo”. Como ya se men-

cionó anteriormente, las “formas cerámicas tipo” para Cochasquí I son las ollas zapatiformes; y para Cochasquí II los trípodes y ánforas que terminan en punta, denominadas “ánforas de Cochasquí”. Una evaluación de los resultados de pruebas radiocarbónicas conduce a la determinación de una cronología, según la cual Cochasquí I corresponde al período entre 950 y 1250 d.C. y Cochasquí II a 1250 - 1550 de nuestra era. La secuencia cerámica de Cochasquí, que con seguridad tiene validez para el área norte de la hoya de Quito hasta el valle del Chota, significa, por lo tanto, una continuidad de por lo menos 600 años. (Oberem, 1975: 78-79).

En el posterior estudio efectuado sobre los materiales arqueológicos de Cochasquí, que se refiere a la cerámica fina y otros hallazgos menores, Schönfelder (1979: 149 ss.), basado más en la periodización propuesta por Athens (1978: 1980) para toda la Sierra Norte del Ecuador, pretende discutir los trabajos anteriores y ofrecer una hipótesis corregida de la cronología conocida hasta el momento para Cochasquí. Puesto que Athens formula sus hipótesis de trabajo referentes al desarrollo del proceso en las sociedades complejas, en base a un análisis ecológico-económico, especialmente durante el “Late Period” (1250-1525 d.C.), Schönfelder propone una correspondencia de los períodos 5 y 6 de Athens con Cochasquí I y Cochasquí I-II. Pertencerían a estos períodos las zanjas, cavidades y planchas, entre ellas los pisos de los montículos “x” y “h”, los estratos bajo el montículo funerario “a” y del areal denominado “Pueblo” y un pozo funerario. Al período más tardío, o Cochasquí II, pertenecerían las pirámides, las cavidades acanaladas de planta rectangular alargada y escalonada, una gran parte de la zona denominada “Pueblo” y los canales. Mientras Athens considera que las pirámides tenían la función de bases para las viviendas y Oberem las interpreta inicialmente como posibles plataformas de edificios culturales, Schönfelder acepta para las mismas un doble carácter, a saber, habitacional y religioso, opinión fundamentada por Salomon (1980: 196 ss.), para quien además de los objetos o sitios sagrados, la propia vivienda cacical parece haber sido generalmente el lugar principal de la actividad ceremonial. Desgraciadamente las críticas que hace Schönfelder a los trabajos anteriores, que a su vez fundamentan

su estudio, adolecen de poca reflexión, hecho que no obsta que su trabajo proponga alternativas de interés, que después de una madura evaluación podrán ser tenidas en cuenta.

Dentro del marco de los estudios arqueológicos sobre Cochasquí, es de interés hacer una referencia a otros hallazgos arqueológicos en las faldas meridionales del Mojanda y lugares aledaños a Cochasquí. A corta distancia del camino Tocachi - La Esperanza, cerca de Tabacundo, en los primeros años de la década de 1950, el francés Philippe Guignabaudet realizó investigaciones arqueológicas en los terrenos de la hacienda “Huarquí Grande”, lugar significativo también por la existencia de los montículos conocidos como las “tolas de Chaupihuaca”.

Guignabaudet en un mínimo de tiempo excavó varios montículos funerarios, que presentaban características semejantes a las de Cochasquí, entre ellas la existencia de plataformas cocidas en el sitio y, en algún caso, dos planchas sobrepuestas, con una capa de relleno intermedia. Aunque se interpretaron estos suelos calcinados como testimonios de hogueras festivas que ceremonialmente habrían finalizado las diferentes etapas de la construcción, es quizás más probable en este caso que se trate de montículos superpuestos. Un valioso hallazgo sobre el piso calcinado superior, y en parte fuera del montículo, fue un gran bloque de arcilla cocida superficialmente y formado por el acoplamiento, en dos o tres planos diferentes, de diez paralelepípedos. En el centro de cada uno había un hueco cuadrilátero con paredes inclinadas y forma trapezoidal a modo de lingoteras. Dejando de lado, por falta de evidencias, la hipótesis de que los aborígenes utilizaron estos bloques para fundir metales, quizás habría alguna base para relacionarlos con los “contadores”, construcciones o figuras en forma de casilleros que, además de ser de utilidad en los cálculos matemáticos, podrían haber tenido fines ceremoniales. Los pozos funerarios excavados presentaban restos óseos, en algunos casos bien conservados, debido probablemente al piso calcinado que los protegía de filtraciones de agua. Acompañaban a los esqueletos solamente “catacos” o fragmentos de cerámica, lo que llevaría a la conclusión de que los aborígenes de la zona enterraban a sus muertos sin objetos usuales o de

valor y que los fragmentos de cerámica quizás desempeñaron un papel importante en los ritos funerarios. (Guignabaudet, 1953: 168-186; Larrea, 1953: 759-773; Andrade Marín, 1953: 746-758).

Durante las investigaciones arqueológicas efectuadas en Cochasquí, en 1964-1965, fortuitamente se descubrieron en la localidad de Malchinguí dos tumbas, las que resultaron ser dos pozos tubulares con cámara lateral. La tumba I presentó una profundidad de 2 m. y en el piso del pozo se encontraron dos recipientes; en la cámara otras cinco piezas cerámicas y una piedra pómez para modelar barro. Restos óseos o residuos de madera no se descubrieron, pues al parecer fueron destruidos sus vestigios por la acción de la humedad del terreno. El pozo tubular de la tumba II alcanzaba una profundidad de 5,40 m., pero el piso de la cámara se encontraba a mayor hondura (6,03 m.) que el del pozo; en la cámara se hallaron 6 recipientes cerámicos y un hacha de piedra pulimentada. El relleno permitió establecer la presencia de una pequeña cantidad de restos óseos y de madera, los últimos acaso provenientes del suelo o de las paredes de la cámara. (Meyers, Oberem, Wentscher, Wurster, 1975: 115-129).

170

Los dos pozos funerarios con cámara lateral, estudiados en Malchinguí, parecen pertenecer a la misma tradición cultural que los descubiertos por Jijón y Caamaño (1952: 114) en Imbabura, así como presentan numerosas analogías con las tres tumbas excavadas por Athens y Osborn (1974) en Otavalo. De los datos de radiocarbono obtenidos para las tumbas de Malchinguí y las de Otavalo aparece una gran diferencia en la datación absoluta, la que oscila desde el 820 a.C. hasta el 150 de nuestra era, fechas que demostrarían hipotéticamente que la tradición cultural de los pozos funerarios con cámara lateral perduró, durante largo tiempo, en la región entre los ríos Guayllabamba y Chota. (Moreno Yáñez, 1981 b: 22-25).

Montículos funerarios con pozo han sido también descubiertos en Quisaya (San José de Minas), los que además de los restos humanos incluyen vestigios de cerámica. Esta región ubicada en los declives meridionales de la cordillera del Íntag, desprendida de la Cordillera Occidental de los Andes, contiene también construcciones piramidales que todavía esperan estudios arqueológicos más profundos. (Pérez, 1960:

236-237; Moreno Yáñez, 1981: 88).

Sepulturas en pozo, emplazadas no bajo un montículo sino en las laderas de una colina se descubrieron en Oroloma, cerca del pueblo de Cangahua. Las cinco tumbas allí excavadas estaban dentro de un área de 100 m. cuadrados, de suelo de cangahua, y cercana a la cima. Según Pérez (1960: 201-204) en las tumbas se encontraron cinco cadáveres completos sentados sobre asientos de cangahua, con diademas de oro en sus cabezas y arreos en el pecho; todos llevaban bastones de chonta adornados con láminas de oro y cuyas empuñaduras remataban en piedras de varios colores. A cada uno de los cinco cadáveres acompañaban otros difuntos, en número variable entre siete y cuatro sin adornos y colocados a su alrededor, e igualmente objetos de cerámica, cuentecillas (mullos) de varios colores y restos de conchas (*Spondylus*). Sepulturas en pozo se han encontrado también en la hacienda Perugachi y en la zona de Pingulmí, sitios pertenecientes a la parroquia de Cangahua.

8.3.5.- El señorío de “Cochisquí”

Las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas han comprobado como inexacto el concepto tan extendido entre los cronistas hispanos y aun mestizos o indígenas, de que, con anterioridad a la invasión incaica, existía una dispersión social y política, que ocasionaba un aislamiento real de los grupos étnicos. Algunos autores modernos han aceptado esta perspectiva genérica prácticamente huérfana de toda crítica, con el objeto de negar la existencia de un “Reino” y de una extensa “confederación” propugnada por Juan de Velasco; otros intentan defenderla con un dogmatismo que estuvo lejos del Jesuita riobambeño. Una tendencia que al parecer ofrece una visión más adecuada es aquella que se refleja en las últimas investigaciones que se refieren a la Sierra Norte ecuatoriana, al propugnar la existencia de señoríos étnicos, en sentido estricto, correspondientes a un nivel de integración socio-político propio de una sociedad compleja estratificada que, en términos demográficos, englobaría muchas aldeas y abundante población sobre un territorio relativamente extenso.

Las fuentes históricas señalan, a su vez, una homogeneidad lingüística para la región interandina entre el Pisque-Guayllabamba y el Chota-Mira, lo que podría sugerir al menos una parcial unidad cultural, que no implica necesariamente una incorporación permanente y sólida a un sistema político perfectamente integrado; un nivel mayor de integración, sin embargo, podría darse ante un peligro externo en forma de confederaciones militares ocasionales. La historia de la Sierra Norte ecuatoriana presenta un interesante modelo de la transformación tardía de varios señoríos étnicos en elementos de un Estado: el Incaico, que difiere de los estados más cercanos a nuestra experiencia, en el hecho de que sus gobernantes estaban íntimamente familiarizados con los cacicazgos andinos y en que la autovisión de su papel directivo pertenece a un orden intelectual muy diferente a cualquiera de los Estados europeos. (Larraín 1980 a, I: 108-110; Salomon, 1980: 29-30; Moreno Yáñez, 1981: 98 ss.).

Durante los años de la incursión inca en el Septentrión Andino ecuatoriano, según la Probanza de Hierónimo Puento (1981: 438-490), Cochaskuí estuvo sujeto al señorío de su abuelo, Maxacota, cacique de la región de Cayambe, testimonio que aparentemente no concuerda con las evidencias arqueológicas, que demuestran la importancia monumental del lugar. Miguel Cabello Valboa (1951: 368-369) alude a la resistencia que los “Cochisquíes”, o siguiendo el término quichuizado: Cochisquíes, organizaron contra las tropas de Huayna Cápac, confiados en las dificultades del terreno y desde una fortaleza construida en un lugar abrupto. Los Cochisquíes acometieron a los Cusqueños con esforzado valor, por lo que el Inca no se alegró con la victoria conseguida a costa de enormes pérdidas.

Una tradición recogida por Montesinos (1930: 119-120) refiere numerosos pormenores sobre los combates en las laderas del Quispe o Pisque, entre las tropas de Huayna Cápac y los súbditos de “una señora llamada *Quilago*”, acciones bélicas que duraron más de dos años y que finalizaron con una victoria conseguida por el Inca gracias a un suceso extraordinario, el lanzamiento de “tres piedras cristalinas” con la honda mágica del Inca que incendió los pajonales.

Vale la pena relatar algunos pormenores mencionados por Fernan-

do Montesinos (1930: 119-120). Como la gente del Inca estaba desmotivada,

*les hizo una plática a sus soldados animándoles; díjoles, que ¿cómo enfren-
taban sus fuerzas a hombres gobernados por una mujer?; que él estaba de-
terminado a romper con el enemigo de poder a poder, porque su padre el Sol
le había prometido la victoria, y en señal della le había dado una honda y
tres piedras cristalinas y una flecha dorada con su estólica. Quedaron con
esto los soldados muy alentados; y fingen aquí los amautas que le avisó el
Sol cómo los contrarios habían determinado dejarlos pasar el río, y que lue-
go los cogieron en una emboscada y los mataron a todos y que el Inga se pu-
so en un alto y disparó la honda y la una piedra que tiró llegó junto a la
emboscada en unos pajonales de la otra banda del río, y que dio en una pie-
dra grande y que se quebró y salió mucho fuego que abrasó los pajonales y
a los soldados que estaban en la celada; con que pasó de la otra banda el
ejército sin contradicción y venció a los contrarios en una muy reñida bata-
lla. Prendió a la Señora Quilago; hízole muchos agasajos; dióle ricas pre-
seas; solicitola a su gusto; ella le entretuvo con algunos achaques nacidos de
la voluntad, aunque coloreados con que una esclava no era digna de tal se-
ñor: Diola libertad el Inga; volvióse a su palacio la Señora e hizo que en
la recámara de su cuarto hiciesen un profundo pozo. Correspondiéronse con
recados el Inga y ella; los de él verdaderos, fingidos los della porque sobre-
seguro pretendía llevarle a su casa e empozallo. Tuvo el Inga noticia desto,
y procuró velarse con más cuidado. Hízole cierta la hora de ir a su palacio
la Señora; fue el Inga; recibiole con muestras de alegría; fueron ambos ma-
no a mano a la cuadra, y al llegar al aposento de la trampa, cogió el Inga
el lado de la puerta, y reparándose, dióle a la Señora un traspie, con que
la hizo caer en el pozo, que fue sepultura de su cuerpo. Lo mismo hizo con
las criadas porque deban voces. (cfr. Pérez, 1960: 217-218).*

173

Como ya se ha mencionado, las investigaciones de la Universidad de Bonn (Alemania) dirigidas por Udo Oberem (1981), ofrecen interesantes testimonios sobre las “tumbas con pozo” de los aborígenes de Cochahuí y sus montículos funerarios. Tom Zuidema, en su estudio “Las tumbas con pozos profundos y el Imperio Inca” (en: Zuidema, 1989: 154-190), expone que el sacrificio de jóvenes “acllas” en pozos

profundos (una costumbre, según él, del Chinchaysuyo) influyó, de modo determinante, sobre los conceptos políticos incas. En 1622, el cura doctrinero Hernández Príncipe escribió un informe sobre el sacrificio de Tanta Carhua, una joven escogida o “aclla”, ocurrido en tiempos prehispánicos, en el pueblo de Ocros (Perú). Su padre Caque Poma, el curaca local, le había enviado al Cusco, donde ella tomó parte en las ceremonias del “Cápac Inti Raymi”, la gran fiesta en honor al Sol celebrada alrededor del solsticio de diciembre. Concluida la fiesta y enterradas vivas algunas “capacochas”, Carhua fue enviada a su tierra natal, donde adormecida fue bajada a un pozo y emparedada viva, con el acompañamiento de ofrendas, conchas marinas y piedras cristalinas.

Además de nombrar gobernador al padre de la víctima, el Inca designó sacerdotes para el culto de la “capacocha”, la que se transformó en custodia de la provincia y testimonio permanente de la alianza entre el curacazgo local y el Tahuantinsuyo. Tanta Carhua, como “aclla del Sol”, fue sacrificada al astro rey, pero su tumba de pozo profundo tenía una asociación femenina y ctónica, relacionada con la adivinación y agricultura de regadío.

Por su parte, la historia mítica de Montesinos, sobre la señora Quilago, rememora no solo un episodio guerrero sino la confirmación de una alianza de sometimiento del señorío de Cochisquí al Inca. Son aplicables a la “víctima solar” Quilago estas conclusiones de Hernández Príncipe:

La razón por donde no hacen mucha cuenta los indios de las mujeres en numerar sus anales, es tradición antigua, porque ni el Inga hizo mucha cuenta de la adoración de la Luna por ser a cargo de las mujeres, como de Mama Huaco, hermana de Manco Capac, por haber sembrado el primer maíz que hubo y no se hiciera cuenta por lo consiguiente desta hija del cacique Poma, Tanta Carhua, si no se hubiera dedicado al Sol (en: Zuidema, 1989: 158).

Los indios de la región de Quito conservaron el recuerdo de la resistencia ordenada por la “Reina de Cochasquí” y de su aniquilamiento. Fue público en Quito el simulacro de la conquista de Huayna Cápac, que los indios presentaron en 1631, con motivo del nacimiento

del príncipe Baltazar, primogénito del rey Felipe IV. Los indígenas se presentaron entonces vestidos y adornados según las costumbres de sus mayores antes de la conquista española. En la plaza realizaron un simulacro de guerra a la antigua y representaron, por sus jornadas sucesivas, la campaña del Inca contra la Reina de Cochasquí, hasta que finalmente ésta fue vencida y degollada. (Cfr. González Suárez 1970, II: 908-909; Pérez, 1960: 217-219; Moreno Yáñez, 1981: 103 ss.).

Mucho se ha discutido sobre el significado de los “Quilacos” o “Quilagos” mencionados por algunos cronistas como un grupo étnico que, juntamente con los demás de la Sierra Norte, desempeñaron un papel importante en la esfera política y en los sucesos ocurridos en la Región Interandina Septentrional, controversia que se torna más interesante por la mención, entre otros cronistas, de Cieza de León (1984, I: 220), de que Atahualpa fue hijo de una india Quilaco. Es sostenible la opinión de Pérez (1960: 217 ss.) al vincular Quilago con antropónimos andinos septentrionales aplicados exclusivamente a mujeres, hipótesis que es comprobada y desarrollada por Larraín (1980 a, I: 101 ss.), quien señala a los Quilacos como otra denominación de los Caranquis, por confundirse ambos grupos bajo un solo nombre o porque los Quilacos fueron una porción de los Caranquis. Además del cotejo de los testimonios de varios cronistas, fundamenta la suposición anterior acerca de la presencia en el área de Caranqui, Otavalo y Cochasquí, del apellido familiar “Quilago”, persistente al menos hasta 150 años después de la Conquista, sea por apelativo solo o, con mayor frecuencia, a modo de desinencia, aplicada casi exclusivamente a mujeres. Paralelamente, de acuerdo a las fuentes más antiguas, el nombre “Ango” fue reiteradamente aplicado a los caciques de los pueblos de Cochasquí, Otavalo y Caranqui, lo que ofrecería una base para suponer que “ango” era el término para designar a un “señor” principal o cacique, aunque en tiempos coloniales tardíos se convirtió insensiblemente en un apellido del grupo familiar del cacique respectivo. Así como “ango” es el título correspondiente a “señor” de tal pueblo, “quilago” equivaldría a “señora principal” y habría sido aplicado a la esposa y quizás también a las hijas del jerarca local.

Si esa explicación es válida, no habría dificultad para entender por

qué Huayna Cápac pudo tomar como esposa, además de la coya imperial, a una “princesa” local, es decir a la viuda o a la hija de un jefe caranqui, o de una población cercana, como por ejemplo Otavalo, todo lo cual debería comprobarse documentalmente. Dentro de esta concepción, la denominada por Montesinos (1930: 119-120) “*Reina de Cochasquí*”, y como tal rememorada en la tradición indígena quiteña, no sería sino la “Señora de ese lugar”, o la viuda del algún “Ango” de Cochasquí, la cual por derecho propio podía ser denominada “Quilago” de dicho pueblo, el equivalente a “Señora principal de Cochasquí”. Esta explicación parece dar coherencia a gran cantidad de hechos, hasta ahora inconexos o contradictorios. (Larraín 1980 a, I: 102-104; Moreno Yáñez, 1981 b: 27-28).

Del examen comparativo de los datos hasta ahora analizados y que corresponden al estado actual de la cuestión, se puede concluir que Cochisquí, posteriormente Cochasquí, fue un centro poblacional importante desde el siglo X d.C., cuyo desarrollo correspondería a la fase arqueológica Cochasquí II, hasta convertirse, probablemente hacia 1450, en cabeza de un poderoso señorío étnico, situado en las vertientes del Mojanda; sin embargo la extensión de su área de influjo todavía desconocemos. Durante la incursión inca en el Septentrión Andino ecuatoriano y quizás ya en el período inmediato anterior, Cochisquí deviene en un señorío de algún modo dependiente militarmente de Maxacota Puento de Cayambe, y gobernado por una señora principal, en idioma aborígen “Quilago”. Esta última aseveración no significa que Cochisquí fue permanentemente regida por una autoridad femenina, sino la aseveración de la posibilidad para los descendientes femeninos de heredar el gobierno de un cacicazgo, modelo que con alguna frecuencia aparece en la América Andina.

Parece por lo tanto que el señorío de Cayambe, bajo el mando del “cacique de guerra” Maxacota, incluyó militarmente a Otavalo y Cochisquí, los que a su vez estuvieron regidos por sus propios caciques. Debido al proceso de quichuización, Cochisquí se transformó paulatinamente en “Cochasquí”; en documentos del siglo XVI todavía aparece el nombre aborígen y se tiene constancia de que en 1564 era cacique del pueblo de Cochisquí don Alonso Andaparinango, al mismo

tiempo que don Jerónimo Puento en Cayambe, don Luis Farinango en Otavalo y don Sancho Cabascango en Caranqui (Vargas, 1970: 256). Quizás podría detectarse desde el período incaico una despoblación de Cochaspquí, que finalizará hacia 1580 con el traslado definitivo de sus habitantes a Malchinguí y Cotacachi (no Tocachi), poblados oficialmente conformados por los españoles como reducciones indígenas (Moreno Yáñez, 1981: 63 ss.). A este propósito es importante señalar, como definitivamente aclara Christiana Borchart de Moreno (2004), que se ha confundido Tocachi con Cotacachi, por lo que es muy probable que una parte de la población de Cochispquí se refugió después de la derrota incaica en la zona de Cotacachi y, con posterioridad a la conquista española, el resto fue reducido a los pueblos de indios: Malchinguí y Cotacachi, y no a Tocachi como se había creído anteriormente.

8.4.- Cayambe: un cacicazgo con hegemonía militar

Como se tratará de comprobar en el siguiente capítulo, durante la larga guerra de defensa que numerosos pueblos y varios cacicazgos presentaron en los Andes Septentrionales contra la invasión incaica, los señoríos de Otavalo, Cochispquí, Caranqui y Cayambe constituyeron una cierta unidad de resistencia, claramente diferenciable de los restantes, en la que el papel de este último aparece como preponderante. Aunque el territorio ocupado por la confederación de los cuatro cacicazgos y quizás de otros aledaños, al momento de la conquista incaica, podría determinarse entre los ríos Guayllabamba y Chota, el Señorío de Cayambe ocupaba la parte meridional de esta región mencionada. Un legado cultural de esta región son los numerosos conjuntos de pirámides, algunas de ellas con rampa, y los montículos funerarios con pozo; uno de los mencionados conjuntos es el de Cochaspquí, tratado ya en el anterior capítulo. Según los datos de crónicas tempranas (vgr. Cieza de León 1984, I: 55-58), de varias Relaciones Geográficas, como las que se refieren a Pimampiro (Borja, en Ponce Leiva, 1992, I: 480-488), Otavalo (Paz Ponce de León, en Ponce Leiva 1992, I: 359-371), Cahuasquí y Quilca (Aguilar, en Ponce Leiva

va, 1992, I: 415-418), Lita (Rodríguez, en Ponce Leiva, 1992, I: 413-415) y del informe anónimo sobre la “Ciudad de San Francisco de Quito”, de 1573 (Anónimo, en Ponce Leiva, 1992, I: 187-222), aparece con seguridad la existencia de un idioma común para los grupos sociales asentados entre el Guayllabamba y el Chota, lengua que existió todavía cien años después de la Conquista, pues, como anota Chr. Borchart de Moreno (2004), todavía a mediados del siglo XVII, según la documentación de ese entonces, se promulgaban todos los anuncios en castellano, en la “lengua general del Inga” y en la “lengua materna” indígena, es decir, en el idioma aborigen pre-quichua.

8.4.1.- Evidencias arqueológicas en la comarca de Cayambe

A propósito de la región de Cayambe, justo es rememorar la importancia del sitio arqueológico de La Chimba, ubicado en las faldas noroccidentales del volcán Cayambe y que fue ya analizado en capítulos anteriores. Muestras de radiocarbono recuperadas de diferentes niveles de ocupación y basadas en una estratigrafía precisa, ofrecen fechas desde el 150 a.C. hasta el 750 d.C., lo que demostraría que el sitio fue ocupado desde el período cerámico de Desarrollo Regional.

Las descripciones de los materiales cerámicos de La Chimba – como resume Tamara L. Bray (2003: 40-42) – sugieren que este conjunto fue diferente a otros incluidos en el período cerámico general, pues varios tipos de vasijas y técnicas decorativas son característicos de la colección de La Chimba. Entre las formas de vasijas están los cuencos con paredes verticales y bordes cortos evertidos hacia fuera y aplanados, cuencos carenados, con varios tipos de bordes, jarras con bocas anchas, y botellas con asa de estribo y asa de puente. (Goff, 1980: 175-177). Las compoteras, las jarras con bordes gruesos, los cuencos con hombros altos y los soportes trípodes son más comunes en los niveles superiores del sitio. La decoración de la cerámica presenta varias técnicas. La decoración punteada descrita como “pezuña hendida” es común en los niveles más bajos, mientras la decoración incisa aparece más tarde en la secuencia estratigráfica y es seguida por diseños pintados. Parece que los cuencos se decoraron con más frecuencia que los

jarros. (Bray, 2003: 42).

Se mencionó ya la discusión de Berenguer y Echeverría (1995: 241) acerca de la continuación de La Chimba medio hacia La Chimba tardío. Según estos autores, La Chimba medio y Tababuela (en el valle del Chota) podrían ser fases terminales de Cotocollao, con lo que esta fase podría ser el ancestro cultural común de Tababuela, La Chimba y Lago San Pablo. A este respecto, se debe mencionar la cuestionadora opinión de Josefina Vásquez Pazmiño (1999: 56) de que “aunque Tababuela y los sitios del Valle de Quito están ubicados dentro del mismo período, al menos, desde la observación de la cerámica no se advierte clara relación entre éstos”.

Muy importante para explicar el desarrollo histórico de una región determinada es mencionar, aunque sea brevemente, a una forma clásica de arqueo- agricultura presente en el valle de Cayambe. Se trata en este caso de los campos con camellones situados especialmente al noroccidente de la población actual de Cayambe, así como al norte en la jurisdicción de Ayora. Su función, comúnmente admitida, es el drenaje y en algunos campos elevados la retención de la humedad. De este modo, los camellones son inseparables de las zanjas que los bordean y siempre están ligados al control del agua, sea para eliminar el exceso o para retener temporalmente los beneficios de una inundación.

En la planicie de Cayambe, como explican detalladamente Gondard y López (1983: 145-161), los campos con camellones son perceptibles en más de 1.200 hectáreas, lo que representaría más del 50 % de las superficies con camellones en la región norte del Ecuador. La otra zona importante de camellones se encuentra al sur del lago de San Pablo, también en territorio étnico Cayambe ubicado en la “cuenca compartida” de la laguna Imbacochoa. Se debe resaltar la perfección de las formas de San Pablo, con casilleros regulares y rectilíneos y con dimensiones bastante homogéneas, organizadas alrededor de una dirección privilegiada: la base más estrecha de los casilleros rectangulares parece estar siempre dirigida río abajo. No sucede lo mismo en la planicie de Cayambe, donde el patrón en damero todavía es predominante, pero se superponen muchas albarradas semicirculares, perpendiculares a la pendiente y escalonadas. A las formas de damero se deben

añadir otras menos frecuentes. Los patrones alargados, bastante frecuentes en las zonas de ligero declive; el patrón “en espiga” dispuesto oblicuamente en relación a un eje hacia el que convergen siguiendo el sentido del escurrimiento; y otros de formas semicirculares, observados por Gondard y López (1983: 151-152).

Con seguridad, la variedad de patrones demuestra una diversidad en su aplicación. Los modelos alargados paralelos al declive, en caño y espiga, favorecen el desagüe de la zanja. Los patrones en damero o semicirculares y particularmente aquéllos con albarradas, pudieron haber servido alternativamente para la irrigación o retención del agua y para el drenaje, según las estaciones. La planicie de Cayambe, aunque húmeda en invierno, está marcada los veranos por una sequedad bastante aguda, por lo que es necesaria la irrigación. Esta función es en San Pablo menos evidente, pues no hay albarradas y la capa freática está a algunos decímetros de profundidad. En este caso se impone la función del drenaje. El cultivo es imposible en un medio inundado, salvo el de la totora para la que se reservan las orillas del lago. Sobre los camellones las raíces de las plantas se protegen de la asfixia y putrefacción que engendraría una casi permanente inmersión en un suelo saturado de agua. (Gondard P, López F, 1983: 152-153).

Aunque se admite la hipótesis de un origen precolombino para los campos de camellones, carecemos de certeza en lo referente a su edad. Quizás pudieron haber sido construidos hacia el 500 antes de nuestra era; habrían sido abandonados, en el caso de la región de Cayambe, poco después de la conquista incaica, como resultado de una reducción masiva de la población. “Las formas agrícolas más difíciles y que requieren un trabajo intensivo son las primeras en ser abandonadas al disminuir la presión demográfica” (Gondard P, López F, 1983: 155).

El ensayo de Gregory Knapp (1980: 46-47) propone la hipótesis de la construcción de camellones en una época de desecamiento del clima en los Andes, correspondiente a la “Pequeña Edad Glacial” europea, lo que los haría contemporáneos a la época de la construcción de tolas con rampa, período que inmediatamente precede a las conquistas incaica y española (1250-1525 d.C.). P. Gondard y F. López (1983: 155) hacen notar que, en ciertos casos, los camellones parecen ser pos-

teriores a las tolas. En la hacienda La Vega, por ejemplo, ubicada en el valle de San Pablo, hay un sitio mixto de camellones y de tolas, una de las cuales tiene rampa. Se ha comprobado en el campo que las formas de los camellones marcan sus lados e incluso la rampa. En otro caso el diseño de los camellones se adapta a la presencia de una tola cuadrangular. Estas observaciones podrían también indicar que la construcción de los camellones habría tenido lugar entre el siglo XIII (1250) y la primera mitad del siglo XVI (1525). No obstante, es un hecho que los principales sitios de camellones en el norte del Ecuador están entre los ríos Pisque-Guayllabamba y Chota-Mira, y particularmente en el territorio controlado por la etnia Cayambe, tanto en el valle del mismo nombre, como en la zona de la “cuenca compartida” con los Otavalos, al sur del lago de San Pablo.

Una prospección como la realizada por P. Gondard y F. López (1983: 102-103; 233) en la comarca de Cayambe permite confirmar la existencia de una relación entre los campos de camellones y la existencia de tolas. Tales son los casos del valle del río Granobles situado entre Tupigachi y Cayambe, así como la parte baja de la cuenca del río La Chimba (al nororiente del actual poblado de Ayora). Aunque el sitio La Chimba, en la parte alta del río del mismo nombre, al oriente de Pesillo y cerca de la laguna de San Marcos, había sido ocupado como un habitat de cazadores durante un milenio (entre 600 a.C. y 700 d.C.), precisamente al inicio de la época de construcción de tolas parece haber sido abandonado, a pesar de que la cacería siguió siendo una actividad importante hasta el siglo XVI. Efectivamente, la parte oriental del valle de Cayambe, es escasa en tolas, lo que confirma una concordancia entre estas formas arquitectónicas y el piso altitudinal correspondiente al cultivo de maíz. “Era el maíz más que los tubérculos el que marcaba la cultura de los constructores de tolas” (Gondard P, López F, 1983: 103).

Ésta y otras aseveraciones análogas deben ser tenidas en cuenta en los trabajos arqueológicos y en las investigaciones etnohistóricas futuras. Desgraciadamente todavía se desconocen en nuestro medio los resultados de algunas investigaciones relativamente recientes y es de esperar que la política editorial de alguna institución tenga en cuenta,

por ejemplo, la posibilidad de traducir y publicar la tesis doctoral de María Auxiliadora Cordero (1998) sobre el desarrollo de las sociedades complejas en el Altiplano Andino del norte del Ecuador, cuyo estudio de caso es precisamente la región de Cayambe.

8.4.2.- Fortalezas y sistemas defensivos

Factor, entre los más relevantes, durante la larga resistencia que los aborígenes del norte de Guayllabamba ofrecieron a los cusqueños, fue la existencia de complejos sistemas de fortalezas construidas por los grupos sociales preincaicos con fines defensivos. Miguel Cabello Valboa (1951: 368-369) al referirse al avance de Huayna Cápac al norte de Quito, alude a la resistencia ejercida por las tropas nativas en las fortalezas edificadas en Cochisquí (o Cochasquí), Guachalá y en otros lugares, testimonio que, entre varios cronistas, está confirmado también por Cieza de León (1984, I: 217-218). La concentración más grande de fortalezas o “pucarás” se encuentra en la región de Cayambe, sobre el macizo de Pambamarca, la que presenta un núcleo de 13 fortalezas, entre las que sobresale Quitoloma por su tamaño y la complejidad de las instalaciones defensivas y, en segundo orden, Pamba-Marca, Campana Pucará, Censo Pucará y Achupallas. El plano de ubicación de este conjunto describe un semicírculo, cuya abertura está orientada hacia el pueblo de El Quinche. (Oberem, 1969: 196-205; Moreno Yáñez, 1981: 100).

Jorge Juan y Antonio de Ulloa, miembros de la Expedición Franco-Española que, entre 1735 y 1744, midió un arco de meridiano en las regiones interandinas de la Audiencia de Quito, presentan la más temprana descripción de este complejo, explicación relevante ya que, además de la especial atención que los mencionados marinos prestaban a este tipo de obras arquitectónicas, recorrieron y examinaron el área de Pambamarca con el objeto de fijar un punto topográfico para sus investigaciones geodésicas. Además del dibujo esquemático de una de las fortalezas de Pambamarca (Lámina XVI) en su “Relación Histórica del Viage a la América Meridional” (1978, I: 632-633), describen estas construcciones militares como fortificaciones ubicadas en las ci-

mas de los cerros y compuestas por varias líneas concéntricas de zanjas o fosos y de murallas a modo de parapeto, para defenderse de los enemigos y aun poder ofenderles sin recibir daño. En el interior de los fuertes había casas de adobe o de piedras sin labrar, que al parecer servían de alojamiento a las guarniciones allí radicadas.

A pesar de que este complejo ha sido visitado frecuentemente por viajeros, hasta finales de la década de 1960 no se contaba con una descripción exacta de este tipo de edificaciones. Con este objetivo escogió Udo Oberem (1969: 196-205) una de las construcciones más grandes de Pambamarca: el pucará conocido con el nombre de “Quitoloma” o “El Churo”. La mencionada fortaleza está situada en una loma aislada que se eleva unos 400 m. sobre el páramo circundante, a la altura de 3.780 m. sobre el nivel del mar; tiene un ancho de 280 m. y aproximadamente alcanza 700 m. de largo. A simple vista parece que la formación natural de la colina ha sido acertadamente aprovechada en la edificación, para proteger la sección inferior y más elevada con varios terraplenes. Éstos han sido construidos de tierra y en campo escarpado y en algunos lugares presentan todavía indicios de entradas antiguas. Casi todos los lados exteriores de los terraplenes están ocupados por fosos. En la parte occidental de la fortaleza son todavía visibles los fundamentos de 80 casas rectangulares y las huellas de unos 5 edificios de planta circular, que se asemejan a los depósitos de alimentos y vituallas tan conocidos en la América Nuclear Andina.

El indudable carácter militar de Quitoloma y otras construcciones semejantes está señalado por la existencia de fosos, los declives escarpados de los terraplenes fortificados con capas de piedras, las entradas específicamente protegidas y la enorme cantidad de piedras de honda y bolas en relación con el número total de los hallazgos. La existencia, en una pequeña sección de Quitoloma, de un número tan alto de planos de casas es un argumento suficiente para definirla como una fortaleza y, al mismo tiempo, con funciones de ciudadela para refugio. Aunque la comparación arquitectónica con construcciones similares fundamentaría la opinión de un carácter original incaico para Quitoloma y las demás fortalezas aledañas, a lo que se añadirían algunos hallazgos de cerámica cusqueña y, especialmente, el testimonio

que en 1583 hace el sacerdote Miguel Freile Mejía en la Probanza de Méritos de don Gerónimo Puento, Cacique Principal de Cayambe (Puento, 1981: 438-490), a juicio de Plaza Schuller (1976: 117), antes de tomar una posición a favor o en contra, se debe tener en cuenta la diversidad de patrones arquitectónicos presentes en los monumentos de Pambamarca, que no permite extrapolar la identificación cultural de Quitoloma y Achupallas para las restantes fortalezas del Complejo, algunas de las cuales presentan una arquitectura que contrasta por su simpleza.

No sería, por lo tanto, erróneo afirmar el origen preincaico del complejo de Pambamarca, por lo menos en su esquema defensivo, lo que no obstaculizaría el que todo el complejo y en especial algunas de sus fortalezas más significativas fueron revitalizadas por las tropas de ocupación incaicas, para ser posteriormente reacondicionadas y ampliadas, hipótesis que solamente podrá ser comprobada después de un análisis exhaustivo y en base a fuentes etnohistóricas y evidencias arqueológicas de los sistemas militares incaicos y de aquellos naturales de la región Caranqui-Cayambe. (Moreno Yáñez, 1981: 101-102).

Al pie del complejo defensivo de Pambamarca existe un antiguo camino (actualmente usado por mercaderes indígenas cerca de una vía carrozable) que, en tiempos prehispánicos, comunicaba Quito, por el Quinche con Cayambe y los demás poblados septentrionales. El paso de montaña de esta vía estaba dominado por la fortaleza de Quitoloma y su control inmediato se ejercía desde un puesto de guardia fortificado. Entre la pendiente que desciende desde el fuerte de Pambamarca hasta las estribaciones inferiores de Quitoloma, un foso doble, cuyos restos todavía se conservan, obstaculizaba el libre tránsito hacia el páramo de Chumillos.

La información más significativa sobre el señorío de Cayambe y que contiene evidencias esclarecedoras sobre la situación socio-política de la Sierra Norte, antes de ser definitivamente incorporada al Tahuantinsuyo, es la mencionada “probanza de Don Hierónimo Puento, Cacique principal del pueblo de Cayambe” (AGI. Quito, 22), documento que comprende dos “Informaciones” de méritos o servicios: la primera de 1579 y la segunda de 1583 (Puento, 1981: 438-490). En la prime-

ra parte de la Probanza Hierónimo Puento pone de relieve su participación, al lado de los españoles, en el sometimiento de los Quijos, mientras que en la Segunda Información manifiesta su noble linaje. El interrogatorio de la Segunda Información consta de seis preguntas, en dos de las cuales se solicita a los declarantes, caciques, indios y españoles sus testimonios sobre la filiación de Hierónimo Puento como hijo legítimo de Quiambia Puento y nieto de Maxacota Puento, señores que fueron de Cayambe y Otavalo y que como tales sustentaron una prolongada guerra contra los Incas.

De los diez testigos presentados por Puento, solo dos no respondieron a la segunda pregunta. Todos los demás, sin excepción, ofrecen respuestas afirmativas, en las que testifican no solo la calidad de Hierónimo Puento como descendiente de los señores de Cayambe, sino que reconocen la preeminencia en tiempos de la invasión incaica del señorío de Cayambe sobre Otavalo, Cochasquí y otros pueblos. Varios testigos además declaran que estos hechos eran conocidos por muchos caciques e indios principales, como ciertos y dignos de crédito. De estas informaciones emergen, como elementos importantes, la afirmación de que bajo el cacicazgo de Maxacota y Quiambia Puento, Ortavalo, Cochasquí y otras llajtacuna estaban sujetas al señorío de Cayambe. Según la “Información”, el señorío de Caranqui no estaba sujeto a Cayambe, constituyendo, de este modo, el segundo cacicazgo en importancia en la Sierra Norte, después de Cayambe, aunque especialmente por razones de parentesco ambos señoríos estaban relacionados de muchas maneras.

En resumen, la Probanza de Hierónimo Puento confirma con certeza la existencia del señorío de Cayambe, al momento de la invasión incaica, como el cacicazgo dominante, quizás a nivel de preeminencia militar dentro de una alianza anti incaica, en todo el Callejón Interandino Septentrional del Ecuador. (Larraín 1980 a, I: 118, 120). Sobre la intensidad y modo cómo pudo ejecutarse la preeminencia de Cayambe sobre otros señoríos étnicos, se analizará más detenidamente en el acápite correspondiente a la conquista incaica.

Hasta el momento pocos son los datos que conocemos sobre el principal poblado del cacicazgo de Cayambe. Parece que la residencia

de los señores étnicos no se cambió de lugar con las reducciones españolas, como fue el caso del Otavalo ancestral. De todos modos, es importante señalar que todavía en el siglo XVIII, según las observaciones de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1978, I: 625-626), sobre una pequeña elevación inmediata al pueblo de Cayambe, permanecían en pie las paredes de un edificio circular construido con adobes, que carecía de divisiones interiores y cuyo único ingreso estaba constituido por una puerta de reducidas dimensiones. Según los marinos españoles este edificio fue un templo o adoratorio de los naturales de aquella comarca y ofrecen en la lámina XVI de su “Relación Histórica del Viaje a la América Meridional” una perspectiva del edificio y de otras construcciones en la región de Cayambe. (Moreno Yáñez 1988, 2: 56).

Más de medio siglo después, Francisco José de Caldas pudo observar en la orilla occidental de la laguna de San Pablo un edificio de piedra bruta, con solo los frentes labrados y unidos con una argamasa de lodo. Su figura era circular, sin ventanas, con una sola puerta, aunque los indios aseguraban que había tenido dos. Su diámetro interior alcanzaba 46 pies; el ancho del muro 4 pies. El alto de la puerta no excedía la estatura de un hombre y terminaba en un pequeño arco el que estaba construido con piedras trabadas unas con otras. Otro monumento parecido también observó Caldas en Agato, un sitio risueño al norreste de Otavalo, sobre las faldas del cerro Imbabura. Las ruinas del mismo se encontraban sobre una pequeña colina cónica. Su forma era circular y estaba construido de piedra sin labrar. Su diámetro interior era de 43 pies, el grueso del muro 4 pies y su altura 13 pies, por lo que sus dimensiones eran semejantes a las del monumento a orillas de la laguna de San Pablo (Caldas, 1933: 71-74). Con probabilidad estas descripciones aclaran la forma y estilo del edificio redondo mencionado por los marinos españoles y que atrajo su atención en la comarca de Cayambe.

9. LA EXPANSIÓN DEL TAHUANTINSUYO EN LOS ANDES DEL NORTE

Como toda formación económico-social, la sociedad inca no fue estable sino sujeta a un proceso constante de transformaciones que, en sus últimas etapas, se aceleró, al iniciarse una lucha por el dominio y la centralización en un Estado de diversas formaciones tribales, señoríos étnicos y reinos que fueron sometidos y asimilados. No obstante, la sociedad inca como “imperio” se formó no lenta y progresivamente sino de modo casi repentino, pues todavía no había cumplido cien años de existencia al momento de la invasión europea.

Es conocida la secular polémica que ha durado desde los planteamientos de Sarmiento de Gamboa y del Inca Garcilaso de la Vega sobre el carácter violento, o el estado paternal, de la expansión del Tahuantinsuyo. Para Sarmiento, en su afán de comprobar la hipótesis política del virrey Toledo sobre el “carácter tiránico” del Incario, que justificaría la conquista española como una “liberación”, la expansión incaica es considerada como una anexión violenta y rápida del territorio andino. Garcilaso de la Vega, al contrario, sostiene la existencia de un gobierno benévolo, que corresponde a un estado creado y extendido con el beneplácito activo de la población a él sometida, hipótesis que solo una utopía renacentista podía tolerar, pero que tampoco puede ser excluida totalmente, mientras exista un desconocimiento de las formas en que funcionaron las relaciones redistributivas entre el Tahuantinsuyo y los grupos étnicos a él sometidos. La expansión incaica fue un proceso basado en sangrientas y prolongadas luchas, pero también establecido sobre un amplio sistema de “alianzas”, como especifican muy bien varios cronistas. (Pease, 1978: 31-33).

Relacionadas con las concepciones anteriormente señaladas, están las perspectivas que la contribución de diversas escuelas ha sustenta-

do, según las cuales la sociedad incaica ha sido clasificada como socialista, feudal, esclavista o totalitaria, etiquetas todas ellas que proceden de la historia económica y social europea. (Cfr. Espinoza Soriano, 1978). Ha sido, por lo tanto, importante la contribución antropológica en torno a las categorías básicas de las relaciones económicas y sociales andinas, sustentadas en los criterios de reciprocidad y redistribución, la que permite considerar también al Tahuantinsuyo bajo estas perspectivas, aunque debe ser tenido en cuenta, como elemento sustancial, la precariedad temporal y estructural del llamado “Imperio de los Incas”, frente a la continuidad y coherencia de los diversos desarrollos regionales andinos, que existieron antes del crecimiento del Estado cusqueño, y que sobrevivieron a su apogeo y destrucción, y aun a la profunda crisis de las organizaciones andinas causada por la invasión europea del siglo XVI. (Pease, 1978: 45; Moreno Yáñez, 1981: 129-130).

9.1.- Precariedad temporal de un imperio

188

La historia incaica, rescatada de la tradición oral y de los nudos de los amautas y quipucamayocs, atribuye al Inca Pachacútec, el “Reorganizador” o “Transformador”, haber inventado los procedimientos administrativos que permitieron el funcionamiento de un Estado en los Andes. Si el Inca Pachacútec y su sucesor Túpac Yupanqui consolidaron la autoridad cusqueña, existe escasa probabilidad de que una expansión tan rápida hubiera llegado a realizarse sin un nuevo marco institucional y una correspondiente ideología. Las innovaciones atribuidas a Pachacútec, en su gran mayoría, fueron probablemente reorganizaciones y proyecciones, a nivel estatal y aun imperial de las muy arraigadas y antiguas técnicas andinas de gobierno; otras necesariamente fueron nuevas, ya que no existieron precedentes para solucionar algunos problemas que el Tahuantinsuyo debió enfrentar a comienzos del siglo XVI. (Murra, 1975: 27).

Es también de interés analizar el problema que se refiere a la forma cómo el Cusco dominó en la América Andina, apropiándose simultáneamente de recursos muy variados, que incluían la energía humana tal

vez en el lugar más importante. El Cusco, a través de una burocracia dependiente y ágil, hizo posible la obtención, por parte del Estado, de una enorme cantidad de bienes que el Tahuantinsuyo posteriormente redistribuía, como un medio para conseguir permanente lealtad. La documentación inicial española demuestra que la formación estatal incaica dejó a los grupos étnicos a ella integrados una cierta independencia en lo político, pero ejerció un rígido control en lo económico, a través de una contribución consistente básicamente en mano de obra. Las aseveraciones anteriores explican la preferencia del Tahuantinsuyo en una expansión hacia aquellas zonas en las cuales ya existía un desarrollo productivo, y el propósito de dominar a los grupos étnicos que habían alcanzado un cierto nivel de organización social y de sistematización del acceso a los recursos; pauta que por otro lado limitó su crecimiento, o lo eliminó del todo, en aquellas otras regiones que no habían alcanzado una situación que posibilitara la obtención de los recursos valorados por los pueblos andinos; tal fue el caso de las sociedades tribales amazónicas y de varios pueblos de la Costa ecuatoriana. (Pease, 1978: 78-79; 86-87).

El verdadero Imperio Incaico (no el mítico) fue creado entre el tiempo del noveno gobernante Pachacútec Inca Yupanqui y la conquista española, por lo que tiene razón el cronista Miguel de Estete (1919: 300-350) al escribir inmediatamente después de la Conquista que, según las cuentas de los indígenas más ancianos, estas tierras no se habían sujetado a un príncipe sino “hace noventa años”. La clásica imagen de Garcilaso, de un imperio fundado por Manco Cápac y cuyos sucesores lo engrandecieron paulatinamente, mediante las anexiones pacíficas de muchos pueblos “bárbaros” y con el objetivo de ofrecerles civilización y orden social, está supeditada a una ideología y a la nostalgia de los descendientes de las panacas cusqueñas. Las conquistas incaicas empezaron realmente con Pachacútec, a mediados del siglo XV. Él y su hijo Túpac Yupanqui, que prosiguió su obra, fueron los verdaderos forjadores de la heredad territorial que recibió Huayna Cápac.

Es evidente que los orígenes incaicos en el Cusco fueron modestos, como atestigua el cronista Juan de Betanzos (1987: 23), escribano español que estuvo casado con una prima hermana de Atahualpa, Cuxi

Rimay, la misma que fue tomada por el Inca quiteño como su “Pivi-guarne”, al informar que antes de Pachacútec más de doscientos señorios aledaños al Cusco tenían jefes que ostentaban el título “Cápac Ynga”, del mismo modo que lo hacía el Inca Viracocha. El momento crucial en la historia política de los Incas, y el suceso que se convirtió en la gran epopeya, fue la victoria de Pachacútec sobre los Chancas, lo que permitió a la fuerza militar organizada por Pachacútec comenzar las fases de conquistas que, en pocos años, harían del Cusco la capital del imperio de los cuatro “suyos”. (Aranibar, 1964: 15 ss.; Moreno Yáñez, 1981: 129-132).

Parece que los Incas establecieron el patrón de dominio preferentemente a lo largo de una cadena de centros económicos o de poder que, al mismo tiempo, eran núcleos de extensas zonas de producción, por lo que especialmente en la región septentrional andina su dominio no alteró substancialmente la producción agrícola, que permitía redistribuir excedentes en las regiones aledañas y aprovisionar los depósitos. De este modo, se puede observar una cadena de centros administrativos, depósitos y tambos, unidos entre sí por el Cápac Ñan o gran vía imperial incaica, los que, a la par de reductos gubernativos y militares, eran centros de extracción económica de las zonas circundantes, o de aquéllas que ya antes y de diversas formas eran dependientes. (Cfr. Cieza de León, 1984, I: 51 ss; Guamán Poma de Ayala, 1936: 1084 ss.).

En la región norte del Tahuantinsuyo el centro más importante de poder, y durante gran parte del reinado de Huayna Cápac la residencia permanente del Inca, fue Tumipamba (cerca de la actual ciudad de Cuenca). Ya que su importancia fue excepcional, los relatos sobre su fundación incaica la privilegian como algo notable; rompió los patrones establecidos cuando Huayna Cápac se instaló allí y organizó una fuerte burocracia, trasladada inicialmente desde el Cusco, pero que adquirió progresivamente caracteres locales. Esta calidad de centro administrativo y de almacenaje, aparte de religioso, tuvo sin duda que ver con la aptitud de la región en la producción de maíz de alta calidad y, quizás, con la cercanía de zonas productoras de coca sitas hacia el oriente de los Andes. No se debe olvidar que los Cañaris eran proba-

blemente, después de las fases de Cerro Narrío, los distribuidores en los Andes y en la cuenca del Alto Amazonas de la concha *Spondylus*, considerada por los pueblos indígenas como un imprescindible elemento ritual en la agricultura, por lo que debe haber sido muy apetecido su control por los Incas. A lo anterior se debe añadir que Tumipamba se encontraba cercana a las conflictivas fronteras septentrionales, por lo que, además de residencia imperial, fue el centro desde el cual los últimos Incas dirigieron sus campañas hacia el norte. Por todo ello Tumipamba o Tomebamba adquirió un papel singular en el conjunto de centros administrativos del Tahuantinsuyo, evidenciando una vez más su situación al convertirse en el foco de disputa en la crisis más importante que sacudió al Estado cusqueño, al final de su existencia. (Pease, 1978: 104-108; Hidrovo Irigüen, 2000).

Durante el reinado de Atahualpa, el centro de gobierno se desplazó hacia el norte de Tomebamba, años en los que el Quito aborigen alcanzará su mayor significación. Los planes de Atahualpa, sin embargo, después de triunfar sobre Huáscar eran, según algunos testimonios, regresar a Quito o a Tomebamba para reedificarla y quizás residir permanentemente en alguna de las dos ciudades, después de abandonar el Cusco: designio que nunca se llevó a cabo por la destrucción del Imperio de los Incas y su transformación en una colonia del reino de Castilla. (Moreno Yáñez, 1981: 132-133).

9.2.- Conquista incaica del Septentrión Andino

La tradición más común hace referencia a que gran parte del Imperio, en su porción septentrional, fue establecida por Topa Inga Yupanqui (o Túpac Yupanqui) en base a conquistas, las que son narradas de acuerdo a una fórmula estereotipada, según la cual Topa Inga conquistó a los “bárbaros” del norte y fue traicionado por ellos, por lo cual su sucesor Huayna Cápac debió reconquistar y someter a los curacas rebeldes. La reconstrucción cronológica de las fases de la expansión incaica se dificulta, además, a causa de las versiones orales de los informantes indígenas recogidas por los cronistas, que no intentan presentar una secuencia histórica, sino desarrollar un arquetipo, cuya

narración está relacionada con un contexto ritual, ya que los hechos de conquista se relataban en determinadas fiestas cusqueñas. Los mitos de origen proporcionan un modelo de distribución espacial: el mundo está dividido en dos partes, que son subdivisibles en otras dos. Aparece de este modo un primer esquema, que corresponde a la idea de las sociedades duales; en el caso andino, con un centro en el Cusco.

Quizás ayudaría a comprender el problema la exposición de un supuesto previo, en el sentido de que los hombres andinos representaban acontecimientos históricos mediante rituales que encuadraban un relato mítico. Aun después de producida la invasión española, por ejemplo, se elaboraron versiones de la misma que sobrevivieron bajo la forma de danzas de la conquista, o de la tragedia del fin de Atahualpa. No hay razón específica para dudar de la existencia de representaciones escénicas análogas, pertenecientes al período pre-incaico o referentes a la invasión cusqueña. Se ha mencionado ya la representación que protagonizaron los indígenas de Quito sobre la guerra de conquista dirigida por Huayna Cápac contra la señora Quilago de Cochasquí.

Al proponer un ordenamiento de los datos, que presentan los cronistas sobre las conquistas incaicas, llama la atención inicialmente, que las expediciones suelen caracterizarse por salir del Cusco y posteriormente retornar a él, evento que es solemnizado con fiestas triunfales en la ciudad sagrada. Si se intenta reconstruir un esquema inicial, tomando a los últimos Incas como ejemplo, coinciden las versiones en que las conquistas se inician por el norte y continúan en el sentido general de las agujas de un reloj. Llama particularmente la atención la constante ampliación de un movimiento que termina en una evolución espiral. Interesa especialmente constatar cómo en el relato de Miguel Cabello Balboa (1951), justamente cuando Huayna Cápac invierte el sentido del movimiento (¿al otro lado de la Línea Equinoccial?), enferma y termina sus días. (Pease, 1978: 108-114; Moreno Yáñez, 1981: 133-134).

Hasta el estado actual de las investigaciones, se desconoce todavía si Topa Inga inició las conquistas del territorio que actualmente constituye el Ecuador, o si ya antes hubo alguna incursión previa. Joan de

Santacruz Pachacuti Yanqui Salcamaygua (1993: 222, 228) alude a una primera conquista de parte de la Sierra ecuatoriana por el Inca Pachacuti en persona, si bien la mayoría de los cronistas inicia el relato del sometimiento de estas regiones con la invasión armada de Túpac Yupanqui, su hijo, por orden del propio Pachacuti, ya viejo. Una previa conquista por Pachacuti, antes de la primera expedición de Túpac Yupanqui, es dudosa, y su mención quizás responda al intento de justificar la conquista incaica con la premisa de un acto masivo de rebelión. De haber existido, tendría que haberse realizado antes de 1463, de acuerdo a los cómputos de varios autores. (Larraín 1980 b, II: 267).

En base a consideraciones puramente arqueológicas, Albert Meyers (1976: 182 ss.) deduce que el proceso de conquista y ocupación del altiplano ecuatoriano se realizó en tres fases: la primera incluiría el territorio entre la Sierra septentrional peruana y el nudo del Azuay; la segunda llegaría hasta el área norte próxima a Quito; la tercera finalmente abarcaría la zona más boreal de la Sierra ecuatoriana. Esta división en tres fases proporciona también la estructura, para una cronología de la ocupación incaica en el Ecuador. Es de notar, que en esta división arqueológica del tiempo, las breves ofensivas militares no son tan importantes, como la delimitación temporal de un horizonte de cultura en una zona determinada. Testigos de una larga ocupación al sur del nudo del Azuay son, por un lado, la gran densidad de hallazgos y la intensidad de la influencia incaica en la cerámica, que condujeron al surgimiento de un estilo mixto; por otro lado, la aparición frecuente de ruinas arquitectónicas, sobre todo de construcciones en el estilo clásico del Cusco. Testimonian una consolidación de la cultura incaica en este territorio sitios como Tomebamba, la que en ciertos aspectos se asemeja al Cusco; templos como Ingapirca y la aparición de piedras esculpidas y dinteles. (Cfr. Idrovo Irigüen, 2000).

Para la Sierra Central y Septentrional es patente la disminución de evidencias arqueológicas incaicas, lo que supone una ocupación temporal más corta. La concentración de fortificaciones en el área norte de Quito, sobre todo en la zona que se extiende desde los flancos meridionales del Mojanda, pasando por Cajas, Cayambe y Pambamarca, permite con seguridad suponer una agitada época de conquistas en

ese territorio y una breve consolidación de la cultura incaica en las regiones septentrionales del Callejón Interandino ecuatoriano.

Según las versiones de Pedro Sarmiento de Gamboa (1965: 248 ss.) y la “quiteña” de Miguel Cabello Valboa (1951: 320 ss.), una vez nombrado Topa Inga Yupanqui como sucesor de Pachacuti, el heredero del Imperio se empleó en la conquista de las naciones del Chinchaysuyo, hasta llegar a la provincia de los Cañares, donde prendió a sus sinches, o jefes guerreros, nombrados Písar Cápac, Cañar Cápac y Chica Cápac, y edificó una fortaleza inexpugnable en Quinchicaxa, donde dejó un presidio de gente de diversas regiones, a quienes llamaban Mitimaes, y ordenó a los naturales que les entregaran alimentos y otros medios de subsistencia. Parece que durante esta primera estancia en territorio cañar, nació en Tomebamba el futuro Inca Huayna Cápac.

Con el objeto de defender la frontera con los Chimbos y Puruhaes, pueblos que estaban en pie de guerra, y someter a los grupos aborígenes situados en las faldas septentrionales del nudo del Azuay, Túpac Yupanqui ordenó fabricar fortalezas y aposentos en Azuay, Pomallacta y Tiocaxas (Cabello Valboa, 1951: 320). Es probable que después de estos sucesos Tupac Yupanqui retornara al Cusco, llevando consigo como rehenes un número considerable de Cañares, a quienes afincó en la región del Cusco. (Sarmiento de Gamboa, 1965: 249; Cieza de León, 1984, I: 206; cfr. Moreno Yáñez, 1981: 133-136).

Es durante la segunda campaña de Túpac Yupanqui, hacia el norte, cuando los Incas entran en contacto directo con las provincias y comarcas de Quito. Al respecto es de interés poner de relieve la observación de Sarmiento de Gamboa (1965: 250), sobre la existencia de una confederación entre el rebelde Písar Cápac, sinche de Tomebamba y Pillaguaso, sinche de las provincias y comarca de Quito, cuyas tropas unificadas entablaron feroz batalla contra las huestes cusqueñas. No especifica Sarmiento el lugar de este combate; Cabello Valboa (1951: 321), sin embargo, identifica el emplazamiento a la entrada de la “comarca” de Quito, dato que, enmarcado en el contexto de que la región de Quito comenzaba en Tiquizambi (antiguo Tixán), significaría un lugar cercano a la línea de fortalezas en la frontera sur del territorio Puruhá, probablemente en los alrededores de Tiocaxas. A esta

batalla, siguieron muchas otras, pues

... no quedo paso (en lo que ay de los Tiquizambies á los de Quito) donde se pudiesse poner ofensa para los Cuzcos que no se pusiesse, y sobre dejarlo o tomarlo no subcediessen lastimosos estragos, mas como era mucha la multitud que ya seguia á los vencedores Yngas, estaban tan hechos á vencer que tenian por delito grave perder pie en tierra, y ansi (aunque son sangre noble de muchos de los Yngas) alcanzaron la victoria de los Quitos que en bano auian peleado y ganandoles la tierra, y la ventura los fueron siguiendo hasta que ya dessangrados, y desalentados se rindieron á la fortuna y a el Ynga el qual castigo benignamente la altivez de su determinación, y prendieron (no sin trabajo) ál Caudillo, y General de aquel exercito, Cacique de cierta Provincia de Quilacos llamado Pilla guasu, y haciendo fortaleza con el sudor y trabajo de los mismos contra quien se hacia les pusieron presidio de gente de más confianza, que hasta entonces ellos lo eran, y se le mando á los naturales que como á sus mismos Señores los sirviesen y obedeciessen (Cabello Valboa, 1951: 321-322).

Entre los combates, antes de arribar al lugar donde después se asentó San Francisco de Quito, tiene especial mención en “El Señorío de los Incas”, de Cieza de León (1984, I: 206), la recia guerra que dieron al Inca los naturales de La Tacunga, donde después de conquistarla mandó construir insignes edificios. Quito a su vez fue apreciada por Túpac Yupanqui, quizás a causa de su importancia como centro de intercambio vial y económico:

Y pareciéndole bien aquella tierra y que era tan buena como el Cuzco, hizo allí fundación de la población que hubo, a quien llamó Quito y poblóla de mitimaes, e hizo grandes casas y edificios y depósitos, diciendo: el Cuzco ha de ser por una parte cabeza y amparo de mi gran reino; por otra ha de ser el Quito (Cieza de León 1984, I: 206).

Esta incipiente “regionalización” será posteriormente la causa de las desavenencias y rivalidad entre Atahualpa y Huáscar: observación que se debe tener en cuenta para valorar en su dimensión exacta la calidad de esta fundación incaica. Cieza anota (1984, I: 56) la existencia exclusiva en Quito de aposentos reales y principales, ilustrados y acre-

centados por Topa Inga y Huayna Cápac, y la ausencia de un palacio real, templo al sol y casas de las Mamacuna. Cieza es explícito al afirmar que, desde el norte hacia el sur, se construyeron palacios reales, templo del sol “Coricancha” y un “Acllahuasi” únicamente en Caranqui, Latacunga y Tumibamba, añadiendo que Latacunga era la sede del mayordomo mayor del Inca (Cieza de León 1984, I: 53-59; cfr. Larraín 1980 b, I: 262, 271; Moreno Yáñez, 1981: 136-137).

Es difícil precisar el límite extremo septentrional de este avance de Túpac Yupanqui. Aunque no se puede asegurar por entonces la conquista del territorio del País Imbaya, que comprendía especialmente los cacicazgos de Cochisquí, Otavalo, Cayambe, Caranqui, parece que las tropas incaicas, en esta oportunidad, tuvieron las primeras escaramuzas con las huestes de Puento. Significativa es por lo mismo la información de Pachacuti Yamqui (1993: 231), sobre el traslado al Cusco de soldados “*Cayambis, Cañares y Chachapoyas para sus alabarderos*”, además del envío por Túpac Yupanqui al Cusco, de “*muchas mozas de los Quitos, Quilacos, Quillay Sinca, Chachapoyas y Yungas, Guayllas Guancas para donzellas de su Coya, y principalmente las acllas de Tisci Capac Uiracochan Pacha Yachach, llamado yurac aclla, uayrur aclla, paco aclla, yana aclla, y mucha riqueza de piedras y oro y plata y plumirías*”.

Puesta en orden esta importante provincia, Túpac Yupanqui determinó explorar las regiones interpuestas entre Quito y el mar, con cuyo objeto entró por la provincia de los Chimbo y, después de vencer muchas dificultades, llegó a la región de los Huancavilcas, desde donde avanzó hasta el valle de Xipixapa y la costa de Manta. Desde allí organizó una expedición marítima y avanzó en balsas hasta unas islas que, según una leyenda, se llamaban Hagua Chumbi y Nina Chumbi, expedición que terminó con éxito. De regreso, prosiguió su camino hacia Tumbes, para finalmente ingresar con fama de conquistador en el Cusco. (Cabello Valboa, 1951: 322-332).

Huayna Cápac, sucesor e hijo de Túpac Yupanqui, desarrolló también una activa vida militar, pero al contrario de las de su padre y abuelo, ésta no fue solo de expansión, sino más bien de consolidación. Al frente del Tahuantinsuyo sucedió a un Inca conquistador, un Inca organizador, característica que repercutió aun en los grupos mitmajcu-

na, cuya función económica desde entonces quizás dominó sobre el carácter militar o estratégico. A pesar de la peculiaridad enunciada del gobierno de Huayna Cápac, este Inca continuó la política expansionista del imperio incaico, hasta someter definitivamente a varias naciones, o grupos étnicos, especialmente en las regiones boreales del Chinchaysuyo, al norte de Quito.

Como ardua tarea y difícil se puede calificar la reconstrucción del itinerario y orden cronológico de las campañas militares de Huayna Cápac, sobre todo por la confusión en que frecuentemente incurrían los cronistas y sus informantes. No solo se encuentran campañas repetidas sino desorden en su narración; por lo mismo el planteamiento, sin pretender ser definitivo, intentará dar una explicación lógica a estos hechos. Según Cieza de León (1984, I: 214 ss.), con el objeto de facilitar su viaje hasta Quito, Huayna Cápac ordenó la construcción de un amplio camino que unía la Capital con el extremo septentrional del Tahuantinsuyo y, acompañado de gente de guerra, avanzó hasta Tomebamba, donde se holgó mucho por haber allí nacido, y aun ordenó que, con piedras traídas del Cusco, se construyeran hermosos edificios en el lugar de su nacimiento. De Tomebamba salió Huayna Cápac y pasó por los Puruhaes, y descansó algunos días en Riobamba, Mocha y Latacunga. En este último lugar el Inca fue visitado por muchos señores y capitanes de la comarca. De modo semejante, en Quito,

fue recibido, a su modo y usanza con grandes fiestas; y le entregó el gobernador de su padre los tesoros, que eran muchos, con la ropa fina y cosas más que a su cargo eran [...]. Los pueblos comarcanos a Quito enviaron muchos presentes y bastimentos para el rey y mandó que en el Quito se hiciesen más aposentos y más fuertes de los que había. (Cieza de León 1984, I: 216; Moreno Yáñez, 1981: 137-140).

Una vez organizada la provincia de Quito y, a semejanza de su padre, Huayna Cápac recorrió parte del litoral del actual Ecuador y sometió definitivamente a los Lampuna (isla Puná), con los que ejerció grandes castigos en represalia a la fingida paz que le ofreció el cacique Tumbalá. Cesadas las contiendas, Huayna Cápac se encaminó, por la

calzada de los Llanos, hacia el Cusco, desde donde, después de algún tiempo, tomó la vía del Collao, para organizar la administración en el sur del Tahuantinsuo.

Se encontraba Huayna Cápac en esta visita, cuando se enteró de que los Quitos, Cayambes, Caranquis, Pastos y Huancavilcas se habían alzado y aun matado algunos gobernadores dejados por el Inca en esas regiones. Por lo cual aprestó su vuelta,

y vino a Tiaguanaco, adonde pregonó la guerra contra los Quitos y Cayambes [...] juntó con gran presteza mucha gente de todas las partidas de los cuatro suyos y nombró por capitanes a Michi de los Hurincuzcos y a Auqui Topa de los Hanancuzcos y dejó por gobernador en el Cuzco a su tío Guamán Achachi; otros dicen que a Apo Hilaquita y a Auqui Topa Inga, dejando en el Cuzco a su hijo que le había de suceder, llamado Topa Cusi Gualpa Indi Illapa [...] que vulgarmente llaman Huáscar. Y aprestado para la jornada, mandó que se aderezasen para ir con él Atagualpa y Ninan Cuyoche [...] que eran buenos mancebos (Sarmiento de Gamboa, 1965: 261).

Una evaluación de los datos que sobre esta guerra ofrece el cronista indígena Joan de Santacruz Pachacuti Yanqui (1993: 247-250), lleva a la conclusión de que los preparativos de la campaña contra los señorios del norte fueron de tal importancia, que englobaron a todos los cacicazgos del Imperio. En efecto, después de un año y medio de preparativos, acudieron de todas partes los soldados y en el Cusco fueron organizados en cuatro grupos de ejército, según los suyos de donde provenían, a cuyo frente señaló el Inca generales y encargados del aprovisionamiento.

Después de una visita al santuario de Pachacámac, el Inca con toda su gente de guerra llegó a Tomebamba, donde se ocupó en la construcción de las casas del Coricancha o templo del sol, antes de proseguir con su expedición guerrera, obra que juntamente con la edificación de otras suntuosas construcciones hizo de Tomebamba una permanente residencia del Inca. (Cfr. Sarmiento de Gamboa, 1965: 261; Pachacuti Yamqui, 1993, 249; Cabello Valboa, 1951: 364-365).

El avance a través de los valles interandinos de las provincias situa-

das al norte de la nación Cañar, debe haber sido lento, pues las tropas incaicas fueron el blanco de frecuentes ataques por parte de los Puruhaes y Sigchos. La ocupación incaica de la región central interandina del actual Ecuador, trajo como consecuencia que numerosos grupos de Puruhaes y Sigchos se refugiaron en el territorio de los Cayambes y aun al norte del río Chota (Pachacuti Yamqui, 1993: 249-250). En las guerras del norte parece que el ejército del Cusco no estableció su base en el lugar denominado Quito, sino en Tomebamba, a donde siempre se retiraba entre las campañas; por lo mismo Quito en este período no sería seguro militarmente, como tampoco una corte incaica desarrollada (Moreno Yáñez, 1981: 140-141).

9.3.- Incursión inca en el País Imbaya

De la versión de Cieza de León (1984, I: 217 ss.) puede deducirse que una vez asegurada Quito, envió Huayna Cápac a sus huestes a controlar las

naciones que no habían querido jamás tener su amistad; los cuales, como ya supiesen su estada en el Quito, recelándose dello se habían apercebido y buscado favores de sus vecinos y parientes para resistir a quien a buscarlos viniese; y tenían hecho fuertes y albarradas e muchas armas de las que ellos usan (Cieza de León 1984, I: 217).

199

En su análisis sobre la incursión inca en el Septentrión Andino ecuatoriano, Plaza Schuller (1976) demuestra, contrariamente a una lógica mecanicista, que la ruta expansiva cusqueña no siguió un desplazamiento estricto de sur a norte, sino una estrategia que habría permitido un control militar selectivo en base a un rodeo del territorio Otavalo, Cayambe, Caranqui.

Un paso previo al rodeo del territorio de la alianza norteña debe haber sido la conquista definitiva de la región de Guayllabamba-Quinche. Aunque Guayllabamba, pueblo instalado en un pequeño valle que se incrusta en una zona seca situada entre los ríos Pisque al norte y Guayllabamba al suroccidente, había sido ya anexionada al Tahuantinsuyo por Topa Inga Yupanque, quien lo despojó a su cacique

natural Cachequinche, fue transformada con seguridad en un asentamiento de mitimaaes. Gracias a diversas obras de regadío, los predios de Guayllabamba se transformaron en productores de maíz y “michiay”, más exactamente “michca”: maíz tierno asociado generalmente con el riego artificial. (Monroy, 1937: 219-220; Pérez, 1960: 239; Salomon, 1980: 109). Hipotéticamente podría señalarse que el nombre aborigen de Guayllabamba (en quichua = llano verde o fértil) fue Inraquí; su señor fue Cachequinche, dato que consta en la siguiente transcripción documental:

Que la dicha tierra fue de un indio que se llamó Cachequinche, abuelo del dicho don Juan Puratico y que Topinga Yupangue se lo quitó y sembraba en ella maíz, michiai y que después, en tiempo de Guanacaba y Atabalipa se hacía lo mismo en las dichas tierras, y después que entraron los españoles no se había cultivado por haberse quebrado las acequias y ser cosas toscas volverlas a sacar. Y que quería mucho las tierras por haber sido de sus abuelos y que no quería le proveyesen (Monroy, 1937: 219-220).

Al respecto anota Borchart de Moreno (2004), al tratar sobre las encomiendas en la región de Cayambe, que es de especial interés la “estancia de Gualcaba” que desde 1548- 1549 se menciona como parte de la encomienda de Alonso Martín de Quesada, quien era además encomendero de Cayambe. “Obviamente se trata de un caso de reordenamiento de la propiedad de tierras iniciado con las conquistas de Topa Inga Yupanqui. La “estancia de Gualcaba”, como se llamaba en 1548/49 y 1561, había pasado a formar parte de las tierras del Inca y se recordaba como propiedad de Huayna Cápac”. Y más adelante añade la autora: “Quizás el ayllu Yanaconas de Tabacundo correspondía al grupo que había trabajado las tierras de la “estancia de Gualcaba”. En este contexto es importante señalar que el único sitio con un posible regadío precolonial localizado en la zona de Tabacundo, corresponde a la posterior hacienda de Jerusalén, al sur del pueblo de Malchinguí. En la misma zona, a unos 5 kms. Al suroccidente del actual pueblo de Malchinguí, se encuentra el topónimo Guayllabamba, al igual que el de Hoyacachi, que podría corresponder al de Oyacachi, mencionado como parte de la encomienda en 1573. En una lista de

“llajtas” de la zona de Cayambe, fechada en 1574, constan fuera de Cayambe y Taguacundo también Ychisi, Tupigachi y Oyacachi, mención que apoya la idea de que el asentamiento ubicado en la ceja de montaña oriental no era el único con este nombre”.

Por su posición geográfica, Guayllabamba se debe haber transformado en un lugar estratégico para la guerra contra los Cayambis y especialmente contra los Cochisquies. Se ha hecho ya una mención a la conquista del cacicazgo de Quilago. Para afianzar mejor su dominio, los Incas trasladaron una parte de los nativos de Inraquí, como mitimaes al pueblo de Pomasqui y les expropiaron sus tierras, las que pasaron a ser propiedad directa del Inca (Pérez, 1960: 240-241; Moreno Yáñez, 1981: 73; Bray, 2003: 22-23).

Parecido es el caso del poblado El Quinche. Jacinto Jijón y Caamaño (1914: 61-81), deseoso de completar las notas tomadas en Urcuquí, fue el primero que distinguió entre El Quinche pre-incaico y el asentamiento incaico. Cerca de los repechos del río Quinche y junto a la casa de hacienda “El Molino” encontró un montículo artificial cuadrado de 80 m. de lado y 5 m. de altura, de paredes escarpadas, sobre todo la septentrional. Quizás su función fue de fortaleza. Casi a medio kilómetro de distancia otras ruinas captaron la atención del primer arqueólogo ecuatoriano. Éstas se encontraban, dominadas por una colina, en una amplia terraza entre los ríos Quinche e Igñaro. Según Jijón y Caamaño, se trataría de un “templo” que constaba de tres cuadrados comprendidos entre dos muros paralelos, orientados de norte a sur que, como los divisorios, tenían corte trapezoidal, debido a que sobre un hacinamiento de trozos de cangahua se había amontonado una gran cantidad de tierra. Descubierta el interior del muro occidental se pudo observar que sobre una base de cangahua, durante varias generaciones, se había amontonado tierra, ceniza, restos de carbón, huesos calcinados de llamas, ciervos, cuyes y aves, e innumerables fragmentos de alfarería que mostraban señales de poco uso, por lo que es probable que los ceramios fueron rotos intencionalmente. Para Jijón y Caamaño se trataría de un templo aborigen erigido en honor al “Sol poniente”, el que, sin embargo, no estaría en uso a la llegada de los Incas.

También en la explanada entre los ríos Quinche e Igñaro, Jijón y Caamaño (1914: 71-76) detectó el poblado denominado por él “El Quinche incaico”, defendido por un pucará de forma elíptica. Además de los materiales de algunas tumbas, pudo describir las ruinas del denominado por él “Templo del Sol”: un edificio rectangular, cuyos lados medían 56 m. y las bases 30 m. En el muro oriental parecía haber existido una cámara de 10 metros cuadrados; en el septentrional tres o más iguales a la anterior. Dada la cercanía del actual pueblo, parece que los materiales del edificio fueron reutilizados en construcciones modernas, aunque se mantuvo a nivel popular la designación del lugar como “Templo del Sol” o “Iglesia antigua”.

La importancia de El Quinche como un centro multiétnico de colonias mitimaes fue reconocida inicialmente por Aquiles Pérez (1960: 241-250), quien identificó seis diferentes grupos étnicos procedentes de varias regiones del Tahuantinsuyo. Los grupos identificados incluían a los Angara, Cañari, Guanga, Ichingui, Tacuri y Yauyo (Bray, 2003: 23). Según Waldemar Espinoza Soriano (1983, I: 365-366), “La presencia de Angaras en El Quinche, que fue territorio Cayambe, es una demostración que se contrapesó la despoblación que significó la extracción de 1.000 mitayos [sic; debe decir mitimaes] sacados de allí para llevarlos al reino de Ancara o Angara. De todas maneras, no se sabe si fue una compensación simétrica, o tal vez asimétrica”. Tiene razón el historiador peruano al aseverar que probablemente se trata de “yanaconas del Inca”, encargados de sembrar, cosechar y almacenar los productos extraídos de las tierras asignadas al soberano. “Es probable – añade Espinoza Soriano (1983, I: 366) – que el jefe de los mitimas yanaconas radicados en El Quinche fue un Cañar, por cuanto fue un cacique Cañar el que puso en manos de los españoles unos curiosos cántaros de barro esmaltados e incrustados con metal precioso y otros objetos de oro y plata, cuando las tropas hispanas asaltaron El Quinche”.

Además de la función económica, al servicio directo del Inca, los pobladores “Yanaconas” de El Quinche deben haber tenido, como función muy importante, la de ser guarniciones para la represión armada. No obstante, no se debe dejar de lado el significado de El

Quinche como centro religioso, lo que puso ya de relieve Jacinto Jijón y Caamaño (1914: 74 ss.). “La proposición de que El Quinche pudo haber sido el asiento de una huaca prehispánica ayudaría a explicar la enigmática atracción que los Incas tuvieron hacia el sitio” (Bray, 2003: 24).

Al contrario de la importancia sagrada del lugar como un santuario, que ha congregado innumerables peregrinos a lo largo de varios siglos, El Quinche ha sido ignorado como un centro arqueológico. En 1910 Jijón y Caamaño observó 15 montículos y su descripción menciona la presencia de tolas cuadriláteras y hemisféricas (Jijón y Caamaño, 1914: fig. 13), entre ellas las dos que designó como un templo aborigen al Sol y un templo incaico a la Luna. Después de casi cien años todavía se ven en el sitio los contornos de seis de las tolas registradas por Jijón y Caamaño; lo que queda de las restantes son únicamente las ondulaciones en el paisaje de un terreno trabajado para la producción agrícola. No obstante, dos de las tolas grandes cuadriláteras están todavía intactas. Las hileras con bloques de cangahua cortados que forman la infraestructura de ambas tolas están expuestas en varios lugares. Otros rasgos todavía evidentes incluyen un bloque aislado de cangahua, el segmento de una pared de adobe y un recinto de piedras que corona la cumbre donde se encuentra el sitio de El Quinche prehispánico (Bray, 2003: 190).

Todavía durante su estadía en Tomebamba, Huayna Cápac habría decidido conquistar en primer lugar a los Pastos y, consecuentemente también a sus vecinos los Quillacingas, para de este modo reducir las posibilidades de abastecimiento y posible refugio a los naturales de Otavalo, Caranqui y Cayambe (Cabello Valboa, 1951: 365). Garcilaso de la Vega (1963: 302-303) permite establecer un itinerario de la ruta de conquista: de Quito a los Quillacingas, de los Quillacingas a los Pastos, para luego avanzar hacia el sur y someter a los Otavalos, Cayambes y Caranquis.

Aunque resulta, por el momento, muy apresurado y arriesgado adscribir la construcción del imponente sistema de fortalezas que encierra casi la totalidad del territorio Otavalo, Cayambe y Caranqui, a los naturales de la región o a los Incas, en términos generales

se puede aseverar que la situación de conflicto fue intensa. Fernando Plaza Schuller (1976: 109 ss., lámina 1) ha logrado reconstruir el complejo sistema de pucarás que desde Tanlagua, Guayllabamba y Pambamarca, sigue por la cresta de la Cordillera Real, avanza hacia el norte, para finalmente seguir el cauce del Río Chota, hasta terminar en las cumbres de la cordillera Occidental en las fortalezas de montaña entre los ríos Cariyacu y Yerbabuena, al sur del Yanaurco. (Gondard y López, 1983: 245). Después del etnocidio de Yaguarcocha, es evidente que el complejo de fortalezas pudo ser utilizado exclusivamente por las guarniciones incas; las evidencias etnohistóricas, sin embargo, permiten afirmar que varias fortalezas fueron empleadas por los naturales Otavalos, Caranquis y Cayambis como complejos defensivos contra la incursión incaica. Únicamente esta alternativa podría explicar su larga resistencia contra los ejércitos del Incario. (Moreno Yáñez, 1981: 141-142).

Fundamentado en varios cronistas y, de modo especial, en Pachacuti Yamqui, Larraín (1980 b, II: 253 ss.) ha conseguido con acierto reconstruir las últimas batallas de Huayna Cápac, que decidieron el sometimiento de los Otavalos, Cayambes y Caranquis al Tahuantinsuyo. Sobre la duración de estas campañas es todavía difícil dar un dato preciso. La Probanza de Méritos de Don Hierónimo Puento, presentada en 1586 (1981: 438-490), recoge el testimonio de varios testigos, quienes aseguran que el abuelo de Hierónimo, el curaca de Cayambe Maxacota Puento, resistió muchos años: según la expresión de algunos testigos 17 años, según otros 8 años y no faltaron quienes dijeron 20 años. Se podría aceptar que la resistencia de los Cayambes, Cochisquies, Otavalos y Caranquis, bajo el mando de Maxacota, como “cacique de guerra”, duró alrededor de 10 años. La tercera pregunta a la que fueron sometidos los testigos presentados por Hierónimo Puento (1981: 461), alude en los siguientes términos al asunto:

si sauen etc. que los dichos padres y abuelos del dicho Hieronimo Puento antes e despues de los yngas los sujetasen sus pasados y ellos fueron señores e mandaban los pueblos de Cayambe, Cochizqui e Otavalo y sustentaron la guerra contra los Yngas tiempo de diez años poco mas o menos sin ayuda de otros naturales e ympedido los dichos pasaron adelan-

te con la dicha conquista y al fin fueron muertos y vencidos los dichos caciques de Cayambe”.

El contenido de las respuestas muestra coincidencia con la opinión de Cieza de León (1984, I: 218), constituyéndose en una versión que merece crédito. Este cronista pone énfasis especial en la alusión a la resistencia Cayambi, lo que estaría comprobado por las evidencias arqueológicas, hasta el momento accesibles, según las cuales el sistema defensivo que circundaba el área Cayambi, era aproximadamente dos veces más fuerte que el sistema similar construido en torno a Caranqui. La extensión geográfica del conjunto de cacicazgos de Caranqui, Cayambe, Cochisquí y Otavalo debe ser completada con otras llajta-cuna menores, como las mencionadas explícitamente en el testimonio de Juan Freile Mexía, doctrinero que sirvió de testigo a Puento; tal es el caso de los poblados de Guayllabamba, Tabacundo, Perucho y Perugache y, quizás, siguiendo a Cieza de León (1984, I: 218), el pueblo de Pífo. (Larraín 1980 a, I: 127-128; Moreno Yáñez, 1981: 142-143).

Muchas habrán sido las derrotas sufridas por los ejércitos del Tahuantinsuyo especialmente ante los bastiones de Cayambe y Caranqui. Hasta los estudios actuales es difícil precisar el momento de la ane-xión del señorío de Otavalo al Tahuantinsuyo. Parece que, una vez que fueron sometidos los Cochisquíes, una parte de los sobrevivientes se refugió en Cotacachi. Conquistada la región de Cochisquí, sometidos los pueblos Pastos y rodeado del País Imbaya con guarniciones incas ubicadas en el enorme circuito de fortalezas, Otavalo probablemente aceptó el dominio incaico. Esta hipótesis se comprobaría con la existencia de una población otavalo relativamente numerosa al advenimiento de los españoles, con las alianzas incluso matrimoniales entre Otavalo Ango y la familia del Inca Atahualpa y con la expansión del sistema hacendatario especialmente en las regiones de Cochisquí, Cayambi y Caranqui, mas no en Otavalo. (Cfr. Borchart de Moreno, 2004). Entre las derrotas incas son dos las mencionadas con mayor frecuencia por los cronistas: el desastre de las tropas veteranas compuestas por los orejones, durante la cual aun el mismo Huayna Cápac fue derribado de las andas, sobre las que dirigía la lucha; y la pérdida

de grandes contingentes de soldados collas (Sarmiento de Gamboa, 1965: 262; Pachacuti Yamqui, 1993: 250), pues los Cayambes y Caranquis hicieron entre ellos una gran matanza, de la que escaparon muy pocos. Las sucesivas derrotas obligaron al Inca a retornar a Tomebamba y desde allí convocar nuevas tropas de reserva.

Según la versión del cronista colla Pachacuti Yamqui (1993: 250 ss.; cfr. Larraín 1980 b, II: 298 ss.), las últimas fases de la épica defensa de los Cayambis y Caranquis podría reconstruirse en los siguientes términos. El ataque tuvo lugar por tres flancos: la zona de Guayllabamba, la línea de los páramos situados al oriente de Pambamarca, y una línea media que podría identificarse al norte del Quinche. Las tropas del Collasuyo se encargaron del avance por la cima de la Cordillera, al este de Pambamarca, con el objeto de atacar por la retaguardia a los Cayambes; los Chinchaysuyos acometieron desde Guayllabamba y Otón, o quizás desde Cochisquí y Tabacundo; mientras que el grueso de las tropas incaicas, bajo el directo mando de Huana Cápac, recibió la orden de atacar frontalmente y desde el Quinche, al complejo defensivo de Pambamarca. La primera gran batalla, sin embargo, se dio en un vado del río Guayllabamba, quizás cercano a la confluencia con el río Pisque, contienda a la que algunos cronistas se refieren como un ataque y conquista de la fortaleza de Cochasquí, ya mencionada en páginas anteriores, y que probablemente tuvo lugar ya en una fase anterior del avance inca.

El ataque combinado entre la retaguardia colla y la vanguardia bajo el comando directo del Inca y las tropas del Chinchaysuyo, decidieron las batallas contra lo que quedaba de la confederación Cayambe-Caranqui. Según Joan de Santacruz Pachacuti Yamqui (1993: 250-251), el Inca

al fin, combate con nuevo ánimo más que nunca. Y los Collasuyos, en esta sazón, sube a las fortalezas de los Cayambis con gran furia e ympetu, por fuego y sangre, ussando gran crueldad, sin perdonar a chicos y grandes, asolándole y deshaziéndole los caseríos y fortalezas; y visto por los Cayambis el peligro tan grande, se desmaya, porque los Collasuyos, viendo hazer tanta matança en los suyos, quando el atajo y saltos que dieron en la primera, no se salen, antes los coleriza de hazer doblado ven-

gança. Y en esta sazón los Chinchaysuyos entra o sube al serro alto y los gana a los que yvan echando las calgas. De modo, el ynga, en esta sazón, pelea en persona, acompañado de los Mayos y Sancos y Quilliscachis, en donde los enemigos aynas gana al mismo ynga aquel día; porque una vez, estando en la pelea, caye de un trompessón, desta causa, el ynga deja las porras y toma la lança de su padre.

La presión de las tropas incaicas parece que obligó a los Cayambes y Caranquis a abandonar algunas fortalezas, para refugiarse en el pucará más fuerte. Podría sugerirse que Quitoloma fue el escenario de los postreros combates en Pambamarca, pues, a juzgar por los restos arqueológicos y por las investigaciones realizadas por Oberem (1969) y Plaza Schuller (1976) -este último sobre 34 pucarás defensivos entre el río Chota y el Guayllabamba- la fortaleza de Quitoloma aparece como el sitio más amplio, fuerte y de difícil acceso de toda el área. Está situado a 3780 m. de altitud, aprovechando un espinazo rocoso, cuya cima está protegida por cinco escarpaduras, tres de las cuales están reforzadas con bloques de piedra y cangahua. (Larraín 1980 b, II: 311; Moreno Yáñez, 1981: 143-145).

Los donativos ofrecidos por el Inca a los soldados del Tahuantinsuyo, en especial a los Orejones, levantó el ánimo de sus tropas, las que después de encarnizadas batallas lograron tomar el baluarte cayambe. Los fugitivos se retiraron entonces posiblemente por la vía Cayambe, Pesillo, Angochagua, hasta llegar a las fortalezas cercanas a la laguna de Yahuarcocha, donde la confederación Cayambi-Caranqui ofreció su postrer resistencia, pues ya habían sido sometidos Cochisquí y Otavalo. A orillas de la laguna se trabó el último combate y tantos fueron los muertos que, según todos los cronistas que refieren este suceso, las aguas se tiñeron de rojo con la sangre de los que lucharon, por lo que desde entonces la laguna tomó el nombre de Yahuarcocha, o mar de sangre, en recuerdo de la mucha que allí se derramó.

Entre los caudillos de la Confederación, dos se distinguieron por su valentía: eran los capitanes Pinto y Canto. Quizás el nombre del primero sea una variación de Puento. De entre los prisioneros cayambis y caranquis, escogieron los incas a los que parecían mejor para entrar

con ellos triunfando en el Cusco.

Mas ellos, creyendo que los escogian para los matar, quisieron más morir peleando que atados como mujeres, y por esto se rebicieron y empezaron otra vez a pelear. Visto lo cual por Guayna Cápac, mandó matar a todos (Sarmiento de Gamboa, 1965: 263).

Un simple análisis de las fases de la conquista incaica, podría concluir en la aseveración de que, después de la hecatombe de Yahuarcocha, se sometió definitivamente toda la región del norte de Quito. En este aspecto es revelador el testimonio de Cabello Valboa, único entre los cronistas importantes que por largo tiempo vivió en Quito, donde recopiló su información gracias a la colaboración de los incas y señores de la región de Quito. Según este autor, después del etnocidio a orillas del Lago de Sangre:

De en medio deste furor y armas se escapo un valiente y valeroso Capitan de la valia de los Caranguis llamado Pinta, y con el mas de mil Soldados que quisieron seguir su fortuna, y auiendo dexado Guayna Cápac la orden y recado necesario para guarda y reparo de la bien ganada fortaleza enderezo su viage para el Quito y de alli despacho gente aprender al Capitan Pinta que tenía noticia que se auia hecho fuerte en unas montañas fronteras de Quito sobre el valle de Chillo con intento de inquietar y robar toda la tierra sugeta a el Ynga como lo auia comenzado hacer, y aunque con gasto de vidas, y tiempo fue auido en prisión, y puesto delante de Guaynacapac el qual le perdono lo cometido hasta entonces con tal que en lo futuro hubiesse enmienda mas el barbaro Pinta estuvo tan pertinaz y tan obstinado en su corage que ni aun comer no quiso de lo que el Ynga le mando dar, y procurandolo amansar con halagos mas se encendia en su barbara cólera, y al cabo de algunos dias vino a acabarlo la tristeza, y melancolia que recibio de verse preso, y quando supo el Ynga que era muerto tuvo pena por no auer podido atraer a su seruicio un hombre tan valiente y industrioso como era aquel barbaro, mas tomo por remedio seruirse de Pinta en muerte ya que en vida no auia podido, y ansi el día que murio lo mando desollar, y hacer de su cuerpo un atambor para hacer en el Cuzco el Yntiraymi que son ciertas baylas en honor del Sol, y para este efecto le embio alla el pellejo (Cabello Valboa, 1951: 382-383).

Aunque en términos generales los episodios mencionados anterior-

mente significaron el definitivo sometimiento del País Imbaya al Tahuantinsuyo, parece que la tardía posición cronológica en que se sitúan los avances incaicos sobre el Norte Andino ecuatoriano, unida a la fuerte y larga resistencia local al sometimiento, sugieren que esta región fue incorporada no en su totalidad sino selectivamente al Imperio cusqueño. (Plaza Schuller, 1976: 121). Las pocas evidencias arqueológicas demuestran una integración de lugares aborígenes a lo largo del Inga-Ñan, la constitución de centros de poder administrativo y control militar particularmente en el Quinche y en el Caranqui incaico y, quizás a través de los circuitos de intercambio pre-incaicos, una articulación al poder imperial de los pueblos más lejanos, especialmente de los ubicados en los flancos húmedos y tropicales de las Cordilleras, tanto hacia Chapí como hacia el Occidente a través de los pasos de montaña en las cercanías de Lita, encima de Colimbuela y hacia el valle del Íntag, en el flanco meridional del volcán Cotacachi.

Dentro de este proceso de “incaización” no se debe dejar de lado el papel que tuvieron las colonias mitimaes, como guarniciones armadas, asentadas especialmente en la región de Cayambe, así como la reducción de los principales ayllus de los caciques Puento y Otavalo a la condición de “Yanacona”, es decir, destinados directamente al servicio del Inca, aunque no conocemos sus funciones específicas. (Cfr. Espinoza Soriano 1983, I: 354 ss.; Borchart de Moreno, 2004).

La fecha calculada por Cabello Valboa para el final de las guerras de Cayambe-Caranqui es 1492 (año del descubrimiento de América), dato que sugiere un intento de hacer coincidir la cronología americana con la europea. En base a varios estudios comparativos, se podría estimar que el período del eficaz mandato inca en la región del norte de Quito duró de 30 a 40 años, aunque podría aceptarse un período anterior de influencia incaica, especialmente al sur del Guayllabamba-Pisque, por medio de enclaves y emisarios, el que se habrá remontado hasta el reinado de Topa Inga Yupanqui. (Salomon, 1980: 219).

Después del triunfo inca, los cacicazgos de Cayambi y Caranqui fueron severamente perturbados en cuanto a su densidad y la composición de su población, dato que confirma una vez más el nivel de resistencia organizado por la Confederación. Mientras un núme-

ro considerable de sus varones en edad de portar armas fue aniquilado en Yahuarcocha: los cómputos más modestos que traen las fuentes señalan 20.000, la mayoría de ellos sin duda Caranquis. No menos de 1.000 familias cayambis fueron además desterradas, en calidad de mitmajcuna forzados, a las plantaciones de coca de Matibamba, en la Sierra peruana, en evidente castigo por su desesperada resistencia (Espinoza Soriano, 1973: 14). Según el testimonio de Ortiz de Zúñiga (1967, I: 295), grupos Cayambis fueron transportados a otros lugares cerca de Huánuco.

Los datos aquí mencionados probablemente son los antecedentes a otros muchos, que podrán descubrirse en el futuro y que clarificarán la situación de los grupos Cayambis y Caranquis, que fueron conducidos como rehenes políticos a otras regiones del Tahuantinsuyo. El solo hecho de que los Cayambis fueran desterrados a la región de Ancara y a otros lugares del área de Huánuco es un patente testimonio de su importancia como grupo rebelde durante las guerras contra los Incas. Al mismo tiempo es casi seguro, y existen algunas evidencias en este sentido, que su territorio nativo fue pronto ocupado por mitimaes procedentes del corazón del Imperio, movilizados hacia Cayambe, como verdaderas colonias militares de ocupación. (Larraín 1980 a, I: 128-129; Moreno Yáñez, 1981: 145-147).

9.4.- Formas de ocupación

Se ha puesto ya de relieve, en páginas anteriores, la importancia como centros incaicos de Quito, Latacunga y Tomebamba, con la primacía de este último núcleo urbano durante el reinado de Huayna Cápac. Quito adquirió importancia progresivamente y llegó a su apogeo como residencia y centro administrativo durante el gobierno de Atahualpa. Desgraciadamente es muy escaso el material que permite describir su conformación incaica. Martín de Murúa, hacia 1590, al referirse al Quito incaico lo describe como un grandísimo pueblo de indios, cuyas casas eran de adobes, cubiertas con techos de paja (ichu), a semejanza de las del Cusco, entre las que sobresalía el edificio construido por Huayna Cápac (Murúa, 1946: 161).

La influencia inca, sin embargo, parece que se restringió a los estratos relativamente altos de la sociedad aborigen. En el norte del Ecuador, a diferencia del país Cañar, no se encuentran con frecuencia los estilos cerámicos que combinaron el inca con el vernáculo; los productos imperiales fueron utilizados en escala pequeña y concentrada en las elites locales, mientras que los grupos sociales populares aparentemente continuaban la tradición local utilitaria. De enorme importancia fue, con seguridad, la transferencia de la “geografía sagrada” del Cusco a los nuevos centros incaicos. Quito, como Tomebamba, fue conceptualizada como otro Cusco y poseía al igual su Pillcocalcha, su Guanacauri en el área del moderno San Juan, y su Yavirac, el moderno Panecillo. (Salomon, 1980: 255-258; Burgos, 1975: 105 ss.). El influjo cultural incaico y la reorganización económica de los territorios nuevamente conquistados recibieron su más significativo impulso con la transferencia de enormes contingentes humanos: los “mitmajcuna”, conocidos en castellano como mitmas o mitimaes.

Para entender el fenómeno de los “mitmajcuna” es importante hacer algunas aclaraciones previas. Los diversos grupos étnicos que se integraron al Imperio Inca, basaban su producción en el funcionamiento del “ayllu”, considerado éste como una comunidad aldeana local, compuesta por grupos de parentesco o linajes. La tierra, con una forma de acceso comunal, periódicamente era distribuida entre las familias, sin que éstas pudieran transformar la prerrogativa de uso en alguna forma de propiedad privada, al margen de un acceso comunal. El trabajo, como forma de actividad colectiva, estaba basado en la ayuda recíproca de los aldeanos, que se dirigía a la realización de diferentes tareas productivas. El jefe étnico era el primer beneficiado de esta ayuda mutua y se cultivaban además las tierras comunales adscritas al sostenimiento de las tumbas y de las divinidades locales. (Godelier, 1974: 176 ss.).

La transformación de estas comunidades debe haber sido profunda al caer bajo la dominación del Estado Inca, pues todas las tierras, aguas, rebaños y otros bienes fueron considerados como propiedad del Estado, el que una parte de estos bienes expropió definitivamente a su favor o al de la religión oficial; el resto fue devuelto a las co-

etnias recién conquistadas como guarniciones armadas. En ambos casos el énfasis está en las tareas de vigilancia asignadas a los asentamientos: el temor a las insurrecciones era una ansiedad constante y estaba fundado en una estimación objetiva de la resistencia ofrecida por algunos grupos étnicos conquistados. Los collas en la región del Titicaca y los territorios al norte del Chinchaysuyo eran fuentes de inquietud, donde se originaban repetidas insurrecciones, especialmente durante los interregnos después de la muerte de cada monarca. (Murra, 1978: 257).

Se ha aludido también a los episodios finales de la resistencia de los señoríos de Cayambe y Caranqui; a la masacre junto a la laguna de Yaguarcocha; a la expatriación de grupos sobrevivientes hacia regiones remotas del Imperio, con carácter de mitmajcuna, por ser considerados como pueblos peligrosos y subversivos; y a la instalación, en los territorios no afectos al Cusco, de guarniciones de control político y militar. Han quedado noticias, por ejemplo, sobre la ubicación de enclaves chachapoyas en los linderos norteños de la ciudad de Quito, cerca de Cotocollao y entre Panzaleo (Machachi) y Uyumbicho, donde existía también una fortaleza para el control de las regiones recién sometidas (Salomon, 1980: 237-239). Como aquéllos sobre la presencia de colonias chachapoyas, son también tempranos los datos sobre enclaves de mitimaes cañaris en las cercanías de Quito, por ejemplo en Cotocollao y Pomasqui y, de manera particular, en la colonia multiétnica de El Quinche. (Salomon, 1980: 239; Pérez, 1960: 242).

Gracias al estudio de Waldemar Espinoza Soriano (1975: 351-394) son más sistemáticos los conocimientos sobre los mitmas huayacuntu en Quito, o guarniciones para la represión armada. Los Huayacuntu eran naturales de las provincias de Huancabamba y Ayabaca, en el extremo norte del Perú actual, y fueron conquistados por Topa Inga Yupanqui, quien conservó en su gobierno al antiguo señor étnico Apo Guacall y aun le concedió el rango de “hermano” ceremonial. Desde entonces la lealtad y obediencia de los Huayacuntu a favor del Estado cusqueño fueron notorias. La documentación constata que jamás fueron deportados por castigo; al contrario, los trasladaron a otros lugares con grandes privilegios, para que en ellos cumplieran funciones de es-

pionaje y de guarniciones castrenses para el control político, militar, económico y social en las zonas recién incorporadas al Tahuantinsuyo.

Es por lo tanto explicable que, cuando Huayna Cápac emprendió sus expediciones para someter a los señoríos de Cochisquí, Otavalo, Cayambe y Caranqui (al norte de Quito), le acompañaron guerreros huayacuntu, a cuya cabeza y como capitán general estaba Apo Guacall. Su participación en la guerra fue decisiva, por lo que una vez concluida la incursión al norte de Quito, dispuso el Inca que una gran parte de los Huayacuntu permaneciera en Quito en calidad de guarnición armada, para vigilar, junto con otras colonias mitmas, a los pueblos del norte recientemente conquistados. Los Huayacuntu en Quito cumplieron, por lo tanto, funciones de represión política, para evitar especialmente que los naturales del País Imbaya provocaran rebeliones contra el poder del Cusco. Como mitmas en Quito, con funciones análogas, fueron puestos, además de los Huayacuntus, colonias de Guamachucos, Lupacas, Juampus, Cuismancus, Chuquimancus, etc.

Durante la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, los mitmas huayacuntus de Quito fueron enrolados en las tropas de Atahualpa y conducidos hasta el Cusco, aunque su curaca Carguatanta se retiró a Pampamarca Collana para regir su señorío, debido a la muerte de su padre, y quizás también para huir de Atahualpa y favorecer al partido de Huáscar. En Quito quedó al frente de los Huayacuntu su hijo Caxamarca, quien al ser bautizado en 1534 recibió el nombre de don Diego de Figueroa Caxamarca. Es importante señalar que los Huayacuntu en Quito, como colonia militar para el control político de las tierras recién conquistadas, quedaron desligados de su señor étnico de Caxas (en la Sierra norte del actual Perú), y solo acataron las órdenes del “Tutricut”, o representante directo del Inca en Quito. A pesar de ello no olvidaron su procedencia y parentesco con los pobladores de su tierra de origen. (Moreno Yáñez, 1981: 152-154; cfr. también Moreno Yáñez 1981 b: 103-127).

No todas las colonias de mitmajcuna eran grupos homogéneos de forasteros enclavados en territorios aborígenes; precisamente El Quinche fue una localidad habitada por múltiples y étnicamente diversas delegaciones de mitmajcuna, entre las que los documentos colo-

niales mencionan las parcialidades de Angara, Cañaris, Guangas, Ichingui, Tacuri y Yauyos. La mención de la parcialidad Angara sería de interés debido al gran número de Cayambis que fueron enviados como mitmajcuna a la región de Ancara, en el centro del Perú, lo que sugiere una reciprocidad geográfica. No está clara la categoría funcional del complejo mitma múltiple de El Quinche, aunque es acertada la opinión de Salomon (1980: 244) de que podía haber sido planificado “como un contrapeso a los cacicazgos de Cayambe y Cochasquí, intransigentemente anti-Tahuantinsuyo, que parecen haber regado su influencia en la explanada de Cumbayá y especialmente en Pifo”. Como se ha mencionado anteriormente, Jacinto Jijón y Caamaño (1914: 61 ss.) puso ya de relieve la importancia de los monumentos prehistóricos de El Quinche, entre ellos los denominados Pucarás inferior y superior, Templo antiguo, Adoratorio del Tablón, Templo del sol, etc. lo que justificaría la importancia que Benalcázar dio a El Quinche como su segundo objetivo, luego de Quito, en la búsqueda del tesoro inca. En la región de Pifo y El Quinche, según la probanza del conquistador Diego de Sandoval, Rumiñahui preparó las últimas batallas contra Benalcázar (Salomon, 1980: 243, 223), antes de huir a la región de Sigchos, también ocupada por varias colonias de mitmajcuna, donde fue apresado por los soldados de Benalcázar. (González Suárez 1969, I: 1054-1056; Pérez, 1962: 29-30; cfr. también Estupiñán Viteri, 2003).

Una región últimamente estudiada, dentro del tema sobre la ocupación inca del septentrión andino al norte de Quito, es el valle de Guayllabamba. Tamara Lynn Bray en su libro “Los efectos del imperialismo incaico en la Frontera Norte” (2003), a partir de prospecciones y análisis de los restos cerámicos, busca discutir los efectos de la economía inca sobre la economía local del denominado por la autora “País Caranqui” (en la presente publicación se aplica como nombre más adecuado “País Imbaya”) y la relación que estos efectos tuvieron con las estrategias imperiales de expansión y control. Los resultados del análisis de la alfarería, centrados en la definición de las pastas, en los tipos morfológicos y en los atributos tecnológicos, demuestran una coexistencia también en el Período Incaico, de la cerámica denominada por la autora “Caranqui” o “Panzaleo”: la primera más común y

tosca, producida localmente, y la segunda que parece representar un producto de intercambio de la región. “En términos de la composición del barro –asevera Bray (2003: 12)– la cerámica policroma Inca, que se recobró durante el proyecto, resulta ser indistinguible de las pastas locales Caranquis”. Esta afirmación demostraría que los artesanos locales pronto aprendieron las modalidades de la cerámica inca o, lo que es mucho más probable, que mitimaes o yanaconas alfareros siguieron produciendo cerámica en estilo inca pero con pastas locales.

Parece que la región comprendida entre Guayllabamba y El Quinche tuvo un doble uso: el cultivo de productos elitistas como la coca, y la instalación de fortificaciones que directamente controlaban el territorio de Cochisquí y la rama principal del camino incaico que unía Quito con la frontera norte del Tahuantinsuyo. Dentro de un consenso de que los pucaros de la Sierra Norte han sido, por lo menos en sus fases finales, fortificaciones incaicas, Bray (2003: 183 ss.) demuestra que un conjunto de pucaros formaba un arco alrededor del perímetro noroeste del valle de Guayllabamba, precisamente la zona que exigía más control por acercarse más a la confluencia de los ríos Pisque y Guayllabamba. Todos los pucaros de este conjunto tenían contacto visual uno con otro y dos fortalezas controlaban el cruce del río Pisque, mientras el pucaro de Puruhuanta, situado sobre una cumbre al suroeste del valle y cerca de dos quebradas que tienen su origen en El Quinche, parece que controlaba una ruta de acceso a este pueblo. Más clara es la función de los pucaros denominados San Luis y Guayllabamba, los que flanquean a este poblado como verdaderos centinelas. La distribución de los pucaros alrededor del valle de Guayllabamba sugiere, sin lugar a dudas, una preocupación de los conquistadores incaicos por controlar el acceso y el movimiento interno del valle. Según Bray (2003: 185): “con excepción de El Quinche, el cual se sugirió anteriormente fue el sitio de una huaca o santuario indígena importante, todos los sitios que tuvieron cerámica inca están ubicados estratégicamente en lo que pueden ser considerados puntos de acceso importantes al valle de Guayllabamba”.

En el área de estudio, Tamara Bray recuperó pocos tuestos con diseños o pintura policroma características de la cerámica inca clásica. Es-

tos materiales estuvieron asociados casi exclusivamente a los lugares con pucaras. Solamente en tres casos se observó alfarería policroma en sitios carentes de pucaras. Además de El Quinche, el complejo cuadrilátero de Mesa Tola, situado en la desembocadura de una de las tres quebradas que conectan al valle de Guayllabamba con El Quinche, y un sitio arqueológico poco extenso, ubicado al extremo oriental del valle, muestran evidencias cerámicas de un componente inca notable. El último sitio, aunque pequeño, produjo casi una tercera parte del total de la cerámica inca recuperada en el proyecto arqueológico de Bray (2003: 186-187). A propósito de “Mesa Tola” es importante señalar que es la única tola, con plataforma y quizás con una rampa de acceso, que aún queda en el sitio, pero que está siendo destruida para obtener para las nuevas construcciones material de relleno: una muestra más de la ignorancia y falta de responsabilidad de las autoridades y de la mayoría de nuestro pueblo. Se han identificado además otros dos sitios con montículos cuadriláteros; parece que antes existieron también cinco o seis tolas hemisféricas que han sido totalmente arrasadas. Como en el caso de las tolas de Cochasquí y El Quinche, la parte posterior de los montículos se integra a las laderas de los cerros en los que están construidos, por lo que la parte frontal provee su altura, que se eleva entre 25 y 30 metros sobre el terreno circundante. (Bray, 2003: 190-191).

9.5.- El País Imbaya bajo la soberanía de Atahualpa

Ya no se puede poner en tela de juicio que Atahualpa fuera en verdad el último soberano legítimo del Imperio Incaico, el más grande de todos los Estados de la América Antigua. Nuevas investigaciones sobre la historia del Inca en general y, en especial, sobre el problema de la sucesión al trono, han puesto en evidencia que en cuanto a lo último, se debe diferenciar entre el prototipo incaico y el europeo. El transcurso de la historia inca muestra que, de ningún modo, el haber nacido primero garantizaba un indiscutible derecho al trono. En el Imperio Incaico era “Sapa Inca” o Rey, aquél que primero se hiciera acreedor a ello, es decir, el pretendiente que, como el más fuerte, se hi-

ciera acreedor al reconocimiento de la “panacas” y de los orejones. Este principio de elección conducía fácilmente a guerras internas, y consecuentemente a un periódico debilitamiento del poder del Estado, lo cual podía ser utilizado por el enemigo en provecho propio.

Esta situación puede explicar la relativamente fácil conquista española del Tahuantinsuyo, ya que Atahualpa, al momento de la llegada de Pizarro, se encontraba todavía en guerra con las tropas del otro pretendiente al trono, Huáscar; y además porque, con pocas excepciones, solo el ejército de Atahualpa opuso resistencia, no así el del Inca del Cusco, es decir los seguidores y parientes de Huáscar quienes, en un primer momento, consideraron a los españoles como sus salvadores y aliados. Todas las versiones sobre la “legítima” sucesión al trono del primogénito de la mujer principal están de acuerdo con el pensamiento europeo del siglo XVI, por lo que no es de extrañar que Atahualpa sea designado por los conquistadores como usurpador o tirano y, en último caso, como un individuo que, sin derecho alguno, se impuso en el trono de los “Hijos del Sol”. Aparte de los españoles que de este modo justificaron la incalificable ejecución de Atahualpa, los Incas del Cusco se sirvieron también de estos calificativos, por motivos no menos egoístas que los españoles. Cuando en publicaciones modernas se encuentran todavía epítetos análogos contra Atahualpa, frecuentemente se deben a tendencias nacionalistas y donde los autores confunden circunstancias de la Época Aborígen con las de los siglos XIX y XX. (Oberem, 1976: 11-12). Admira, sin embargo, por injustificable, la indiferencia de que ha sido objeto Atahualpa, el verdadero fundador del Estado Quiteño, por la desmedida y a veces irracional credibilidad que se ha otorgado a tradiciones tardías elaboradas por la elite criolla del siglo XVIII. (Moreno Yánez, 1981: 156).

Aunque en la época en que vivía Atahualpa, el Tahuantinsuyo formaba una unidad sociopolítica y religiosa, cuyo centro originario era la ciudad del Cusco, se presenta de modo patente el vínculo de Atahualpa con Quito, no así con el Cusco. El último Inca estuvo unido a las tierras del norte del Imperio durante toda su vida, continuando la ligazón que dejara establecida su padre en sus últimos años. Huayna Cápac mantuvo a este hijo suyo en esa zona y desde su adolescencia

le hizo formar parte del poderoso ejército que culminó la conquista hasta el río Angasmayo. La presencia de Atahualpa en el ejército del norte le valdrá posteriormente el apoyo de sus jefes y la lealtad de las tropas que lo formaban. A este respecto es importante mencionar que los generales “quiteños” del ejército de Huayna Cápac parecen haber tenido decisiva influencia en las determinaciones posteriores de Atahualpa. (Pease, 1964: 100-101).

Probablemente el nacimiento de Atahualpa coincide de modo aproximado con el descubrimiento de América. Se ha discutido mucho acerca del lugar de su nacimiento. Para Cieza de León (1984, I: 53), quien dice haber examinado el asunto con gran diligencia, habría nacido en el Cusco, lugar donde el “Príncipe de los cronistas” quizás se dejó influenciar por informantes anti-quiteños, defensores de la línea de Huáscar. Varios de los cronistas, sin embargo, ubican el lugar de su nacimiento en las provincias norteñas denominadas colectivamente “el Quito”, o más concretamente en las tierras de los Quilagos o Caranquis. Si se supone que los datos ofrecidos por Cieza y otros cronistas tienen algún fundamento para aceptar que la conquista definitiva de Caranqui tuvo lugar hacia los años 1520- 1521 (Huayna Cápac probablemente murió en 1527), difícilmente podría aceptarse que Atahualpa nació en Caranqui. No obstante, se debe tener en cuenta que hubo un largo tiempo anterior de conflictos, avances y retiradas y que durante las diferentes incursiones, ya desde la época de Túpac Yupanqui, se hicieron muchos prisioneros, entre ellos también jóvenes mujeres, las que eran destinadas al servicio del Sol o del Inca. (Larraín 1980 b, I: 343).

Según la información de los cusqueños, transmitida por Garcilaso de la Vega (1963, II: 128), además de la mujer principal o “legítima”, tenían los Incas innumerables esposas, entre ellas parientas hasta el cuarto grado y mujeres alienígenas. Todos los hijos de las parientas eran tenidos como legítimos, porque no tenían mezcla de sangre ajena, mientras que los descendientes de extranjeras eran tenidos por bastardos. Pachacuti Yamqui (1993: 246) ofrece informaciones de gran interés en lo referente a las esposas e hijos principales de Huayna Cápac. Según este Cronista indígena, antes del matrimonio oficial con la coya

Mama Cusi Rimay, el Inca Huayna Cápac tuvo dos hijos: Inti Topa Cusi Guallpa (Huáscar) en Rahua Ocllo, y Topa Ata Guallpa (Atahualpa), cuya madre fue la ñusta Tocto Ocllo Coca. Con posteridad a los mencionados nació un hijo de la Coya, llamado Ninan Cuyochi. Después de la temprana muerte de la esposa principal Cusi Rimay, Huayna Cápac tomó por mujer a la coya Cibichimpo Rontocay, la que dio a luz, cuando en el Collasuyo se pregonaba la guerra contra Quito, a Mango Ynga Yupanqui. Los mencionados datos podrían clarificar el hecho de que Atahualpa acompañara a su padre, desde el Cusco, en la campaña contra los señoríos norteños, y el aparentemente inexplicable matrimonio de la madre de Huáscar con la momia del difunto Huayna Cápac, ejecutado para, de este modo, conceder legitimidad a Huáscar, después de la muerte de Ninan Cuyochi, el heredero legal del Tahuantinsuyo.

Que la madre de Atahualpa era originaria de alguno de los cacicazgos o señoríos septentrionales, a los que corporativamente las crónicas denominan “Quito”, es para algunos cronistas un hecho. La discusión en detalle acerca del lugar exacto de procedencia de ésta, su rol dentro de la elite local, su nombre, su destino, no ha cesado todavía, y el objeto de este trabajo no es ofrecer una definición sobre el particular. (Cfr. Larraín 1980 b, I: 91). No obstante, se debe tener en cuenta la frecuencia con que algunos cronistas aseveran que Atahualpa era hijo de una india “Quilago”, es decir de una “señora principal” de algún cacicazgo del País Imbaya. Confirmaría esta suposición la aparente importancia otorgada a Caranqui, lugar que fue engrandecido por los Incas con la construcción de un palacio, templo del Sol y un acclahuasi para las doncellas elegidas. (Larraín 1980 b, I: 203, 207; Moreno Yáñez, 1981: 157-158). Sobre este asunto se tratará con mayor detalle más adelante.

Al pasar por esta región a finales de la década de 1540, Pedro Cieza de León tuvo la oportunidad de observar restos de algunas edificaciones incaicas construidas en Caranqui. Estas son sus palabras:

Mas adelante están los aposentos de Carangue, adonde algunos quisieron decir que nació Atabalipa, hijo de Guaynacapa, aunque su madre era natural deste pueblo. Y cierto no es así, porque yo lo procuré con gran diligen-

cia; y nació en el Cuzco Atabalipa y lo demás es burla. Están estos aposentos de Carangue en una plaza pequeña; dentro dellos hay un estanque hecho de piedra muy prima y los palacios y moradas de los incas están asimismo hechos de grandes piedras galanas y muy sutilmente asentadas, sin mezcla, que es no poco de ver. Había antiguamente templo del sol, y estaban en él dedicadas y ofrecidas para el servicio del más de doscientas doncellas muy hermosas, las cuales eran obligadas a guardar castidad, y si corrompían sus cuerpos eran castigadas muy cruelmente [...]. Esta casa del sol era en tiempo de los señores incas tenida en mucha estimación, y teníanla muy guardada y reverenciada, llena de grandes vasijas de oro y plata y otras riquezas, que no así ligeramente se podrían decir; tanto, que las paredes tenían chapadas de planchas de oro y plata; y aunque está todo esto muy arruinado se ve que fue grande cosa antiguamente. Y los incas tenían en estos aposentos de Carangue sus guarniciones ordinarias con sus capitanes, los cuales en tiempo de paz y de guerra estaban allí para resistir a los que se levantasen (Cieza de León 1984, I: 53-54).

Del texto citado se deduce que en Caranqui existían una plaza de guarnición armada, aposentos palaciegos del Inca, un templo del sol muy reverenciado y una casa de reclusión para las jóvenes “acllas” destinadas al servicio del Sol. No lejos de la actual iglesia de Caranqui se conservan todavía restos de murallas del antiguo asentamiento incaico. Sin embargo, no se trata de “grandes piedras galanas” sino lienzos de paredes con nichos, construidos estos muros en la técnica “pirca”, con una cubierta de barro. Se habían encontrado allí cuatro cántaros muy bien labrados y con pintura policroma que, según Albert Meyers (1998, I: 215), subrayan el carácter “imperial” de este lugar.

Admira que, a pesar de muchas expresiones patrióticas sobre el valor de las ruinas de Caranqui, como el “lugar natal” de Atahualpa, casi no existe hasta el momento una descripción arqueológica válida del sitio. Angel Bedoya Maruri en su breve artículo “Ruinas arqueológicas de Caranqui” (1979: 152-157) supone que hacia 1570 se erigió una rústica capilla sobre cimientos precolombinos. El ábside de la actual iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Caranqui descansaría sobre las ruinas de la primitiva capilla. Al oriente de la iglesia y al otro lado

de la calle denominada Pichincha se encuentra un terreno, cuyo cerramiento en los flancos norte y oriental son los restos de muros precolumbinos. El muro del frente norte tiene una longitud total de 59,75 metros. El primer tramo (30 metros) está parcialmente derruido y tiene una altura media de 1,70 m. Sigue un lienzo de pared de 15,40 metros de largo por 3,50 metros de alto, donde hay una “alacena” rectangular que tiene un dintel de piedra con una cara labrada. A continuación viene un tramo del muro de 14,35 metros de longitud con tres “alacenas”, la del medio con mayores dimensiones. El piso de la huerta colindante situada al norte de este muro tiene un nivel más bajo, por lo que por ese lado se destaca parte del muro descrito de 5 metros de alto en el que se alternan filas de piedras brutas con fajas de pañete muy duro.

La longitud total del muro oriental es de 39,85 metros. Comenzando por el extremo norte, el tramo de 13,85 metros de longitud y de 2,15 metros de altura tiene una puerta de 1,40 metros de alto y 1,10 metros de ancho, actualmente obstruida con piedras acumuladas hasta el dintel; las de los vanos presentan una cara labrada. Continúa un lienzo de pared de 12 metros de longitud y 3,10 metros de alto. Los vanos correspondientes a dos alacenas, una puerta de 1 metro por 60 centímetros, también obstruida; una alacena mejor conservada y otra puerta de 1,60 metros de alto por 80 centímetros de ancho, también obstruida con piedras. Finalmente se extiende un tramo de 14 metros de largo por 2,80 metros de alto trabajado en “pirca”. En resumen, los muros tienen un espesor de 90 centímetros y su fábrica es de piedras de diferentes tamaños, unidas con barro. No se trata de piedras labradas al estilo “cusqueño imperial”, con excepción de las jambas de las puertas (todas dirigidas hacia el oriente) y los marcos de las alacenas que presentan piedras con una cara desbastada. Las paredes tienen revoque de arcilla muy dura, con manchas de pintura color ocre pálido. Desgraciadamente la frecuente remoción de tierras para sembrar en la huerta ha hecho desaparecer gran parte de los muros, incluso los cimientos; los materiales dispersos fueron utilizados para cerramientos de propiedades vecinas. (Bedoya Maruri, 1979: 152-157).

Una corta investigación posterior (Erazo, 1981), destinada más a

realizar un proceso de limpieza, permitió descubrir otras dos hornacinas en el muro oriental, sumando en total cinco. El proceso de limpieza del denominado por Erazo (op.cit.) “Palacio Real de Atahualpa” permitió recoger muestras del enlucido; gracias a una recolección de superficie se obtuvieron varios fragmentos de cerámica catalogada como “negativo del Carchi” y algunos desechos de lascas de obsidiana con textura fina transparente y, en algunos casos, negra brillante. La excavación de un pozo de sondeo permitió recuperar escasos fragmentos cerámicos y de piedras de canto rodado pequeñas. Las excavaciones en las cuadrículas seleccionadas, además de presentar fragmentos de piedras rodadas y algunas lascas de desechos de obsidiana, demostraron la existencia de cimientos que evidencian divisiones en compartimentos interiores. Desgraciadamente no se ha podido determinar la extensión y distribución de los cimientos. Al parecer, las ruinas de este edificio están dentro de un contexto mayor, desconocido hasta el momento y probablemente destruido por las construcciones de la iglesia y del pueblo de Caranqui.

Es posible que se haya exagerado el problema del lugar de nacimiento y la importancia del origen de Atahualpa; es más importante, sin embargo, subrayar el hecho de que Atahualpa se convirtió en el representante de un fuerte sector de la nobleza incaica que, en el momento de la muerte de Huayna Cápac, se opuso a la elite tradicional del Cusco (Pease, 1964: 99-100); grupo apoyado en su lucha contra Huáscar tanto por los mitimaes asentados en Quito, como por los señores naturales de los territorios al norte del Azuay. (Cfr. Cieza de León, 1984, I: 222-223; Pachacuti Yamqui, 1993: 256).

Los años posteriores a la victoria sobre la alianza Caranqui, y especialmente durante el reinado de Atahualpa, fueron cruciales para los territorios del norte, puesto que los administradores incas y las colonias de mitimaes estaban comprometidos en varios proyectos para similar la región de Quito a la imagen de las provincias más establecidas. La ciudadela militar sita en el altiplano de Quito progresivamente se transformaba en un centro ceremonial y en la residencia del Inca Atahualpa, al mismo tiempo que se convertía en el lugar desde el cual la población del norte era gobernada por medio del dominio cultural

y político y no solo por la fuerza militar. En su seno fueron reunidas las elites de las sociedades aborígenes, mientras el Estado, con la complicidad de los señores étnicos, emprendía obras de infraestructura económica destinadas a ampliar el alcance ecológico del aparato redistributivo, tanto hacia los valles calientes, como hacia los páramos.

A algunos nobles étnicos se les asignaron bienes raíces y responsabilidades económicas que formasen componentes del nuevo sistema emergente: por ejemplo, rebaños de llamas en los páramos, y huertos en los valles con irrigación. Ciertas medidas habían sido tomadas para articular la complicada constelación de llajtacuna, en una sola estructura socio-política y económica, no solo por las modificaciones y complementos de la red vial, sino mediante el desarrollo de esquemas ideológicos basados en la “geografía sagrada”. Estos se transmitieron a la población local por medio de maniobras didácticas, como el agrupamiento de los nobles locales de acuerdo a sus categorías en el pensamiento inca. De este modo, tanto desde el punto de vista de la economía política, como de la cultura e ideología, las instituciones autóctonas e imperiales en el Quito se entrelazaban todavía de modo frágil, integración que, ante el avance español, no pudo todavía conformar aparatos económicos y políticos suficientes como para nutrir una viva resistencia, aun en el caso de que su Monarca se encontrara prisionero. (Salomon, 1980: 272-274; Moreno Yáñez, 1981: 159-160).

Después de las conquistas de Cochisquí, Otavalo, Cayambe y Caranquí, efectuadas por Huayna Cápac, retornó el Inca a Tomebamba, su residencia en el norte del Tahuantinsuyo. No es posible todavía clarificar el lugar donde falleció Huayna Cápac, aunque parece más probable que fue en Tomebamba. La mayoría de los cronistas está de acuerdo en que el designado como sucesor en el Imperio fue su hijo Ninan Cuyochi, quien sea porque el oráculo le fue adverso, o porque a los pocos días siguió en la muerte a su padre, no pudo ceñirse la mascapaicha. Ante estas circunstancias, el funcionario religioso Cusi Topa Yupanqui encargó a Rahua Ocllo, mujer de Huayna Cápac, transmitir a Huáscar, su hijo, la designación como heredero. En relación con la sucesión al trono es importante poner de relieve que antes de su muerte Huayna Cápac encargó a su hijo Atahualpa el gobier-

no de la región de Quito. Según algunos cronistas esta decisión de Huayna Cápac fue interpretada como una partición del Tahuantinsuyo (por ejemplo, según la Relación de los Quipucamayos a Vaca de Castro; cfr. Larraín, 1980 b, I: 88 ss.; Pachacuti Yanqui, 1993: 253), aunque algunos episodios posteriores parecen indicar algún sometimiento de Atahualpa a Huáscar, quien aun le habría nombrado “Ingaranti”, o su lugarteniente para las provincias de Quito, versión que procede de la tradición quiteña (Cabello Valboa, 1951: 406; Pachacuti Yamqui, 1995: 255). Cieza de León (1984, I: 220-221) insinúa que Huáscar no quiso reconocer la última disposición de Huayna Cápac en lo referente a la división del Imperio. Aunque es patente la inclinación del Inca hacia su hijo mayor Atahualpa, su fiel compañero en las epopeyas guerreras del norte, se desconocen los motivos que influyeron en Huayna Cápac para entregar parte de sus conquistas a Atahualpa.

Horacio Larraín (1980 b, I: 345) sugiere que quizás hubo un secreto entendimiento entre Huayna Cápac y su hijo Atahualpa, respecto del futuro gobierno del Tahuantinsuyo por parte de este último, no siendo la partición del Imperio sino un pretexto para violar la ley ya establecida referente a la sucesión imperial. Hay indicios que insinúan tal cosa, en particular el reconocimiento de la inexperiencia militar de Huáscar y su consiguiente incapacidad para oponerse a los enemigos del Imperio, así como el respaldo pleno e incondicional que Atahualpa recibe de los capitanes y guarniciones militares puestas por su padre en el norte. Si esta hipótesis fuera acertada, significaría que Huayna Cápac se preocupó del destino futuro de su Imperio y no lo dejó al arbitrio de una sucesión de tipo legal, sino que sus últimas decisiones tuvieron un hondo sentido político (Moreno Yáñez, 1981: 160-161).

En la “Suma y narración de los Yngas” escrita en el Cusco en 1551, Juan de Betanzos nos transmite, como traductor y recopilador de los acontecimientos sucedidos en el Imperio Inca, la visión histórica de la panaca de Pachacútec Inca Yupanqui, a la que pertenecía su esposa doña Angelina Yupanqui, llamada antes del bautismo Cuxirimay Ocllo. Hija de Yanque Yupangue y prima hermana de Atahualpa, ya en su nacimiento fue escogida por Huayna Cápac para que fuese la futura “piviguarmi” o esposa principal de Atahual-

pa. Después de su primera victoria sobre el ejército de Huáscar y una vez que terminó de edificar su palacio en el Quito (quizás se trata de las edificaciones en Caranqui), Atahualpa tomó a Cuxirimay Ocllo por su Coya o esposa principal. Muerto el Inca quiteño en Cajamarca, Francisco Pizarro tomó a la joven viuda para sí, con la que procreó dos hijos. Después del asesinato del gobernador Pizarro, la tomó como esposa Juan de Betanzos, lo que le proporcionó un gran prestigio entre los nobles parientes de su mujer.

Desde la óptica de la nobleza incaica y particularmente desde la “panaca” fundada por Pachacútec, a la que, por su madre, Atahualpa habría pertenecido, Juan de Betanzos pone de manifiesto la tradición histórica que se gestaba en los “ayllus” del Hanan Cusco, más afines al “Inca quiteño” que a Huáscar. Además de Pachacútec, figura muy importante es su hijo Yanque Yupangue quien, aunque cedió la “mascaipacha” (borla imperial) a su hermano Túpac Yupanqui, administró el reino, como corregente, hasta su muerte. Sus descendientes fueron el máximo apoyo de los tres últimos monarcas: Túpac Yupanqui, Huayna Cápac y su bisnieto Atahualpa. Por lo mismo, es altamente novedoso lo referente a la verdadera estirpe de Atahualpa, que nos transmite la “Suma y narración de los Yngas”, según la cual Atahualpa era originario del Cusco y no de Quito, como hasta ahora muchos historiadores habían creído (Martín Rubio, 1987: IX-XXII).

Coronado Huáscar con la “mascaipacha”, Atahualpa envió al Cusco *“veinte vestidos muy ricos de hombre labrados y tejidos con oro de mantillo fino”* (Betanzos, 1987: 209), como un presente de vasallaje del Quito. El tributo fue rechazado violentamente y el emisario quiteño muerto con gran crueldad, antes de proclamar Huáscar *“que de allí adelante le nombrasen de Hurin Cuzco porque él pensaba matar a Atagualpa y a todos sus deudos y de su linaje que eran de Hanan Cuzco y hacer de nuevo linaje de Hurin Cuzco”* (Betanzos, 1987: 210). Terminado este suceso Huáscar reunió mucha gente y fue al sitio de Calca donde edificó ritualmente un pueblo, como parte de las ceremonias de asunción al trono. Entonces le pareció que era el momento para iniciar la guerra contra Atahualpa y en Calca nombró jefe de su ejército a un señor llamado Hango.

9.6.- Proclamación del Inca Atahualpa en Caranqui

Varios cronistas narran que Atahualpa, al comienzo de su lucha contra Huáscar, fue tomado prisionero en Tomebamba de donde escapó hacia Quito. Cieza de León (1984, I: 222) cuenta que Atahualpa se libró de su prisión gracias a la ayuda de una mujer, quien le proporcionó una baqueta con la que cavó un orificio y escapó, mientras sus captores celebraban la victoria. Al llegar a Quito difundió la noticia de *“haberse vuelto culebra por voluntad de su dios, para salir del poder de sus enemigos; por tanto todos se aparejaron para comenzar la guerra pública y al descubierto, porque así convenía”* (Cieza de León 1984, I: 222). Efectivamente, en Quito consiguió Atahualpa el apoyo tanto de las tropas veteranas y guarniciones armadas, compuestas por mitimaes, como de todos los señores naturales de los territorios ubicados al norte del nudo del Azuay y especialmente de los “Huambraconas”: muchachos que después de la hecatombe de Yahuarcocha fueron perdonadas sus vidas. (Moreno Yáñez, 1996: 280).

Si se analiza la situación simbólica de Atahualpa en su transformación en serpiente “amaru”, para salir de la prisión cañari, retornar a Quito y organizar una victoriosa guerra que le llevaría a la obtención de la Borla imperial, tendríamos un interesante ejemplo del valor de la “transformación shamánica” en el ejercicio del poder político. Confirma esta opinión la mención, hacia 1631, del cronista tardío Anello Oliva (1998, 89): *“como este Atahualpa descendiese por línea recta de aquel famoso Inca Amaro se encomendaron a él, y convirtiéndole en culebra, le sacó por un agujero pequeño de la pared y que luego buuelto en su forma, y figura natural se avía ydo a Quito”*. Esta invocación a “Amaru” coincide con la mitología shamánica del Antisuyo y concretamente de los pueblos indígenas localizados en las selvas orientales de la región quiteña, donde la “Serpiente Amaru” es considerada como “yacu mama” (madre de los ríos) y como el “espíritu femenino del agua”: imagen del espíritu más poderoso del inframundo. Con posterioridad a este episodio mitificado, Atahualpa se transformó en un poderoso “Sinchi Yachac” o gran shamán guerrero, capaz de vencer a sus enemigos y llamado, como su ancestro Pachacútec, a reconstruir el imperio. (Burgos, 1975: 132 ss.; Mo-

reno Yánez, 1996: 281).

El ejército comandado por Hango, al que por orden expresa de Huáscar acompañaban varios parientes de Atahualpa, entre ellos Cuxi Yupangue y su hermana Cuxirimai Ocllo, fue derrotado en un llano cerca del pueblo de Mochacaxa por la tropas quiteñas bajo el mando del propio Atahualpa y de sus generales Chalcochima y Quizquiz. Únicamente escaparon huyendo los Cañares y un capitán señor del Cusco llamado Aguapante. En el campo de batalla permaneció muerto Hango y fue apresado Cuxi Yupangue, “*al cual como Atagualpa lo viese conociendo que era su primo hermano Cuxi Yupangue abrazóle e bízole mucha honra y preguntóle allí que qué era de su hermana y mujer preguntándole por doña Angelina y Cuxi Yupangue le dijo que allí se la traía que no la había de dejar con sus enemigos*” (Betanzos, 1987: 214). Efectivamente, Cuxirimai Ocllo, a la sazón de edad de diez años, fue recibida por Atahualpa; su hermano Cuxi Yupangue fue nombrado Capitán General y representante de la persona del Inca quiteño. Enviados Chalcochima y Quizquiz con la mayor parte del ejército en persecución de los Cañares, Atahualpa retornó a Quito con poca gente. Allí tuvo nueva de que se habían rebelado los indios Pastos de la provincia de Rata. Cuxi Yupangue fue encargado de reclutar gente de guerra y a los capitanes que estaban en las guarniciones, y se adelantó al Inca para esperarle en Caranqui. A los señores de esta provincia de los Cayambes, como Atahualpa allí llegase y estuviesen todos juntos,

Díjoles que quería edificar en ella una casa real y que aderezasen todo aparejo para hacerla y los caciques le dijeron que diese la traza y que la harían y luego él mismo por sus manos y Cuxi Yupangue y los demás señores sus capitanes tomaron cierto cordel y midió y trazó la casa y como la hubiese trazado mandó a Unanchullo que él tuviese cuidado de andar sobre aquella obra y edificio y en la solicitud dello y que mirase la traza y que los edificios fuesen de manera que no la errasen y luego Unanchullo mandó a los señores de aquella provincia que abriesen los cimientos y comensasen el edificio y así fue hecho e así mismo mandó Atagualpa que quedase en aquella obra y edificio el bulto de su padre Guaina Cápac que el traía siempre consigo y así fue hecho. (Betanzos, 1987: 215).

Mientras Atahualpa se dedicaba a estas actividades, por lo que prolongó su estadía en Caranqui, llegó la gente de guerra mandada por Chalcochima y Quizquiz con los Cañares que habían podido aprehender. A este propósito, añade Betanzos (1987: 215):

e halláronle allí al Atagualpa porque se había tardado mucho en la ocupación que había tenido y dar la orden y el demás proveimiento para el edificio de la casa la cual casa habrán de saber que es la que dicen los que no lo saben que Atagualpa nació allí la cual casa se dirá adelante para que fue edificada allí por Atagualpa.

Según el cronista Juan de Betanzos (1987: 216), en Caranqui Atahualpa tomó cruel venganza en los Cañares capturados. A tres de sus principales jefes ordenó que vivos se les sacaran los corazones, pues quería ver el color que tenían los “corazones de los malos”, los que, en pedazos fueron comidos por los indios sujetos a esos principales. Luego, asados sus cuerpos con un moje de agua, ají y sal, fueron, por orden de Atahualpa, devorados por los indios Quillaycingas, sentados en el suelo en rueda, quienes según las tradiciones recogidas por el cronistas, comían carne humana, con el acompañamiento de maíz tostado y cocido. Para Juan de Betanzos el mencionado episodio refleja la venganza de Atahualpa contra quienes, según su punto de vista, le habían traicionado. Sería interesante hacer un análisis de este episodio dentro de los rituales de coronación en el Incario. Parece que un paso previo ceremonial era demostrar el poder del futuro Inca con la victoria sobre los enemigos de su imperio, como Pachacútec hizo en la guerra contra los Chancas que cimentó el imperio del Cusco. Tomar una pública venganza de sus enemigos era también cumplir un ritual de soberanía. No se puede olvidar al respecto que uno de los principales símbolos del poder era el cetro “sunturpaucar”: una lanza, a modo de alabarda, emplumada, que el Sapa Inca siempre llevaba en su mano derecha. Los indios comunes cañares fueron condenados a servir como mitimaes en la provincia de Guambo, que confinaba con los rebeldes Ratas.

Despedidos Chalcochima y Quizquiz, ellos avanzaron con la principal parte del ejército hacia el sur y prosiguieron su victoriosa campaña hasta apresar a Huáscar. Mientras tanto Atahualpa, con su propio

ejército, avanzó hacia el norte para someter a los insubordinados Pastos de la provincia de Ratas. En Caranqui permaneció como gobernador Unanchullo, con el encargo de terminar las edificaciones. En el norte no solo sometió a los rebeldes, sino que a los sobrevivientes les organizó y, con el deseo de ampliar su poderío, Atahualpa entró por la montaña que los españoles posteriormente la nombraron “de la Canela”, donde mucha gente murió de hambre y no halló en ella gente para sujetar al Incario. Acordó entonces Atahualpa dirigir su ejército a la conquista de la provincia de Toquiri, a la que sujetó a su imperio (Betanzos, 1987: 216-220).

Después de estas campañas de conquista en las fronteras del Imperio, Atahualpa decidió cumplir las ceremonias de la coronación como Sapa Inca del Tahuantinsuyo. Según la tradición recogida por Juan de Betanzos (1987: 220), Atahualpa

se volvió a Carangue donde halló que Unanchullo había ya acabado el edificio de la casa y paredes della excepto que no la tenía cubierta y luego Atahualpa la hizo cubrir y siendo ya cubierta y toda ella acabada se metió en ella e hizo su ayuno él y Cuxirimay Ocllo y Cuxi Yupangue y esto acabado Cuxi Yupangue hablando en lugar del bulto de Guayna Cápac que allí estaba tomó la borla que así la tenían hecha y aderezada y así se la puso en la cabeza siendo presente muy muchos señores así del Cuzco como de todos aquellos pueblos y provincias del Quito y esto así hecho trujeron allí a Cuxirimay Ocllo vestida y aderezada en la manera que allí se requería y que ya la historia os ha contado de los señores pasados y siendo en aquella manera Cuxi Yupangue y los demás sus deudos y parientes que allí eran rogaron al Ynga Atahualpa según que era su uso y costumbre que la quisiese rescibir por su pivignarme mamanguarme que dice mujer principal y el indio Atahualpa respondió que por tal la rescibía y esto hecho luego hicieron sus sacrificios y fiestas según que en la tal fiesta se acostumbraba en las cuales estuvo dos meses y esta es la casa que dicen que Atahualpa naciera en ella los que se han informado sinistramente porque él nació en el Cuzco y de allí fue al Quito con sus padres como ya la historia os ha contado y como en esta casa se hubiese holgado estos dos meses y tomado la borla del estado en ella acordó y parecióle que envíen ir en demanda de Chalcochima

y Quizquiz los cuales habían ido haciendo guerra a los capitanes de Guáscar y acordando esto el Ynga Atahualpa mandó que se quedase en aquella provincia de Carangue por gobernador della y para que le mirase por aquellas casas un señor orejón del Cuzco llamado Quizzo y esto proveído se partió de allí y volvió a Quito donde tuvo nueva que sus capitanes Quizquiz y Chalcuchima iban ya por las provincias de Bombom y Tarama.

Siguiendo el ejemplo de su antepasado Ynga Yupangue, Atahualpa mandó en Quito hacer un bulto que imitaba a su persona y que dentro tenía pedazos de sus uñas y cabellos, para que fuese colocado en unas andas y enviado a sus dos generales. Ante esta imagen llamada “Ynga Guauquin” (hermano del Inca) debían prestar pleitesía todas las provincias que se habían sujetado a su obediencia. Añade Betanzos (1987: 221):

Y volviendo a nuestra historia como el Ynga Atahualpa tomase la borla del estado diéronle allí por nombre Cuxi Yupangue y los señores que allí estaban este nombre Caccha Pachacuti Ynga Yupangue Ynga que dice el Caccha es el nombre del ídolo de las batallas diciendo que imitaba a él en el guerrear el Pachacuti dice vuelta del mundo el Ynga Yupangue era de su bisabuelo Ynga Yupangue el Ynga postrero decía rey y este es el nombre que le dieron cuando le pusieron la borla el cual como estuviese en el Quito y le pareciese que le estaba muy lejos de sus capitanes para les dar socorro si algo les sucediese e así mandó Cuxi Yupangue que luego pusiese y aderezase su gente de guerra en la orden que había de ir porque se quería partir de allí cuatro días.

Hechos estos preparativos, Atahualpa Inca partió al sur hacia la tierra de los Cañares y dejó en Quito como gobernador de todas las provincias a “un señor del Cuzco orejón tío suyo llamado Cuxitopa Yupangue” (Betanzos, 1987: 221).

Debido al tema de esta monografía, no es posible referir las vicisitudes de la captura y muerte del último Inca. (Cfr., por ejemplo, además de los cronistas, González Suárez 1969, I: 903 ss; Larrea, 1918; Andrade Reimers, 1980, etc.), lo que no obsta hacer una mención a la persis-

tencia del recuerdo de Atahualpa en la población indígena de toda la América Andina. Cien años antes de la invasión europea, se reestructuró en el Cusco una cosmovisión en torno a la divinidad creadora solar, imagen asimilable a la vocación militar del Estado incaico, al que proporcionó una ideología operativa, en la que el Inca, como gobernante, arquetipo y dios, era “hijo del sol”, renovado eternamente. Al contrario de las concepciones indígenas elitarias del Cusco después de la conquista europea, y de las valoraciones nacionalistas de los criollos, para el pueblo aborígen Atahualpa ha permanecido como el “Inca-Rey”, cuyo retorno es efectivamente esperado, como una victoria proyectada en el provenir. La muerte de Atahualpa, el último Inca, ejecutada en 1533 por orden de Pizarro, constituye un tema del folklore literario todavía en vigencia en grandes áreas geográficas del Perú y Bolivia. Tanto en las representaciones coreográficas de la “tragedia de Atahualpa”, como en varios mitos del “Inkarri”, es Atahualpa y no Huáscar el defensor del Imperio Andino, quien jura hacer correr lagos de sangre hasta arrojar a los invasores y que, al enterarse de su próxima muerte, encarga a sus vasallos retirarse a Vilcabamba y esperar que, un día, alguno de sus descendientes, acordándose que este país fue de Atahualpa, expulse definitivamente a los enemigos.

Es también sugerente el hecho de que la iconografía indígena que se refiere a la muerte de Atahualpa, al igual que los mitos, no acepta la información histórica de la ejecución del Inca por ahorcamiento o garrote, sino que ofrece la versión del Inca decapitado. El suceso así interpretado puede verse, por ejemplo, en Guamán Poma de Ayala (1936: 390), así como en el óleo del siglo XVII que se encuentra en el Museo de la Universidad del Cusco. Análogamente se narra un mito según el cual, después de la muerte de Atahualpa, su cabeza cortada habría sido secretamente llevada al Cusco y allí sepultada. Sin embargo, en el interior de la tierra, la cabeza se agranda, el cuerpo retoña hasta restituirse totalmente: entonces el Inca saldrá de la tierra, los españoles serán expulsados y el antiguo Imperio restablecido. Vestigios de semejantes tradiciones existieron en el territorio de la Audiencia de Quito y, en momentos de crisis, sirvieron de base ideológica, para protestar y rebelarse contra la opresión. (Cfr. Wachtel, 1973; Pease, 1973;

Moreno Yáñez, 1981: 161-162; 1985).

El “Príncipe de los Cronistas”, Pedro Cieza de León (1984, I: 292), en la tercera parte de la Crónica del Perú, al narrar la muerte de Atahualpa en Cajamarca, a manos de los españoles, declara:

Pidió el bautismo y el fraile se lo dio. Luego lo abogaron y, por cumplir la sentencia, le quemaron con unas pajas algunos de los cabellos; que fue otro desatino. Dicen algunos de los indios que Atabalipa dijo antes que le matasen que le aguardasen en Quito, que allá le volverían a ver hecho culebra: dichos de ellos deben ser.

Por su parte, Juan de Betanzos (1987: 285-286) añade que, después de la ejecución de Atahualpa, fray Vicente Valverde enterró el cuerpo del Inca en la iglesia que ya había en Cajamarca. Días después Cuxi Yupangue regresó a la ciudad “y sacó el cuerpo de Atahualpa de la sepultura do estaba y púsolo en unas andas en las cuales le llevó de allí al Quito”. Rumiñahui al enterarse de que venía Cuxi Yupangue con el cadáver de Atahualpa se propuso “matar a Cuxi Yupangue como mejor pudiese y tomar el cuerpo de Atahualpa y así quedase señor”. Con su gente de guerra descendió en busca del Capitán General de Atahualpa, so color de que iba a recibir el cuerpo del Inca. Después de haber hecho su acatamiento,

Rumiñahui apartolo a cierto aposento como que le quería hablar a solas y el Cuxi Yupangue fuese con él solo sin llevar a nadie consigo y como estuviere a solas dende a un poco que estaban a solas entraron ciertos indios amigos de Rumiñagui con quien él tenía consultada su traición y como aquellos entrasen Rumiñagui hizoles su seña y así saltaron todos ellos con Cuxi Yupangue y la primera presa que hicieron fue de los gaznates e así le abogaron y siendo ya muerto Cuxi Yupangue salió el Rumiñagui y tomó el cuerpo de Atahualpa y llevósele al Quito.

Con la muerte de Atahualpa, según la mitología andina, sobrevino un Pachacuti; “daño común” o “fin del mundo” (González Holguín, 1989: 270). En el pensamiento mítico andino, sin embargo, su retorno es esperado como la victoria de un “rey sacral” proyectada en el devenir de Andinoamérica. (Moreno Yáñez, 1996: 281).

10. BREVE REFLEXIÓN FINAL

En el análisis ofrecido a lo largo del presente estudio, se ha procurado descubrir la secuencia histórica, durante la Época Aborigen, de los grupos sociales que poblaron el territorio denominado con mayor exactitud “País Imbaya”. Es difícil incorporar milenios de historia humana dentro de un esquema y más laborioso todavía tratar de dar una interpretación de la misma. Admira sin embargo constatar, que ya desde el Paleolítico, la habilidad del hombre y la experiencia progresivamente acumulada, lograron cambiar las condiciones ambientales. El adelanto tecnológico, no obstante, repercutió en la estructuración social hasta llegar a la conformación de grupos jerárquicos de poder, paralelos a una diferenciación social cada vez más acentuada. A partir de los inicios del denominado período cerámico de Integración (750-1530 d.C.), al que corresponde la mayoría de las fechas de cronología absoluta, se puede percibir una identidad cultural de los pueblos aborígenes asentados entre el Chiche-Guayllabamba o Pisque-Guayllabamba y el valle del Chota-Mira a los que varios autores han llamado “País Caranqui”. No obstante, parece más adecuado retornar a la nominación propuesta por Juan de Velasco y denominar definitivamente a este región “País Imbaya”.

Esta evolución antes del imperio de Huayna Cápac configuró varios cacicazgos entre los que sobresalieron Otavalo, Cayambe, Cochisquí y Caranqui, quienes después de una larga resistencia se integraron al Estado incaico. Es sin embargo Atahualpa, el Inca quiteño, quien logró unificar esta porción de América Andina como nuclear en la constitución de su Imperio, propósito que no logró desarrollarse, a causa de la irrupción de los conquistadores españoles. Con el traslado de las nuevas formas de producción europeas y la articulación del Tahuantinsuyo a la formación económica mundial del “período de acumulación primitiva de capital”, termina también la **“Historia Antigua del País Imbaya”**.

Bibliografía

ACOSTA SOLÍS, Misael.

1977 *Conferencias fitogeográficas*. Quito (Instituto Panamericano de Geografía e Historia - IPGH).

AGUIRRE, Angel et al.

1982 *Conceptos clave de la Antropología Cultural*.
Barcelona (Ediciones Daimon).

ANDRADE MARÍN, Jorge.

1953 “La excavación arqueológica de Huarakuí, 1953”. *Boletín de Informaciones científicas Nacionales*, no. 54, Quito (CCE), pp. 746-758.

ANDRADE REIMERS, Luis.

1980 *Hacia la verdadera historia de Atabualpa*. Quito
(Casa de la Cultura Ecuatoriana - CCE)

ARANÍBAR, Carlos.

1964 *Pachacutec*. Lima (Editorial Universitaria).

ATHENS, John Stephen

1976 “Informe preliminar sobre investigaciones arqueológicas realizadas en la Sierra Norte del Ecuador”. *Sarance*, no. 2, Otavalo (Instituto Otavaleño de Antropología - IOA), pp. 56-78.

1978 “Formative Period Occupations in the Highlands of Ecuador: A Comment on Myers”.
American Antiquity, 43:3, pp. 493-496.

1980 *El proceso evolutivo en las sociedades complejas y la ocupación del*

período tardío Cara en los Andes septentrionales del Ecuador.
Colección Pendoneros 2, Otavalo (IOA).

- 1995 “Relaciones interregionales prehistóricas en el Norte de los Andes: evidencia del sitio La Chimba, en el Ecuador Septentrional”. En Gnecco, C. (editor). *Perspectivas Regionales ...*, pp. 3-39.

ATHENS, John Stephen y Alan J. OSBORN.

- 1974 “Archaeological Investigations at Two Ceramic Period Sites in the Highlands of Northern Ecuador”.
En: Athens, J. St. y Alan J. Osborn. *Archaeological Investigations in the Highlands of Northern Ecuador. Two Preliminary Reports.* Otavalo (IOA), mimeógrafo.

ÁVILA, Francisco de.

- 1966 *Dioses y Hombres de Huarochirí, 1598. Traducción del quechua por José María Arguedas.* Lima (Instituto de Estudios Peruanos - IEP).

238

BARTRA, Roger.

- 1975 *Marxismo y sociedades antiguas.* Madrid (Editorial Grijalbo S.A.).

BATE, Luis Felipe.

- 1978 *Sociedad, formación económico-social y cultura.* México D.F. (Ediciones de Cultura Popular).

BEDOYA MARURI, Angel N.

- 1979 “Ruinas arqueológicas en Caranqui”. *Boletín Histórico*, no. 9-10, Quito (Dirección de Historia y Geografía del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas), pp. 152-157.

BELL, Robert E.

- 1965 *Investigaciones Arqueológicas. Archaeological Investigations.* Quito (CCE).

- BERENGUER José R. y José ECHEVERRÍA A.
 1988 “¿Ocupaciones del Período Formativo en la Sierra Norte del Ecuador?: un comentario a Myers y Athens”. *Sarance*, no. 12, Otavalo (IOA), pp. 65-108.
- 1995 “Excavaciones en Tababuela”. En: Echeverría, J. y M.V. Uribe (compiladores). *Área Septentrional Andina Norte: Arqueología y Etnohistoria*. Colección Pendoneros 8. Quito (Banco Central del Ecuador - BCE/Ediciones Abya-Yala), pp. 149-252.

BETANZOS, Juan de

- 1987 *Suma y Narración de los Incas*. Madrid (Ediciones Atlas).

BISCHOF, Henning

- 1975 “El Machalilla Temprano y algunos sitios cercanos a Valdivia”. En Oberem, U. (editor). *Estudios sobre la Arqueología del Ecuador*. Bonner Amerikanistische Studien-BAS, 3. Bonn, pp. 43-67.

BONIFAZ, Emilio.

- 1979 *Cazadores prehistóricos del Ilaló*. Quito (Offset Ecuador).

BORCHART DE MORENO, Christiana.

- 1981 “El período colonial.” En: Moreno Yáñez, Segundo E. (comp.). Pichincha. *Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana*. Quito (Consejo Provincial de Pichincha), pp.195-274
- 2004 *El corregimiento de Otavalo: territorio, población y producción textil (1535-1808)*. Quito. Manuscrito

BORCHART DE MORENO, Christiana y Segundo E. MORENO YÁÑEZ.

- 1997 *Crónica Indiana del Ecuador Antiguo*. Quito (Ediciones Abya-Yala).

BOUYSSÉ-CASSAGNE, Thérèse.

1988 *Lluvias y cenizas. Dos Pachacuti en la Historia.*
La Paz (Hisbol).

BRAY, Tamara L.

1995 “Pimampiro y puertos de comercio: investigaciones
arqueológicas recientes en la Sierra Norte del Ecuador”.
En: Gnecco, C. (editor). *Perspectivas regionales...*, pp. 30-48.

2003 *Los efectos del imperialismo incaico en la frontera norte.*
Una investigación arqueológica de la Sierra Septentrional
del Ecuador. Quito (Ediciones Abya-Yala/Marka)

BUITRÓN, Aníbal.

1953 *Ilumán – Una comunidad indígena aculturada. Contribuciones a la*
Sociogeografía Ecuatoriana. Quito (Instituto Ecuatoriano de
Antropología y Geografía - IEAG).

BURGOS, Hugo

1975 *El Guamán, el Puma y el Amaru: formación estructural*
del gobierno indígena en Ecuador. Ph. D. Thesis. University of
Illinois. Ann Arbor and London (University Microfilms
International).

CABELLO VALBOA, Miguel.

1951 *Miscelánea Antártica.* Lima (Universidad Mayor de San Marcos).

CAILLAVET, Chantal.

2000 *Etnias del Norte. Etnohistoria e Historia de Ecuador.* Quito
“ (Casa de Velásquez/Instituto Francés de Estudios
Andinos - IFEA/Ediciones Abya-Yala)

CALDAS, Francisco José de.

1933 *Relación de un viaje hecho a Cotacache, la Villa, Imbabura,*
Cayambe, etc. (A. Barreiro, editor).
Madrid (Librería General de Victoriano Suárez).

1936 *Viajes (Viaje al corazón de Barnuevo)*. Bogotá
(Editorial Minerva S.A.).

CARLUCCI DE SANTIANA, María Angélica.

1963 “Puntas de proyectil, tipos, técnicas y áreas de distribución
en el Ecuador Andino”. *Humanitas*, vol. IV, Quito, pp. 5-56.

CIEZA DE LEÓN, Pedro.

1984/85 *Obras completas*. 3 vols. Carmelo Saéñz de Santa María
(ed.), Madrid (Consejo Superior de Investigaciones
Científicas - CSIC)

COHEN, Yehudi A. (editor).

1973/74 *Man in Adaptation*. 3 vols., Chicago (Aldine Publishing
Company).

CORDERO, María Auxiliadora.

1998 *The Development of Social Complexity in the Northern
Highlands of Ecuador: Cayambe, Pichincha
Province*. Ph. D. Dissertation. University of Pittsburgh.
Ann Arbor (University Microfilms International).

241

DAVIES, David M.

1978 “Some Observations on the Otavalo Skeleton, from
Imbabura Province, Ecuador”. En: Bryan, A.
(editor). *Early Man from a Circum-Pacific Perspective*.
Edmonton (University of Alberta), p. 273.

DESCOLA, Philippe.

1988 *La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar*.
Quito (IFEA/Ediciones Abya-Yala).

DOLLFUS, Olivier.

1981 *El reto del espacio andino*. Lima (IEP).

DUMÉZIL, Georges.

1975 *Los dioses soberanos de los indoeuropeos.*
Barcelona (Empresa Editorial Herder).

DURKHEIM, Émile.

1975 *Las formas elementales de la vida religiosa.*
Madrid (Alianza Editorial).

DUVIOLS, Pierre.

1993 “Estudio y comentario etnohistórico”. En: Pachacuti Yamqui Salcamaygua. *Relación de antigüedades deste Reyno del Pirí.* Cusco (IFEA/Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”), pp. 11-126)

ELÍADE, Mircea.

1976 *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis.*
México D.F. (Fondo de Cultura Económica- FCE).

1978/79 *Historia de las creencias y de las ideas religiosas.*
Vols. I y II, Madrid (Ediciones Cristiandad).

1981 *Tratado de Historia de las religiones. Morfología y dinámica de lo sagrado.* Madrid (Ediciones Cristiandad).

242

ERAZO R., Rodrigo.

1981 “Informe preliminar de los trabajos arqueológicos realizados en Caranqui”. Quito (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural).

ESPINOZA SORIANO, Waldemar.

1973 “La coca de los mitmas cayampis en el reino de Ancara, siglo XVI. Una información inédita de 1566-67 para la Etnohistoria Andina”. *Anales Científicos*, no. 2, Huancayo (Universidad Nacional del Centro del Perú), pp. 6-68.

1975 “Los mitmas huayacuntu en Quito o guarniciones para la represión armada, siglos XV y XVI”. *Revista del Museo*

- Nacional*, tomo XLI, Lima, pp. 351-394.
- 1978 *Los modos de producción en el Imperio de los Incas*. Lima (Editorial Mantaro).
- 1983 *Los Cayambes y Carangues: Siglos XV-XVI. El testimonio de la etnohistoria*. 2 vols. Colección Pendoneros, 61, 62. Otavalo (IOA).

ESTETE, Miguel de.

- 1919 “El descubrimiento y Conquista del Perú”. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, vol. I, Quito, pp. 300-350.

ESTRADA, Emilio.

- 1956 *Valdivia. Un sitio arqueológico formativo en la costa de la Provincia del Guayas, Ecuador*. Guayaquil (Museo Víctor Emilio Estrada).
- 1958 *Las Culturas Pre-Clásicas, Formativas o Arcaicas del Ecuador*. Guayaquil (Museo Víctor Emilio Estrada).

ESTUPIÑÁN VITERI, Tamara.

- 2003 *Tras las huellas de Rumiñabui* Quito (Municipio del Distrito Metropolitano/FONSAL).

EVANS, C., B. MEGGERS y E. ESTRADA.

- 1959 *Cultura Valdivia*. Guayaquil (Museo Víctor Emilio Estrada).

FREILE GRANIZO, Juan (compilador).

- 1981 *Numeraciones del Repartimiento de Otavalo*. 2 vols. Colección Pendoneros, 17, 18. Otavalo (IOA).

FRIED, Morton H.

- 1979 “Sobre la evolución de la estratificación social y del Estado”. En: Llobera, J.R. (compilador). *Antropología Política*. Barcelona (Editorial Anagrama), pp. 133-151.

- GARCILASO DE LA VEGA, Inca.
1963 “Primera Parte de los Comentarios Reales”. En: *Obras Completas del Inca Garcilaso de la Vega*. Vol. II, Madrid (Ediciones Atlas).
- GERO, Joan M.
1990 “La mujer y la producción de herramientas líticas”. *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. VI, no.2, Bogotá (Universidad de Los Andes), pp. 61-79.
- GIESE, Claudius Cristóbal.
1991 “El rol y el significado de las lagunas Huaringas cerca de Huancabamba y el curanderismo en el Norte del Perú”. *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, tomo 20, no.2, París-Lima, pp. 565-587.
- GISBERT, Teresa.
1980 *Iconografía y Mitos Indígenas en el Arte*. La Paz (Editorial Gisbert y Cía., S.A.).
- GNECCO, C. (editor).
1995 *Perspectivas regionales en la Arqueología del Suroccidente de Colombia y Norte del Ecuador*. Popayán (Editorial Universidad del Cauca).
- GODELIER, Maurice.
1974 *Economía, Fetichismo y Religión*. Madrid (Siglo XXI Editores).
- GOFF, Linda.
1980 *An Art historical and archaeological Ceramica Analysis from the Ecuadorian Highlands*. P. D. Dissertation. Washington University, St. Louis. Ann Arbor (University Microfilms).
- GONDARD, Pierre y Freddy LÓPEZ.
1983 *Inventario arqueológico preliminar de los Andes septentrionales del*

GONZÁLEZ HOLGUÍN, Diego.

1989 *Vocabulario de la Lengua General de todo el Perú llamada Lengua Qquichua o del Inca*. Edición facsimilar. Lima (Universidad Nacional Mayor de San Marcos).

GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico.

1969/70 *Historia General de la República del Ecuador*. Vol. I y II. Quito (Casa de la Cultura Ecuatoriana)

2002 *Los aborígenes de Imbabura y del Carchi. Investigaciones arqueológicas sobre los antiguos pobladores de las provincias del Carchi y de Imbabura en la República del Ecuador*. Colección Otavalo en la Historia, 51. Quito (IOA/Universidad de Otavalo).

GRAVES, Robert

1997 *Los mitos griegos*. 2 vols., Madrid (Alianza Editorial).

GRIJALVA, Carlos E.

1937 “La expedición de Max Uhle a Cuasmal o sea la Protohistoria de Imbabura y del Carchi”. *Prehistoria*, vol. I, Quito, pp. 7-296.

GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe.

1936 *Nueva Cronica y Buen Gobierno*. París (Université de Paris).

GUIGNABAUDET, Philippe.

1953 “Nuevos descubrimientos arqueológicos en las tolas de Huarakuí”. *Boletín de Informaciones Científicas Nacionales*, no. 56, Quito (CCE), pp. 168-186.

HALL, Minard L.

1977 *El volcanismo en el Ecuador*. Quito (IPGH).

- HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro.
 1979 “Relación de los encomenderos y repartimientos del Perú en 1561”. *Historia y Cultura*, no.12, Lima, pp. 75-117.
- HARTMANN; Roswith.
 1968 *Märkte im alten Peru*. Ph. D. Thesis Universität zu Bonn. Bonn
- HUMBOLDT, Alexander von.
 1993 *Briefe aus Amerika*. 1799-1804. (Ulrike Moheit, editora). Berlin (Akademie-Verlag)
- IDROVO IRIGÜEN, Jaime.
 2000 *Tomebamba. Arqueología e Historia de una Ciudad Imperial*. Cuenca (BCE).
- ISAACSON, y ZEIDLER.
 1998 “Accidental History: Volcanic Activity and the End of the Formative in Northwestern Ecuador”.
 En: Mothes, P. (coord.). *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*. Quito (Ediciones Abya-Yala), pp. 41-72.
- ITURRALDE G, Diego.
 1980 *Guamate: campesinos y comunas*. Colección Pendoneros, 28. Otavalo (IOA).
- JARAMILLO, Víctor Alejandro.
 1968 *Repertorio Arqueológico Imbaya*. Otavalo.
 1972 *Corregidores de Otavalo*. Otavalo (IOA).
 1974 *El Hombre de Otavalo*. Otavalo.
 1982 *Paleolítico y Neolítico de Imbabura*. Otavalo (Editorial Gallocaipitán).

JIJÓN Y CAAMAÑO, Jacinto.

- 1914 *Contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura en la República del Ecuador. Estudios de Prehistoria Americana*, II. Madrid (Blass y Cía. Impresores)
- 1920 “Nueva contribución al conocimiento de los Aborígenes de la Provincia de Imbabura de la República del Ecuador”. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*. Vol. IV, no. 10-11. Quito (Tipografía y Encuadernación Salesianas).
- 1952 *Antropología Prehispánica del Ecuador*. Quito (La Prensa Católica).

JUAN, Jorge y Antonio de ULLOA.

- 1978 *Relación Histórica del Viage a la América Meridional*. 2 vols. (Edición Facsímil de Madrid 1748), Madrid (Fundación Universitaria Española).

KNAPP, Gregory.

- 1980 “Cambios en el clima de los Andes ecuatorianos: una tentativa de explicación genética”. *Revista del Centro Panamericano de Estudios e Investigaciones Geográficas*, no. 4, Quito, pp. 39-48.
- 1981 “El nicho ecológico llanura húmeda en la economía prehistórica de los Andes de Altura: evidencia etnohistórica, geográfica y arqueológica”. *Sarance*, no. 9, Otavalo (IOA), pp. 83-95.

KUNTER, Kari.

- 1969 *Beiträge zur Bevölkerungsgeschichte im westlichen Südamerika unter besonderer Berücksichtigung der Skelettfunde aus Cochabambá, Ecuador*. Giessen (Justus Liebig-Universität).

LARRAÍN BARROS, Horacio.

- 1980 a *Demografía y asentamientos indígenas en la Sierra Norte*

- del Ecuador en el siglo XVI*. 2 vols.
Colección Pendoneros, 11, 12. Otavalo (IOA).
1980 b *Cronistas de raigambre indígena*. 2 vols.
Colección Pendoneros, 14,15. Otavalo (IOA).

LARREA, Carlos M.

- 1918 *Descubrimiento y conquista del Perú*. Quito.
1953 “Informe sobre las excavaciones arqueológicas
en Huaracuí, entre La Esperanza y Tabacundo”.
Boletín de Informaciones Científicas Nacionales, no. 54,
Quito (CCE), pp. 759-773.

LATHRAP, Donald W.

- 1970 *The Upper Amazon*. London (Thames and Hudson).

LATHRAP, Donald W. y Jorge MARCOS.

- 1975 “Informe preliminar sobre las excavaciones del sitio Real Alto
por la misión antropológica de la Universidad de Illinois”.
Revista de la Universidad Católica, no. 10, Quito, pp. 41-64.

248

LEHMANN-NITSCHKE, R.

- 1928 “Coricancha: el templo del Sol en el Cuzco y las imágenes
de su altar mayor”. *Revista del Museo de la Plata*, vol. 31,
no. 3 a, La Plata, pp. 1-260

LEÓN Borja, Dora y Adam SZASZDI

- 1971 “Respaldo de los caciques de la Provincia de Quito a
Salazar de Villasante”. *Boletín de la Academia Nacional de
Historia*, vol. LIV, no. 118, Quito, pp. 284-285.

LÉVI-STRAUSS, Claude.

- 1982 *El totemismo en la actualidad*. México D.F. (FCE).
1941 *Libro de proveimientos de tierras, cuadras, solares, aguas, etc., por
los Cabildos de la Ciudad de Quito. 1583-1594*. Versión de
Jorge A.Garcés G. Quito (Archivo Municipal de Quito)

LUMBRERAS, Luis G.

- 1974 *Los orígenes de la civilización en el Perú*. Lima (Editorial Milla Batres).
- 1981 *Arqueología de la América Andina*. Lima (Editorial Milla Batres).
- 1982 “Andinoamérica”. *Gaceta Arqueológica Andina*, vol. 1, no. 3, Lima , pp. 1-2.

LYNCH, T. y S. POLLOCK.

- 1981 “La Arqueología de la Cueva Negra de Chobshi”. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, no. 1 Quito (BCE), pp. 92-119.

MacCORMACK, Sabine

- 1991 “Ritual, conflicto y comunidad en el Perú colonial temprano”. En: Moreno Yáñez, S. y F. Salomon (compiladores). *Reproducción y transformación de las sociedades andinas*. Siglos XVI-XX. Tomo I, Quito (Ediciones Abya-Yala), pp. 47-67.

MARCOS, Jorge G.

- 1978 *The Ceremonial Precint at Real Alto: Organization of Time and Space in Valdivia Society*. Ph. D. Thesis. Urbana (University of Illinois).
- 1986 “Breve Prehistoria del Ecuador”. En: Marcos, J. (editor). *Arqueología de la Costa ecuatoriana*. *Nuevos enfoques*. Quito (ESPOL/Corporación Editora Nacional), pp. 25-50
- 1988 “El Origen de la Agricultura”. En: Ayala Mora, E. (editor). *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 1, Quito (Corporación Editora Nacional/Grijalbo), pp. 128-180).

MARTÍN RUBIO, María del Carmen.

- 1987 “Prólogo”. En: Betanzos, Juan de. *Suma y Narración...*, pp. IX-XXII.

MARX, Karl y Eric HOBBSBAWN.

1974 *Formaciones económicas precapitalistas*. Buenos Aires (Siglo XXI Editores).

McNEISH, Richard S.

1973 "Introduction". En: *Early Man in America*. Readings from the Scientific American, W. H. Freeman. San Francisco.

MEYERS, Albert.

1975 "La cerámica de Cochasquí". En: Oberem, U. (editor). *Estudios sobre la Arqueología del Ecuador*. Bonn, pp. 83-111.

1976 *Die Inka in Ekuador. Untersuchungen anhand ihrer materiellen Hinterlassenschaft*. BAS. Bonn

1989 "Análisis de la cerámica tosca". En: Oberem, U. y W. Wurster (editores). *Excavaciones en Cochasquí ...*, pp. 180-197.

1998 *Los Incas en el Ecuador. Análisis de los restos materiales*. 2 vols. Colección Pendoneros, 6, 7. Quito (BCE/Ediciones Abya-Yala).

250

MEYERS, Albert, Udo OBEREM, Jürgen WENTSCHER y Wolfgang WURSTER.

1975 "Dos pozos funerarios con cámara lateral en Malchinguí (Provincia de Pichincha)". En: Oberem, U. (editor). *Estudios sobre la Arqueología del Ecuador ...*, pp. 115-140.

MONROY, Joel L.

1937 *El Convento de la Merced de Quito de 1534-1617*. Quito (Editorial Labor).

MONTESINOS, Fernando.

1930 "Memorias antiguas historiales y políticas del Perú ...". En: *Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú*. Tomo VI (2.a serie), Lima (Librería e Imprenta Gil).

MORÁN, Emilio F.

1993 *La Ecología Humana de los pueblos de la Amazonia*.
México D.F. (Fondo de Cultura Económica).

MORENO YÁNEZ, Segundo E.

1981 “La Época Aborigen”. En: Moreno Yánez, Segundo E.
(compilador). Pichincha. *Monografía histórica de la
región nuclear ecuatoriana*. Quito (Consejo Provincial
de Pichincha), pp. 31-174.

1981 a “Colonias mitmas en el Quito incaico: su significación
económica y política”. En: Moreno Yánez,
S. E. y U. Oberem (compiladores). *Contribución a la
Etnohistoria ...*, Vol. I, pp. 103-127.

1981 b “Una evaluación de los aportes de las investigaciones
arqueológicas en Cochasquí”. En: Oberem, U.
(compilador). *Cochasquí: Estudios Arqueológicos...*
Vol. I, pp. 11-38

1985 *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito. Desde
comienzos del siglo XVIII hasta finales de la Colonia*. Quito
(Edipuce. Pontificia Universidad Católica del Ecuador)

1986 “De las formas tribales al señorío étnico. Don García
Tulcanaza y la inserción de una jefatura en la formación
socio-económica colonial”. En: Alcina Franch, J. y S.
Moreno Yánez (compiladores). *Arqueología y
Etnohistoria del Sur de Colombia y Norte del Ecuador*.
Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, 6. Quito
(BCE/Ediciones Abya-Yala), pp. 253-263.

1987 “La Cultura en el Ecuador: perspectivas futuras”.
Sarance, no. 11, Otavalo (IOA), pp. 57-62.

1988 “El proceso histórico en la Época Aborigen: Notas
introductorias”. En: Ayala Mora, E. (editor).
Nueva Historia del Ecuador. Vol. 1. Quito (Corporación
Editora Nacional/Grijalbo), pp. 23-31.

1988 “Formaciones políticas tribales y señoríos étnicos”. En:
Ayala Mora, E. (editor). *Nueva Historia del Ecuador*. Vol. 2.

- Quito (Corporación Editora Nacional/Grijalbo), pp. 9-134
- 1996 “Jefaturas y reinos sacrales en los Andes Septentrionales”.
En: Cervantes, M. (coordinadora). *Mesoamérica y los Andes*.
México D.F. (CIESAS), pp. 257-288)
- 1999 “Las sociedades de los Andes Septentrionales”. En:
Historia General de América Latina. Vol.I. París (Editoria
Trotta. Ediciones Unesco), pp. 359-386.
- 2003 *Alzamientos indígenas en la Audiencia de Quito*. 1534-1803.
Runacunapaj macanacuicuna. 3.a edición. Quito (Campaña
Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura/CCE).

MORENO YÁNEZ Segundo E., Udo OBEREM.

- 1981 *Contribución a la Etnohistoria ecuatoriana*. 2 vols. Otavalo (IOA).

MORENO YÁNEZ, Segundo E., Frank Salomon (compiladores).

- 1991 *Reproducción y transformación de las sociedades andinas*.
Siglos XVI-XX. 2 tomos. Quito (Ediciones Abya-Yala).

MURRA, John V.

- 1975 “El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la
economía de las sociedades andinas”. En: Murra, J.V.
Formaciones económicas y políticas del mundo andino. Lima (IEP),
pp. 59-115.
- 1978 *La organización económica del Estado Inca*. México D.F.
(Siglo XXI Editores).
- 2002 *El mundo andino. Población, medio ambiente y economía*. Lima
(PUCP-Fondo Editorial/IEP).

MURÚA, Martín de.

- 1946 *Los orígenes de los Incas*. Crónica sobre el antiguo Perú escrita
en el año de 1590 ... Lima (Imprenta Domingo Miranda).

MYERS, Thomas P.

- 1976 “Formative Period Occupations in the Highlands of Northern
Ecuador”. *American Antiquity*, vol. 41, no. 3, pp. 353-360.

- 1978 “Formative Period Occupations in the Highlands of Northern Ecuador. Rejoinder to Athens”. *American Antiquity*, vol. 43, no. 3, pp. 497-500.

NORTON, Presley.

- 1971 “A Preliminary Report on Loma Alta and the Implications of Inland Valdivia A”. Ponencia presentada en el Primer Simposio de Correlaciones Andino-Mesoamericanas. Salinas

OBEREM, Udo.

- 1969 “La fortaleza de montaña de Quitoloma en la Sierra septentrional del Ecuador”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. LII, no. 114, Quito, pp. 196-205
- 1970 a “Informe provisional sobre algunas características arquitectónicas de las pirámides de Cochasquí / Ecuador”. En: *Verhandlungen des XXXVIII. Internationaler Amerikanistenkongresses*. Stuttgart-München. 12. bis 18. August 1968. Vol. I. München, pp. 317-322.
- 1970 b “Montículos funerarios con pozo en Cochasquí”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. Vol. LIII, no. 116, Quito, pp. 243-249.
- 1975 “Informe de trabajo sobre las excavaciones de 1964-1965 en Cochasquí, Ecuador”. En: Oberem, U. (editor). *Estudios sobre la Arqueología ...*, pp. 71-79.
- 1976 *Notas y documentos sobre miembros de la familia del Inca Atabualpa en el siglo XVI*. Guayaquil (CCE).
- 1978 “El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la Sierra ecuatoriana (siglo XVI)”. En: *Actes du XLII Congrès International des Américanistes*. París 2-9- Septembre 1976. Vol. IV. París (Société des Américanistes), pp. 51-64.
- 1981 a “Algunas características arquitectónicas de las pirámides de Cochasquí”. En: Udo Oberem (comp.). *Cochasquí: Estudios arqueológicos*. Vol. 1, Otavalo, pp. 59-78.
- 1981 b “Los Caranquis de la Sierra norte del Ecuador y su

- incorporación al Tahuantinsuyo”. En: Moreno Yáñez, S. E. y U. Oberem (compiladores). *Contribución a la Etnohistoria ...*, Vol. I, pp. 73-101.
- 1989 “Cochasquí en el siglo XVI: unas notas etnohistóricas.” En: Oberem Udo, Wolfgang Wurster (editores). *Excavaciones en Cochasquí...*, pp. 5-10
- 1993 *Don Sancho Hacho. Un cacique mayor del siglo XVI.* Quito (Cedeco/Ediciones Abya-Yala)
- OBEREM, Udo (compilador).
- 1975 *Estudios sobre la Arqueología del Ecuador.* BAS. Bonn.
- 1981 *Cochasquí: estudios arqueológicos.* 3 vols. Colección Pendoneros 3, 4, 5. Otavalo (IOA)
- OBEREM, Udo y Wolfgang WURSTER (editores).
- 1989 *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador. 1964-1965.* Mainz (Verlag Philipp von Zabern)
- OLIVA, G. Anello.
- 1998 *Historia del Reino y provincias del Perú y vidas de los varones insignes de la Compañía de Jesús.* Lima (Pontificia Universidad Católica del Perú - PUCP).
- ONTANEDA, Santiago.
- 1998 a “Arqueología de la Sierra Norte del Ecuador: secuencia cronológica y perspectivas regionales”. En: F. Cárdenas Arroyo y T. Bray (editores). *Intercambio y Comercio entre Costa, Andes y Selva. Arqueología y Etnohistoria de Sudamérica.* Bogotá (Universidad de los Andes), pp. 87-114.
- 1998 b “Territorialidad en el País Caranqui: aproximación a los linderos de las llactacuna”. *Cultura*, 2.a época, no. 5, Quito (BCE), pp. 3-15.
- ORTIZ DE ZÚÑIGA, Íñigo.
- 1967/72 *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562.* 2 vols. Huánuco (Universidad Nacional Hermilio Valdizán).

OSBORN, Alan J. y John Stephen ATHENS

1974 “Prehistoric Earth Mounds in the Highlands of Ecuador. A Preliminary Report. En: Athens, J. St. y A. J. Osborn. *Archaeological Investigations in the Highlands of Northern Ecuador*. Two Preliminary Reports. Otavalo (IOA), mimeógrafo.

PACHACUTI YAMQUI SALCAMAYGUA, Joan de Santacruz.

1993 *Relación de Antigüedades deste Reyno del Pirú*. Edición facsimilar y transcripción paleográfica del Códice de Madrid. Cusco (Institut FranVais d'Études Andines/Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”).

PALERM, Angel.

1967 *Introducción a la Teoría Etnológica*. México D.F. (Universidad Iberoamericana).

PEASE, Franklin.

1964 *Atabualpa*. Lima (Editorial Universitaria).

1973 *El dios creador andino*. Lima (Mosca Azul Ediciones).

1978 *Del Tawantinsuyo a la Historia del Perú*. Lima (IEP).

255

PÉREZ BOCANEGRA, Juan.

1631 “*Ritual, Formulario e Institución de Curas ...*”. Impreso por Gerónimo de Contreras. Lima

PÉREZ TAMAYO, Aquiles R.

1960 *Quitús y Caras*. Quito (IEAG).

1962 *Los Sseudo-Pantsaleos*. Quito (IEAG).

PLAZA SCHULLER, Fernando.

1976 *La incursión inca en el septentrión andino ecuatoriano. Antecedentes arqueológicos de la de la convulsiva situación de contacto cultural*. Otavalo (IOA).

1995 “Evaluación y propuestas metodológicas para el desarrollo de la Arqueología en los Andes

Septentrionales del Ecuador”. En: Echeverría, J. y M. V. Uribe (compiladores). *Área Septentrional Andina Norte: Arqueología y Etnohistoria*. Colección Pendoneros, 8. Quito (BCE/IOA/Ediciones Abya-Yala), pp. 11-43.

PONCE LEIVA, Pilar (ed.)

1992 *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX)*. 2 vols., Quito (Marka/Ediciones Abya-Yala)

PORRAS GARCÉS, Pedro.

1975 *Fase Cosanga*. Estudios Científicos sobre el Oriente Ecuatoriano. Vol. II. Quito (Pontificia Universidad Católica del Ecuador - PUCE).

1977 “Nota de la Redacción. Hállase un poblado del Formativo en Cotocollao, en las goteras de Quito”. En: Porras, P (editor). *Estudios Arqueológicos*. Quito (PUCE), pp. 269-271.

1982 *Arqueología de Quito, I. Fase Cotocollao*. Quito (PUCE).

1989 “Fase precerámica Jondachi”. En: Porras, P. (compilador). *Temas de investigación*. Quito (PUCE), pp. 213-222).

256

PUENTO, Hierónimo.

1981 “Probanza de Don Hierónimo Puento, Cacique Principal del pueblo de Cayambe, de servicios”. En: Moreno Yáñez, Segundo E. (compilador). *Pichincha. Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana*. Quito (Consejo Provincial de Pichincha), pp. 438-490.

RAMÓN V., Galo.

1987 *La resistencia andina. Cayambe 1500-1800*. Quito (Centro Andino de Acción Popular - CAAP).

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

1970 *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid (Editorial Espasa-Calpe S. A.).

1976 *Diccionario de Autoridades (1726)*. 3 vols. Edición facsímil.

Madrid (Editorial Gredos S.A.).

REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo.

- 1961 "Agricultural Basis of the Sub-Andean Chiefdoms of Colombia". En: J. Wilbert (editor). *The Evolution of the Horticultural Systems in Native South America: Causes and Consequences*. Caracas (Sociedad de Ciencias Naturales La Salle), pp. 83-100).

ROSTWOROWSKI DE DÍEZ CANSECO, María.

- 1988 *Historia del Tabuantinsuyu*. Lima (IEP)

RUMAZO, José (compilador).

- 1948-50 *Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito*. 8 vols. Madrid (Afrodisio Aguado S.A.)

SALAZAR, Ernesto.

- 1979 *El Hombre Temprano en la región del Ilaló, Sierra del Ecuador*. Cuenca (Universidad de Cuenca).
- 1980 *Talleres prehistóricos en los Altos Andes del Ecuador*. Cuenca (Universidad de Cuenca).
- 1984 *Cazadores recolectores del Antiguo Ecuador*. Cuenca (Museo del Banco Central del Ecuador).
- 1988 a "El proceso cultural en el Ecuador aborigen y en América". En: Ayala Mora, E. (editor). *Nueva Historia del Ecuador*. Vol. 1. Quito (Corporación Editora Nacional /Grijalbo), pp. 33-72.
- 1988 b "El hombre temprano en el Ecuador". En: Ayala Mora, E. (editor). *Nueva Historia del Ecuador*. Vol. 1. Quito (Corporación Editora Nacional/Grijalbo), pp. 73-128.
- 1995 *Entre mitos y fábulas. El Ecuador aborigen*. Quito (Corporación Editora Nacional).

SALOMON, Frank.

- 1978 *Ethnic Lords of Quito in the Age of the Incas: the Political Economy of North-Andean Chiefdoms*. Ph. D. Thesis. Cornell University

1980 *Los Señores étnicos de Quito en la época de los Incas.*
Colección Pendoneros, 10. Otavalo (IOA)

SALVADOR LARA, Jorge.

1978/80 *Apuntes para la Historia de las Ciencias en el Ecuador.* 2 vols.
Quito (IPGH).

SAMANIEGO, P., M. MONZIER, C. ROBIN y M. L. HALL.

1998 "Late Holocene Eruptive Activity at Nevado Cayambe
Volcano, Ecuador". *Bull Volcanol*, 59, pp. 451-459

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro.

1965 "Historia Índica". En: *Obras completas del Inca Garcilaso de la
Vega*. Vol. IV. Madrid (Ediciones Atlas), pp. 193-279.

SAUER, Walther.

1965 *Geología del Ecuador.* Quito (Editorial del Ministerio de
Educación).

258

SCHÖNFELDER, Uwe.

1979 *Feinkeramik und Kleinfunde aus Cochabambá, Nord-Ecuador.*
Bonn (Universität Bonn).

SERVICE, Elman R.

1962 *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective.*
New York (Random House).

1973 *Los cazadores.* Barcelona (Editorial Labor, S. A.).

SHARON, Douglas.

1980 *El Chamán de los Cuatro Vientos.* México D.F.
(Siglo XXI Editores).

SMITH, C.T.

1970 "The Depopulation of the Central Andes in the 16th
Century". *Current Anthropology*, tomo 11, pp. 453-464.

STEWART, Julian.

1955 "Theory of Cultural Change". *The Methodology of Multilinear Evolution*. Urbana (University of Illinois Press).

STOTHERT, Karen.

1985 "The Preceramic Las Vegas Culture of Coastal Ecuador". *American Antiquity*, 50: 3, pp. 613-637.

1988 *La Prehistoria temprana de la Península de Santa Elena, Ecuador: C cultura Las Vegas*. Guayaquil (Museo del Banco Central del Ecuador).

TEMME, Mathilde.

1982 "Excavaciones en el sitio precerámico de Cubilán (Ecuador)". *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, no. 2, Guayaquil Museos del Banco Central del Ecuador), pp. 135-164.

TERÁN, Francisco.

1979 *Geografía del Ecuador*. Quito (Ediciones Librería Cima).

TROLL, Karl.

1931 "Die geographischen Grundlagen der andinen Kulturen und des Inkareiches". *Ibero-Amerikanisches Archiv*, V, Berlín.

1968 "The Cordilleras of the Tropical Americas. Aspects of Climatic, Phytogeographical, and Agrarian Ecology". *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*. Bonn.

UHLE, Max.

1939 "Las ruinas de Cochasqui". *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. XVIII, no. 54, Quito, pp. 5-14.

URBANO, Henrique.

1981 *Wiracocha y Ayar. Héroes y funciones en las sociedades andinas*. Cusco (Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé

de las Casas”).

- 1988 “Thunupa, Taguapaca, Cachi. Introducción a un espacio simbólico andino”. *Revista Andina*, no. 11, Cusco, pp. 201-224

URTON, Gary.

- 1991 “Las unidades de análisis en el estudio de la reproducción y transformación de las sociedades andinas”. Moreno Yáñez, S. y F. Salomon (compiladores). *Reproducción y transformación de las sociedades andinas*. Siglos XVI-XX. Tomo I, Quito (Ediciones Abya-Yala), pp. 29-46.

VARGAS, José María.

- 1970 “Los cacicazgos”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. LIII, no. 116, Quito, pp. 250-264

VÁSQUEZ FULLER, César.

- 1973 *El Homo Sapiens Otavalensis*. Informe preliminar. Otavalo (IOA).

VÁSQUEZ PAZMIÑO, Josefina.

- 1999 *El Período de Desarrollo Regional en Quito: análisis cerámico y aproximación al proceso de desarrollo cultural*. Tesis de Licenciatura. Quito (PUCE, Departamento de Antropología).

VELASCO, Juan de

- 1960 *Historia del Reyno de Quito en la América Meridional*. 2 vols. Quito (Biblioteca Ecuatoriana Mínima).

VÉLEZ ESPINO, Luis Antonio.

- 2004 *Ecology and Conservation Biology of the Andean Catfish, *Astroblepus ubidiai* (Teleostei: Astroblepidae), in the Highlands of Imbabura, Ecuador*. Ph. D. Thesis. Trent University, Peterborough, Ontario, Canadá.

VILLALBA, Marcelo.

- 1988 *Cotocollao: una aldea formativa del valle de Quito*. Quito

(Museos del Banco Central del Ecuador).

WACHTEL, Nathan.

1973 *Sociedad e Ideología. Ensayos de Historia y Antropología Andinas.*
Lima (IEP).

WENTSCHER, Jürgen

1989 “Montículos y otras áreas de excavación”. En: Oberem, U.
y W. Wurster (editores). *Excavaciones en Cochasquí...*,
pp. 70-103.

WINCKELL, Alain.

1997 “Los grandes rasgos del relieve en el Ecuador”. En:
A. Winckell (coordinador). *Los paisajes naturales del Ecuador.*
Vol. 1. Las condiciones generales del medio natural. Quito
(CEDIG, IPGM, IGM, IRD, PUCE, IFEA), pp. 2-13.

WOLF, Teodoro.

1975 *Geografía y Geología del Ecuador.* Quito (CCE).

WURSTER, Wolfgang.

1979 “Aportes a la reconstrucción de templos sobre las
pirámides de Cochasquí”. En: Hartmann, R. y U. Oberem
(editores). *Amerikanistische Studien – Estudios Americanistas.*
Vol. II, Sankt Augustin, pp. 300-304.

1981 “Aportes a la reconstrucción sobre las pirámides con
rampa de edificios con planta circular de Cochasquí”.
En: Oberem, U. (compilador). *Cochasquí: Estudios*
Arqueológicos. Vol. I, Otavalo (IOA), pp. 79-124.

1989 a “Ruinas existentes”. En: Oberem, U. y W. Wurster
(editores). *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador 1964-65.*
Mainz (Verlag Philipp von Zabern), pp. 11-69.

1989 b “Consideraciones finales”. En: Oberem, U. y W. Wurster
(editores). *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador 1964-65.*
Mainz (Verlag Philipp von Zabern), pp. 247-249.

ZEIDLER, James.

- 1986 “La evolución local de asentamientos formativos en el litoral ecuatoriano: el caso de Real Alto”.
En: Marcos, J. (editor). *Arqueología de la Costa ecuatoriana. Nuevos enfoques*. Quito (ESPOL/Corporación Editora Nacional), pp. 83-127.

ZIVALLOS MENÉNDEZ, Carlos, Olaf HOLM.

- 1960 *Excavaciones arqueológicas en San Pablo*. Guayaquil (CCE):

ZUIDEMA, Tom R.

- 1989 *Reyes y Guerreros. Ensayos de Cultura Andina*.
Lima (Fomciencias).
- 1992 “El encuentro de los calendarios andino y español”. En:
Bonilla, H. (compilador). *Los Conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas*. Santafé de Bogotá (Tercer Mundo Editores/FLACSO/Libri Mundi), pp. 297-316).